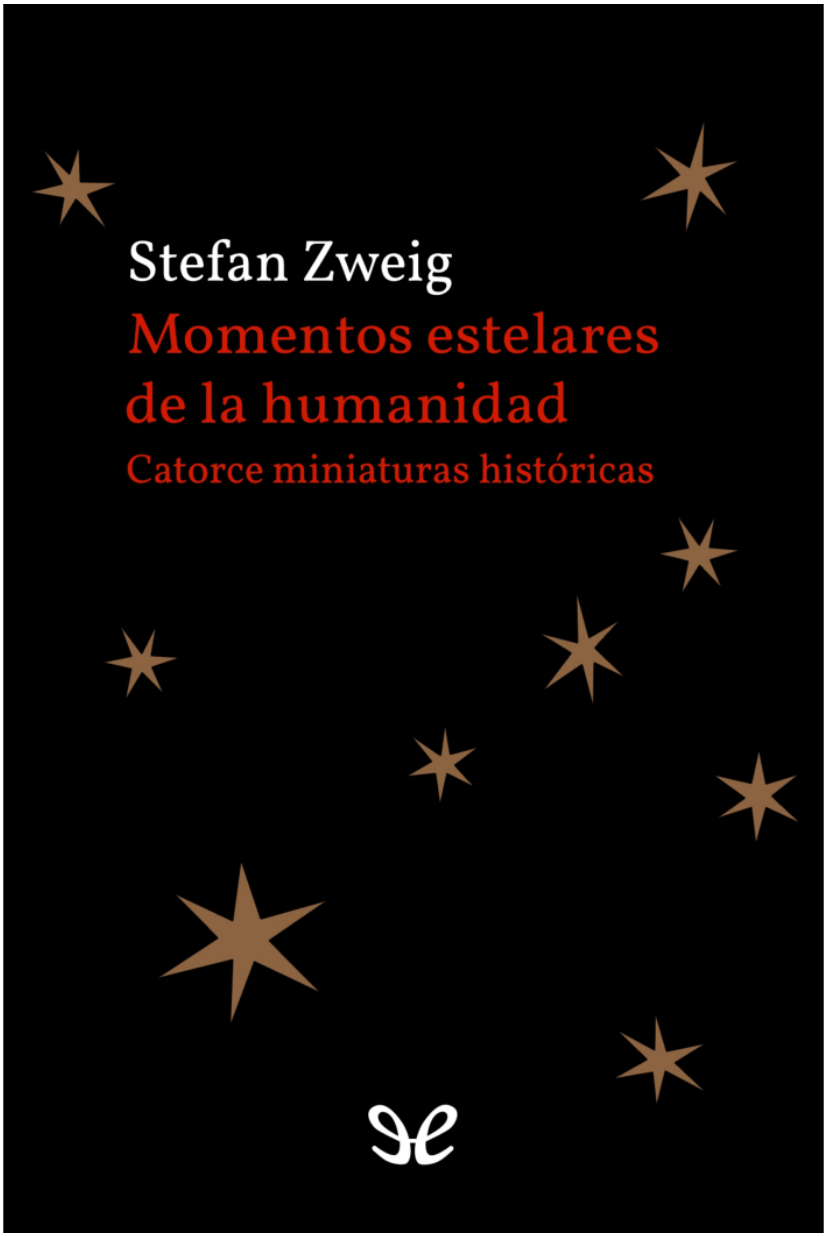

Stefan Zweig
Momentos estelares de la humanidad
Catorce miniaturas históricas

Éste es probablemente el libro más famoso de Stefan Zweig. En él lleva a su cima el arte de la miniatura histórica y literaria. Muy variados son los acontecimientos que reúne bajo el título de *Momentos estelares: el ocaso del imperio de Oriente*, en el que la caída de Constantinopla a manos de los turcos en 1453 adquiere su signo más visible; el nacimiento de *El Mesías* de Händel en 1741; la derrota de Napoleón en 1815; el indulto de Dostoievski momentos antes de su ejecución en 1849; el viaje de Lenin hacia Rusia en 1917… «Cada uno de estos momentos estelares —escribe Stefan Zweig con acierto— marca un rumbo durante décadas y siglos», de manera que podemos ver en ellos unos puntos clave de inflexión de la historia, que leemos en estas catorce miniaturas históricas con la fascinación que siempre nos produce Zweig.

Stefan Zweig

Momentos estelares de la humanidad

Catorce miniaturas históricas

ePub r1.3
Titivillus 30.12.2023

Título original: *Sternstunden der Menschheit*
Stefan Zweig, 1927
Traducción: Berta Vias Mahou

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

Ningún artista es durante las veinticuatro horas de su jornada diaria ininterrumpidamente artista. Todo lo que de esencial, todo lo que de duradero consigue, se da siempre en los pocos y extraordinarios momentos de inspiración. Y lo mismo ocurre en la Historia, a la que admiramos como la poetisa y la narradora más grande de todos los tiempos, pero que en modo alguno es una creadora constante. También en ese «misterioso taller de Dios», como respetuosamente llamara Goethe a la Historia, gran parte de lo que ocurre es indiferente y trivial. También aquí, como en todos los ámbitos del arte y de la vida, los momentos sublimes, inolvidables, son raros. La mayoría de las veces, en su calidad de cronista se limita a hilvanar, indolente y tenaz, punto por punto, un hecho tras otro en esa inmensa cadena que se extiende a lo largo de miles de años, pues toda crisis necesita un periodo de preparación y todo auténtico acontecimiento, un desarrollo. Los millones de hombres que conforman un pueblo son necesarios para que nazca un solo genio. Igualmente han de transcurrir millones de horas inútiles antes de que se produzca un momento estelar de la humanidad.

Pero cuando en el arte nace un genio, perdura a lo largo de los tiempos. A su vez cada uno de estos momentos estelares marca un rumbo durante décadas y siglos. Así como en la punta de un pararrayos se concentra la electricidad de toda la atmósfera, en esos instantes y en el más corto espacio, se acumula una enorme abundancia de acontecimientos. Lo que por lo general transcurre apaciblemente de modo sucesivo o sincrónico, se comprime en ese único instante que todo lo determina y todo lo decide. Un único «sí», un único «no», un «demasiado pronto» o un «demasiado tarde» hacen que ese momento sea irrevocable para cientos de generaciones, determinando la vida de un solo individuo, la de un

pueblo entero e incluso el destino de toda la humanidad.

Tales momentos dramáticamente concentrados, tales momentos preñados de fatalidad, en los que una decisión destinada a persistir a lo largo de los tiempos se comprime en una única fecha, en una única hora y a menudo en un solo minuto, son raros tanto en la vida del individuo como en el curso de la Historia. Aquí he tratado de evocar, a partir de las más variadas épocas y regiones, algunos de esos momentos estelares —los he denominado así, porque, resplandecientes e inalterables como estrellas, brillan sobre la noche de lo efímero—. En ningún caso se ha procurado decolorar o intensificar la verdad de los acontecimientos externos o internos recurriendo a la propia invención, pues en esos instantes sublimes que la Historia configura a la perfección, no es necesario que ninguna mano acuda en su ayuda. Allí donde ella impera como poetisa, como dramaturga, ningún escritor tiene derecho a intentar superarla.

CICERÓN
15 DE MARZO DE 44 A. C.

Lo más prudente que puede hacer un hombre sensato y no muy intrépido cuando se encuentra con otro más fuerte que él es evitarlo y, sin avergonzarse, aguardar un cambio, hasta que el camino vuelva a quedar libre. Marco Tulio Cicerón, el primer humanista del imperio romano, el maestro de la oratoria, defensor de la justicia, se afanó durante tres décadas por servir a la ley heredada de sus mayores y por mantener la república. Sus discursos han quedado grabados en los anales de la Historia. Sus obras literarias, en los sillares de la lengua latina. Combatió la anarquía en la persona de Catilina. La corrupción, en la de Verres. Y la amenaza de la dictadura, en las de los generales victoriosos. Su libro *De re publica* se consideró en su época como el código ético del Estado ideal. Pero ahora llega alguien más fuerte. Con sus legiones galas, Julio César, al que en un principio ha promovido por ser el de más edad y el más notable, se ha convertido de la noche a la mañana en el dueño y señor de Italia. Como jefe absoluto del poder militar no necesita más que extender la mano para hacerse con la corona imperial que Antonio le ha ofrecido ante el pueblo congregado. En vano se enfrenta Cicerón a la autocracia de César, tan pronto como éste infringe la ley en el momento que cruza el Rubicón. En vano intenta movilizar a los últimos defensores de la libertad contra los violentos. Como siempre, las cohortes se muestran más poderosas que las palabras. César, a un tiempo hombre de espíritu y de acción, ha triunfado por completo. De haber sido vengativo, como la mayoría de los dictadores, podría haber eliminado sin contemplaciones, tras su clamorosa victoria, a ese obstinado defensor de la ley, o al menos haberle enviado al destierro. Sin embargo, más que todos sus triunfos militares, lo que honra a Julio César es su magnanimidad tras la victoria. A Cicerón, su opositor,

ahora acabado, le concede la vida, sin hacer el más mínimo intento de humillarlo, y únicamente le sugiere que se retire de la escena política, que ahora le pertenece a él y en la que a cualquier otro sólo le corresponde el papel de figurante mudo y obediente.

A un hombre de espíritu no le puede suceder nada más ventajoso que el que se le excluya de la vida pública, política. Esta arroja al pensador, al artista, fuera de su indigna órbita, una de esas que sólo se pueden dominar recurriendo a la brutalidad o a la hipocresía, y lo reintegra a la suya propia, interior, intangible e imperecedera. Cualquier forma de exilio se convierte para un hombre de espíritu en un estímulo para el recogimiento interior. Y a Cicerón ese bendito infortunio le sobreviene en el mejor momento, en el más propicio. El gran dialéctico se acerca, paso a paso, a la vejez tras una vida que, entre tumultos y tensiones, le ha dejado poco tiempo para la síntesis creadora. ¡Cuánto y cuánta contradicción ha tenido que presenciar el sexagenario en el limitado espacio de su vida! Abriéndose camino y haciendo prevalecer su opinión gracias a la tenacidad, a la capacidad de maniobra y a su superioridad espiritual, este *homo novus* o advenedizo, ha alcanzado todos los puestos y dignidades públicos, hasta entonces fuera del alcance de un hombre de provincias por estar celosamente reservados a la camarilla de la nobleza hereditaria. Ha experimentado lo más alto y lo más bajo de los favores públicos. Tras la caída de Catilina, ha subido triunfalmente los escalones del Capitolio, siendo coronado por el pueblo y honrado por el senado con el glorioso título de *pater patriae*, padre de la patria. Y por otro lado, de la noche a la mañana, ha tenido que huir al destierro condenado por ese mismo senado y abandonado por ese mismo pueblo. No ha habido cargo en el que no se mostrara eficaz, ni rango que no alcanzara gracias a su infatigable laboriosidad. Se ha encargado de dirigir procesos en el foro. Como soldado, ha estado al mando de legiones en el campo de batalla. Como cónsul, ha administrado la república. Como procónsul, provincias enteras. Millones de sestercios han pasado por sus manos, convirtiéndose en deudas. Ha poseído la vivienda más hermosa del Palatino y la ha visto en ruinas, quemada y devastada por sus enemigos. Ha escrito tratados memorables y pronunciado discursos que han creado escuela. Ha criado hijos y los ha perdido. Ha sido valiente y débil,

voluntarioso y de nuevo esclavo del elogio, muy admirado y muy odiado, un carácter inconstante, pleno de fragilidad y de esplendor. En resumen, la personalidad más atractiva y más provocadora de su tiempo, porque irremediablemente se involucró en todos los acontecimientos de esos cuarenta pletóricos años que abarcan desde Mario hasta César. Cicerón vivió y sufrió la historia de la época, la historia universal, como un testigo sin par. Sólo que no tuvo tiempo para una cosa, la más importante: para echar un vistazo a su propia vida. Jamás este hombre incansable encontró la ocasión para meditar tranquilamente y recopilar su saber, su pensamiento.

Por fin, gracias al golpe de Estado de César, que le aparta de la *res publica*, de los asuntos de Estado, se le brinda la oportunidad de cuidar de modo productivo de la *res privata*, de los asuntos particulares, lo más importante del mundo. Resignado, Cicerón abandona el foro, el senado y el imperio a la dictadura de Julio César. Una aversión hacia todo lo público empieza a apoderarse de él. Que otros defiendan los derechos del pueblo, al que las luchas de gladiadores y los juegos le importan más que su propia libertad. Para él ya sólo cuenta una cosa: buscar, encontrar y configurar la suya propia, la libertad interior. Así, Marco Tulio Cicerón, por primera vez en sesenta años, vuelve la mirada a sí mismo, reflexionando tranquilamente, con la intención de demostrar al mundo para qué ha actuado y para qué ha vivido.

Artista de nacimiento, que sólo por error abandonó el mundo de los libros para entrar en el quebradizo mundo de la política, Marco Tulio Cicerón, conforme a su edad y sus más íntimas inclinaciones, trata de organizar su vida de manera clarividente. De Roma, la ruidosa metrópoli, se retira a Tusculum, la actual Frascati, y con ello se rodea de uno de los más hermosos paisajes de Italia. En suaves oleadas, cubiertas de oscuros bosques, las colinas inundan la campiña. Con un tono argentino, las fuentes resuenan en la retirada quietud. Al pensador creativo, tras todos esos años en el mercado, en el foro, dentro de la tienda de campaña en el frente o estando de viaje, se le abre aquí, por fin, el alma. La ciudad, atrayente y abrumadora, está lejos, como un simple humo en el horizonte, y, sin embargo, lo bastante cerca como para que los amigos vengan con frecuencia a mantener conversaciones estimulantes para el espíritu. Ático, al que le une una profunda confianza. Y el joven Bruto o el

joven Casio. Una vez incluso —¡peligroso huésped!— el propio dictador, el gran Julio César. Pero si no acuden los amigos de Roma, en su lugar siempre hay otros, magníficos, unos compañeros que jamás defraudan, lo mismo dispuestos al silencio que a la charla. Los libros. Marco Tulio Cicerón instala en su casa de campo una fantástica biblioteca, un panal de sabiduría verdaderamente inagotable. Las obras de los sabios griegos alineadas junto a las crónicas romanas y los compendios de la ley. Con semejantes amigos de todos los tiempos y todas las lenguas, no puede sentirse solo ni una noche. La mañana la dedica al trabajo. Un esclavo instruido aguarda siempre, obediente, el dictado. Cuando le llama a comer, su adorada hija Tulia le acorta las horas. La educación del hijo es un estímulo diario, o al menos trae consigo alguna novedad. Y además, postrera sabiduría, el sexagenario aún incurre en la locura más dulce de la vejez. Se casa con una mujer más joven que su propia hija, para disfrutar como artista de la belleza de la vida, no sólo en el mármol o en los versos, sino también en su forma más sensual y encantadora.

De modo que parece que a sus sesenta años Marco Tulio Cicerón se ha reintegrado al fin a su verdadero ser: ya sólo filósofo y no demagogo, escritor y no maestro de retórica, dueño de su tiempo libre y no solícito servidor del aplauso del pueblo. En lugar de perorar —de hablar con énfasis— ante jueces corruptos en el mercado, prefiere fijar la esencia del arte de la oratoria en su *De oratore*, un modelo para todos sus imitadores. Y a la vez, en su tratado *De senectute —Cato maior de senectute—*, instruirse él mismo acerca de que alguien realmente sabio debe aprender que la verdadera dignidad de la vejez y de su vida es la resignación. Las más bellas cartas, las más armoniosas, proceden de esta época de íntimo recogimiento. E incluso cuando experimenta la más perturbadora de las desgracias, la muerte de su amada hija Tulia, su arte le ayuda a alcanzar la dignidad filosófica. Escribe esas *Consolationes* que aún hoy, después de siglos, siguen confortando a miles de personas que conocen ese mismo destino. Sólo al exilio debe la posteridad que el gran escritor surgiera a partir del que en otro tiempo fue un activo orador. En esos tres años de tranquilidad, hace más por su obra y por su fama póstuma que en los treinta anteriores que, pródigo, sacrificó a la *res publica*, a los asuntos de

Estado.

Más ciudadano ya de la eterna república del espíritu que de la de Roma, a la que la dictadura de César ha castrado, su vida ahora parece la de un filósofo. El maestro de la justicia terrena ha aprendido por fin el amargo secreto del que al fin y al cabo acaba enterándose todo aquel que se dedica a la actividad pública. Que a la larga no se puede defender la libertad de las masas, sino únicamente la propia, la libertad interior.

Así, Marco Tulio Cicerón, ciudadano del mundo, humanista, filósofo, pasa un verano colmado de bienes, un otoño creativo, un invierno italiano, alejado —él cree que para siempre— de los mecanismos del poder temporal, político. Apenas presta atención a las noticias y cartas que diariamente llegan de Roma, indiferente a un juego que ya no requiere su participación. Ciudadano sólo de la república invisible de las ideas y no de aquella otra, corrompida y forzada, que sin oponer resistencia se ha sometido al terror, parece curado por completo del ansia de notoriedad de los literatos. Cuando de pronto, un mediodía del mes de marzo, un emisario irrumpe en su casa, cubierto de polvo, con los pulmones machacados. Pero aún le quedan fuerzas para comunicar la noticia. Julio César, el dictador, ha sido asesinado ante el foro de Roma. Después, cae al suelo.

Cicerón palidece. Hace unas semanas comió en la misma mesa que el magnánimo vencedor. Y aun cuando él mismo se ha mostrado tan hostil frente a ese peligroso superior, aun cuando considerara sus triunfos militares con desconfianza, en su fuero interno estaba obligado a honrar el espíritu soberano, el genio organizador y la humanidad de ese enemigo único y respetable. Pero a pesar de toda la aversión que siente hacia el vulgar argumento del asesinato cometido por el pueblo, ese hombre, Julio César, con todos sus méritos y sus obras, ¿no ha cometido la especie más detestable de homicidio, el *parricidium patriae*, el asesinato de la patria? ¿No fue precisamente su genio el peligro más grande para la libertad de Roma? La muerte de ese hombre puede que sea lamentable desde el punto de vista humano, pero favorece el triunfo de la más sagrada causa. Pues, ahora que César está muerto, la república puede resurgir y con ella, triunfar la idea más noble, la de la libertad.

Así Cicerón se sobrepone a su primer sobresalto. Él no ha querido ese alevoso crimen. Tal vez ni en sus sueños más íntimos se haya atrevido siquiera a desearlo. Bruto y Casio —aunque Bruto, al sacar del pecho de César el puñal bañado en sangre, ha gritado su nombre, el de Cicerón, poniendo así como testigo de su crimen al maestro del credo republicano— no le han informado de la conspiración. Pero ahora que el crimen se ha perpetrado de modo irrevocable, al menos hay que aprovecharlo en beneficio de la república. Cicerón reconoce que el camino hacia la antigua libertad romana pasa por encima de ese cadáver imperial. Y su deber es mostrárselo a los demás. Un momento como éste, único, no puede desperdiciarse. Ese mismo día, Marco Tulio Cicerón deja sus libros, sus escritos y el bendito ocio del artista, la contemplación. Con el corazón palpitante, corre hacia Roma, para salvar a la república, la verdadera herencia de César, tanto de sus asesinos como de sus vengadores.

En Roma, Cicerón se encuentra una ciudad confundida, consternada y desorientada. Desde el momento en que se produce, el asesinato de Julio César se revela como más grande que sus autores. La abigarrada camarilla de los conjurados no ha sabido hacer otra cosa que asesinar, nada más que eliminar a ese hombre superior a ellos. Pero ahora que hay que sacar provecho de esa acción, se quedan desamparados, sin saber qué hacer. Los senadores vacilan sobre si deben aprobar o condenar el asesinato. El pueblo, hace tiempo acostumbrado a ser dirigido con mano brutal, no se atreve a opinar. Antonio y los demás amigos de César temen a los conjurados y tiemblan por su vida. Los conjurados, a su vez, tienen miedo de los amigos de César y de su venganza.

En medio de la confusión general, Cicerón se revela como el único capaz de mostrar determinación. En otras ocasiones vacilante y temeroso, como todo hombre de espíritu y nervio, él mismo se pone, sin titubear, tras ese crimen en el que no ha participado. Erguido, pisa las baldosas aún mojadas con la sangre de César y ante el senado reunido ensalza la supresión del dictador como un triunfo de la idea republicana. «¡Ah, pueblo mío, una vez más has recuperado la libertad!», exclama. «Vosotros, Bruto y Casio, vosotros habéis llevado a cabo la acción más grande, no sólo de Roma, sino del mundo entero». Pero al mismo tiempo exige que a

ese acto en sí criminal se le dé un sentido más elevado. Los conjurados deben tomar enérgicamente el poder, desierto tras la muerte de César, y utilizarlo para sin demora salvar la república, para restablecer la vieja constitución romana. Antonio debe encargarse del consulado. Y a Bruto y Casio hay que transmitirles el poder ejecutivo. Por vez primera, y para imponer para siempre la dictadura de la libertad, este hombre de leyes tiene que infringir, por un breve instante en la historia universal, la rígida ley.

Pero ahora se demuestra la debilidad de los conjurados. Sólo eran capaces de urdir una conjura, de cometer un asesinato. Tenían únicamente la fuerza necesaria para hundir sus puñales a cinco pulgadas de profundidad en el cuerpo de un hombre indefenso. Y con ello se acabó su entereza. En lugar de hacerse con el poder y emplearlo para restablecer la república, se afanan por conseguir una amnistía a buen precio y negocian con Antonio. A los amigos de César les dan ocasión para reunirse y con ello desperdician un tiempo precioso. Cicerón, con perspicacia, reconoce el peligro. Se da cuenta de que Antonio prepara un contragolpe, que habrá de liquidar no sólo a los conjurados, sino también las ideas republicanas. Previene, lanza invectivas, instiga y pronuncia discursos, para obligar a los conjurados, para obligar al pueblo a que actúe con decisión. Pero —¡histórico error!— él mismo no lo hace. Ahora tiene todos los recursos en sus manos. El senado está dispuesto a declararse conforme. El pueblo en definitiva sólo espera a alguien que con decisión y arrojo se haga cargo de las riendas que se han escapado de las fuertes manos de César. Nadie se habría opuesto. Todos habrían respirado aliviados, si ahora él se hubiera hecho cargo del gobierno y en medio del caos hubiera puesto orden.

El momento histórico, el momento universal de Marco Tulio Cicerón, que tan ardientemente añorara desde sus discursos catilinarios, ha llegado por fin con esos idus de marzo. Y si hubiera sabido aprovecharlos, la asignatura de Historia que todos nosotros estudiamos en la escuela habría sido bien distinta. El nombre de Cicerón no se habría transmitido en los anales de Livio y Plutarco como el de un mero escritor notable, sino como el del salvador de la república, como el del verdadero genio de la libertad romana. Suya sería la gloria imperecedera de haber tenido en sus manos el poder de un dictador y de haberlo devuelto voluntariamente al pueblo.

Pero en la Historia se repite sin cesar la tragedia del hombre de espíritu que, en el momento decisivo, incómodo en su fuero interno por la responsabilidad, rara vez se convierte en un hombre de acción. Una vez más, en el hombre de espíritu, en el creador, se renueva la misma escisión: ver mejor las necedades de su época le lleva a intervenir y en un momento de entusiasmo se lanza con pasión a la lucha política, pero, al mismo tiempo, duda sobre si se ha de responder a la violencia con violencia. Su conciencia retrocede ante la idea de practicar el terror y derramar sangre. Y esa vacilación y esa deferencia en ese momento único, que no sólo autoriza la falta de consideración, sino que incluso la exige, paraliza sus fuerzas. Tras un primer arranque de entusiasmo, Cicerón observa la situación con peligrosa clarividencia. Observa a los conjurados, a los que aún ayer ensalzaba, y ve que no son más que unos pusilánimes, que huyen de las sombras de su propio crimen. Observa al pueblo y ve que hace tiempo que ya no es el viejo *populus romanus*, aquel pueblo heroico con el que soñara, sino una plebe degenerada que sólo piensa en el beneficio y en la diversión, en comer y en el juego, *panem et circenses*, que un día recibe con júbilo a Bruto y a Casio, a los asesinos, y al siguiente a Antonio, quien clama venganza contra ellos, y al tercero a Dolabela, que manda derribar todos los retratos de César. En esa ciudad degenerada, reconoce, nadie sirve ya con honradez a la idea de la libertad. Todos quieren únicamente el poder o su bienestar. César ha sido eliminado en vano, pues todos ellos sólo aspiran y pelean por su herencia, por su dinero, por sus legiones, por su poder. Tan sólo buscan el provecho y la ganancia para sí mismos, y no para la única causa sagrada, la causa de Roma.

En esas dos semanas, tras su prematuro entusiasmo, Cicerón está cada vez más cansado, se vuelve cada vez más escéptico. Nadie más que él se preocupa del restablecimiento de la república. El sentimiento nacional se ha extinguido, el interés por la libertad se ha perdido por completo. Al final siente repugnancia ante ese turbio tumulto. No puede seguir entregándose al engaño con respecto a la impotencia de sus palabras. A la vista de su fracaso, debe reconocer que su papel conciliador ha terminado, que ha sido demasiado débil o demasiado cobarde para salvar a su patria de la amenaza de la guerra civil. De modo que la abandona a su destino. A principios de

abril deja Roma y —una vez más defraudado, una vez más vencido — vuelve a sus libros en la solitaria villa de Pozzuoli, en el golfo de Nápoles.

Por segunda vez, Marco Tulio Cicerón ha huido del mundo para refugiarse en su soledad. Ahora se da cuenta definitivamente de que, en una esfera en la que el poder equivale a la ley y en la que se fomenta más la falta de escrúpulos que la prudencia y el espíritu conciliador, él, como hombre instruido, como humanista, como garante de la justicia, ha estado desde el principio en un lugar que no le correspondía. Estremecido, ha tenido que reconocer que en esa época afeminada, la república ideal, tal y como la soñara para su patria, es decir, el restablecimiento de las viejas costumbres romanas, ya no es posible. Pero como él mismo no ha podido consumar la acción libertadora en la realidad, esa materia recalcitrante, quiere al menos salvar su sueño para una posteridad más sabia. Los esfuerzos y los conocimientos de sesenta años de vida no pueden perderse por completo y quedar sin efecto. Así, este hombre humillado recuerda cuál es su verdadero poder, y, como advertencia para otras generaciones, redacta en esos días de soledad su última obra, al mismo tiempo la más grande, *De officiis*, la enseñanza de las obligaciones que el hombre independiente, el hombre moral, ha de cumplir frente a sí mismo y frente al Estado. Lo que Marco Tulio Cicerón escribe en Pozzuoli durante el otoño del año 44 a. C., otoño también de su vida, es su testamento político y moral.

Que ese tratado sobre la relación del individuo con respecto al Estado es un testamento, la última palabra de un hombre que ha dimitido y que ha renunciado a todas las pasiones públicas, lo demuestra ya la alocución inicial. *De officiis* está dirigido a su hijo. Cicerón le confiesa con toda sinceridad que no se ha retirado de la vida pública por indiferencia, sino porque, como espíritu libre, como republicano romano, considera que servir a una dictadura está por debajo de su dignidad y de su honor. «Mientras el Estado aún era administrado por hombres que él mismo había escogido, dediqué mi energía y mis ideas a la *res publica*. Pero desde que todo cayó bajo la *dominatio unius*, bajo el dominio de uno solo, no quedó espacio para el servicio público o para ejercer la autoridad». Desde que el senado fue abolido y se cerraron los tribunales, ¿qué

puede él buscar en el senado o en el foro sin perder el respeto a sí mismo? Hasta ahora, la actividad pública, la actividad política, le ha robado demasiado tiempo. «Scribendi otium non erat», al que escribe no le quedaba tiempo libre. Y nunca pudo formular de modo concluyente su visión del mundo. Pero ahora que se ve obligado a permanecer inactivo, quiere aprovecharlo al menos en el sentido de la espléndida frase de Escipión, que de sí mismo dijo que nunca estuvo más activo que cuando no tuvo nada que hacer y nunca menos solo que cuando estaba solo consigo mismo.

Estas ideas sobre la relación del individuo con respecto al Estado, que Marco Tulio Cicerón expone a su hijo, con frecuencia no son nuevas ni originales. Combinan lo leído con lo generalmente aceptado. A los sesenta años un dialéctico no se convierte de pronto en un poeta, ni un compilador en un creador original. Pero las opiniones de Cicerón adquieren esta vez una nueva carga emocional por el tono de dolor y de amargura que en ellas resuena. En medio de guerras civiles sangrientas y de una época en la que las hordas pretorianas y la canalla de los distintos partidos luchan por el poder, el espíritu verdaderamente humano sueña una vez más —como siempre los individuos en épocas semejantes— con la eterna quimera de una pacificación universal a través del conocimiento de las costumbres y de la conciliación. La justicia y la ley, por sí solas, deben ser los férreos pilares del Estado. Los realmente honrados, y no los demagogos, son los que tienen que alcanzar el poder y con ello la justicia dentro del Estado. Nadie tiene derecho a tratar de imponer al pueblo su voluntad y con ello su capricho. Y es un deber negar la obediencia a esos ambiciosos que arrebatan el gobierno al pueblo, «hoc omne genus pestiferum acque impium». Exasperado, este hombre de una independencia inquebrantable, rechaza cualquier colaboración con un dictador, así como prestarle cualquier servicio. «Nulla est enim societas nobis cum tyrannis et potius summa distractio est».

El dominio ejercido por la fuerza viola cualquier derecho, argumenta. La verdadera armonía en una república sólo puede producirse si el individuo, en lugar de tratar de sacar provecho personal de su puesto público, antepone los intereses de la comunidad a los privados. Sólo si la riqueza no se despilfarra en el lujo y la disipación, sino que se administra y se transforma en

cultura espiritual, artística, sólo si la aristocracia renuncia a su orgullo, y la plebe, en lugar de dejarse sobornar por los demagogos y de vender el Estado a un partido, exige sus derechos naturales, sólo entonces puede restablecerse la república. Panegirista del centro, como todos los humanistas, Cicerón reclama la conciliación de las divergencias. Roma no necesita un Sila, ni un César, como tampoco a los Graco. La dictadura resulta peligrosa. E igualmente lo es la revolución.

Mucho de lo que dice Cicerón se encuentra ya en el Estado con el que soñara Platón y se puede volver a leer en Jean-Jacques Rousseau, así como en todos los idealistas utópicos. Pero lo que eleva su testamento tan sorprendentemente por encima de su época es ese sentimiento nuevo que medio siglo antes del cristianismo se expresa aquí por vez primera: el humanitarismo. En una época de la más atroz crueldad, en la que hasta César cuando conquista una ciudad manda cortar las manos a dos mil prisioneros, en la que los mártires y las luchas de gladiadores, las crucifixiones y lapidaciones son hechos cotidianos y naturales, Cicerón es el primero y el único que alza la voz para protestar contra cualquier abuso de poder. Condena la guerra como el método de los *beluarum*, de las bestias, así como el militarismo y el imperialismo de su propio pueblo, la explotación de las provincias, y solicita que la anexión de otras tierras al imperio romano sólo se haga por medio de la cultura y de las costumbres, jamás por la espada. Alza la voz contra el saqueo de ciudades —y reclamación absurda en la Roma de entonces— exige clemencia incluso para aquellos que están más desamparados frente a la ley, para los esclavos (*adversus infirmus justitia esse servandum*). Con mirada profética prevé la caída de Roma en la sucesión demasiado rápida de sus victorias y en sus conquistas malsanas, por ser sólo militares. Desde que con Sila la nación emprendiera guerras con el único objeto de hacerse con un botín, la justicia en el propio imperio se ha perdido. Siempre que un pueblo recurre a la violencia para arrebatarles la libertad a otros, pierde con ello, en una enigmática venganza, la fuerza portentosa de su propio aislamiento.

Mientras las legiones, bajo el mando de jefes ambiciosos, marchan hacia Partia y Persia, hacia Germania y Britania, hacia Hispania y Macedonia, para servir al delirio efímero de un imperio,

una voz solitaria eleva aquí su protesta contra ese peligroso triunfo, pues ha visto cómo a partir de la cruenta simiente de las guerras de conquista crece la cosecha aún más sangrienta de las guerras civiles. Con gravedad, este impotente defensor de la humanidad suplica a su hijo que honre la *adiumenta hominum*, la colaboración entre los hombres, como el ideal más elevado, el más trascendente. Al fin, el que durante demasiado tiempo ha sido maestro de retórica, abogado y político, alguien que por dinero y por la fama defiende con idéntico brío cualquier causa, sea buena o mala, el mismo que aspirara a cualquier puesto, el que pretendiera la riqueza, el honor público y el aplauso del pueblo, llega a esa clara intuición en el otoño de su vida. Justo antes del final, Marco Tulio Cicerón, hasta ahora sólo un humanista, se convierte en el primer defensor de la humanidad.

Pero mientras Cicerón, sereno y sosegado en su retiro, medita sobre el sentido y la forma de una constitución moral, crece la agitación en el imperio romano. Ni el senado ni el pueblo han decidido aún si hay que ensalzar a los asesinos de César o desterrarlos. Antonio se prepara para la guerra contra Bruto y Casio, cuando de modo inesperado se presenta un nuevo pretendiente, Octavio, al que César nombró su heredero y al que ahora le gustaría hacerse cargo de esa herencia. Apenas ha desembarcado en Italia, escribe a Cicerón para ganar su apoyo. Al mismo tiempo, Antonio le pide que vaya a Roma. Y a su vez Bruto y Casio le llaman desde sus plazas fuertes. Todos ellos pretenden que el gran defensor defienda su causa. Todos ellos solicitan del célebre maestro de leyes que haga que la injusticia cometida contra ellos se convierta en justicia. Con acertado instinto, como hacen siempre los políticos que quieren el poder, en tanto no lo tienen aún, buscan el apoyo del hombre de espíritu, al que después apartarán a un lado con desdén. Y si Cicerón aún fuera el frívolo y ambicioso político de antaño, se habría dejado engañar.

Pero Cicerón en parte está cansado, y en parte se ha vuelto prudente, dos impresiones que a menudo se parecen entre sí de un modo peligroso. Sabe que ahora sólo necesita una cosa: acabar su obra, poner orden en su vida, en sus pensamientos. Como Ulises ante el canto de las sirenas, cierra su oído interno frente a las seductoras llamadas de los poderosos, no atiende a la de Antonio, ni

a la de Octavio, ni a las de Bruto y Casio, tampoco a la del senado, ni a la de sus amigos, sino que, convencido de que tiene más fuerza con la palabra que actuando y de que es más sensato mantenerse solo que en medio de una camarilla, sigue escribiendo su libro, consciente de que será su despedida de este mundo.

Sólo cuando ha terminado ese testamento, levanta la vista. Y es un mal despertar. El país, su patria, está al borde de la guerra civil. Antonio, que ha saqueado las arcas de César y las de los templos, ha conseguido reunir mercenarios con dinero robado. Pero a él se enfrentan tres ejércitos en armas. El de Octavio, el de Lépido, y el de Bruto y Casio. Es demasiado tarde para la reconciliación y la mediación. Ahora hay que decidir si sobre Roma debe imperar un nuevo cesarismo bajo Antonio o si debe perdurar la república. Todos han de elegir en ese momento. También el más prudente y el más precavido, el que, siempre buscando el equilibrio, se mantuvo por encima de los partidos o indeciso vaciló entre unos y otros. También Marco Tulio Cicerón tiene que decidirse de una vez.

Y ahora sucede lo extraordinario. Desde que Cicerón ha hecho llegar a su hijo su *De officiis*, su testamento, es como si, a partir del desprecio que siente por la vida, hubiera cobrado un nuevo valor. Sabe que su carrera política, que su carrera literaria ha concluido. Lo que tenía que decir, lo ha dicho. Lo que le queda por vivir no es mucho. Es viejo, ha terminado su obra, ¿para qué defender aún ese resto miserable? Como un animal agotado por el acoso, que, cuando sabe que tras él los mastines aúllan a muy poca distancia, se vuelve de pronto y, para apresurar el final, se arroja contra los perros que le persiguen, asimismo Cicerón, con un coraje verdaderamente mortal, se lanza una vez más al centro de la lucha y desde su peligrosa posición. El que durante meses y años sólo ha manejado el silencioso cálamo, retoma la piedra de rayo del discurso y la arroja contra los enemigos de la república.

Conmovedor espectáculo. En diciembre, el hombre de cabellos grises se encuentra de nuevo en el foro de Roma, para una vez más invitar al pueblo romano a que se muestre digno del honor de sus antepasados, *ille mos virtusque maiorum*. Con sus catorce Filípicas fulmina a Antonio, el usurpador, que ha negado la obediencia al senado y al pueblo, consciente del peligro que supone erigirse sin armas en contra de un dictador que ya ha reunido a sus legiones

dispuestas a avanzar y a matar. Pero quien quiere incitar a otros a que sean valerosos sólo resulta convincente si él mismo demuestra de modo ejemplar ese valor. Cicerón sabe que ya no se bate ociosamente con palabras como lo hiciera en otro tiempo en ese mismo foro, sino que, para convencer, esta vez ha de empeñar la vida. Decidido, desde la *rostra*, la tribuna de los oradores, confiesa: «Cuando era joven defendí ya la república. Ahora que me he hecho viejo, no la dejaré en la estacada. Estoy dispuesto a dar mi vida, si con mi muerte se puede restablecer la libertad de esta ciudad. Mi único deseo es, al morir, dejar atrás un pueblo de Roma libre. Los dioses inmortales no podrían concederme mayor favor». No queda tiempo, demanda enfático, para negociar con Antonio. Hay que apoyar a Octavio, que, aun siendo pariente de sangre y heredero de César, representa la causa de la república. Ya no se trata de hombres, sino de una causa, la más sagrada —*res in extremum est adducta discrimen: de libertate decernitur*—. Y la causa ha llegado a la última y más extrema de las decisiones. Se trata de la libertad. Pero donde ese bien inviolable se ve amenazado, cualquier titubeo resulta perverso. Así, el pacifista Cicerón reclama que los ejércitos de la república se enfrenten a los de la dictadura. Y él que, como más tarde su discípulo Erasmo, por encima de todo odia el *tumultus*, la guerra civil, solicita que se declare el estado de excepción para el país y se dicte el destierro contra el usurpador.

En esos catorce discursos, desde que no actúa como abogado en procesos dudosos, sino como defensor de una causa noble, Cicerón encuentra palabras verdaderamente grandiosas y ardientes. «Que otros pueblos vivan, si es su deseo, en la esclavitud», exclama ante sus conciudadanos. «Nosotros, romanos, no queremos. Si no podemos conquistar la libertad, dejadnos morir». Si el Estado ha llegado realmente a la más extrema de las humillaciones, entonces a un pueblo que domina el mundo entero —*nos principes orbium terrarum gentiusque omnium*— le corresponde actuar como lo harían en la arena los gladiadores reducidos a la esclavitud. Mejor morir haciendo frente a los enemigos que dejarse matar. *«Ut cum dignitate potius cadamus quam cum ignominia serviamus»*. Mejor morir con honor que servir con ignominia.

Con asombro, el senado escucha atentamente. También el pueblo reunido escucha con atención esas Filípicas. Algunos quizá

se den cuenta de que será la última vez a lo largo de siglos que semejantes palabras puedan pronunciarse libremente en el mercado. Allí, pronto no habrá más remedio que inclinarse como un esclavo ante las estatuas de mármol de los emperadores. Sólo a los aduladores y a los delatores se les permitirá un cuchicheo insidioso, en lugar de la libertad de palabra que en otro tiempo reinara en el imperio de los Césares. Un estremecimiento recorre a los oyentes, mitad miedo y mitad admiración por ese hombre viejo que, solo, con el valor del desesperado, de una íntima desesperanza, defiende la independencia del hombre de espíritu y el derecho de la república. Vacilantes, le apoyan. Pero tampoco la rueda pirotécnica de las palabras puede ya enardecer la podrida estirpe del orgullo romano. Y mientras en el mercado este idealista solitario predica el sacrificio, quienes sin escrúpulos detentan el poder en las legiones cierran a sus espaldas el pacto más deshonroso de la historia de Roma.

El mismo Octavio, al que Cicerón ha ensalzado como el defensor de la república, el mismo Lépido, para el que solicitara al pueblo de Roma una estatua por sus servicios, porque los dos se habían retirado para eliminar a Antonio, el usurpador, ambos prefieren negociar en privado. Como ninguno de los cabecillas, ni Octavio, ni Antonio, ni Lépido, es lo suficientemente fuerte para apoderarse por sí mismo del imperio romano como si se tratara de un botín personal, los tres enemigos jurados están de acuerdo en que es mejor repartirse la herencia de César en privado y entre ellos. En lugar del gran César, Roma tiene de la noche a la mañana tres pequeños césares.

Se trata de un momento decisivo en la historia universal, pues los tres generales, en lugar de obedecer al senado y respetar las leyes del pueblo de Roma, se unen para formar un triunvirato y dividir un imperio inmenso, que abarca tres continentes, como si fuera un botín de guerra cualquiera. En una pequeña isla, cerca de Bolonia, donde se juntan las aguas del Reno y del Lavino, se instala una tienda en la que habrán de reunirse los tres salteadores. Como es natural, ninguno de estos grandes héroes militares confía en los otros. Demasiado a menudo se han llamado unos a otros en sus proclamas mentiroso, canalla, usurpador, enemigo del Estado, bandido y ladrón, como para no estar al corriente del cinismo de los

otros. Pero a quien está hambriento de poder sólo le importa ejercerlo y no la opinión de los demás, únicamente el botín y no el honor. Tomando todas las precauciones posibles, los tres interlocutores se acercan uno tras otro al lugar convenido. Sólo después de que los futuros dominadores del mundo se hayan cerciorado de que ninguno de ellos lleva armas consigo para asesinar a esos aliados demasiado recientes, se sonríen amablemente y entran en la tienda en la que se ha de acordar y constituir el futuro triunvirato.

Antonio, Octavio y Lépido permanecen durante tres días en esa tienda, sin testigos. Tienen que ocuparse de tres asuntos. Sobre el primero —cómo deben repartir el mundo— se ponen al instante de acuerdo. Octavio recibirá África y Numidia. Antonio, Galia. Y Lépido, Hispania. Tampoco la segunda cuestión les plantea demasiadas preocupaciones: cómo reunir el dinero para pagar la soldada que desde hace meses deben a sus legiones y a la canalla de sus partidos. Este problema se resuelve con ligereza, siguiendo un sistema a menudo imitado desde entonces. A los hombres más ricos del país se les arrebatará su fortuna y, para que no puedan quejarse en voz demasiado alta, al mismo tiempo se les quitará de en medio. Cómodamente sentados a la mesa, los tres hombres redactan una lista, la notificación pública de los nombres de los proscritos, los dos mil hombres más ricos de Italia, entre ellos doscientos senadores. Cada uno nombra a aquellos a los que conoce, añadiendo también a sus enemigos y adversarios personales. Con un par de rápidos trazos, el nuevo triunvirato, tras la cuestión territorial, ha despachado también la económica.

Ahora toca discutir el tercer punto. Quien quiera establecer una dictadura, para asegurar su dominio, debe ante todo hacer callar a los eternos rivales de cualquier tiranía: a los hombres independientes, a los defensores de esa inextirpable utopía que es la libertad de espíritu. Antonio exige que el primer nombre que figure en esa lista sea el de Marco Tulio Cicerón. Ese hombre ha reconocido su auténtica naturaleza y le ha llamado por su verdadero nombre. Es más peligroso que todos los demás, porque tiene fuerza de espíritu y voluntad de independencia. Hay que deshacerse de él.

Octavio, asustado, se niega. Como hombre joven, aún no del

todo endurecido ni envenenado por la perfidia de la política, se resiste a empezar su mandato eliminando al escritor más célebre de Italia. Cicerón ha sido el más fiel defensor de su causa. Él le ensalzó ante el pueblo y ante el senado. Hace pocos meses Octavio aún pedía humildemente su ayuda, su consejo, tratando al anciano con respeto como su «verdadero padre». Octavio se avergüenza y persiste en su oposición. Con un acertado instinto, que le honra, no quiere entregar al más ilustre artífice de la lengua latina al oprobio del puñal de unos asesinos a sueldo. Pero Antonio insiste. Sabe que entre el espíritu y el poder hay una rivalidad eterna, y que nadie puede ser más peligroso para la dictadura que el maestro de la palabra. Tres días dura la lucha en torno a la cabeza de Cicerón. Al fin cede Octavio, y así el nombre de Cicerón remata el documento probablemente más deshonroso de la historia de Roma. Con esa única proscripción es con la que en realidad se sella la sentencia de muerte de la república.

Desde el momento en que Cicerón se entera del acuerdo alcanzado entre esos tres hombres, hasta entonces enemigos jurados, es consciente de que está perdido. Sabe muy bien que al filibustero de Antonio, al que Shakespeare ennoblecería sin motivo elevándolo al plano del espíritu, lo ha marcado demasiado dolorosamente con el hierro candente de la palabra, al adjudicarle los bajos instintos de la codicia, la vanidad, la crueldad y la falta de escrúpulos, como para que de ese hombre brutal y violento le quepa esperar la generosidad de César. Lo único lógico, en el caso de que quisiera salvar su vida, sería una rápida huida. Cicerón tendría que haberse trasladado a Grecia, con Bruto, con Casio, con Catón, al último campamento de la libertad republicana. Allí al menos se habría puesto a salvo de los asesinos que ya han sido enviados. Y de hecho dos, tres veces, el proscrito parece decidido a huir. Lo prepara todo, informa a sus amigos, se embarca, se pone en camino, pero en el último momento se detiene. Quien ha conocido ya la desesperación del exilio, experimenta incluso en el riesgo la voluptuosidad del suelo patrio y la indignidad de una vida en huida constante. Una voluntad misteriosa, más allá de la razón e incluso en contra de ella, le obliga a encarar el destino que le espera. Este hombre cansado, a su existencia ya concluida sólo le pide un par de días de descanso. Poder reflexionar un poco en calma, escribir un par de cartas, leer

un par de libros. Y que después venga aquello para lo que esté predestinado. Durante esos últimos meses, Cicerón se oculta tan pronto en una de sus fincas, tan pronto en otra, partiendo una vez más, en cuanto amenaza el peligro, pero sin escapar nunca por completo. Como cambia de almohada un enfermo con fiebre, cambia él esos semiescondites, sin estar del todo resuelto a hacer frente a su destino, pero tampoco a evitarlo, como si, con esa disposición a morir, inconscientemente quisiera cumplir con la máxima que formulara en su tratado *De senectute*, según la cual un hombre viejo no tiene derecho a buscar la muerte ni a aplazarla. Venga cuando venga, hay que recibirla con resignación. *Neque turpis mors forti viro potest accedere*. Para las almas fuertes no hay muerte ignominiosa.

Y así, Cicerón, que se había puesto ya en camino hacia Sicilia, ordena de pronto a sus gentes que de nuevo pongan rumbo hacia la hostil Italia y tomen puerto en Caieta, la actual Gaeta, donde posee una pequeña finca. Ha sucumbido al cansancio, un cansancio que no es simplemente de los miembros, de los nervios, sino un cansancio ante la vida y una misteriosa nostalgia por el final, por la tierra. Sólo quiere descansar una vez más. Respirar una vez más el dulce aire de la patria y despedirse. Despedirse del mundo, pero reposar y descansar, aunque sólo sea un día o una hora.

Respetuoso, saluda, en cuanto toma puerto, a los lares de la casa, los espíritus protectores. El hombre de sesenta y cuatro años está agotado. El viaje por mar le ha dejado exhausto, de modo que se echa en el *cubiculum*, en el dormitorio o mejor dicho en la cámara funeraria, y cierra los ojos, para por anticipado disfrutar durante el ligero sueño del placer del eterno descanso. Pero apenas se ha acostado, cuando atropelladamente entra un esclavo de confianza. En las proximidades hay unos hombres armados, que resultan sospechosos. Un empleado de su casa, al que durante toda su vida ha dado pruebas de amistad, ha revelado su llegada a los asesinos para cobrar la recompensa. Tiene que huir, huir de inmediato. Una litera está preparada. Y ellos mismos, los esclavos de la casa, quieren armarse y defenderle durante el corto trayecto hasta el barco, donde estará a salvo. El anciano, extenuado, se niega. «¿Para qué?», dice. «Estoy cansado de huir y cansado de vivir. Dejadme morir en esta tierra, a la que yo he salvado». Por fin

el viejo sirviente de confianza le convence. Dando un rodeo a través de un pequeño bosquecillo, los esclavos armados llevan la litera hasta el barco salvador.

Pero el hombre que en su propia casa le ha traicionado no quiere quedarse sin su vergonzoso dinero. A toda prisa, reúne a un centurión, un capitán y un par de hombres armados. Todos ellos corren tras la comitiva a través del bosque y aún les da tiempo a alcanzar la presa. Al instante, los sirvientes se agrupan en torno a la litera y se disponen a luchar, pero Cicerón les ordena que lo dejen. Su vida está acabada, ¿para qué sacrificar otras ajenas, más jóvenes? En el último momento, este hombre siempre vacilante, siempre indeciso y sólo en ocasiones valiente pierde por completo el miedo. Siente que sólo puede acreditarse como romano en esta su última prueba si —*sapientissimus quisque aequissimo animo moritur*— encara la muerte con dignidad. Por orden suya, los criados se apartan. Desarmado y sin ofrecer resistencia, brinda a los asesinos su anciana cabeza con estas grandiosas y sabias palabras: «Non ignoravi me mortalem genuisse». Siempre he sabido que soy mortal. Pero los asesinos no quieren filosofía, sólo su paga. Y no lo dudan mucho. De un fuerte golpe, el centurión derriba al hombre indefenso. Así muere Marco Tulio Cicerón, el último defensor de la libertad de Roma. Mostrándose en su última hora más heroico, más viril y más decidido que en otras miles y miles durante toda su vida. A la tragedia sigue una cruenta pieza satírica. De la urgencia con la que Antonio ha ordenado esa muerte, los asesinos deducen que esa cabeza ha de tener un extraordinario valor. Naturalmente no sospechan su valía en el contexto espiritual del mundo y de la posteridad, pero sí la importancia que tiene para quien ha ordenado ese acto sangriento. Para que no les disputen el premio, deciden llevarle a Antonio en persona la cabeza como prueba elocuente de que sus órdenes se han cumplido. De modo que el jefe de los criminales le corta al cadáver la cabeza y las manos, las mete en un saco y cargando a la espalda ese fardo del que aún gotea la sangre, corre lo más deprisa posible en dirección a Roma, para alegrar al dictador con la noticia de que el mejor defensor de la república romana ha sido eliminado por el procedimiento habitual.

Y el criminal menor, el jefe de esos asesinos, ha calculado bien. El gran criminal, que ha ordenado el asesinato, transforma su

alegría por el crimen cometido en moneda, dando una recompensa digna de un príncipe. Ahora que ha mandando saquear y asesinar a los dos mil hombres más ricos de Italia, Antonio puede por fin mostrarse generoso. Por el sanguinolento saco que contiene las manos cortadas y la ultrajada cabeza de Cicerón paga al centurión un brillante millón de sestercios. Pero con ello su venganza aún no se ha enfriado, de modo que el odio estúpido de este hombre ávido de sangre maquina aún una especial ignominia para el muerto, sin darse cuenta de que con ella él mismo se verá envilecido por todos los tiempos. Antonio ordena que la cabeza y las manos sean clavadas en la tribuna desde la que Cicerón incitara al pueblo contra él para defender la libertad de Roma.

Un espectáculo deshonroso espera al día siguiente al pueblo romano. En la tribuna de los oradores, la misma desde la que Cicerón pronunciara sus inmortales discursos, cuelga descolorida la cabeza cortada del último defensor de la libertad. Un imponente clavo oxidado atraviesa la frente, los miles de pensamientos. Lívidos y con un rictus de amargura, se entumecen los labios que formularon de modo más bello que los de ningún otro las metálicas palabras de la lengua latina. Cerrados, los azulados párpados cubren los ojos que durante sesenta años velaron por la república. Impotentes, se abren las manos que escribieron las más espléndidas cartas de la época.

Pero con todo, ninguna acusación formulada por el grandioso orador desde esa tribuna contra la brutalidad, contra el delirio de poder, contra la ilegalidad, habla de modo tan elocuente en contra de la eterna injusticia de la violencia como esa cabeza muda de un hombre asesinado. Receloso, el pueblo se aglomera en torno a la profanada *rostra*. Abatido, avergonzado, vuelve a apartarse. Nadie se atreve —¡es una dictadura!— a expresar una sola réplica, pero un espasmo les oprime el corazón. Y consternados, bajan los ojos ante esa trágica alegoría de su república crucificada.

LA CONQUISTA DE BIZANCIO
29 DE MAYO DE 1453

INTUICIÓN DEL PELIGRO

El 5 de febrero de 1451, Mehmet, de veintiún años, hijo mayor del sultán Murat, recibe a un mensajero que le trae hasta Asia Menor la noticia de que su padre ha muerto. Sin dar una sola explicación, ni a sus ministros ni a sus consejeros, el príncipe, tan taimado como enérgico, se lanza sobre el mejor de sus caballos y fustiga al magnífico pura sangre para, de una sola tirada, cubrir las ciento veinte millas que le separan del Bósforo. Y de inmediato, en dirección a Gallípoli, cruza a la orilla europea. Sólo allí revela a sus partidarios la muerte de su padre. Para poder sofocar cualquier otra pretensión al trono, se apresura a reunir una tropa excelente y la conduce hacia Adrianópolis, donde en efecto es reconocido sin oposición como soberano del imperio otomano. Ya su primer acto de gobierno demuestra que la determinación de Mehmet es terriblemente despiadada. Para liquidar de antemano a cualquier rival de su misma sangre, hace que a su hermano menor de edad lo ahoguen durante el baño e inmediatamente después —y también esto prueba su premeditada astucia y su ferocidad— manda matar al asesino, al que ha obligado a cometer ese crimen.

La noticia de que, sustituyendo a Murat, más prudente, Mehmet, ese joven apasionado y ávido de gloria, se ha convertido en sultán de los turcos, llena a Bizancio de pánico, pues gracias a cientos de espías se sabe que ese ambicioso ha jurado hacer suya la que en otro tiempo fuera la capital del mundo y que, a pesar de su juventud, emplea tanto sus días como sus noches en trazar planes estratégicos para llevar a cabo el proyecto de su vida. Al mismo tiempo, todos los informes hablan de las extraordinarias dotes

militares y diplomáticas del nuevo *padishá*. Mehmet es a un tiempo piadoso y cruel, apasionado y malicioso, un hombre culto que ama las artes, que lee a César y las biografías de los romanos en latín, y que, sin embargo, es un bárbaro que derrama sangre como si fuera agua. Ese hombre de ojos delicados, melancólicos, con una afilada y arisca nariz de papagayo, se muestra a un tiempo como un trabajador infatigable, un soldado temerario y un diplomático sin escrúpulos. Y todas esas peligrosas fuerzas se concentran en una misma idea: sobrepasar ampliamente las hazañas de su abuelo Bayaceto y de su padre Murat, que por primera vez enseñaron a Europa la supremacía militar de la nueva nación turca. Pero su primer golpe, eso se sabe, se presiente, será contra Bizancio, la última y magnífica piedra preciosa de la corona imperial de Constantino y Justiniano.

De hecho, para un puño decidido, esa piedra preciosa se encuentra desprotegida y al alcance de la mano. El imperio bizantino, el imperio romano de Oriente, que en otro tiempo abarcaba el mundo entero, desde Persia hasta los Alpes, extendiéndose también hasta los desiertos de Asia, un imperio universal que apenas se podía recorrer empleando meses y meses, se puede cruzar ahora a pie cómodamente en tres horas. Por desgracia, de aquel imperio no ha quedado más que una cabeza sin cuerpo, una capital sin reino: Constantinopla, la ciudad de Constantino, la vieja Bizancio. Y de esa Bizancio, al emperador, al *basileus*, no le pertenece más que una parte, la actual Estambul, mientras que Galata ya ha caído en manos de los genoveses y todo el país, más allá de los muros de la ciudad, en las de los turcos. El reino del último emperador tiene el tamaño de la palma de una mano, es tan sólo una inmensa muralla circular en torno a iglesias, palacios y a una maraña de casas llamada Bizancio. Saqueada ya una vez hasta la médula por los cruzados, despoblada por la peste, extenuada por la eterna resistencia de los pueblos nómadas, desgarrada por las disensiones nacionales y religiosas, esta ciudad no puede aportar tropas ni arrojo viril para, con sus propias fuerzas, rechazar a un enemigo que la tiene agarrada por todas partes con tentáculos de pulpo. La púrpura del último emperador de Bizancio, Constantino Dragases, es un manto de viento. Su corona, un juego del destino. Pero precisamente por estar cercada por los turcos y

porque para todo el mundo occidental es sagrada gracias a una cultura común, de miles de años, Bizancio representa para Europa un símbolo de su gloria. Sólo si la cristiandad unida defiende ese último y ya desmoronado baluarte en el Este, Santa Sofía podrá seguir siendo una basílica de la fe, la última y al mismo tiempo la más bella catedral del cristianismo romano oriental.

Constantino enseguida comprende el peligro. A pesar de todas las promesas de paz hechas por Mehmet, con comprensible temor, envía emisario tras emisario hasta Italia, con mensajes para el Papa, con mensajes para Venecia, para Génova, solicitando que envíen galeras y soldados. Pero Roma duda, y Venecia también, pues entre la fe de Oriente y la de Occidente se abre cada vez más el viejo abismo teológico. La Iglesia griega odia a la romana, y su patriarca se niega a reconocer en el Papa al supremo pastor. Aunque hace tiempo que, en vista del peligro turco, en dos concilios celebrados en Ferrara y Florencia, se ha decidido la reunificación de ambas Iglesias, asegurando con ello a Bizancio la ayuda contra los turcos. Pero en cuanto el peligro dejó de ser tan urgente para Bizancio, los sínodos griegos se negaron a poner en vigor el acuerdo. Sólo ahora que Mehmet se ha convertido en sultán, la necesidad triunfa sobre la obstinación ortodoxa. Al mismo tiempo, con el ruego de una rápida ayuda, Bizancio envía a Roma la noticia de que está dispuesta a transigir. Entonces se equipan galeras con soldados y munición, mas en uno de los barcos navega también el legado del Papa, para solemnemente hacer efectiva la reconciliación de ambas Iglesias y hacer ver al mundo que quien ataque a Bizancio, desafía a toda la cristiandad.

LA MISA DE LA RECONCILIACIÓN

El espectáculo de aquel día de diciembre es grandioso. La magnífica basílica, cuyo lujo de antaño en mármoles y mosaicos y excelencias resplandecientes apenas podemos imaginar por la mezquita actual, celebra la gran fiesta de la reconciliación. Rodeado de todos los dignatarios de su imperio, aparece Constantino, el *basileus*, para con su corona imperial ser el supremo testigo y garante de la eterna unión. El inmenso espacio, iluminado por incontables velas, está lleno a rebosar. Ante el altar celebran misa como hermanos el

legado de la sede de Roma, Isidoro, y el patriarca ortodoxo Gregorio. Por primera vez, esta iglesia volverá a incluir en sus plegarias el nombre del Papa. Por primera vez, el piadoso cántico se eleva hacia las bóvedas de la imperecedera catedral simultáneamente en lengua latina y en lengua griega, mientras que el cadáver de san Espiridión es llevado en solemne procesión por las dos clerecías pacificadas. Una y otra fe, Oriente y Occidente, parecen unidas para siempre. Y por fin, tras muchos años de criminal disensión, se consuma la idea de Europa, el sentido de Occidente.

Pero los momentos en los que a lo largo de la Historia prevalecen el sentido común y la reconciliación son breves, efímeros. Cuando en la iglesia aún se unen piadosamente las distintas voces en una común oración, afuera, en una celda del monasterio, un monje erudito llamado Gennadio trabaja ya con ahínco contra los latinos y la traición a la verdadera fe. Apenas impuesta por la razón, la alianza pacífica ya ha sido otra vez desgarrada por el fanatismo. Y así como el clero griego no piensa en absoluto en una sumisión efectiva, los aliados al otro extremo del Mediterráneo no se acuerdan de la ayuda que han prometido. Envían en efecto un par de galeras, unos doscientos soldados, pero después la ciudad es abandonada a su propio destino.

COMIENZA LA GUERRA

Los poderosos, cuando proyectan una guerra, en tanto no están preparados por completo, hablan largo y tendido de la paz. Así, en su subida al trono también Mehmet recibe a los enviados del emperador Constantino con las más amables y tranquilizadoras palabras. Pública y solemnemente, jura por Dios y por sus profetas, por los ángeles y el Corán, que va a cumplir fielmente los acuerdos firmados con el *basileus*, pero al mismo tiempo el taimado sultán llega con húngaros y serbios a un compromiso de recíproca neutralidad durante tres años —precisamente el plazo en el que se ha propuesto apoderarse de la ciudad sin que nadie le estorbe—. Sólo entonces, después de haber prometido y jurado suficientemente la paz, Mehmet provoca la guerra quebrantando la ley.

Hasta ahora, los turcos no poseían más que la orilla asiática del Bósforo, con lo que a través del estrecho los barcos podían llegar sin obstáculos desde Bizancio hasta el mar Negro, su depósito de grano. Ahora Mehmet estrangula ese paso, cuando, sin preocuparse siquiera de dar una excusa, manda construir una fortaleza en Rumili Hissar, en la orilla europea, precisamente en la parte más angosta, por donde en otro tiempo, en los días de la dominación persa, el intrépido Jerjes atravesó el estrecho. De la noche a la mañana, miles, cientos de miles de trabajadores se asientan en la orilla europea que, conforme a los tratados, no se puede fortificar —pero, ¿qué valor tienen los acuerdos firmados para los poderosos?— y para procurarse el sustento saquean los campos de los alrededores, derribando no sólo las casas, sino también la antigua y conocida iglesia de San Miguel, para hacerse con piedras para su fortaleza. El sultán en persona, sin descansar ni por el día ni por la noche, dirige la construcción. E impotente, Bizancio ha de presenciar cómo contra las leyes y los tratados le cierran el libre paso hacia el mar Negro. Los primeros barcos que tratan de cruzar el mar hasta ahora libre, son tiroteados en plena paz. Tras esta primera y afortunada demostración de poder, cualquier otra regulación pronto resulta inútil. En agosto de 1452, Mehmet reúne a todos sus agaes y bajaes y abiertamente expone su intención de atacar Bizancio y apoderarse de ella. Y al anuncio pronto le sigue la brutal acción. Por todo el imperio turco se envían heraldos que recluten a todos aquellos que sean capaces de llevar armas. Y el 5 de abril de 1453, como una marea viva que irrumpe de repente, un inmenso ejército otomano inunda la llanura de Bizancio hasta llegar casi al pie de sus murallas.

A la cabeza de esas tropas, suntuosamente vestido, cabalga el sultán para montar su tienda frente a la puerta de Likas. Pero antes de que el viento ahueque los estandartes frente a su cuartel general, ordena que extiendan su alfombra de rezos. Descalzo, pone el pie sobre ella y se inclina tres veces con el rostro vuelto hacia La Meca, llegando con la frente hasta el suelo. Tras él los cientos y cientos de miles de hombres que forman su ejército repiten en la misma dirección y con el mismo ritmo la misma oración, para que Alá les conceda el vigor y la victoria. Sólo entonces el sultán se levanta. Del hombre humilde ha surgido de nuevo el arrogante. Del siervo de

Dios, el jefe, el soldado. Y por todo el campamento corren ahora los *tellals*, sus pregoneros oficiales, para, a golpe de tambor y toque de clarín, seguir anunciando: «El asedio de la ciudad ha comenzado».

LAS MURALLAS Y LOS CAÑONES

Bizancio sólo cuenta con un poder y una fuerza, sus murallas. Nada le queda de cuando su imperio se extendía por el mundo entero, nada, salvo ese legado de una época más grande y feliz. El triángulo de la ciudad está protegido con una triple coraza. Más bajas, pero aún majestuosas, las murallas de piedra defienden ambos flancos de la urbe frente al mar de Mármara y el Cuerno de Oro. Una masa gigantesca despliega en cambio el parapeto frente al continente, la llamada muralla de Teodosio. Ya Constantino, previendo futuros peligros, ciñó la ciudad de Bizancio con sillares, y Justiniano prosiguió la construcción y consolidación de ese muro. Pero el bastión propiamente dicho no lo erige sino Teodosio, con una muralla de siete kilómetros de longitud, de cuya fuerza ciclópea dan testimonio aún hoy los restos cubiertos de hiedra. Embellecida con troneras y almenas, protegida por fosos, custodiada por imponentes torres cuadradas, levantada en líneas paralelas dobles y triples, y completada y renovada una y otra vez por cada emperador durante miles de años, esta soberbia muralla de circunvalación representó en su época el símbolo perfecto de lo inexpugnable. Como en los tiempos del asalto desenfrenado de las hordas bárbaras o de las huestes turcas, esos bloques ciclópeos se mofan también ahora de cualquier instrumento bélico que se haya inventado hasta entonces. Impotentes, los proyectiles de las catapultas, de los arietes y hasta de las nuevas culebrinas, así como los de los morteros, rebotan contra su empinada pared. Ninguna otra ciudad de Europa es más segura ni está mejor protegida que Constantinopla gracias a la muralla de Teodosio.

Mehmet conoce mejor que nadie esa muralla y conoce su solidez. Desde hace meses, desde hace años, en sus vigilias nocturnas y en sueños sólo tiene un pensamiento: cómo conquistar lo inconquistable, cómo destruir lo indestructible. Sobre su mesa se apilan los dibujos, las medidas, las secciones de las fortificaciones

enemigas. Conoce cada prominencia, por delante y por detrás de las murallas, cada hondonada, cada corriente de agua. Y sus ingenieros han examinado con él cada detalle. Pero, qué desengaño, todos ellos han calculado que con la artillería empleada hasta entonces la muralla de Teodosio no puede ser derruida.

Así que, ¡hay que construir cañones más sólidos! Más largos, de mayor alcance y más potentes que los conocidos hasta el momento en el arte de la guerra. Y otros proyectiles, de una piedra más dura, más pesados, más demoledores, más destructivos que todos los fabricados hasta la fecha. Hay que inventar una nueva artillería para atacar esas murallas inaccesibles. No queda otro remedio. Y Mehmet se declara dispuesto a crear ese nuevo medio de asalto, cueste lo que cueste.

Cueste lo que cueste. Semejante proclama despierta ya de por sí las fuerzas capaces de crear, de dar un nuevo impulso. Así, poco después de la declaración de guerra se presenta ante el sultán un hombre considerado como el fundidor de cañones más ingenioso y más experimentado del mundo. Urbas, el húngaro. Es cristiano y ya antes ha ofrecido sus servicios al emperador Constantino, pero, confiando, como es lógico, en que Mehmet le dará más dinero y que con él encontrará cometidos más osados para su arte, se declara dispuesto, si le facilitan medios ilimitados, a fundir un cañón tan grande como no se ha visto hasta entonces en toda la Tierra. El sultán, al que, como todo aquel que está poseído por una única idea, ningún precio le parece demasiado alto, le asigna de inmediato un buen número de trabajadores. Y en miles de carros el bronce es transportado hasta Adrianópolis. Durante tres meses, el fundidor, realizando infinitos esfuerzos y siguiendo métodos secretos de fraguado, prepara el molde en barro antes de que se realice la emocionante fundición de la masa incandescente. La obra da resultado. El inmenso tubo, el más grande que el mundo haya conocido hasta entonces, es sacado del molde y enfriado, pero antes de que se haga la primera prueba de disparo, Mehmet envía emisarios por toda la ciudad para advertir a las mujeres encintas. Cuando con enorme estruendo la boca iluminada por el rayo escupe la poderosa bola de piedra y destroza la muralla de un único tiro de prueba, Mehmet ordena que en seguida se fabrique toda una artillería en esas gigantescas medidas.

La primera gran «máquina arrojapiedras», como aterrados llamarán después los escritores griegos a este cañón, se habría dado así felizmente por concluida, pero surge otro problema más grave. ¿Cómo arrastrar ese monstruo, ese dragón de bronce, por toda Tracia, hasta las murallas de Bizancio? Se pone en marcha una odisea sin precedentes, pues todo un pueblo, todo un ejército remolca durante dos meses ese coloso rígido y de cuello largo. Primero las tropas de caballería, para proteger esa joya de cualquier ataque, se dispersan formando patrullas permanentes. Tras ellos, cientos, tal vez miles de trabajadores se afanan día y noche en allanar las desigualdades de la calzada para facilitar tan pesado transporte, que tras de sí deja de nuevo los caminos destrozados durante meses. Cincuenta pares de bueyes han sido enganchados a la ristra de carros sobre cuyos ejes —como en otro tiempo el obelisco, cuando fue llevado desde Egipto hasta Roma— se ha colocado el inmenso tubo de metal, repartiendo todo su peso con exactitud. Doscientos hombres a la derecha y a la izquierda se encargan de sujetar en todo momento el tubo que se balancea por su propio peso, mientras cincuenta carreteros y carpinteros se ocupan sin cesar de cambiar y engrasar los rodillos de madera, de afianzar los soportes, de poner puentes. Se comprende que esta inmensa caravana sólo muy lentamente pueda abrirse camino a través de montañas y estepas, al paso de los bueyes. Asombrados, en los pueblos se aglomeran los campesinos, que se persignan al ver ese monstruo de bronce, transportado de un país a otro como un dios de la guerra por sus servidores y sacerdotes. Pero pronto sus hermanos, fundidos en bronce en el mismo molde, son arrastrados del mismo modo. Una vez más, la voluntad humana ha hecho posible lo imposible. Y ya veinte o treinta de esos colosos enseñan sus negros hocicos frente a Bizancio. La artillería pesada ha hecho su entrada triunfal en la historia militar. Comienza el desafío entre la milenaria muralla del emperador romano oriental y los cañones del nuevo sultán.

DE NUEVO HAY ESPERANZAS

Lentos, tenaces, pero irresistibles, los mastodónticos cañones pulverizan y muelen con centelleantes mordiscos los muros de

Bizancio. Al principio cada uno sólo puede realizar seis o siete disparos diarios, pero día tras día el sultán manda colocar otros y, en medio de nubes de polvo y escombros, con cada embate se van abriendo nuevas brechas en la obra de piedra, que se va derrumbando. Y aunque esos agujeros son reparados de noche por los sitiados con empalizadas de madera y balas de tela que se hacen cada vez más necesarias, ya no es la antigua muralla férrea, intacta. Con horror, los ocho mil habitantes que se encuentran tras las murallas piensan en la hora decisiva, en la que los ciento cincuenta mil mahometanos se lanzarán al ataque final contra la fortificación ya minada. Es hora, urge ya que Europa, que la cristiandad recuerde su promesa. Multitud de mujeres permanecen todo el día con sus niños en las iglesias, arrodilladas ante los relicarios. Desde todas las torres vigía acechan día y noche los soldados para ver si en el mar de Mármara, surcado por los barcos turcos, aparece por fin la flota que prometieran el Papa y Venecia.

Al fin, el 20 de abril, a las tres de la madrugada, resplandece una señal. En la lejanía se han visto unas velas. No es la poderosa flota cristiana con la que sueñan, pero de todos modos, empujados lentamente por el viento, avanzan tres grandes barcos genoveses y tras ellos un cuarto, más pequeño, un barco bizantino de transporte de cereales, que los otros tres han rodeado con el fin de protegerlo. Enseguida toda la ciudad de Constantinopla se reúne entusiasmada en los muros de la orilla para dar la bienvenida a los que vienen en su auxilio. Pero al mismo tiempo, Mehmet se lanza sobre su caballo y desde su tienda de color púrpura se dirige a galope tendido hacia el puerto, donde está fondeada la flota turca. Allí da la orden de que, cueste lo que cueste, impidan que esos barcos entren en el puerto de Bizancio, en el Cuerno de Oro.

La flota turca cuenta con ciento cincuenta embarcaciones, por supuesto más pequeñas. Enseguida miles de remos chasquean en el agua. Armados con garfios para el abordaje, con bengalas y catapultas, las ciento cincuenta carabelas se aproximan a las cuatro galeras, pero empujados por un fuerte viento, los cuatro potentes barcos se balancean y sobrepasan a los turcos que ladran con sus disparos y su griterío. Majestuosos, con las velas desplegadas, sin preocuparse de los agresores, se dirigen al seguro puerto del Cuerno de Oro, donde la famosa cadena, tendida desde Estambul hasta

Galata, les ofrece una protección duradera frente a ataques y embestidas. Las cuatro galeras están ya muy cerca de su meta. Pueden ver los rostros de cada una de los miles de personas que se agolpan contra los muros. Hombres y mujeres se arrojan de rodillas al suelo para dar gracias a Dios y a los santos por el glorioso salvamento. La cadena en el puerto retingla al bajar, para recibir a los barcos de socorro.

Entonces ocurre algo espantoso. El viento repentinamente se para. Como retenidos por un imán, los cuatro barcos de vela se quedan totalmente quietos en medio del mar, a tan sólo un par de tiros de piedra del puerto que sería su salvación. Con un salvaje griterío de júbilo toda la jauría de barcos de remo enemigos se lanza sobre las cuatro galeras paralizadas que, como cuatro torres, están clavadas en el agua sin moverse. Cual mastines que se encarnizaran sobre un venado, los pequeños barcos se cuelgan con sus ganchos de abordaje de los costados de los otros, dando con sus hachas agudos golpes en la madera para hacer que se hundan, trepando con equipos constantemente renovados por las cadenas del ancla, arrojando antorchas y tizones contra las velas para prenderles fuego. El capitán de la armada turca, decidido, hace avanzar su propio barco contra el de transporte de cereal, para abordarlo. Y ya ambos barcos están trabados entre sí como anillos. Los marineros genoveses, protegidos por lo elevado de la borda y por sus cotas de malla, al principio aún pueden rechazar a los que trepan hacia arriba, ahuyentar a los agresores con garfios, piedras y fuego griego, pero pronto hay que poner fin al cerco. Son demasiados contra muy pocos. Los barcos genoveses están perdidos.

Horripilante espectáculo para los miles de personas que lo ven desde las murallas. A la misma distancia a la que el pueblo solía observar con placer las luchas cruentas en el hipódromo, con esa dolorosa proximidad pueden ahora asistir a una batalla naval en vivo y al naufragio al parecer inevitable de los suyos, pues a lo sumo quedan dos horas para que los cuatro barcos sucumban frente a la jauría enemiga sobre la arena del mar. En vano han venido en su auxilio. ¡En vano! Los desesperados griegos que se encuentran en los muros de Constantinopla, justo a un tiro de piedra de sus hermanos, sienten una rabia impotente y gritan con los puños cerrados, por no poder ayudar a sus salvadores. Algunos, con gestos

feroces, tratan de enardecer a sus aliados en lucha. Otros, con las manos hacia el cielo, invocan a Cristo y al arcángel san Miguel y a todos los santos de sus iglesias y monasterios que han protegido a Bizancio desde hace tantos siglos, para que hagan un milagro. Pero asimismo en la orilla opuesta, en Galata, los turcos aguardan, gritando y rezando con el mismo fervor por la victoria de los suyos. El mar se ha convertido en escenario. Y una batalla naval, en un juego de gladiadores. El propio sultán ha corrido hasta aquí a galope tendido. Rodeado por sus bajaes, cabalga hasta meterse en el agua, con lo que se moja la túnica. Y enfurecido, disponiendo las manos para que a través de ellas resuene su voz, grita a los suyos que tomen los barcos cristianos a cualquier precio. Cada vez que uno de sus barcos es rechazado, insulta y amenaza a su almirante sacudiendo la cimitarra. «Si no vences, no vuelvas con vida».

Aún resisten los cuatro barcos cristianos. Pero la lucha ya llega a su fin. Los proyectiles, con los que rechazan a las galeras turcas, empiezan a escasear. Tras horas de lucha, el brazo de los marineros desfallece ya frente a una superioridad de cincuenta a uno. El día está declinando. El sol se hunde en el horizonte. Una hora más y los barcos, aun cuando hasta ahora no hayan sido abordados por los turcos, serán arrastrados indefensos por la corriente hacia la orilla turca, detrás de Galata. ¡Perdidos! ¡Están perdidos!

Entonces ocurre algo que a la multitud de Bizancio que gime y se lamenta desesperada le parece un milagro. De pronto se inicia un ligero soplo. De pronto se levanta viento. Y enseguida las flácidas velas de los cuatro barcos se hinchan, abombándose. El viento, el añorado viento, el solicitado viento, se ha despertado de nuevo. Triunfalmente, se alza la proa de las galeras. De un golpe se hinchan las velas y las naves se balancean, adelantando con repentino ímpetu a los enemigos que revolotean a su alrededor. Son libres, están salvados. En medio del estruendoso júbilo de los miles y miles que se encuentran en las murallas, el primero, el segundo, el tercero, el cuarto barco entran ahora uno tras otro en puerto seguro. La cadena de cierre vuelve a sonar elevándose protectora. Tras ellos, diseminada por el mar, queda impotente la jauría de los pequeños barcos turcos. Una vez más, el júbilo de la esperanza se cierne como un nubarrón de color púrpura sobre la sombría y desesperada ciudad.

LA FLOTA AVANZA POR ENCIMA DE LA MONTAÑA

El entusiasmo de los sitiados dura una sola noche. La oscuridad, llena de fantasías, excita siempre los sentidos y confunde a la esperanza con el dulce veneno de los sueños. Sólo durante una noche creen los sitiados que están seguros y a salvo, pues sueñan con que así como de esos cuatro barcos han desembarcado felizmente soldados y provisiones, ahora, semana tras semana, llegarán otros nuevos. Europa no les ha olvidado. Y, en sus precipitadas esperanzas, ven ya finalizado el asedio y al enemigo desmoralizado y vencido.

Pero también Mehmet es un soñador, claro está que de una especie distinta y mucho más rara, la de aquellos que con su tesón saben convertir sus sueños en realidad. Y mientras en las galeras se figuran que en el puerto del Cuerno de Oro están seguros, él concibe un proyecto de temeridad tan fantástica que en la historia militar se equipara a las más intrépidas hazañas de Aníbal y de Napoleón. Bizancio se encuentra ante él como si fuera un fruto dorado, pero él no puede cogerlo. El principal obstáculo lo representa la profunda lengua de mar, el Cuerno de Oro, esa bahía en forma de apéndice que preserva uno de los costados de Constantinopla. Penetrar en ella es prácticamente imposible, pues a la entrada está la ciudad genovesa de Galata, a la que Mehmet debe neutralidad, y desde allí en diagonal la cadena de hierro se extiende hasta la ciudad enemiga. Con un ataque frontal, por tanto, su flota no puede entrar en la bahía. Sólo desde la cuenca interior, donde termina el territorio de los genoveses, podría hacerse con la flota cristiana. Pero, ¿cómo llevar una flota hasta ese golfo interior? Se podría construir una, seguro, pero eso llevaría meses y meses, y este impaciente no quiere esperar tanto.

Entonces Mehmet concibe un plan genial: transportar su flota desde el mar, donde resulta del todo inútil, hasta el puerto del Cuerno de Oro por encima de la lengua de tierra. Esta idea, atrevida hasta el punto de cortar el aliento —cruzar con cientos de barcos una montañosa lengua de tierra—, parece de antemano tan absurda, tan impracticable, que los bizantinos y los genoveses de Galata la

tienen tan poco en cuenta en sus cálculos estratégicos como antes los romanos y después los austriacos el rápido paso de Aníbal y el de Napoleón a través de los Alpes. Según toda nuestra experiencia, los barcos sólo pueden ir por el agua, jamás una flota puede avanzar por encima de una montaña. Pero precisamente eso, en cualquier época, es la verdadera señal de una voluntad demoníaca, capaz de convertir en realidad lo imposible. En eso se reconoce siempre a un genio militar, en que durante la guerra se burla de las reglas militares y que, llegado el caso, aplica la improvisación creadora en lugar de los métodos comprobados. Se inicia así una empresa de colosales proporciones, una empresa que apenas tiene parangón en los anales de la Historia. En secreto, Mehmet manda traer incontables cilindros de madera, que los carpinteros transforman en patines sobre los que después se disponen los barcos, que han sacado del mar, como sobre un dique seco móvil. Al mismo tiempo, miles de trabajadores se han puesto ya manos a la obra para, en la medida de lo posible, allanar el estrecho camino de herradura que asciende y luego desciende la colina de Pera. Pero para encubrir ante el enemigo la repentina acumulación de trabajadores, cada día y cada noche el sultán manda que por encima de la ciudad neutral de Galata se abra un terrible fuego de mortero, insensato de por sí, con el único fin de desviar la atención y ocultar el transporte de los barcos de unas aguas a otras por la montaña y el valle. Mientras los enemigos están ocupados y cuentan únicamente con un ataque por tierra, los incontables cilindros de madera, impregnados de aceite y de grasa, se ponen en movimiento; y sobre ese inmenso rodillo, un barco tras otro es arrastrado montaña arriba por innumerables parejas de bueyes con la ayuda de los marineros. En cuanto llega la noche, ocultándolos de cualquier mirada, inician el milagroso avance. En silencio, como todo lo grande; con premeditación, como todo lo que se emprende con astucia, se consuma el milagro de los milagros. Toda una flota avanza por encima de la montaña.

Lo decisivo en toda acción militar es siempre el factor sorpresa. Y aquí queda acreditado magníficamente el extraordinario talento de Mehmet. Nadie sabe nada de sus intenciones. «Si un pelo de mi barba supiera de mis pensamientos, me lo arrancaría», dijo una vez este ingenioso felón. En el más perfecto orden, mientras los cañones

truenan arrogantes frente a las murallas, sus órdenes se llevan a cabo. En la noche del 22 de abril, setenta barcos son transportados de un mar al otro, sobre la montaña y el valle, atravesando viñedos, campos y bosques. A la mañana siguiente, los habitantes de Bizancio creen estar soñando. Una flota enemiga, traída como por encanto, navega, empavesada y tripulada, en el interior de su bahía supuestamente inaccesible. Se frotan los ojos y no comprenden cómo ha podido producirse ese milagro, pero los clarines, timbales y tambores gritan ya de júbilo bajo la muralla lateral hasta entonces protegida por el puerto. Todo el Cuerno de Oro, con excepción de aquel estrecho espacio neutral de Galata, donde la flota cristiana está encastillada, pertenece gracias a ese golpe genial al sultán y a su ejército. Sin que nadie le detenga, puede ahora conducir sus tropas por el puente flotante contra esa muralla más frágil. Con ello, el flanco más débil está amenazado y la línea de defensa aún más debilitada. El férreo puño se cierra apretando cada vez más en torno a la garganta de su víctima.

¡EUROPA, AYUDA!

Los sitiados ya no se engañan. Lo saben. Golpeados también en el flanco abierto, ocho mil frente a ciento cincuenta mil, no podrán resistir mucho tiempo tras sus murallas derrumbadas, si no llega ayuda lo más pronto posible. Pero, ¿no ha prometido solemnemente la señoría de Venecia que enviaría barcos? ¿Puede el Papa permanecer indiferente cuando sobre Santa Sofía, la iglesia más suntuosa de la cristiandad, se cierne el peligro de convertirse en una mezquita del paganismo? ¿Acaso Europa, víctima de la disensión, dividida por cientos de bajas envidias, no se da cuenta aún del peligro en el que se encuentra la cultura de Occidente? Tal vez —así se consuelan los sitiados— la flota de socorro hace tiempo que está preparada y únicamente porque desconoce la situación en la que se encuentran no se decide a desplegar velas. Bastaría con hacerles saber la enorme responsabilidad de tan mortífera demora.

Pero, ¿cómo informar a la flota veneciana? El mar de Mármara está infestado de barcos turcos. Partir con toda la flota significaría exponerse a una catástrofe, además de debilitar la defensa, para la que cuenta cada uno de los hombres, en un par de centenares de

soldados. De modo que se decide arriesgar únicamente un barco muy pequeño con una escasa tripulación. En total, doce hombres —si hubiera justicia en la Historia su nombre tendría que ser tan célebre como el de los argonautas, y sin embargo no conocemos ni uno sólo— se aventuran a realizar esa heroica hazaña. Sobre el pequeño bergantín se iza la bandera enemiga. Doce hombres se visten a la manera turca, con turbante o tarbuš, para no llamar la atención. El 3 de mayo, a medianoche, la cadena de cierre del puerto se afloja sin hacer ruido y el intrépido barco se desliza fuera a golpe de remo amortiguado, protegido por la oscuridad. Y he aquí que el milagro se produce, y el minúsculo barco recorre los Dardanelos hasta llegar al mar Egeo. Siempre es el exceso de temeridad lo que paraliza al enemigo. Mehmet ha pensado en todo, salvo en lo inimaginable, que un solo barco con doce héroes se aventurara a hacer semejante viaje, digno de los argonautas, atravesando su flota.

Pero, trágica decepción, en el mar Egeo no resplandece una sola vela veneciana. Ninguna flota está dispuesta a prestar socorro. Venecia, el Papa, todos se han olvidado de Bizancio, todos, ocupados en su pequeña política de campanario, descuidan su honor y el juramento prestado. Una y otra vez se repiten en la Historia estos momentos trágicos en los que, cuando sería necesario que la máxima centralización de todas las fuerzas unidas protegiera la cultura europea, los príncipes y los Estados no son capaces de reprimir ni por un momento sus pequeñas rivalidades. Para Génova es más importante hacer retroceder a Venecia, y para Venecia a su vez a Génova, que, unidos por unas horas, combatir al enemigo común. El mar está vacío. Desesperados, estos doce valientes reman sobre su cáscara de nuez de una isla a otra, pero por todas partes los puertos han sido tomados por el enemigo y ningún barco aliado se interna ya por territorio en guerra.

¿Qué hacer? Algunos de esos doce hombres están con razón desanimados. ¿Para qué regresar a Constantinopla, para qué recorrer de nuevo el arriesgado camino? No pueden llevarles ninguna esperanza. Tal vez la ciudad haya caído ya. En cualquier caso, si regresan, les espera el cautiverio o la muerte. Pero —¡magníficos como siempre los héroes, a los que no se conoce!— la mayoría se decide por el regreso. Les han encomendado una misión

y tienen que cumplirla. Les han enviado en busca de noticias y tienen que llevarlas de vuelta, aunque se trate de las más desalentadoras. Así, este minúsculo barco vuelve a aventurarse a través de los Dardanelos, el mar de Mármara y la flota enemiga. El 23 de mayo, veinte días después de su partida, cuando ya hace tiempo que en Constantinopla dan por perdida la embarcación, cuando ya nadie piensa en tener noticias o en la vuelta de esos hombres, de pronto un par de centinelas en las murallas agitan las banderas, pues con fuertes golpes de remo un pequeño barco avanza por el Cuerno de Oro. Y cuando por fin los turcos, informados por el estruendoso júbilo de los sitiados, se dan cuenta asombrados de que ese bergantín, que con insolencia ha atravesado sus aguas bajo bandera turca, es un barco enemigo, se lanzan sobre sus botes desde todas partes para capturarlo justo delante del puerto protector. Por un momento, Bizancio vibra con miles de gritos de júbilo creyendo que felizmente Europa se ha acordado de ellos y ha enviado por delante ese barco como embajada. Pero por la noche se difunde la terrible verdad. La cristiandad se ha olvidado de Bizancio. Los sitiados, si no se salvan ellos mismos, están solos, están perdidos.

LA NOCHE ANTES DEL ATAQUE

Tras seis semanas de luchas casi diarias, el sultán está impaciente. Sus cañones han destruido las murallas en muchos puntos, pero todos los asaltos que ha ordenado han sido hasta ahora rechazados de un modo cruento. Y a estas alturas, a un general en jefe sólo le quedan dos opciones: renunciar al cerco o bien, tras los incontables ataques aislados, disponer el gran asalto, el decisivo. Mehmet reúne a sus bajaes en consejo de guerra y su apasionada voluntad vence todos los escrúpulos. El gran embate, el decisivo, se fija para el 29 de mayo. Con su determinación acostumbrada, el sultán dispone los preparativos. Se organiza un día de fiesta. Ciento cincuenta mil hombres, desde el primero hasta el último, deben cumplir los solemnes ritos que prescribe el islam, las siete abluciones y el gran rezo tres veces al día. Lo que aún queda de pólvora y proyectiles, se reserva para el ataque forzado de la artillería. Con el fin de que la ciudad esté preparada para hacer frente al asalto, las distintas

tropas se dispersan para el ataque. Desde por la mañana temprano y hasta la noche, Mehmet no se permite ni un momento de descanso. Desde el Cuerno de Oro y hasta el mar de Mármara, a lo largo del inmenso campamento, cabalga de una tienda a otra, infundiendo personalmente valor a cada uno de los jefes, alentando a los soldados. Como buen psicólogo, sabe cómo atizar al máximo el ardor bélico de ciento cincuenta mil hombres. Así, hace una terrible promesa, que para su gloria y deshonra cumplió a la perfección. Esa promesa la difunden sus heraldos a los cuatro vientos con tambores y clarines. «Mehmet jura en nombre de Alá, en nombre de Mahoma y de los cuatro mil profetas, jura por el alma de su padre, el sultán Murat, por la vida de sus hijos y por su sable, que tras la toma de la ciudad concederá a sus tropas derecho ilimitado a tres días de saqueo». Todo lo que hay dentro de esas murallas —enseres y bienes, ornamentos y joyas, monedas y tesoros, hombres, mujeres y niños— deberá pertenecer a los soldados victoriosos. Y él mismo renuncia a la parte que le corresponde, excepto al honor de haber conquistado ese último baluarte del imperio romano de Oriente.

Los soldados reciben esa brutal proclama con rabioso júbilo. Como un tornado, el fuerte estruendo del júbilo y los furibundos gritos de «Allah-il-Allah» lanzados por miles de hombres llegan hasta la aterrorizada ciudad. «¡Jagma!» «¡Jagma!» ¡Saqueo! ¡Saqueo! La palabra se convierte en un grito de guerra. Crepita con los tambores. Ruge con los clarines y los timbales. Y por la noche el campamento se transforma en un festivo mar de luces. Estremecidos, los sitiados contemplan desde las murallas cómo millares de luces y antorchas arden en la llanura y en las colinas, y cómo los enemigos celebran por anticipado la victoria con trompetas, silbatos, tambores y tamboriles. Es como la atroz y ruidosa ceremonia de los sacerdotes paganos antes del sacrificio. Cuando de pronto, alrededor de medianoche, todas las luces se apagan de un golpe siguiendo la orden de Mehmet. Bruscamente, ese ardiente sonido formado por miles de voces se extingue. Pero el repentino enmudecimiento y la pesada oscuridad, más aún que el frenético júbilo a la luz bulliciosa, atormentan a quienes, trastornados, se mantienen a la escucha.

LA ÚLTIMA MISA EN SANTA SOFÍA

Los sitiados no necesitan de ningún emisario, de ningún desertor, para saber lo que les espera. Saben que se ha ordenado el asalto, y el presentimiento de un deber y de un peligro enormes pesa sobre toda la ciudad como un nubarrón tormentoso. La población, en otras ocasiones dividida en facciones y disensiones religiosas, se agrupa en estas últimas horas. Siempre es la más extrema necesidad la que consigue crear el espectáculo incomparable de la unidad en la Tierra. Para que todos sepan qué es lo que están obligados a defender —la fe, un gran pasado, una cultura común— el *basileus* dispone que se celebre una conmovedora ceremonia. Siguiendo sus órdenes, el pueblo entero se reúne, ortodoxos y católicos, sacerdotes y legos, niños y ancianos, para formar una única procesión. Nadie debe y nadie quiere quedarse en casa. Desde el más rico hasta el más pobre se alinean, cantando piadosamente el *Kyrie eleison*, en la solemne comitiva que recorre primero el centro de la ciudad y después también las murallas exteriores. De las iglesias se sacan los iconos sagrados y las reliquias, que encabezan el desfile. Por todas partes, allí donde se ha abierto una brecha en el muro, se cuelga la imagen de algún santo para que rechace el asalto de los infieles mejor que cualquier arma de este mundo. Al mismo tiempo, el emperador Constantino reúne a los senadores, a los nobles y a los comandantes para infundirles valor con un último discurso. Y aunque no puede prometerles nada comparable al inmenso saqueo de Mehmet, les habla de la gloria que obtendrán para la cristiandad y para el mundo occidental si rechazan ese último y decisivo embate, y del peligro que corren si se rinden frente a esos incendiarios. Mehmet y Constantino, los dos saben que de ese día dependen siglos de Historia.

Entonces empieza la primera escena, una de las más sobrecogedoras para Europa, un inolvidable éxtasis de decadencia. En Santa Sofía, aún la catedral más espléndida del mundo, que desde el día de la reconciliación de ambas iglesias ha sido abandonada tanto por los creyentes de una como por los de la otra, se reúnen aquellos que han sido señalados por la muerte. En torno al emperador se agrupa toda la corte, los nobles, el clero griego y el romano, los soldados y los marineros genoveses y venecianos, todos con sus armaduras y con sus armas. Tras ellos, se arrodillan miles y miles de sombras silenciosas que murmuran con reverencia. El

pueblo, agobiado, estremecido por el miedo. Y las velas, que con esfuerzo luchan con la oscuridad de las bóvedas, iluminan a esa masa que unánime reza postrada como un solo cuerpo. Es el alma de Bizancio, la que aquí ruega a Dios. El patriarca eleva ahora su voz poderosa, exhortándoles. Cantando, le contestan los coros. Una vez más, suena en ese espacio la sagrada, la eterna voz de Occidente, la música. Entonces uno tras otro, el emperador primero, suben al altar para recibir el consuelo de la fe. Y el incesante oleaje de la oración resuena y retumba en el gigantesco espacio, elevándose hasta las bóvedas. La última misa del imperio romano oriental, la misa de difuntos, ha comenzado, pues la fe cristiana vive por última vez en la catedral de Justiniano.

Tras esta emocionante ceremonia, el emperador regresa rápidamente a su palacio, para pedir perdón a sus subalternos y sirvientes por cualquier injusticia que a lo largo de su vida haya cometido contra ellos. Después monta sobre su caballo y, al igual que Mehmet, su gran adversario, en el mismo momento, recorre las murallas de un extremo a otro, alentando a los soldados. Ya es noche cerrada. No se oye ni una voz. Ni el sonido de un arma. Pero con el alma en vilo, miles y miles de personas esperan el día y la muerte dentro de las murallas.

KERKAPORTA, LA PUERTA OLVIDADA

A la una de la madrugada, el sultán da la orden de asalto. Se despliega el enorme estandarte y al grito de «Allah, Allah-il-Allah» cientos de miles de hombres con armas y escalas, con cuerdas y ganchos, se precipitan contra las murallas, al tiempo que redoblan todos los tambores y rugen todas las trompetas. Bombos, timbales y flautas unen su agudo alboroto a los gritos de la gente y al estruendo de los cañones, formando un único huracán. Sin compasión, las tropas inexpertas, los bashi-bazuks, son lanzadas en primer lugar contra las murallas. En el plan de ataque del sultán, sus cuerpos medio desnudos sirven por así decirlo únicamente como parachoques, destinados a fatigar y debilitar al enemigo, antes de que las tropas principales inicien el asalto decisivo. Con cientos de escalas, corren en la oscuridad azuzados por el látigo. Trepan hasta las almenas, son rechazados, vuelven a subir, una y otra vez, pues

no tienen otra salida. Tras ellos, material humano sin valor destinado simplemente al sacrificio, están ya las tropas principales, que una y otra vez los empujan a una muerte segura. Aún conservan los defensores la supremacía. Contra sus cotas de malla las incontables flechas y piedras no pueden hacer nada. Pero el verdadero peligro —y eso Mehmet lo ha calculado perfectamente— es el cansancio. Luchando sin interrupción con pesadas armaduras contra las tropas ligeras que acometen una y otra vez, saltando constantemente de un punto de ataque a otro, agotan buena parte de sus fuerzas en esa resistencia forzada. Y cuando ahora tras dos horas de lucha empieza a clarear la mañana avanza la segunda tropa de asalto, la de los anatolios, el combate se vuelve ya peligroso, pues esos anatolios son guerreros disciplinados, bien entrenados y provistos a su vez de cotas de malla. Además, son más numerosos y están por completo descansados, mientras que los defensores tienen que proteger de la invasión tan pronto una zona y tan pronto otra. Sin embargo los agresores aún siguen siendo rechazados por todas partes y el sultán tiene que emplear sus últimas reservas, los jenízaros, la tropa escogida, la guardia de élite del ejército otomano. Él mismo en persona se pone a la cabeza de esos doce mil jóvenes y escogidos soldados, los mejores que había por entonces en Europa, que a un único grito se arrojan sobre los exhaustos adversarios. Ya es hora de que en la ciudad suenen todas las campanas, para que aquellos que aún puedan unirse a la lucha acudan a las murallas, para que vayan a buscar a los marineros a los barcos, pues ahora comienza el verdadero y decisivo combate. Para desgracia de los defensores, una piedra alcanza al jefe de la tropa genovesa, el audaz condotiero Giustiniani, que, herido gravemente, es llevado hasta los barcos. Esto hace que por un momento decaiga la energía de los defensores. Pero ya el propio emperador se adelanta corriendo para evitar la amenazadora invasión. Y una vez más consiguen tirar abajo las escalas de asalto. Una determinación se enfrenta a la otra, extrema. Y por un último instante Bizancio aún parece salvada. La suprema necesidad ha vuelto a vencer al más salvaje ataque. Cuando, de pronto, un trágico contratiempo, uno de esos segundos misteriosos que con sus incomprensibles designios a veces trae consigo la Historia, decide el destino de Bizancio.

Ha ocurrido algo inverosímil. Por una de las muchas brechas abiertas en la muralla exterior, a poca distancia del punto de asalto propiamente dicho, se han colado un par de turcos. No se aventuran contra la muralla interior, pero mientras deambulan curioseando sin rumbo entre la primera y la segunda muralla de la ciudad, descubren que por un incomprensible descuido una de las pequeñas puertas de la muralla interior, la llamada Kerkaporta, se ha quedado abierta. Se trata sólo de una puerta pequeña, destinada en época de paz a los peatones en esas horas durante las cuales las grandes aún están cerradas. Precisamente porque no tiene ninguna función militar, en medio de la excitación general de la última noche se han olvidado al parecer de su existencia. Y los jenízaros, para su asombro, se encuentran ahora con que de modo inexplicable les han abierto esa puerta en mitad del baluarte armado hasta los dientes. Al principio sospechan que se trata de una estratagema, pues les parece demasiado inverosímil y absurdo que, mientras delante de cada brecha, de cada hendidura y de cada acceso a la fortaleza se acumulan los cadáveres y sobre ellos zumban el aceite hirviendo y los dardos, aquí la puerta que lleva al corazón de la ciudad, la Kerkaporta, esté abierta como cualquier domingo apacible. De todos modos, van en busca de refuerzos. Y, sin encontrar ninguna resistencia, toda una tropa se mete en el centro de la ciudad, atacando inesperadamente y por la espalda a los desprevenidos defensores de la muralla exterior. Unos guerreros descubren a los turcos detrás de sus filas y fatalmente se eleva ese grito que en toda batalla resulta más mortífero que cualquier cañón, el grito del falso rumor: «¡La ciudad está tomada!» Cada vez más fuerte, los turcos gritan de júbilo: «¡La ciudad está tomada!» Y ese grito hace pedazos toda resistencia. Las tropas mercenarias, creyendo que han sido traicionadas, abandonan sus puestos, para ponerse a salvo en el puerto y en los barcos. No sirve de nada que con unos cuantos hombres de confianza Constantino se lance contra los invasores. En medio de la confusión, cae herido, sin que nadie le reconozca, y sólo al día siguiente, por unos zapatos de color púrpura decorados con el águila de oro, se comprueba que el último emperador de Oriente ha perdido la vida honrosamente, desde el punto de vista romano, junto a su imperio. Un pequeñísimo azar, Kerkaporta, la puerta olvidada, ha decidido la historia del mundo.

LA CRUZ SE DESPLOMA

A veces la Historia juega con los números, pues justo mil años después del memorable saqueo de Roma por los vándalos, comienza el de Bizancio. Terrible, fiel a sus promesas, Mehmet, el vencedor, mantiene su palabra. Sin orden ni concierto, tras la primera masacre, entrega a sus guerreros casas y palacios, iglesias y monasterios, hombres, mujeres y niños. Y a miles corren como demonios por las calles, para anticiparse los unos a los otros. El primer ataque se dirige contra las iglesias, donde brillan los vasos de oro, donde resplandecen las joyas. Y cuando penetran en una casa, izan delante sus pendones, para que los que vengan detrás sepan que ahí el botín ya ha sido acaparado. Pero ese botín no sólo consta de piedras preciosas, telas, dinero y todos aquellos bienes que se puedan transportar, también las mujeres son mercancía para los serrallos, y los hombres y niños para el mercado de esclavos. En manadas, los desdichados que se han refugiado en las iglesias son conducidos bajo el látigo. Los viejos, considerados como bocas inútiles y como una carga invendible, son asesinados. A los jóvenes, atados unos a otros, se los llevan de allí. Y a la par que la rapiña, se desencadena una destrucción insensata. Lo que de valiosas reliquias y obras de arte dejaran los cruzados tras su saqueo probablemente igual de terrible, es machacado, despedazado y desgarrado por los rabiosos vencedores. Las lujosas imágenes son destruidas. Las más espléndidas estatuas, destrozadas a martillazos. Los libros, en los que la sabiduría de siglos, la riqueza inmortal del pensamiento y de la poesía griegos, debía conservarse para toda la eternidad, son quemados o tirados sin ningún miramiento. Jamás llegará la humanidad a conocer en su totalidad la desgracia que en aquel momento decisivo penetró por la puerta abierta de Kerkaporta, ni todo lo que del mundo del espíritu se perdió en los saqueos de Roma, Alejandría y Bizancio.

Sólo por la tarde, tras la gran victoria, cuando ya ha finalizado la carnicería, Mehmet entra en la ciudad conquistada. Arrogante y serio, cabalga en su magnífico corcel ante las salvajes escenas del pillaje, sin volver la mirada. Se mantiene fiel a su palabra de no estorbar en su espantoso negocio a los soldados que le han dado la victoria. Su primer recorrido no lo hace movido por el lucro, pues lo

ha ganado todo. Orgulloso, cabalga hacia la catedral, la radiante cabeza de Bizancio. Durante más de cincuenta días ha dirigido con nostalgia su mirada hacia la cúpula resplandeciente e inalcanzable de Santa Sofía. Ahora, como vencedor, puede traspasar su puerta de bronce. Pero una vez más, Mehmet pone freno a su impaciencia. Primero quiere dar las gracias a Alá, antes de dedicarle esa iglesia para todos los tiempos. Humilde, el sultán desciende del caballo e inclina profundamente la cabeza hasta el suelo para rezar. Después coge un puñado de tierra y lo esparce sobre su cabeza, para recordar que es mortal y que no puede vanagloriarse de su victoria. Y sólo ahora, después de haber mostrado a su Dios su humildad, el sultán se pone en pie y entra, el primer servidor de Alá, en la catedral de Justiniano, la iglesia de la sagrada sabiduría, la iglesia de Santa Sofía.

Con curiosidad y emoción, el sultán contempla el soberbio edificio, las altas bóvedas, resplandecientes de mármol y de mosaicos, los suaves arcos, que desde la penumbra se alzan hacia la luz. Y siente que ese palacio, el más majestuoso que se haya erigido jamás para la oración, no le pertenece a él, sino a su Dios. De inmediato manda llamar a un imán, que sube al púlpito y desde allí anuncia el credo mahometano, mientras el *padishá*, con el rostro vuelto a La Meca, recita en esa catedral cristiana la primera plegaria a Alá, el señor de los mundos. Al día siguiente los trabajadores reciben el encargo de retirar todos los signos de la fe anterior. Los altares son arrancados. Los mosaicos, enlucidos. Y la elevadísima cruz de Santa Sofía, que durante miles de años ha extendido sus brazos para abarcar todo el dolor de la Tierra, se desploma chocando contra el suelo con un ruido sordo.

El eco del sonido de la piedra retumba por toda la iglesia y se difunde muy lejos, pues con esa caída tiembla todo Occidente. Terrible, la noticia llega hasta Roma, hasta Génova, hasta Venecia. Como un trueno, como una señal de peligro, resuena en Francia, en Alemania. Y estremecida, Europa se entera de que, gracias a su sorda indiferencia, a través de una funesta puerta olvidada, la Kerkaporta, ha irrumpido un fatal poder destructor que durante siglos contendrá y paralizará sus fuerzas. Pero en la Historia, como en la vida del hombre, el lamentarse no devuelve una ocasión perdida. En miles de años no se repone lo que se pierde en una sola

hora.

HUIDA HACIA LA INMORTALIDAD

EL DESCUBRIMIENTO DEL OCÉANO PACIFICO
25 DE SEPTIEMBRE DE 1513

APAREJAN UN BARCO

1493. En su viaje de regreso desde la América recién descubierta, Colón muestra durante su entrada triunfal por las atestadas calles de Sevilla y Barcelona infinidad de objetos de lujo y curiosidades. Hombres de piel roja, de una raza desconocida hasta entonces; animales nunca vistos; papagayos multicolores, que gritan; los torpes tapires; plantas y frutas raras, que pronto encontrarían su patria en Europa: el grano de la India, el tabaco y la nuez de coco. Todo ello es admirado por una multitud curiosa que grita de júbilo, pero lo que más emoción causa a la pareja real y a sus consejeros es un par de cajitas y unos cestillos con oro. No es mucho el oro que Colón trae de las Nuevas Indias, un par de objetos de adorno que ha intercambiado o arrebatado a los indígenas; un par de pequeñas barras y algunos puñados de pepitas sueltas. Polvo de oro, más que oro. Todo el botín serviría a lo sumo para acuñar unos doscientos ducados. Pero el genial Colón, que, fanático, siempre ha creído en aquello que él quería creer y que, con su navegación a la India, ha demostrado que estaba en lo cierto, fanfarronea con sincero entusiasmo diciendo que se trata sólo de una insignificante primera muestra. Ha recibido noticias de buena fuente según las cuales en esas nuevas islas hay enormes minas de oro. Allí, el preciado metal se encuentra a poca profundidad, bajo una delgada capa de tierra. Con una pala normal y corriente se podría extraer sin dificultad. Pero más al sur hay regiones en las que los reyes beben en recipientes de oro y en los que ese metal vale menos que el plomo en España. Extasiado, el rey, siempre necesitado de dinero, oye

hablar de ese nuevo Ofir que le pertenece. Aún no se conoce lo suficiente la noble locura de Colón como para dudar de sus promesas. En seguida aparejan una gran flota para el segundo viaje. Y ya no hacen falta reclutadores ni tamborileros para enrolar una tripulación. La noticia sobre el recién descubierto Ofir, donde el oro se puede recoger simplemente con la mano, hace enloquecer a toda España. A cientos, a miles acuden las gentes para partir hacia El Dorado, hacia el país del oro.

Pero, qué marea más turbia ésa que ahora afluye de todas las ciudades, aldeas y caseríos. No sólo se presentan nobles honrados que quieren cubrir con oro de arriba abajo sus escudos de armas, no sólo osados aventureros y soldados valientes. Toda la mugre y la escoria de España mana hacia Palos y Cádiz. Ladrones marcados a fuego, salteadores de caminos y bandoleros, que en el país del oro buscan dedicarse a un oficio más lucrativo. Hombres cargados de deudas que quieren escapar de sus acreedores. Maridos que quieren huir de sus pendencieras esposas. Todos los desesperados, los náufragos de la vida. Hombres marcados con un hierro candente o buscados por los alguaciles se presentan para formar parte de la flota. Una fanática y abigarrada banda de fracasados decididos a hacerse ricos de repente y que, para ello, están dispuestos a cometer cualquier acto de violencia y cualquier delito. Tal es el desenfreno con el que se han convencido unos a otros de la fantasía de Colón de que en esos países basta golpear la tierra con la pala para que los dorados terrones brillen ante uno, que los más acomodados entre los emigrantes toman sirvientes y mulas para poder llevarse en seguida y en grandes cantidades el preciado metal. El que no logra que se le admita en la expedición, lo consigue por la fuerza recurriendo a otra vía. Sin insistir demasiado a la hora de solicitar el permiso del rey, los rudos aventureros equipan barcos por su cuenta para llegar cuanto antes y acaparar oro, oro, oro. De una sola vez España se libra de alborotadores y de la gentuza más peligrosa.

El gobernador de La Española —después Santo Domingo o Haití — ve con horror a esos huéspedes que, sin que los hayan llamado, inundan la isla que le ha sido confiada. Año tras año, los barcos traen carga nueva y compañeros de oficio más revoltosos. Pero también los forasteros se sienten amargamente defraudados, pues

en modo alguno se encuentra aquí el oro suelto en las calles; y a los infelices indígenas, sobre los que se abalanzan esas bestias, no se les puede arrebatar ni una sola pepita más. De modo que esas hordas vagan y holgazanean robando por ahí, atemorizando a los desdichados indios, atemorizando al gobernador. En vano intenta éste convertirlos en colonos, concediéndoles tierras, repartiéndoles ganado, e incluso ganado humano en abundancia, es decir, entregándoles como esclavos alrededor de sesenta o setenta indígenas a cada uno. Pero tanto los hidalgos de noble cuna como los que fueran salteadores de caminos no tienen mucho interés en dedicarse a la granja. No han venido hasta aquí para construir graneros y cuidar del ganado. En lugar de ocuparse de la siembra y de la cosecha, martirizan a los desdichados indios —en pocos años habrán esquilmado a toda la población— o acaban encerrados en los calabozos. En poco tiempo la mayoría están hasta tal punto endeudados que, además de sus haciendas, tienen que vender su capa, su sombrero y hasta la última camisa, empeñados hasta el cuello por usureros y comerciantes.

Por ello, para todos estos fracasados que se encuentran en La Española resulta esperanzador que un hombre de buena reputación en la isla, experto en leyes, el bachiller Martín Fernández de Enciso, prepare en 1510 un barco con una nueva tripulación para prestar ayuda a su colonia en Tierra Firme. En 1509 dos famosos aventureros, Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, recibieron del rey Fernando el privilegio de fundar una colonia en las proximidades del estrecho de Panamá y de la costa de Venezuela, que con cierta precipitación llamaron Castilla del Oro. Extasiado con el sonoro nombre y trastornado por los embustes, el leguleyo, sin saber nada del mundo, empeñó toda su fortuna en esa empresa. Pero de la colonia de San Sebastián en el golfo de Urabá no llega oro, sino únicamente un agudo grito de socorro. La mitad de la tripulación ha sido aniquilada en las luchas con los indígenas y la otra mitad se muere de hambre. Para recuperar el dinero invertido, Enciso arriesga el resto de su fortuna y prepara una expedición de socorro. En cuanto se enteran de que Enciso necesita soldados, todos esos bandidos, todos los gandules de La Española aprovechan la ocasión para largarse de allí. ¡Tienen que irse, escapar de los acreedores, de la vigilancia del estricto gobernador! Pero también los acreedores

están sobre aviso. Se dan cuenta de que sus mayores deudores pretenden evadirse para siempre, así que asedian al gobernador para que no deje partir a nadie sin un permiso especial. El gobernador consiente a sus deseos. Y se establece un estrecho control. El barco de Enciso tiene que permanecer fuera del puerto. Las barcas del gobierno patrullan e impiden que ningún intruso se introduzca a bordo de contrabando. Y con desmedido encono, los desesperados, que temen menos a la muerte que al verdadero trabajo o la cárcel por deudas, ven cómo el barco de Enciso pone rumbo a la aventura con las velas desplegadas y sin ellos.

EL HOMBRE DEL CAJÓN

Con todas las velas desplegadas, el barco de Enciso se dirige desde La Española al continente americano. Los contornos de la isla ya se hunden en el horizonte azul. Es una ruta tranquila y de momento no hay nada que señalar, en todo caso tan sólo que un imponente sabueso de extraordinaria fuerza —es hijo del célebre Becerico y él mismo se ha hecho famoso bajo el nombre de Leoncico— corre intranquilo de una punta a otra de la cubierta, husmeando por todas partes. Nadie sabe de quién es el formidable animal, ni cómo ha llegado a bordo. Al final caen en la cuenta de que al perro no hay quien le aparte de un cajón de víveres especialmente grande que fue subido a bordo el último día. Pero he aquí que, en ese momento y sin que nadie lo espere, el cajón se abre por sí solo y de él sale, bien pertrechado con espada, casco y escudo, como Santiago, el santo de Castilla, un hombre de unos treinta y cinco años. Es Vasco Núñez de Balboa, que de ese modo da la primera prueba de su sorprendente audacia y de su ingenio. Nacido de una familia noble en Jerez de los Caballeros, se hizo a la mar con Rodrigo de Bastidas rumbo al Nuevo Mundo y al final, tras dar algunos rodeos, naufragó frente a La Española. En vano ha intentado el gobernador convertir a Núñez de Balboa en un buen colono. Tras unos pocos meses ha abandonado la tierra que le concedieran y se encuentra hasta tal punto en la bancarrota que no sabe cómo librarse de sus acreedores. Pero mientras desde la playa los demás morosos observan con los puños cerrados las barcas del gobierno que les impiden huir en el barco de Enciso, Núñez de

Balboa sortea con arrojo el cordón de seguridad dispuesto por Diego Colón, ocultándose en el interior de un cajón de víveres vacío y haciéndolo llevar por sus cómplices a bordo, donde en medio del tumulto de la partida nadie se da cuenta de la descarada astucia. Sólo cuando está seguro de que el barco se ha alejado tanto de la costa que no regresará por su causa, el escondido pasajero hace su aparición. Y ahí está ahora.

El bachiller Enciso es un hombre de leyes y, como la mayoría de los leguleyos, siente poca inclinación al romanticismo. Como alcalde, como jefe de policía de la nueva colonia, no está dispuesto a permitir allí a los clientes que se marchan sin pagar ni a los fracasados. Por eso le explica a Núñez de Balboa con brusquedad que no piensa llevarlo consigo, sino que le depositará en la playa en la primera isla que avisten, lo mismo si está habitada que si no lo está.

Pero no llega tan lejos, pues mientras el barco pone rumbo a Castilla del Oro se encuentra —algo prodigioso en aquella época, en la que por aquellos mares aún desconocidos navegaban en total un par de docenas de barcos— con otro buque en el que viaja una tripulación muy numerosa, bajo el mando de un español cuyo nombre pronto resonará por el mundo, Francisco Pizarro. Sus ocupantes vienen de la colonia de Enciso, de San Sebastián. Al principio los toman por amotinados que han abandonado sus puestos recurriendo a la fuerza. Pero para espanto de Enciso les informan de que San Sebastián ya no existe, que ellos son los últimos de la antigua colonia, que el comandante Ojeda se ha marchado de allí con un barco, que los restantes, que sólo poseían dos bergantines, tuvieron que esperar a que murieran unas setenta personas para poder encontrar plaza en esos dos pequeños barcos. De esos dos bergantines, a su vez, uno se ha ido a pique. Los treinta y cuatro hombres de Pizarro son los últimos supervivientes de Castilla del Oro. ¿Adónde ir ahora? La gente de Enciso, tras escuchar las historias de Pizarro, tiene pocas ganas de exponerse al terrible clima pantanoso del asentamiento abandonado y a las flechas envenenadas de los indígenas. Regresar a La Española les parece la única posibilidad. En ese peligroso instante Núñez de Balboa de pronto se adelanta. Conoce de su primer viaje con Rodrigo de Bastidas, declara, toda la costa de América central y

recuerda que a la orilla de un río rico en oro encontraron entonces un lugar llamado Darién, donde los indígenas eran amables. Allí, y no en ese otro paraje de desgracia, es donde tienen que fundar una nueva población.

En seguida toda la tripulación se pone de parte de Núñez de Balboa. Siguiendo su consejo, ponen rumbo a Darién en el istmo de Panamá, causando allí la habitual carnicería entre los indígenas. Y, como entre los bienes que les arrebatan también encuentran oro, deciden levantar allí mismo un asentamiento, dando a la nueva ciudad —en un piadoso gesto de gratitud— el nombre de Santa María de la Antigua del Darién.

ASCENSO PELIGROSO

Pronto el desdichado financiero de la colonia, el bachiller Enciso, lamentará enormemente no haber tirado a tiempo por la borda el cajón con Núñez de Balboa dentro, pues a las pocas semanas ese hombre temerario tiene todo el poder en sus manos. Como leguleyo criado en la idea de la disciplina y el orden, en su calidad de alcalde mayor, Enciso, durante el periodo en el que no se encuentra un gobernador, intenta administrar la colonia en beneficio de la Corona española. En una miserable cabaña india promulga sus edictos con el mismo esmero y rigor que si estuviera en su despacho de Sevilla. En medio de esa selva nunca pisada por el hombre, prohíbe a los soldados adquirir oro de los indígenas regateando, porque es una reserva de la Corona. Intenta imponer orden y justicia a esa turbamulta insubordinada, pero por instinto los aventureros se ponen de parte del hombre de armas y se sublevan contra el hombre de letras. Pronto es Balboa el verdadero amo de la colonia. Enciso, para salvar la vida, se ve en la necesidad de huir. Y cuando al fin llega Nicuesa, uno de los gobernadores nombrados por el rey en Tierra Firme para poner orden, Balboa no le deja siquiera desembarcar, y el infeliz, expulsado de la tierra que el rey le ha concedido, se ahoga en el viaje de vuelta.

Núñez de Balboa, el hombre salido de un cajón, es entonces el dueño de la colonia. Pero a pesar de su éxito no se encuentra a sus anchas, pues ha incurrido en rebelión abierta contra el rey y no le cabe esperar el perdón desde el momento en que el gobernador

nombrado por el rey ha encontrado la muerte por su culpa. Sabe que el fugado Enciso está en camino hacia España con su acusación y que tarde o temprano su rebelión tendrá que ser llevada ante los tribunales. Pero, de todos modos, España está lejos y a él, hasta que un barco haya cruzado dos veces el océano, le queda bastante tiempo. Tan inteligente como arrojado, busca el único medio de asegurarse, durante el mayor tiempo posible, el poder que ha usurpado. Sabe que en esa época el éxito justifica cualquier delito y que una fuerte remesa de oro enviada a las arcas de la Corona puede aplacar o demorar cualquier enjuiciamiento criminal. De modo que lo primero es conseguir oro, puesto que el oro es el poder. Junto con Francisco Pizarro, sojuzga y desvalija a los indígenas de las proximidades, y en medio de las carnicerías de costumbre consigue un éxito decisivo. Uno de los caciques, llamado Careta, sobre el que ha caído a traición y violando del modo más grosero la hospitalidad, le aconseja, ya predestinado a morir, que, en lugar de convertir a los indios en sus enemigos, sería mejor que cerrara un pacto con su tribu, y como garantía de fidelidad le ofrece a su hija. Núñez de Balboa enseguida se da cuenta de la importancia de tener un amigo poderoso y de confianza entre los indígenas. Acepta la oferta de Careta y, lo que es aún más asombroso, hasta el final de su vida mantiene con esa muchacha india una relación de lo más cariñosa. Junto con el cacique Careta somete a todos los indios de las inmediaciones y adquiere tal autoridad entre ellos que al final el jefe más poderoso, llamado Comagre, obsequioso, le invita a comer con él.

Esa visita al poderoso jefe supone una decisión histórica en la vida de Vasco Núñez de Balboa, que hasta ahora no ha sido más que un aventurero, un audaz rebelde frente a la Corona, al que por parte de los tribunales de Castilla no le cabía esperar más que la horca o el hacha. El cacique Comagre le recibe en su amplia casa de piedra, cuya riqueza provoca en Vasco Núñez el mayor asombro, y espontáneamente regala a su huésped cuatro mil onzas de oro. Pero ahora le toca asombrarse al cacique, pues en cuanto los hijos del cielo, los poderosos extranjeros, iguales a dioses, a los que ha recibido con tanta reverencia, han visto el oro, adiós a su dignidad. Como perros que se hubieran librado de sus cadenas se arrojan unos contra otros, sacan las espadas, cierran los puños, se gritan,

vociferan entre ellos. Cada uno quiere su parte del oro. Asombrado y lleno de desprecio, el cacique contempla el alboroto. Es el sempiterno asombro de toda alma cándida en cualquier rincón de la Tierra frente a los hombres civilizados, a los que un puñado de metal amarillo les parece más valioso que todos los adelantos espirituales y técnicos de su cultura.

Al fin el cacique les dirige la palabra. Con un estremecimiento de avaricia los españoles escuchan lo que traduce el intérprete. Qué extraño, dice Comagre, que os peléis por semejantes naderías, que por un metal tan corriente expongáis vuestras vidas a las mayores incomodidades y peligros. Más allá, tras esas montañas, hay un ancho mar, y todos los ríos que corren hacia él llevan oro. Allí vive un pueblo que navega como vosotros con velas y remos, y cuyos reyes beben y comen en vasijas de oro. Allí podéis encontrar ese metal amarillo que tanto codiciáis. Es una ruta peligrosa, ya que seguramente los jefes de las tribus os impedirán el paso, pero se trata de un camino de pocos días de viaje.

Vasco Núñez de Balboa se siente alcanzado en el corazón. Al fin ha encontrado la pista del legendario país del oro, con el que sueña desde hace años y años. En todas partes, en el sur y en el norte, sus predecesores creyeron divisarlo y ahora, si ese cacique ha dicho la verdad, está a tan sólo unos días de viaje. Al fin se garantiza también la existencia de ese otro océano, cuya ruta en vano buscaron Colón, Cabot, Corte-Real y todos los grandes y famosos navegantes. Con ello, también se habrá descubierto por fin la ruta alrededor de la Tierra. El nombre de aquél que sea el primero en ver ese nuevo mar y tomarlo para su patria, jamás desaparecerá de la Tierra. Y Balboa reconoce la proeza que tiene que llevar a cabo para comprar su libertad y obtener una gloria imperecedera: ser el primero en cruzar el istmo hacia el Mar del Sur, que lleva a la India, y conquistar el nuevo Ofir para la Corona española. En ese momento, en casa del cacique Comagre su destino está decidido. Desde ese instante, la vida de este aventurero ocasional adquiere un elevado destino, por encima de su época.

HUIDA HACIA LA INMORTALIDAD

No hay mayor felicidad en el destino de un hombre que la de, en

mitad de la vida, en la edad adulta, en la edad creadora, haber descubierto su misión. Núñez de Balboa sabe lo que se juega. Una muerte miserable en el patíbulo o la inmortalidad. Antes de nada tiene que sobornar a la Corona para comprar su libertad; después, legitimar y legalizar su crimen, la usurpación del poder. Por eso ahora, el rebelde de ayer, como el más solícito de los súbditos, del regalo en dinero que le ha hecho Comagre envía al tesorero real en La Española, Pasamonte, no sólo la quinta parte que por ley corresponde a la Corona, sino que, más experimentado en las prácticas mundanas que el descarnado leguleyo Enciso, añade al envío oficial un generoso donativo privado para el tesorero, con el ruego de que le ratifique en su puesto de capitán general de la colonia. El tesorero Pasamonte no tiene sin embargo competencia para hacerlo, aunque por la buena suma de oro recibida remite a Núñez de Balboa un documento provisional, en realidad sin valor. Pero al mismo tiempo, Balboa, que quiere asegurarse del todo, envía a España a dos de sus hombres de más confianza, para que hablen en la corte de sus servicios a la Corona y difundan la importante noticia que ha sonsacado al cacique. Sólo necesita, manda decir en Sevilla Vasco Núñez de Balboa, una tropa de mil hombres. Con ella se compromete a hacer por Castilla lo que ningún español ha hecho antes que él. Se compromete a descubrir el nuevo mar y a alcanzar al fin el imaginario país del oro que Colón prometiera en vano y que él, Balboa, conquistará.

Todo parece haber cambiado para este hombre perdido, para este rebelde, para este aventurero. Sin embargo, el siguiente barco que llega de España trae malas noticias. Uno de sus cómplices en la rebelión, al que en su día envió allá para debilitar las acusaciones del despojado Enciso ante la corte, le comunica que la cuestión para él se presenta peligrosa, que incluso está en peligro de muerte. El estafado bachiller, con su querella contra los ladrones, ha hecho prevalecer su poder ante los tribunales españoles, que han condenado a Balboa a pagarle una indemnización. En cambio, la noticia sobre la situación del cercano Mar del Sur, que podría haberle salvado, no ha llegado aún. En cualquier caso, con el próximo barco arribará un representante de la justicia para pedir cuentas a Balboa por su revuelta y juzgarle sobre el terreno o bien llevarlo encadenado a España.

Vasco Núñez de Balboa se da cuenta de que está perdido. Su condena ha prosperado, antes de que allí haya llegado la noticia sobre el Mar del Sur y la costa del oro. Se sobreentiende que será aprovechada mientras su cabeza rueda por la arena. Algún otro llevará a cabo su hazaña, la hazaña con la que él sueña. A él ya no le cabe esperar nada de España. Se sabe que ha empujado a la muerte al legítimo gobernador del rey, que recurriendo a la fuerza ha expulsado al alcalde de su puesto. Tendrá que considerar como benévola la sentencia, si se limita a imponerle la prisión y no tiene que expiar su osadía en el cadalso. No puede contar con la ayuda de amigos poderosos, pues él mismo no tiene ya ningún poder y la voz de su mejor abogado, el oro, aún es demasiado débil para asegurarle el indulto. Sólo una cosa puede salvarle ahora del castigo por su osadía. Otra osadía aún mayor. Si descubre el otro mar y el nuevo Ofir antes de que arriben los hombres de la ley y de que sus esbirros le prendan y esposen, puede salvarse. Aquí, en el extremo del mundo habitado, sólo le queda una forma de huida, la huida por medio de una grandiosa proeza. La huida hacia la inmortalidad.

Así, Núñez de Balboa decide no esperar esos mil hombres que ha pedido a España para conquistar el océano desconocido, como tampoco la llegada de los representantes de la justicia. ¡Mejor aventurarse en la inmensidad con unos pocos hombres tan decididos como él! Mejor morir conociendo la gloria de haber llevado a cabo una de las más arrojadas aventuras de todos los tiempos, que ser arrastrado de modo ignominioso con las manos atadas hasta el cadalso. Núñez de Balboa convoca a la colonia, expone su intención de cruzar el estrecho, sin ocultar las dificultades, y pregunta quién quiere seguirle. Su valor envalentona a los demás. Ciento noventa soldados —casi toda la guarnición apta para el servicio de la colonia— se declaran dispuestos. No hay que ocuparse demasiado del equipo, pues en cualquier caso esta gente vive en guerra constante. Y el 1 de septiembre de 1513, para escapar de la horca o del calabozo, Núñez de Balboa, héroe y bandido, aventurero y rebelde, inicia su marcha hacia la inmortalidad.

INSTANTE IMPERECEDERO

La travesía del estrecho de Panamá comienza en la provincia de Coiba, el pequeño reino del cacique Careta, cuya hija es la compañera de Balboa. Núñez de Balboa, como se demostrará más tarde, no ha elegido el lugar más estrecho y con ese desconocimiento alarga en unos días el peligroso paso. Pero en un envite tan arriesgado hacia lo desconocido, debía de ser fundamental para él asegurar ante todo la proximidad de una tribu aliada de indios para el refuerzo o la retirada. En diez grandes canoas, la guarnición de Darién cruza en dirección a Coiba. Ciento noventa soldados armados con lanzas, espadas, arcabuces y ballestas, y acompañados por una imponente jauría de temidos sabuesos. El cacique aliado aporta sus indios como bestias de carga y como guías. Y el 6 de septiembre se inicia esa gloriosa marcha a través del istmo, que incluso para aventureros tan atrevidos y experimentados exige inmensos sacrificios y una gran fuerza de voluntad. En medio de las sofocantes y debilitadoras temperaturas del ecuador, los españoles tienen que atravesar primero las llanuras, cuyo suelo pantanoso, preñado de enfermedades, mataría después a miles de hombres durante la construcción del canal de Panamá. Desde el primer momento, el camino hacia lo inexplorado hay que abrirlo a machetazos y golpes de espada por la ponzoñosa jungla de lianas. Como a través de una mina inmensa y verde, los primeros van desbrozando a través de la espesura una estrecha galería, que después el ejército de los conquistadores recorre hombre a hombre en una larga e interminable hilera, siempre con las armas en la mano, siempre, noche y día, con los sentidos al acecho y en tensión, para rechazar un repentino ataque de los indígenas. El calor resulta sofocante en la oscuridad bochornosa y llena de vahos de las húmedas bóvedas que forman los gigantescos árboles, sobre los que arde un sol despiadado. Cubiertos de sudor y con los labios sedientos, los hombres se arrastran con sus pesadas armaduras, avanzando legua tras legua, cuando de pronto, una vez más, se desatan aguaceros huracanados. Los pequeños arroyos, en un abrir y cerrar de ojos, se convierten en ríos impetuosos que ellos se ven obligados a vadear o cruzar rápidamente por los inestables puentes de corteza que los indios improvisan. Como alimento, los españoles no tienen más que un puñado de maíz. Con sueño, hambrientos, muertos de sed, rodeados por miríadas de lancinantes insectos que

les chupan la sangre, se esfuerzan por avanzar con las ropas rasgadas por las espinas y los pies heridos, los ojos febriles y las mejillas hinchadas por las picaduras de los zumbantes mosquitos, sin descansar durante el día ni dormir por la noche y pronto ya extenuados por completo. Tras la primera semana de marcha, una gran parte de la tropa no puede soportar las fatigas, y Núñez de Balboa, que sabe que aún les esperan los verdaderos peligros, ordena que todos los enfermos con fiebre y los que estén cansados se queden atrás. Quiere adentrarse en la aventura decisiva únicamente con lo más selecto de su tropa.

Al fin el terreno empieza a elevarse. La selva, que sólo en las llanuras pantanosas puede desplegar toda su exuberancia tropical, se vuelve cada vez más clara. Pero ahora que la sombra ya no les protege, el sol del ecuador, deslumbrante y riguroso, arde al rojo cayendo a plomo sobre sus pesadas armaduras. Lentamente y en cortas etapas, los hombres desfallecidos consiguen escalar, paso a paso, esa región montañosa en dirección a la cordillera que, como un espinazo de piedra, separa el estrecho margen entre los dos mares. Poco a poco la vista va encontrando menos obstáculos, luego el aire se refresca. Tras dieciocho días de esfuerzos heroicos, las mayores dificultades parecen superadas. Ya se eleva ante ellos la cresta de montañas desde cuyas cumbres, según indican los guías indios, se pueden contemplar los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico, aún desconocido y anónimo. Pero precisamente ahora que la resistencia obstinada e insidiosa de la naturaleza parece vencida, les sale al encuentro un nuevo enemigo, el cacique de aquella región, que con cientos de sus hombres cierra el paso a los extranjeros. Núñez de Balboa tiene ya una amplia experiencia en la lucha con los indios. Basta descargar una salva con los arcabuces y, una vez más, el trueno y el relámpago artificiales muestran su mágico y acreditado poder sobre los indígenas. Asustados huyen dando gritos, perseguidos por los españoles y los sabuesos. Pero en lugar de alegrarse por esa fácil victoria, Balboa, como todos los conquistadores españoles, la deshonra por la miserable crueldad con que hace que cierta cantidad de prisioneros, atados e indefensos —sucedáneo de las corridas de toros y de los juegos de gladiadores—, sean despedazados, desmembrados y devorados por la jauría de sabuesos hambrientos. Una repugnante carnicería envilece la última

noche, la víspera del día en el que Núñez de Balboa conoce la inmortalidad.

Mezcla única e inexplicable, la que se da en el carácter y en la forma de actuar de los conquistadores españoles. Piadosos y creyentes, como por entonces sólo lo eran los cristianos, invocan a Dios de todo corazón y al mismo tiempo cometen en su nombre las atrocidades más vergonzosas de la Historia. Capaces de los más magníficos y heroicos méritos del valor, del sacrificio, y con una gran resistencia frente a las privaciones, se enfrentan y engañan unos a otros del modo más escandaloso. Y en mitad de sus bajezas, aún hacen gala de un marcado sentimiento del honor y de un sentido prodigioso y verdaderamente admirable de la magnitud histórica de su misión. El propio Núñez de Balboa, que la noche anterior ha arrojado a prisioneros inocentes a los sabuesos y que, satisfecho, tal vez acariciara los belfos de las bestias chorreantes de sangre humana aún fresca, está muy seguro de la importancia de su acción en la Historia de la humanidad y, en el momento decisivo, da con uno de esos gestos grandiosos que permanecen para siempre a lo largo de los tiempos. Sabe que ese 25 de septiembre será un día histórico. Con una asombrosa carga emocional típicamente española, este aventurero endurecido y sin escrúpulos manifiesta hasta qué punto comprende que el sentido de su misión está por encima de la época.

El gesto grandioso de Balboa consiste en lo siguiente. Por la noche, justo después del baño de sangre, un indígena le ha indicado una cercana cumbre desde cuya altura se puede contemplar ya el mar, el desconocido Mar del Sur. En seguida Balboa toma sus medidas. Deja a los heridos y extenuados en la población saqueada y ordena que aquellos que aún son capaces de avanzar —sesenta y siete en total, de los ciento noventa con los que partió de Darién— asciendan esa montaña. Hacia las diez de la mañana están cerca de la cima. Sólo queda escalar una pequeña y pelada cumbre. Después, la vista se extenderá en la inmensidad.

En ese momento, Balboa ordena a sus hombres que se detengan. Nadie debe seguirle, pues esa primera vista del océano desconocido no quiere compartirla con ninguno. Quiere ser el único por toda la eternidad, el primer español, el primer europeo, el primer cristiano que, después de haber atravesado ese otro océano enorme de

nuestro universo, el Atlántico, haya divisado por fin éste, aún desconocido, el Pacífico. Despacio, con el corazón palpitante, profundamente imbuido del significado del momento, con la bandera en la mano izquierda y la espada en la derecha, una silueta solitaria asciende en medio del orbe inmenso. Asciende lentamente, sin prisa, pues la verdadera empresa ya ha sido realizada. Sólo un par de pasos más, cada vez menos. Y en efecto, cuando llega a la cumbre, ante él se abre una enorme vista. Tras las montañas en declive, tras las verdes colinas cubiertas de bosque, yace inacabable un gigantesco disco de metal reluciente: el mar, el mar, el nuevo, el desconocido, hasta ahora únicamente soñado y jamás visto, el legendario, el mar buscado en vano desde hace años y años por Colón y por todos sus sucesores, cuyas olas bañan las costas de América, de la India y de China. Vasco Núñez de Balboa mira y mira, ufano y feliz, disfrutando al saber que sus ojos son los primeros de un europeo en los que se refleja el infinito azul de esas aguas.

Vasco Núñez de Balboa contempla largo y tendido en la distancia. Sólo después llama a sus camaradas para que compartan su alegría, su orgullo. Inquietos, excitados, jadeando y gritando, trepan, se encaraman, corren por la montaña, se quedan absortos, asombrados, y con miradas de entusiasmo señalan hacia allí. De pronto el padre Andrés de Vara entona el *Te Deum laudamus*. De inmediato cesa el barullo y el griterío. Las voces rudas y ásperas de todos esos soldados, aventureros y criminales se unen en un coro piadoso. Asombrados, los indios ven cómo a una palabra del sacerdote derriban un árbol para construir una cruz, y en la madera graban las iniciales del rey de España. Y cuando esa cruz se eleva es como si sus dos brazos quisieran abarcar ambos mares, el océano Atlántico y el Pacífico, con todas sus invisibles lejanías.

En medio del temeroso silencio, Núñez de Balboa se adelanta y pronuncia un discurso ante sus soldados. Harían bien en agradecer a Dios que les haya concedido este honor y esta merced, y en pedirle que les siga ayudando para conquistar ese mar y todas esas tierras. Si quieren seguir fielmente con él como hasta ahora, regresarán de esas Nuevas Indias como los españoles más ricos de todos. Con solemnidad, hace ondear la bandera a los cuatro vientos para tomar posesión por España de todo el espacio por el que

circulan esos vientos. Después llama a su escribano, Andrés de Valderrábano, para que extienda un documento que registre el solemne acto. Andrés de Valderrábano desenrolla un pergamino, que ha arrastrado consigo a través de la selva en un cofrecillo de madera junto con un tintero y una pluma de ganso, y exhorta a todos «los caballeros e hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento del Mar del Sur con el magnífico y muy noble señor el capitán Vasco Núñez de Balboa, gobernador de Su Alteza» a que ratifiquen que «ese señor Vasco Núñez de Balboa fue el primero que vio ese mar y que se lo mostró a los siguientes».

Después, los sesenta y siete bajan desde la montaña. Ese 25 de septiembre de 1513 la humanidad conoce el último océano de la Tierra, hasta entonces ignoto.

ORO Y PERLAS

Ya están seguros. Han visto el mar. Pero ahora tienen que bajar a la costa, sentir el húmedo oleaje, tocarlo, palparlo, probarlo y arrebatar el botín de sus playas. Dos días dura el descenso y, para en el futuro conocer el camino más rápido desde las montañas hasta el mar, Núñez de Balboa divide a sus hombres en varios grupos. La tercera partida, bajo el mando de Alonso Martín, es la que primero alcanza la playa. Y tan imbuidos están hasta los modestos soldados de la vanidad de la gloria, de esa sed de inmortalidad, que incluso ese hombre sencillo, Alonso Martín, manda en seguida que el escribano haga constar por escrito que él ha sido el primero que ha mojado el pie y la mano en esas aguas aún anónimas. Sólo después de haber infundido así una pizca de inmortalidad a su pequeño «yo», comunica a Balboa que ha alcanzado el mar, que con sus propias manos ha tocado sus olas. Sin pérdida de tiempo Balboa prepara un nuevo y teatral gesto. Al día siguiente —el de san Miguel según el calendario—, aparece en la playa, acompañado tan sólo por veintidós de sus compañeros, para, como el santo, armado y ceñido el coselete, tomar posesión del nuevo mar en una solemne ceremonia. No camina de inmediato hacia las olas, sino que, como su dueño y señor, aguarda arrogante, descansando bajo un árbol, a que la marea creciente empuje sus olas hasta él y como un perro sumiso acaricie sus pies con la lengua. Sólo entonces se levanta, se

echa a la espalda el escudo, que refulge al sol como un espejo, y, tomando en una mano la espada y en la otra el pendón de Castilla con la imagen de la madre de Dios, avanza hacia el agua. Sólo cuando las olas le llegan hasta las caderas, cuando está por completo metido en esas vastas aguas desconocidas, Núñez de Balboa, hasta entonces un rebelde, un aventurero, ahora un triunfador y el más fiel de los siervos de su rey, agita el estandarte hacia todos los lados y en voz alta exclama: «¡Que vivan los altos y poderosos monarcas don Fernando y doña Juana de Castilla, de León y Aragón, en cuyo nombre y por la Corona Real de Castilla tomo y aprehendo la posesión real y corporal y permanente de todos estos mares y tierras y costas y puertos e islas… Y si algún otro príncipe o capitán, cristiano o infiel o de cualquier ley o secta o condición pretende algún derecho a estas tierras y mares, yo estoy presto y aparejado de se lo contradecir o defender en nombre de los reyes de Castilla presentes o por venir, cuyo es este imperio y señorío de aquellas Indias, islas e tierra firme…, ahora y en todo tiempo en tanto que el mundo dure hasta el universal final juicio de los mortales».

Todos los españoles repiten el juramento, y por un instante sus palabras resuenan por encima del fuerte rugido de la marea. Cada uno de ellos humedece sus labios con el agua del mar, y una vez más el escribano levanta acta de la toma de posesión y concluye el documento con las siguientes palabras: «Estos veintidós y el escribano Andrés de Valderrábano fueron los primeros cristianos que los pies pusieron en el Mar del Sur y con sus manos todos ellos probaron el agua, que metieron en sus bocas para ver si era salada, como la de la otra mar. Y viendo que lo era, dieron gracias a Dios».

La gran hazaña se ha consumado. Ahora toca sacar provecho material de la heroica empresa. Los españoles capturan o intercambian algo de oro con algunos indígenas. Pero una nueva sorpresa les espera en medio de su triunfo, pues los indios les traen las manos llenas de suntuosas perlas, que en las cercanas islas se encuentran en gran cantidad, entre ellas la llamada Peregrina, que fue celebrada por Cervantes y Lope porque, siendo una de las más hermosas entre todas, adornó la corona real de España y de Inglaterra. Los españoles llenan a rebosar todas las bolsas, todos los sacos, con esas joyas que aquí no valen mucho más que las conchas

o la arena, y cuando ansiosos preguntan por lo que más les importa en el mundo, por el oro, uno de los caciques señala más allá, donde la línea de las montañas se desvanece suavemente en el horizonte. Allí, explica, hay un país que guarda tesoros ingentes. Los soberanos dan sus banquetes en vasijas de oro. Grandes animales de cuatro patas —el cacique se refiere a las llamas— remolcan los más espléndidos cargamentos hasta el tesoro del rey. Y dice el nombre del país, que se encuentra al sur del mar, tras las montañas. Suena parecido a «Birú», melódico y extraño.

Vasco Núñez de Balboa, siguiendo la mano extendida del cacique, mira absorto más allá, en lontananza, donde las montañas palidecen y se pierden en el cielo. Esa palabra suave, seductora, «Birú», ha quedado de inmediato escrita en su alma. Inquieto, su corazón palpita. Por segunda vez en su vida ha recibido de manera inesperada un gran augurio. La primera noticia, la noticia de Comagre sobre el cercano mar, se ha cumplido. Ha encontrado el litoral de las perlas y el Mar del Sur. Tal vez consiga también la segunda, el descubrimiento, la conquista del imperio de los incas. El país del oro.

RARA VEZ CONCEDEN LOS DIOSES…

Con mirada nostálgica Núñez de Balboa sigue contemplando la lejanía. En su alma, la palabra «Birú», «Perú», vibra como una campana de oro. Pero —¡qué dolorosa renuncia!— esta vez no puede procurarse más información. Con dos o tres docenas de hombres en exceso agotados no se puede conquistar ningún reino. Así que primero hay que volver a Darién y después, una vez que hayan recobrado las fuerzas, ponerse en camino hacia el nuevo Ofir. Pero el regreso no es menos penoso. Una vez más los españoles tienen que combatir a través de la jungla. Una vez más, resistir los ataques de los indígenas. Y ya no son una tropa dispuesta para la guerra, sino un pequeño contingente de hombres enfermos de fiebre que con sus últimas fuerzas caminan tambaleándose —el propio Balboa está a punto de morir y es llevado por los indios colgado de una hamaca—. Por fin, el 19 de enero de 1514, tras cuatro meses soportando las más atroces fatigas, llegan de nuevo a Darién habiendo realizado una de las más grandes hazañas de la Historia.

Balboa ha cumplido su promesa. Cada uno de los hombres que se internó con él en lo desconocido se ha hecho rico. De la costa del Mar del Sur sus soldados han traído tesoros como no los trajo nunca Colón, ni los otros conquistadores. Y los demás colonos reciben también su parte. Una quinta parte se reserva para la Corona. Nadie critica que el vencedor, en el reparto del botín, premie también a su perro Leoncico por haber desgarrado valientemente la carne de los infelices indígenas, haciéndole así participar como a cualquier otro guerrero en la recompensa y ordenando que se le cubra con quinientos pesos de oro. Tras semejante pago nadie en la colonia cuestiona ya su autoridad como gobernador. El aventurero y rebelde es agasajado como un dios, y con orgullo puede despachar a España la noticia de que, desde Colón, él ha llevado a cabo la proeza más grande para la Corona de Castilla. En una precipitada ascensión, el sol de su suerte ha disipado todas las nubes que hasta la fecha pesaban sobre su vida. Ahora se encuentra en el cenit.

Pero la dicha de Balboa dura poco tiempo. Pocos meses después, un radiante día de junio, la población de Darién, asombrada, se agolpa en la playa. Una vela ha relampagueado en el horizonte. Y ya eso es como un milagro en ese perdido rincón del mundo. Pero, he aquí que a su lado aparece una segunda, una tercera, una cuarta y una quinta. Y pronto son diez, no, quince, no, veinte, toda una flota que se dirige hacia el puerto. Y pronto se enteran de que todo ello es resultado de la carta de Núñez de Balboa, pero no de la que llevaba la nueva de su triunfo —ésa aún no ha llegado a España—, sino de aquella otra, anterior, en la que por primera vez transmitía el informe del cacique sobre la existencia del cercano Mar del Sur y del país del oro, y en la que pedía un ejército de mil hombres para conquistar esas tierras. Para esa expedición la Corona española no ha vacilado en enviar una flota así de majestuosa. Pero en Sevilla y Barcelona en absoluto han pensado confiar una misión de tamaña importancia a un aventurero, a un rebelde de tan mala reputación como Vasco Núñez de Balboa. Para poner al fin orden en la colonia, para imponer justicia por los delitos cometidos hasta ahora, para encontrar ese Mar del Sur y conquistar el prometido país del oro, envían como gobernador del rey a un hombre más apropiado, rico, respetado y noble, de sesenta años de edad, Pedro Arias Dávila, por lo general llamado Pedrarias.

Entonces se produce una situación incómoda para Pedrarias. Por un lado, tiene el encargo de pedir cuentas al rebelde Núñez de Balboa por haber expulsado en otro tiempo al gobernador y encadenarle, en caso de que se demuestre su culpabilidad, o dejarle en libertad. Por otro, se le ha encomendado también que descubra el Mar del Sur. Pero en cuanto su barco llega a tierra se entera de que ese tal Núñez de Balboa, al que tiene que llevar ante los tribunales, ha realizado por su cuenta la grandiosa hazaña, que ese rebelde ya ha celebrado el triunfo que le estaba reservado a él y que ha prestado a la Corona española el mayor servicio desde el descubrimiento de América. Huelga decir que ahora no puede mandar que a un hombre como ése le corten la cabeza como si fuera un vulgar delincuente. Tiene que saludarle cortésmente, felicitarle con franqueza. Pero desde este momento Núñez de Balboa está perdido. Jamás perdonará Pedrarias al rival que haya llevado a cabo por sí solo la proeza para la que se le había comisionado a él y que le habría asegurado una gloria eterna. Para no irritar antes de tiempo a los colonos, tiene que ocultar el odio que siente hacia su héroe. La instrucción de la causa es aplazada e incluso se establece una falsa paz, por la que Pedrarias promete a Núñez de Balboa en matrimonio a su propia hija, que se ha quedado en España. Pero su odio y sus celos hacia Balboa en modo alguno se mitigan, sino que incluso aumentan cuando en España, donde por fin se ha conocido la hazaña de Balboa, se promulga un decreto por el que se concede al rebelde de otro tiempo el título que le corresponde, nombrándole adelantado, y en el que a Pedrarias se le ordena que le consulte en toda cuestión importante. Esa tierra es demasiado pequeña para dos gobernadores. Uno de los dos tiene que retirarse. Uno de los dos tiene que desaparecer. Vasco Núñez de Balboa se da cuenta de que sobre él pende una espada, pues en manos de Pedrarias están el poder militar y la justicia. Así que por segunda vez intenta la huida que en la primera le dio tan magníficos resultados. La huida hacia la inmortalidad. Solicita a Pedrarias permiso para preparar una expedición con la que explorar la costa del Mar del Sur y conquistar los territorios que encuentre más allá. Pero la intención oculta del viejo rebelde consiste en independizarse de cualquier control en la otra orilla del mar, construir él mismo una flota, convertirse en amo de su propia

provincia y, en la medida de lo posible, conquistar también el legendario «Birú», ese Ofir del Nuevo Mundo. Pedrarias accede, no sin segundas intenciones. Si Balboa perece en la empresa, tanto mejor. Si logra llevar a cabo su proeza, a él aún le quedará tiempo para desembarazarse de ese hombre demasiado ambicioso.

Con ello, Núñez de Balboa emprende una nueva huida hacia la inmortalidad. Su segundo intento es tal vez aún más grandioso que el primero, aun cuando no le haya reservado la misma fama en la Historia, que sólo enaltece a aquellos que tienen éxito. Esta vez Balboa no sólo cruza el istmo con su tropa, sino que hace que miles de indígenas arrastren por encima de las montañas la madera, los tablones, las velas, el ancla y los cabrestantes necesarios para construir cuatro bergantines. Pues si allá, al otro lado, consigue tener una flota, podrá apoderarse de todas las costas, conquistar las islas de las perlas y el Perú, el legendario Perú. Pero esta vez el destino está en contra de este hombre audaz, que sin cesar encuentra nuevos obstáculos. Mientras avanzan por la húmeda jungla, la carcoma devora la madera. Los tablones llegan podridos y no sirven para nada. Sin dejarse desanimar, Balboa manda talar otros troncos en el golfo de Panamá y fabricar nuevos tablones. Y su energía realiza un verdadero prodigio. Parece que ya todo ha salido bien, ya se han construido los bergantines, los primeros del océano Pacífico, cuando un tornado empuja los ríos, que de pronto se agigantan, y los barcos, que ya estaban listos, son arrastrados hasta el mar, donde zozobran. Aún han de empezar una tercera vez. Y por fin logran terminar dos bergantines. Balboa sólo necesita otros dos, otros tres, y podrá ponerse en marcha y conquistar el país con el que sueña noche y día, desde que aquel cacique señalara con la mano extendida hacia el sur y él escuchara por vez primera esa seductora palabra, «Birú». Tiene que hacer venir a otro par de valientes oficiales, reclamar tropas de refuerzo, y podrá fundar su reino. De haber contado su íntimo arrojo con unos meses más, tan sólo con un poco de suerte, la historia universal no habría tenido que nombrar a Pizarro, sino a él, a Núñez de Balboa, el vencedor de los incas, el conquistador del Perú.

Pero incluso con sus favoritos, el destino no siempre se muestra magnánimo. Rara vez conceden los dioses a los mortales más de una hazaña única e imperecedera.

EL OCASO

Núñez de Balboa ha preparado su gran empresa con una energía férrea, pero precisamente lo arrojado de su acierto le pone en peligro, pues, intranquila, la mirada recelosa de Pedrarias observa de cerca las intenciones de su subordinado. Tal vez gracias a una traición le hayan llegado noticias acerca de los ambiciosos sueños de dominio de Balboa. Tal vez simplemente celoso tema un segundo éxito del antiguo rebelde. En cualquier caso, envía de pronto a Balboa una carta muy cordial, diciéndole que, antes de que inicie por fin su expedición de conquista, podría regresar para tener una entrevista en Acla, una ciudad próxima a Darién. Balboa, que espera recibir tropas de apoyo por parte de Pedrarias, acepta la invitación y regresa de inmediato. Una pequeña tropa de soldados avanza hacia él ante las puertas de la ciudad, aparentemente para darle la bienvenida. Alegre, se apresura a ir a su encuentro para abrazar al hombre que está al mando, su compañero de armas durante muchos años, que le acompañó en el descubrimiento del Mar del Sur, su amigo de confianza, Francisco Pizarro.

Pero Pizarro le pone la mano sobre los hombros y le declara preso. También él está ávido de inmortalidad, también él desea conquistar el país del oro. Y probablemente no le resulte desagradable saber que se quita de en medio a un hombre tan temerario y que está por delante de él. El gobernador Pedrarias abre un proceso por presunta rebelión. Rápida e injustamente se hace justicia. Pocos días después, Vasco Núñez de Balboa camina junto con sus compañeros más fieles hacia el cadalso. La espada del verdugo relampaguea, y en la cabeza que rueda por el suelo se apaga para siempre la mirada que fue la primera de toda la humanidad en contemplar al mismo tiempo los dos océanos que abarcan nuestra Tierra.

LA RESURRECCIÓN DE GEORG FRIEDRICH HÄNDEL
21 DE AGOSTO DE 1741

Al mediodía del 13 de abril de 1737 el criado de Georg Friedrich Händel se encontraba, ocupado en la más peregrina de las actividades, ante la ventana de la planta baja de la casa de Brook Street. Molesto, había descubierto que su reserva de tabaco se había terminado, pero, aunque en el fondo hubiera bastado con que corriera dos calles más allá para procurarse tabaco de pipa fresco en el tenducho de su amiga Dolly, no se atrevió a salir de la casa por temor a su iracundo señor y maestro. Georg Friedrich Händel había vuelto del ensayo rebosante de cólera, con la cara tensa y roja por la sangre que le hervía a borbotones, y las venas de las sienes hinchadas. Había cerrado la puerta de la casa de un golpe, y ahora —el criado podía oírlo— caminaba por el primer piso de un lado a otro tan impetuosamente que el techo temblaba. No era aconsejable descuidar el servicio en un día como aquél.

De modo que había buscado alguna ocupación que le distrajera de su aburrimiento, y así ahora dejaba que de su corta pipa de barro salieran pompas de jabón en lugar de hermosos aros de humo azul. Había llenado una pequeña escudilla con espuma de jabón y se entretenía lanzando las pompas multicolores desde la ventana a la calle. Los que pasaban por allí se detenían, y, por divertirse, estallaban con el bastón alguna que otra pompa de color; se reían y hacían una seña con la mano, aunque no les sorprendía nada, pues de aquella casa de Brook Street cabía esperar cualquier cosa. Allí el clavicordio retumbaba por las noches. Allí se oía berrear y sollozar a las cantantes cuando el colérico alemán las amenazaba con su ira de guerrero furibundo, porque habían cantado una octava de tono demasiado alto o demasiado bajo. Para los vecinos de Grosvenor Square, el número 25 de Brook Street hacía tiempo que pasaba por ser una casa de locos.

El criado soplaba en silencio y con empeño sus pompas irisadas. Al cabo de un rato su habilidad había aumentado notablemente. Las jaspeadas esferas eran cada vez mayores y más finas, cada vez se elevaban más alto y con mayor levedad. Una incluso rebasó el primer piso de la casa de enfrente. Cuando, de pronto, el criado se sobresaltó, pues toda la casa se estremeció con un golpe sordo. Los vasos tintinearon. Oscilaron las cortinas. Algo voluminoso y pesado tenía que haber caído al suelo en el piso de arriba. El criado dio un salto y corriendo subió las escaleras hasta el gabinete de trabajo del maestro.

El sillón, en el que solía trabajar el maestro, estaba vacío. Vacía también la habitación. Cuando el criado iba a echar a correr hacia el dormitorio, descubrió a Händel, inmóvil, tirado en el suelo, con los ojos abiertos y la mirada fija. Después, cuando se hubo recuperado del primer susto, escuchó un sordo y dificultoso estertor. El corpulento hombre yacía tirado de espaldas, gimoteando. Mejor dicho, dejando escapar un gemido en cortas y cada vez más débiles sacudidas.

Se muere, pensó estremecido, y al instante se puso de rodillas para ayudar al semiinconsciente. Trató de levantarlo, de arrastrarlo hasta el sofá, pero el cuerpo de aquel hombre gigantesco pesaba demasiado, era demasiado macizo. De modo que sólo le abrió el apretado pañuelo del cuello, y el resollar cesó de inmediato.

Pero entonces desde el piso de abajo llegó Christof Schmidt, el fámulo, el asistente del maestro, que acababa de ponerse a copiar unas arias. También a él le había sobresaltado aquella sorda caída. Entre los dos levantaron el pesado cuerpo —los brazos cayeron desmadejados como los de un muerto— y le acostaron, con la cabeza levantada.

—Desnúdale —ordenó Schmidt al criado—. Iré corriendo a buscar al médico. Y rocíale con agua hasta que despierte.

Christof Schmidt echó a correr sin chaqueta. No perdió el tiempo, atravesó Brook Street hacia Bond Street, haciendo señas a todos los carruajes que pasaban ante él con un trote solemne, sin prestar la más mínima atención a aquel hombre gordo que jadeaba en mangas de camisa. Al fin uno se detuvo. El cochero de lord Chandos había reconocido a Schmidt, quien, olvidando toda etiqueta, abrió la portezuela bruscamente.

—Händel se muere —le gritó al duque, del que sabía que era un gran amante de la música y el mejor protector de su querido maestro—. ¡Tengo que encontrar un médico!

De inmediato, el duque le invitó a subir a su coche. Los caballos probaron la mordedura del látigo, y así fueron a buscar al doctor Jenkins a su consulta de la Fleet Street, donde en aquel momento se encontraba muy ocupado analizando una muestra de orina. Aunque en su ligero cabriolé se trasladó enseguida con Schmidt hasta Brook Street.

—La culpa es de los muchos disgustos —se quejaba el fámulo desesperado, mientras el coche avanzaba—. Le han torturado hasta la muerte, esos malditos cantantes y castrados, esos emborronadores de cuartillas y criticastros, todas esas sabandijas repugnantes. Este año ha escrito cuatro óperas para salvar el teatro, pero los otros se valen de las mujeres y de la corte. Y sobre todo el italiano ése, ese maldito castrado, ese crispado mono vociferante, los trae a todos locos. ¡Ay, qué no habrán hecho a nuestro pobre maestro! Ha invertido todos sus ahorros, cien mil libras, y ahora le importunan con pagarés y le acosan hasta la muerte. Jamás un hombre ha hecho tanto, jamás nadie se ha entregado de modo tan espléndido, y eso tiene que quebrantar hasta a un gigante. ¡Ah, qué hombre! ¡Qué genio!

El doctor Jenkins escuchaba, indiferente y silencioso. Antes de entrar en la casa, dio una nueva calada a su pipa y con un par de golpecillos sacó la ceniza de la cazoleta.

—¿Qué edad tiene?

—Cincuenta y dos —contestó Schmidt.

—Mala edad. Se ha matado trabajando como un toro. Aunque también es fuerte como un toro. En fin, veamos lo que podemos hacer.

El criado sujetó la jofaina, Christof Schmidt alzó el brazo de Händel y el médico pinchó la vena. Brotó un chorro de sangre roja y clara, caliente, y al instante un suspiro de alivio salió de los apretados labios. Händel respiró hondo y abrió los ojos. Aún parecían cansados, ajenos e inconscientes. En ellos se había apagado el brillo.

El médico vendó el brazo. No quedaba mucho más por hacer. Iba a marcharse cuando se dio cuenta de que los labios de Händel

se movían. Se acercó. Muy levemente —era como un mero aliento— Händel resollaba:

—Se acabó… Estoy acabado. No tengo fuerzas. No quiero vivir sin fuerzas.

Cuando abandonó la habitación, Schmidt le siguió hasta las escaleras, temeroso, aturdido.

—¿Qué es?

—Apoplejía. La parte derecha está paralizada.

—¿Y se…? —Schmidt se quedó sin habla—. ¿Se recuperará?

El doctor Jenkins, ceremonioso, tomó una pizca de rapé. No le gustaban nada esa clase de preguntas.

—Tal vez. Todo es posible.

—¿Y se quedará paralítico?

—Probablemente, si no se produce un milagro.

Pero Schmidt, entregado a su maestro con cada gota de su sangre, no cedió.

—¿Y podrá…? ¿Podrá al menos volver a trabajar? No puede vivir sin crear.

El doctor Jenkins aún estaba en la escalera.

—Eso, nunca más —dijo en voz baja—. Tal vez podamos conservar al hombre. Al músico lo hemos perdido. El ataque ha llegado al cerebro.

Schmidt le miraba fijamente. En sus ojos había tal desesperación que el médico se sintió turbado.

—Lo dicho —repitió—. Si no se produce un milagro… Y por cierto que jamás he presenciado ninguno.

Durante cuatro meses Georg Friedrich Händel vivió sin fuerza, y la fuerza era su vida. La parte derecha de su cuerpo siguió muerta. No podía caminar, no podía escribir, ni con la mano derecha arrancar un solo sonido a las teclas. No podía hablar. Su labio colgaba torcido por el terrible desgarro que había afectado a su cuerpo. Sólo balbucientes y ahogadas las palabras manaban de su boca. Cuando uno de sus amigos tocaba algo de música para él, a sus ojos afluía algo de luz y el cuerpo pesado y reacio se agitaba como el de un enfermo en sueños. Quería seguir el ritmo, pero tenía los miembros helados, presos de una espantosa rigidez. Los tendones, los músculos, ya no le obedecían. El hombre en otro tiempo colosal se sentía desvalido, emparedado en una tumba

invisible. En cuanto terminaba la música, los párpados se le cerraban, y de nuevo yacía como un cadáver. Por fin, el médico, a la desesperada —el maestro al parecer no tenía curación—, aconsejó que llevaran al enfermo a los baños calientes de Aquisgrán, que tal vez le proporcionaran una cierta mejoría.

Pero bajo la rígida envoltura, como aquellas misteriosas aguas calientes bajo la tierra, una potencia incontenible seguía con vida. La voluntad de Händel, la fuerza primigenia de su ser, a la que aquella aniquiladora sacudida no había rozado, no quería dejar que lo imperecedero en aquel cuerpo mortal se extinguiera. Aquel hombre titánico aún no se había dado por vencido. Aún deseaba, aún quería vivir, quería crear, y esa resolución obró el milagro contra las leyes de la naturaleza. En Aquisgrán los médicos le previnieron con insistencia del peligro de permanecer más de tres horas en las aguas calientes. Su corazón no lo resistiría. Podría matarle. Pero la voluntad se arriesgó a morir por amor a la vida y por aquel indomable deseo de curarse. Para horror de los médicos, Händel permanecía metido en el baño caliente durante nueve horas diarias. Y con la voluntad creció en él la fuerza. Una semana después ya podía arrastrarse. Al cabo de la segunda, mover un brazo. Y, prodigioso triunfo de la voluntad y de la confianza, una vez más escapó al abrazo paralizador de la muerte para abarcar la vida, con más ardor, con mayor vehemencia que antes, con esa indecible alegría que sólo el convaleciente conoce.

Dueño ya absoluto de su cuerpo, el último día, cuando se disponía a partir de Aquisgrán, Händel se detuvo ante la iglesia. Nunca había sido especialmente piadoso, pero ahora, habiendo recuperado milagrosamente la capacidad de andar, al avanzar hacia el coro, donde se encontraba el órgano, se sintió conmovido por lo inconmensurable. Tanteando con la mano izquierda, rozó las teclas. Y sonó. Sonó de un modo claro y puro a través de aquel espacio receptivo, en quietud. Vacilante, lo intentó la derecha, la que durante tanto tiempo había permanecido cerrada, encogida. Y, he aquí que, también bajo ella, un acorde resonó como una fuente de plata. Poco a poco empezó a tocar, a improvisar, y la gran corriente le arrastró. Prodigiosos, los sonoros sillares se alzaron y montaron unos sobre otros, invisibles. Espléndidos, ascendían y ascendían por las airosas construcciones de su genio sin sombra, inmaterial

claridad, luz sonora. Abajo, las monjas y los fieles, anónimos, escuchaban con atención. Jamás habían oído tocar a un hombre de esa manera. Y Händel, la cabeza inclinada con humildad, tocaba y tocaba. De nuevo había encontrado el lenguaje con el que hablaba con Dios, con la eternidad y con los demás mortales. De nuevo podía componer. De nuevo, crear. Sólo ahora se sintió restablecido.

—He regresado del Hades —dijo orgulloso Georg Friedrich Händel, ahuecando el amplio pecho y extendiendo los poderosos brazos, al médico de Londres, que no podía por menos de admirar aquel milagro de la medicina.

Y con toda su fuerza, con el ímpetu de un furibundo guerrero, sin demora y con redoblada avidez, el convaleciente se volcó de nuevo en su obra. El hombre de cincuenta y tres años había recobrado su vieja combatividad. Escribió una ópera. La mano curada obedeció magníficamente. Escribió una segunda, una tercera, los grandes oratorios *Saúl* e *Israel en Egipto*, y una oda, *L'Allegro*. Como de una fuente hace tiempo estancada resurgía inagotable el placer creador. Pero los tiempos están contra él. La muerte de la reina interrumpe las audiciones. Después comienza la guerra de España. En las plazas públicas la multitud se reúne todos los días gritando y cantando, pero el teatro permanece vacío, y las deudas se acumulan. Después viene el duro invierno. Sobre Londres cae un frío tal que el Támesis se congela y los trineos marchan sobre la reluciente superficie haciendo sonar los cascabeles. Durante esta época terrible las salas permanecen cerradas, pues ninguna música celestial afrontaría el frío de aquellos locales. Entonces enferman los cantantes. Uno tras otro, los conciertos tienen que ser suspendidos. La precaria situación en la que se encuentra Händel empeora cada vez más. Los acreedores apremian, los críticos insultan, el público se mantiene indiferente y mudo. Poco a poco, ese hombre que lucha desesperadamente pierde el coraje. Una representación benéfica acaba de librarle de ir a la cárcel por deudas. Pero, ¡qué vergüenza tener que ganarse la vida como un mendigo! Händel se aísla más y más, y su ánimo se torna cada vez más sombrío. ¿No era mejor tener paralizada una parte del cuerpo, y no como ahora toda el alma? En el año 1740 Händel se siente de nuevo un hombre vencido, arruinado, escoria y ceniza del prestigio de otro tiempo. Con esfuerzo, recopila fragmentos de sus obras

anteriores. De cuando en cuando, aún es capaz de alguna pequeña proeza. Pero la gran corriente se ha secado, y con ella en el cuerpo restablecido la fuerza primigenia. Por primera vez, este hombre colosal se siente cansado. Por primera vez, el espléndido combatiente se ve vencido. Por primera vez, agotada, la sagrada corriente del placer creador, que desde hace treinta y cinco años desbordara fecunda todo un mundo, se paraliza. De nuevo, se ha terminado. De nuevo. Y el desesperado lo sabe o cree saberlo. Se ha terminado para siempre. ¿Para qué me permitió Dios resucitar tras mi enfermedad, si los hombres vuelven a sepultarme?, suspira. Sería mejor que hubiera muerto, en lugar de, como una sombra de mí mismo, vagar por este mundo helado, vacío. Y en su rabia a veces murmura las palabras de aquel que fue colgado en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Como un hombre perdido, desesperado, cansado de sí mismo, sin fe en sus fuerzas, tal vez incluso sin fe en Dios, durante esos meses Händel anda vagando de noche por Londres. Sólo muy tarde se atreve a salir de su casa, pues durante el día los acreedores esperan ante la puerta con los pagarés vencidos, para atraparle. Y por la calle, las miradas indiferentes y llenas de desprecio de los hombres le repugnan. A veces piensa si no debería huir a Irlanda, donde aún creen en su renombre. Ah, no saben lo quebrantadas que están sus fuerzas. También podría huir a Alemania. O a Italia. Tal vez allí, el frío interior se deshiele de nuevo. Y de nuevo, rozada por el dulce viento del sur, la melodía brote de los devastados roquedales del alma. No, no lo soporta. No poder crear, no poder producir nada. Georg Friedrich Händel no soporta ser vencido. En ocasiones se para ante una iglesia, aunque sabe que las palabras no son ningún consuelo para él. Otras, se sienta en una taberna. Pero a quien conoce la elevada embriaguez, dichosa y pura, de crear, le repugna el aguardiente de mala calidad. Y a veces, desde el puente clava la vista en el Támesis, en la negra y muda corriente nocturna. Y se pregunta si no sería mejor librarse de todo en un decidido impulso, para no tener que seguir cargando con el fardo de ese vacío, ni con ese horror a la soledad, abandonado por Dios y por los hombres.

Una vez más había estado vagando de noche. Aquel 21 de agosto de 1741 había sido un día de calor insoportable. Como metal

fundido, el cielo se cernía sofocante y bochornoso sobre Londres. Al anochecer Händel había salido para respirar un poco de aire en Green Park. Allí, a la sombra insondable de los árboles, donde nadie podía verle, donde nadie podía importunarle, se había sentado, rendido, pues aquel cansancio pesaba sobre él como una enfermedad. Cansancio de hablar, cansancio de vivir. Y, ¿para qué o para quién? Como un borracho, se dirigió hacia su casa, a lo largo de Pall Mall y St. James Street, movido por un único pensamiento, un único afán. Dormir, dormir, no saber nada más, sólo reposar, descansar, a ser posible para siempre. En casa, en Brook Street, no había nadie despierto. Despacio —ah, qué cansado estaba y ¡cómo le habían acosado hasta rendirle los hombres!— trepó por las escaleras. Bajo cada uno de sus fatigados pasos la madera crujió. Por fin estaba en su habitación. Encendió el mechero y prendió la vela sobre el atril. Lo hizo sin pensar, de una manera mecánica, como lo había hecho durante años para sentarse a trabajar. Pues en otro tiempo —un lastimero suspiro escapó involuntario por entre sus labios— de cada uno de sus paseos traía a casa una melodía, un tema. Y a la vuelta siempre los anotaba con precipitación, para no perder durante el sueño lo que se le había ocurrido. Ahora, en cambio, la mesa estaba vacía. No había allí ninguna partitura. La rueda del molino sagrado seguía quieta en la corriente helada. No había nada que empezar. Nada que terminar. La mesa estaba vacía.

Pero, no. ¡No estaba vacía! ¿No brillaba allí sobre el claro rectángulo un papel, algo blanco? Händel lo cogió. Era un paquete, y vio que tenía algo escrito. Al instante, rompió el sello. Encima había una carta, una carta de Jennens, el poeta que había compuesto para él el texto de *Saúl* y de *Israel en Egipto*. Le envía, dice, una nueva composición y espera que, misericordioso, el gran genio de la música, el *phoenix musicae*, se apiade de sus pobres palabras y que con sus alas las transporte por el éter de la inmortalidad.

Händel se estremeció, como rozado por algo desagradable. ¿Acaso Jennens quería burlarse de él, de él, del agonizante, del paralítico? Rasgó la carta, la arrugó y, arrojándola al suelo, la pisoteó.

—¡Desgraciado! ¡Canalla! —bramó.

Aquel inoportuno le había alcanzado en su herida más honda,

más ardiente, desgarrándole hasta las entrañas, llegando hasta la más acibarada amargura de su alma. Furioso, sopló la vela, tanteó desconcertado hasta su dormitorio y se echó sobre la cama. Las lágrimas acudieron de pronto a sus ojos, y todo su cuerpo tembló con la rabia de su impotencia. ¡Maldito mundo, en el que aún se burlan del desvalido y en el que se atormenta al que sufre! ¿Por qué llamarle a él, al que se le había helado el corazón y al que ya no le quedaban fuerzas? ¿Por qué pedirle una de sus obras, cuando se le había paralizado el alma y sus sentidos no tenían ya vida alguna? Y ahora, a dormir, insensible como un animal. A olvidar. A dejar de ser. Pesadamente, aquel hombre alterado, perdido, se echó sobre su cama.

Pero no pudo dormir. En él crecía la inquietud, una inquietud revuelta por la cólera, como el mar por una tormenta, una maligna y misteriosa inquietud. Se giró hacia el lado derecho y de nuevo se dio la vuelta hacia el izquierdo, y cada vez estaba más despierto. ¿No debería levantarse y examinar las palabras del texto? Pero, no, ¿qué efecto podía tener ya la palabra sobre él, el muerto? No, ya no había consuelo para él, a quien Dios había dejado caer en el abismo, apartándole de la corriente sagrada de la vida. Y, sin embargo, aún palpitaba en él un impulso, misteriosamente deseoso de saber. Y su impotencia no pudo sustraerse a ella. Händel se levantó, volvió a su gabinete y con manos temblorosas por la emoción encendió de nuevo la luz. ¿Acaso un milagro no le había librado ya una vez de la parálisis del cuerpo? Tal vez Dios conociera también el remedio y el consuelo para el alma. Händel alzó el candelabro y lo acercó a aquellas hojas. *El Mesías*, ponía en la primera página. ¡Ah, de nuevo un oratorio! Los últimos habían sido un fracaso. Pero, intranquilo como estaba, volvió la hoja y comenzó a leer.

Con las primeras palabras se estremeció. «Comfort ye». Así empezaba el texto. ¡Consolaos! Aquella palabra era como un sortilegio. Aquella palabra… No, no era una palabra, sino una respuesta, divina, una llamada angelical desde el cielo cubierto a su abatido corazón. Consolaos. Cómo sonaba aquella palabra creadora, edificante, cómo sacudía el interior de su alma atemorizada. Y apenas leída, apenas barruntada, Händel la oyó convertida en música, suspendida en las notas, convertida en una llamada, en un susurro, en un canto. ¡Qué felicidad! Las puertas se habían abierto.

Volvía a sentir, volvía a oír la música.

Las manos le temblaron mientras pasaba una página tras otra. Sí, había sido llamado, invocado. Cada una de aquellas palabras penetraba en él con un poder irresistible. «Thus saith the Lord». Así habló el Señor. ¿Aquellas palabras no eran para él, para él solo? ¿No era aquélla la misma mano que le había arrojado al suelo y que después con su gracia le había levantado? «And he shall purify». Él os purificará. Sí, aquello le había sucedido a él. Y de una vez, las tinieblas fueron barridas de su corazón. Irrumpió la claridad y la pureza cristalina de una luz melodiosa. ¿Quién podía haber concedido tal poder reparador a la pluma de Jennens, a aquel poetastro de Gopsall, sino Él, el único que sabía de su desamparo? «That they may offer unto the Lord». Que ofrezcan sacrificios al Señor. Sí, encender una llama de sacrificio que brote del corazón ardiente, que llegue hasta el cielo, para dar respuesta, una respuesta a esa formidable llamada. Aquel «Proclama con fuerza tu palabra» era para él, sólo para él. Ah, proclamar aquello, proclamarlo con la impetuosidad de estremecedoras trompetas, del coro arrebatado, con el estruendo del órgano, y que una vez más, como el primer día, la palabra, el *logos* sagrado, despierte a los hombres, a todos ellos, a los otros, que aún caminan desesperados por la oscuridad. Pues, en verdad «Behold, darkness shall cover the earth», la oscuridad aún cubre la Tierra. Y ellos aún no conocen la dicha de la redención que en ese instante ha tenido lugar en él. Y apenas lo ha leído, ya bulle en él a borbotones, plenamente formada, la exclamación de gratitud: «Wonderful, counsellor, the mighty God». Consejero admirable, Dios todopoderoso. Sí, ensalzarle, al Altísimo, que conocía el remedio y lo llevó a cabo. A Él, que devolvía la paz al corazón conturbado. «Pues el ángel del Señor se presentó ante ellos». Sí, con alas de plata había descendido hasta su cuarto. Y le había rozado y le había redimido. Cómo no agradecerlo, cómo no dar gritos de alegría y de júbilo con mil voces unidas a la suya propia. Cómo no cantar y glorificarle: «¡Glory to God!»

Händel inclinó la cabeza sobre las páginas, como bajo una fuerte tormenta. Todo el cansancio había desaparecido. Jamás había sentido así su propia fuerza. Nunca antes había sentido que fluyera de ese modo, sin interrupción, toda aquella alegría creadora. Y una

vez más las palabras caían sobre él como chorros de luz cálida y disolvente, cada una dirigida a su corazón, implorando, liberando. «Rejoice». Regocijaos. Cuando, magnífico, se desató el canto de aquel coro, él levantó la cabeza maquinalmente, y los brazos se estiraron. «Él es el verdadero Redentor». Sí, quería dar testimonio de ello, como no lo había hecho ningún otro mortal. Y como un rótulo luminoso elevar su testimonio sobre el mundo. Sólo el que ha sufrido mucho conoce la dicha. Sólo el que ha sido puesto a prueba vislumbra la última bondad de la gracia. Y él debe dar fe ante los hombres de la resurrección, por amor al que ha sufrido la muerte. Cuando Händel leyó las palabras «He was despised» (Fue despreciado), un penoso recuerdo, transformado en un oscuro y abrumador sonido, acudió a su memoria. Creían que ya le habían vencido, que ya habían enterrado su cuerpo con vida, le habían perseguido con sus burlas. «And they that see him, laugh». Y aquellos que le veían, se reían. «Y no hubo nadie que diera consuelo al que sufría». Nadie le había ayudado. Nadie le había consolado en su impotencia. Pero, ah, fuerza milagrosa: «He trusted in God». Confió en Dios. Y, he aquí que Él no le dejó quedarse en la tumba. «But thou didst not leave his soul in hell». No, Dios no había dejado que su alma permaneciera en la tumba de su desesperación, ni en el infierno de su impotencia. A él, un hombre constreñido, olvidado. No, le había vuelto a llamar, para que llevara a los hombres un mensaje de alegría. «Lift up your heads». Levantad la cabeza. Aquello, aquel gran mandato de anunciación, brotaba resonando desde su interior. Y de pronto se estremeció, pues allí, escrito por la mano del pobre Jennens, ponía: «The Lord gave the word».

Se quedó sin respiración. Había allí una verdad expresada por un hombre cualquiera. El Señor le había concedido la palabra. Le había sido dada desde arriba. «The Lord gave the word». De Él venía la palabra. De Él, el sonido. De Él, la gracia. Y a Él había de volver. Había que elevarlo hacia Él con la marea del corazón. Cantar un himno de alabanza hacia Él era el deber y el deseo de cualquier creador. Ah, entenderla y retenerla, elevarla y sacudirla, la palabra, extenderla y propagarla, para que fuera tan amplia como la Tierra, para que englobara todo el júbilo de la existencia, para que fuera tan grande como Dios, que la había concedido. Ah, la

palabra, mortal y perecedera, reconvertida en eternidad por la belleza y por un entusiasmo sin límites. Y allí estaba escrita, allí sonaba, la palabra que podía ser repetida, transformada hasta el infinito. Allí estaba: «¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!» Sí, había que reunir todas las voces de la Tierra, las claras y las oscuras, la enérgica del hombre, la flexible de la mujer, hincharlas, aumentarlas y modificarlas, enlazarlas y separarlas en rítmicos coros, dejar que ascendieran y descendieran por la escalera de Jacob de los tonos. Suavizarlas con el dulce sonido del violín. Enardecerlas con el agudo toque de los clarines. Dejar que rugieran con el estruendo del órgano. ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! Con aquella palabra, con aquella gratitud, crear un grito de júbilo que desde la Tierra resonara de vuelta hasta el Creador de todas las cosas.

Las lágrimas oscurecieron los ojos de Händel. Tan formidable era la devoción que le oprimía. Aún quedaban páginas por leer, la tercera parte del oratorio. Pero tras aquel «¡Aleluya! ¡Aleluya!» no pudo continuar. Aquel regocijo vocal le colmaba, se tensaba y expandía, y dolía como un fuego líquido que quisiera salir a chorros, desbordarse. Ah, cómo apremiaba, cómo oprimía, pues quería salir de su interior. Quería subir y regresar al cielo. Con precipitación, Händel agarró la pluma y trazó unas cuantas notas. Uno tras otro, los signos se formaban con una mágica rapidez. No podía detenerse; como un barco con la vela hinchada por la tempestad siguió adelante, adelante. A su alrededor, la noche guardaba silencio, y una húmeda oscuridad se cernía sobre la gran urbe. Pero en él la luz discurría como un torrente. E imperceptiblemente la habitación resonaba con la música del universo.

Cuando a la mañana siguiente el criado entró con cautela, Händel aún estaba sentado a su mesa de trabajo, escribiendo. No contestó cuando Christof Schmidt, su ayudante, le preguntó tímidamente si podía serle de alguna utilidad copiando. El maestro sólo emitió un gruñido sordo y amenazador. Nadie más se atrevió a acercarse. Y en tres semanas Händel no abandonó la habitación. Cuando le traían la comida, precipitadamente desmenuzaba con la mano izquierda unas cuantas migas de pan, mientras la derecha seguía escribiendo, pues no podía parar, era como si le hubiera

sobrevenido una gran borrachera. Cuando se levantaba y caminaba por el cuarto, cantando en voz alta y marcando el compás, sus ojos tenían una extraña mirada. Si alguien le dirigía la palabra, se sobresaltaba y su respuesta era insegura y muy confusa. Entre tanto, el criado se encontró con dificultades. Vinieron los acreedores para cobrar los pagarés. Vinieron los cantantes a solicitar una cantata conmemorativa. Vinieron mensajeros para invitar a Händel al castillo real. El criado tuvo que rechazarlos a todos, pues cuando intentaba dirigirse, aunque fuera con una sola palabra, al que tan absorto seguía inmerso en su trabajo, no encontraba más que la cólera leonina de aquel al que había provocado. Durante aquellas semanas Georg Friedrich Händel perdió la noción del tiempo, de las horas. Ya no diferenciaba el día de la noche. Vivía por completo en aquella esfera en la que el tiempo sólo se mide por el ritmo y el compás. Se agitaba arrastrado tan sólo por la corriente que brotaba de sí mismo, cada vez más salvaje, cada vez más apremiante a medida que la obra se acercaba a la sagrada catarata, al final. Encerrado en sí mismo, con fuertes pisadas, llevando el compás, medía una y otra vez el calabozo que había creado en su propia habitación. Cantaba, tocaba el clavicordio, volvía a sentarse y escribía. Escribía hasta que le ardían los dedos. En toda su vida, jamás le había sobrevenido un arrebato creador como aquél. Jamás había vivido ni experimentado la música de aquel modo.

Al fin, al cabo de sólo tres semanas —algo inconcebible aún hoy y para siempre—, el 14 de septiembre la obra estaba terminada. La palabra se había hecho música. Inmarchitable, florecía y resonaba lo que hasta entonces sólo era un discurso seco, descarnado. El alma inflamada había realizado el milagro de la voluntad, como en otro tiempo sobre el cuerpo paralizado el de la resurrección. Todo estaba escrito, creado, trazado, desplegado en melodía, en impulso. Sólo faltaba una palabra, la última: «Amén». Y aquel «Amén», aquellas dos breves y rápidas sílabas Händel las acometió ahora, para construir con ellas una escala que, sonora y gradualmente, ascendiera hasta el cielo. Y arrojó aquellas dos sílabas a unas voces y luego a las otras, en un coro cambiante. Las alargó y una vez más las separó, para volver a fundirlas aún más ardientemente. Y como el aliento divino, su fervor penetró en esas notas finales de su gran oración, que resultaron tan amplias como la Tierra y se llenaron de

su plenitud. Aquella única palabra, la última, no le abandonó, y él tampoco la dejó. En una fuga grandiosa construyó aquel «Amén» a partir de la primera vocal, la resonante A, el sonido primigenio del principio, hasta convertirlo en una catedral, retumbante y llena. Y con el resto alcanzó el cielo, elevándose más y más alto, volviendo a caer y a elevarse hasta que, atrapado al fin por el ímpetu del órgano, arrojado hacia arriba una y otra vez y con violencia por el poder de las voces unidas, colmó todas las esferas, como si en aquella triunfal melodía de agradecimiento también cantaran los ángeles, y el techo, con ese eterno «¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!», saltara hecho pedazos sobre él.

Händel se levantó a duras penas. La pluma se le cayó de la mano. No sabía dónde estaba. Ya no veía, ni oía. Sólo sentía el cansancio, un cansancio infinito. Tuvo que sujetarse a las paredes. Daba tumbos. Se había extinguido la fuerza. Su cuerpo tenía un cansancio de muerte. Sus sentidos estaban confusos. Como un ciego, siguió palpando a lo largo de la pared. Después cayó sobre la cama y durmió como un muerto.

A lo largo de la mañana el criado llamó a la puerta en tres ocasiones. Suavemente. El maestro seguía durmiendo, sin moverse. Como esculpido en una fría piedra, su rostro permanecía inaccesible. Al mediodía, el criado intentó despertarle por cuarta vez. Carraspeó fuertemente y tocó a la puerta. En vano. Desde el abismo inconmensurable de aquel sueño no salió ni un sonido, ni una sola palabra. Por la tarde, Christof Schmidt vino en su ayuda. Händel aún yacía en aquella rigidez. Se inclinó sobre el durmiente. Vencido por el cansancio tras la indescriptible proeza, yacía como un héroe muerto en el campo de batalla tras haber obtenido la victoria. Pero Christof Schmidt y el criado no sabían nada de aquella hazaña, ni de la victoria. Y viéndole tendido tanto tiempo, en tan inquietante inmovilidad, se sintieron horrorizados. Temieron que un nuevo ataque le hubiera podido fulminar. Y cuando por la noche, después de haberle sacudido, Händel seguía sin querer despertar —hacía ya diecisiete horas que yacía así, insensible y rígido—, Christof Schmidt corrió de nuevo en busca del médico. No le encontró en seguida, pues el doctor Jenkins, aprovechando el agradable atardecer, se había ido a pescar a la orilla del Támesis. Y cuando por fin dieron con él, refunfuñó por el inoportuno trastorno.

Sólo cuando oyó que se trataba de Händel, recogió sus aparejos, fue a buscar —en lo que perdió mucho tiempo— su instrumental quirúrgico para aplicar la más que probable sangría, y por fin el póney trotó llevándolos a ambos en dirección a Brook Street.

Allí les esperaba ya el criado, haciéndoles señas con los dos brazos.

—Ha resucitado —gritó desde la calle—. Y ahora está comiendo como seis descargadores. Se ha tragado la mitad del jamón de York de una sola sentada. He tenido que llenarle cuatro pintas de cerveza y aún quiere más.

Y en efecto, allí estaba Händel, como un rey, sentado ante una mesa repleta. Y así, al igual que a lo largo de una noche y un día había dormido el sueño de tres semanas, ahora comía y bebía con todo el placer y la vehemencia de su cuerpo gigantesco, reponiendo las fuerzas que durante todo ese tiempo había invertido en su obra. En cuanto vio al doctor, empezó a reírse. Con una risa que poco a poco se volvió inmensa, atronadora, estruendosa, hiperbólica. Schmidt recordó que durante aquellas semanas no había visto siquiera una sonrisa en los labios de Händel, sólo tensión y cólera. Ahora estallaba la primitiva y estancada alegría de su temperamento. Resonaba como la marea contra las rocas. Se encrespaba y rompía con vertiginosos acentos. En toda su vida, Händel jamás se había reído de modo tan impetuoso como ahora, al ver llegar al médico, sintiendo que estaba sano como nunca y que la alegría de vivir fluía estrepitosa y sin interrupción de su interior. Alzó la jarra de cerveza y con un saludo la agitó en dirección al hombre vestido de negro.

—Que el diablo me lleve —exclamó con asombro el doctor Jenkins—. ¿Qué os pasa? ¿Qué elixir habéis bebido? Si reventáis de salud. ¿Qué os ha pasado?

Händel le miró, riendo, con ojos chispeantes. Después, poco a poco, se puso serio. Se levantó lentamente y se acercó hasta el clavicordio. Se sentó ante él, y primero pasó las manos por encima de las teclas sin rozarlas. Después se volvió, sonrió de una manera extraña y empezó a tocar suavemente, medio hablando, medio cantando, la melodía del recitativo: «Behold, I tell you a mystery». Escuchad, os contaré un secreto. Era la letra de *El Mesías*. Había empezado como una broma, pero en cuanto él

hundió los dedos en el aire tibio, le arrastró. Tocando, Händel se olvidó de los otros y de sí mismo. Grandiosa, la propia corriente le arrastró. De pronto se encontró otra vez en medio de la obra. Y cantó, tocando los últimos coros, a los que hasta entonces sólo había dado forma como en sueños. Ahora, por primera vez, los escuchaba despierto. «Oh death where is thy sting». Sí, oh muerte, dónde está tu aguijón. Y también los sintió en su interior, penetrados por la fogosidad de la vida. Y elevó la voz más alto, como el coro, jubiloso, regocijado. Y siguió tocando y tocando, y cantando, hasta llegar al «Amén, amén, amén». Y la habitación, con aquellas notas, estuvo a punto de venirse abajo. Tan fuerte, con tanta energía proyectó él su fuerza en la música.

El doctor Jenkins estaba como aturdido. Y cuando Händel se levantó por fin, tímidamente admirado, por decir algo, le comentó:

—Pero hombre, jamás había escuchado nada igual. Tenéis el demonio en el cuerpo.

Entonces el rostro de Händel se oscureció. También él estaba asustado ante la obra y la gracia que le habían sobrevenido durante el sueño. También él se avergonzaba. Se volvió y en voz baja, de modo que los otros apenas pudieran oírlo, dijo:

—Creo más bien que Dios ha estado en mí.

Unos meses después, dos hombres bien vestidos llamaban a la puerta de la casa alquilada en Abbey Street, en la que el noble huésped venido de Londres, el gran maestro Händel, vivía en Dublín. Respetuosos, venían con una petición. En esos meses, Händel había deleitado a la capital de Irlanda con obras tan exquisitas como nunca se habían escuchado por allí. Habían oído decir que también allí quería llevar por primera vez a escena su nuevo oratorio, *El Mesías*. No era poco honor que quisiera ofrecer precisamente a aquella ciudad, antes que a Londres, el estreno de su última obra. En vista de lo extraordinario de semejante concierto, cabía esperar unos beneficios especiales. Así que habían venido a preguntar si el maestro, con su generosidad de todos conocida, no querría dedicar los ingresos de su primera audición a las instituciones benéficas que ellos tenían el honor de representar.

Händel les miró complaciente. Amaba esa ciudad porque le había mostrado su amor. Y su corazón estaba abierto de par en par. Lo haría de buen grado, y sonrió. Bastaba con que le dijeran a qué

instituciones irían destinados los ingresos.

—Al amparo de los presos en distintas cárceles —dijo el primero. Un hombre afable, de cabellos blancos.

—Y a los enfermos del hospital Mercier —añadió el otro.

Aunque, como es natural, aquel destino generoso únicamente afectaba a los ingresos de la primera representación. Los demás serían para el maestro. Pero Händel no lo aceptó.

—No —dijo en voz baja—. No quiero ningún dinero por esta obra. Nunca cobraré dinero por ella, jamás. Por ella estoy en deuda con otro. Será siempre para los enfermos y para los presos, pues yo mismo he sido un enfermo y me he curado con ella. Y fui un preso, y ella me liberó.

Los dos hombres alzaron la vista, un tanto sorprendidos. No lo entendían del todo. Pero dieron repetidas veces las gracias, hicieron una reverencia y se marcharon para difundir la buena noticia por Dublín.

El último ensayo estaba previsto para el 7 de abril de 1742. Sólo se permitió la entrada a unos pocos parientes de los cantantes del coro de las dos catedrales. Y para ahorrar, el espacio del Music Hall en Fishamble Street se había iluminado débilmente. Aislados y dispersos, se sentaban, allí una pareja, allá un grupo, en los últimos bancos para escuchar la nueva obra del maestro venido de Londres. Oscura y fría, la amplia sala estaba envuelta en tinieblas. Pero apenas los coros, cual resonantes cataratas, empezaron a rugir, sucedió algo extraordinario. Sin querer, los distintos grupos se aproximaron unos a otros y, poco a poco, formaron un único y oscuro bloque que escuchaba maravillado, pues a cada uno le parecía que el ímpetu de aquella música jamás oída era demasiado para él, como individuo, y como si tuvieran que flotar y arrastrarse lejos de sí mismos. Se aproximaron unos a otros, cada vez más cerca. Era como si quisieran escucharla con un único corazón, y como una única comunidad religiosa recibir el mensaje de esperanza que, formulado siempre de forma distinta, resonaba en aquellas voces enlazadas entre sí. Cada uno de ellos se sentía débil ante aquel primigenio vigor y, a la vez, dichosamente arrastrado y llevado por él. Un estremecimiento de placer los recorrió a todos, como si fueran un solo cuerpo. Cuando el «Aleluya» sonó por última vez, alguien se irguió repentinamente, y todos los demás, como de

un tirón, se levantaron a un tiempo. Sentían que no podían quedarse pegados a la tierra. Cautivados por aquella fuerza, se habían puesto en pie para con sus voces estar una pulgada más cerca de Dios y, serviciales, ofrecerle su respeto. Después se marcharon, y de puerta en puerta contaron que habían escuchado una obra de arte musical como no había otra sobre la Tierra. Y la ciudad se estremeció de impaciencia y de alegría por escuchar aquella obra maestra.

Seis días después, el 13 de abril por la noche, la multitud se amontonaba ante las puertas. Las damas habían venido sin miriñaque y los caballeros sin espada, para que un mayor número de oyentes pudiera encontrar espacio en la sala. Asistieron setecientas personas, una cifra hasta entonces nunca alcanzada. Tal era la rapidez con la que se había extendido la gloria de aquella obra. Sin embargo, cuando empezó la música, no se oía una sola respiración. Y escucharon cada vez más silenciosos. Pero entonces los coros, con huracanado poder, rompieron a cantar y los corazones comenzaron a estremecerse. Händel estaba junto al órgano. Quería vigilar y dirigir su obra, pero se le escapó, y él se perdió en ella. Se le hizo extraña, como si no la hubiera escuchado jamás, como si no la hubiera creado él mismo. De nuevo, le arrastró la propia corriente. Y cuando al final poco a poco se alzó el «Amén», sin que se diera cuenta, sus labios se abrieron y cantó con el coro. Cantó como no lo había hecho en toda su vida. Pero después, apenas el júbilo de los demás llenó el espacio con sus aplausos, él en silencio se apartó a un lado, para no dar las gracias a los hombres que se las daban a él, sino a la clemencia que le concediera aquella obra.

La esclusa se había abierto. Durante años y años aquella corriente siguió fluyendo. Desde entonces nada podría doblegar a Händel. Y nada, derribar al que había resucitado. De nuevo, la compañía de ópera que había fundado en Londres quebró. De nuevo, le acosaron los acreedores. Esta vez se mantuvo en pie y resistió todos los contratiempos. Despreocupado, el sexagenario recorrió el camino marcado por los hitos de sus obras. Encontró dificultades, pero glorioso supo vencerlas. La edad poco a poco socavó su fortaleza. Se le paralizaron los brazos. La gota agarrotó sus piernas, pero su alma incansable siguió creando y creando. Por

fin le faltó la vista. Mientras escribía su *Jephtha* se quedó ciego. Pero incluso con los ojos cerrados, como los oídos de Beethoven, siguió creando, infatigable, invencible. Y más humilde ante Dios, cuanto mayores eran sus triunfos en este mundo.

Como todo artista verdadero y riguroso, Händel no alababa sus propias obras. Pero amaba una, *El Mesías*. Amaba esa obra por gratitud, porque le había salvado de la propia sima, porque con ella él mismo se había redimido. Se representó en Londres año tras año, y siempre todos los ingresos, quinientas libras cada vez, se destinaron a la mejora de hospitales. Del que se había curado, a los necesitados. Del que había sido liberado, a aquellos que aún estaban en prisión. Y con esta obra, con la que se había remontado desde el Hades, quiso también despedirse. El 6 de abril de 1759, ya muy enfermo, el maestro de setenta y cuatro años dejó que una vez más le llevaran hasta el podio del Covent Garden. Y allí estaba, aquel hombre inmenso, ciego, en medio de sus fieles, rodeado por los músicos y los cantantes. Sus ojos vacíos, apagados, no podían verlos, pero cuando con gran estrépito las ondas de la melodía rodaron hasta él, cuando el júbilo de certeza que emanaba de cientos de voces creció como un huracán, entonces su rostro cansado se iluminó y cobró vida. Balanceó los brazos, llevando el compás, y cantó con tal seriedad y tal fe como si fuera un sacerdote y se encontrara a la cabecera de su propio féretro, rogando con todos por su salvación y por la de los demás. Sólo una vez, cuando, obedeciendo la invocación «The trumpet shall sound», las trompetas se alzaron bruscamente, dio un respingo y, con los ojos fijos, miró hacia arriba, como si estuviera ya dispuesto para el Juicio Final. Sabía que su obra estaba bien hecha. Podía presentarse ante Dios con la cabeza erguida.

Conmovidos, sus amigos llevaron al ciego a su casa. También ellos tenían la sensación de que se trataba de una despedida. En la cama aún movió suavemente los labios. Quería morir el Viernes Santo, murmuró. Los médicos se asombraron, no le entendían, pues no sabían que aquel Viernes Santo era 13 de abril, el día en el que aquella pesada mano le arrojara al suelo, el día también en el que *El Mesías* sonara por vez primera en el mundo. Y el día en el que todo en él había muerto, también había resucitado. En el día que había resucitado quería morir, para estar seguro de que resucitaría

a la vida eterna.

Y, en efecto, aquella voluntad única tuvo también poder sobre la muerte, como lo había tenido sobre la vida. El 13 de abril a Händel le fallaron las fuerzas. Ya no veía nada, tampoco oía. Inmóvil, el voluminoso cuerpo yacía entre almohadones. Una cáscara hueca, pesada. Pero, así como en la concha vacía resuena el estruendo del mar, en su interior lo hacía el murmullo de una música inaudible, la más extraña y magnífica de cuantas hubiera escuchado jamás. Poco a poco su apremiante crecida desligó el alma del cuerpo desfallecido, para transportarla hacia la esfera de lo ingrávido. Un caudal hacia otro, un eco eterno hacia la eternidad. Y al día siguiente, aún no habían despertado las campanas de Pascua, falleció al fin lo que de mortal había en Georg Friedrich Händel.

EL GENIO DE UNA NOCHE
«LA MARSELLESA», 25 DE ABRIL DE 1792

1792. Hace ya dos, tres meses que en la Asamblea Nacional francesa no se toma una decisión: la guerra contra la coalición del emperador y los reyes, o bien la paz. El propio Luis XVI duda. Presiente el peligro de una victoria de los revolucionarios. Intuye también el de su derrota. A su vez, los partidos están indecisos. Los girondinos, para conservar el mando, son partidarios de la guerra. Robespierre y los jacobinos luchan por la paz, para entre tanto hacerse ellos mismos con el poder. Día tras día la situación es más tensa. Los periódicos alborotan. Se discute en los clubes. Los rumores que se propagan son cada vez más fantásticos, enardeciendo más y más la opinión pública. Pero siempre que se adopta una determinación, ésta se convierte en una suerte de desahogo, como cuando el 20 de abril el rey de Francia declara por fin la guerra al emperador de Austria y al rey de Prusia.

Una fuerte tensión, capaz de alterar los ánimos, ha gravitado sobre París una semana tras otra; pero aún más opresiva, más amenazadora, es la agitación que pesa sobre las ciudades fronterizas. En todos los campamentos, las tropas ya se han agrupado. En cada pueblo, en cada ciudad, se reclutan voluntarios y milicianos. Por todas partes se reparan las fortificaciones, y sobre todo en Alsacia, pues se sabe que en aquella tierra, como siempre en las guerras entre Francia y Alemania, se producirá la batalla decisiva. A orillas del Rin se encuentra el enemigo, el adversario, que a diferencia del de París no es un concepto difuso, un término patético, retórico, sino una presencia visible, real. Desde la cabecera fortificada del puente y desde la torre de la catedral se pueden divisar a simple vista los regimientos de los prusianos, aproximándose. De noche y por encima del río que, indiferente, resplandece a la luz de la luna, el viento trae el sonido de la

artillería enemiga que se acerca rodando, el ruido de las armas, tintineando, el toque de las trompetas. Todos saben que basta una sola palabra, un solo decreto, para que las silenciosas bocas de los cañones prusianos descarguen rayos y truenos, para que la lucha milenaria entre Francia y Alemania comience de nuevo. Esta vez en nombre de la nueva libertad en uno de los bandos. Y en el otro, en el del viejo orden.

Por eso, el 25 de abril de 1792, cuando el correo de París trae a Estrasburgo la noticia de que se ha declarado la guerra, es un día único. Enseguida, desde todas las calles y desde todas las casas, el pueblo corre hacia las plazas. Dispuestas para la guerra, las tropas marchan en su último desfile, regimiento tras regimiento. En la plaza principal les espera el burgomaestre Dietrich, el cuerpo envuelto en la banda tricolor, con la escarapela en el sombrero que agita en señal de saludo en dirección a los soldados. El toque de los clarines y el redoble de los tambores reclaman silencio. A viva voz, Dietrich lee en francés y alemán el texto de la declaración de guerra en ésa y en todas las demás plazas de la ciudad. Tras sus últimas palabras, los músicos del regimiento entonan el primer canto de guerra, provisional, de la Revolución. El *Ça ira*. En el fondo se trata de una melodía de baile picante, insolente, satírica, aunque el atronador avance de las tropas le dé un aire marcial. Después, la multitud enardecida se dispersa, llevando consigo el entusiasmo por todas las calles y casas. En los cafés, en los clubes, se pronuncian encendidos discursos, se distribuyen proclamas. «Aux armes, citoyens! L'étendard de la guerre est déployé! Le signal est donné!» Empiezan con llamamientos como éstos o similares. Y por doquier, en todas las arengas, en todos los periódicos, en todos los carteles, en todos los labios, se repiten gritos tan contundentes y rítmicos como éstos: «Aux armes, citoyens! Qu'ils tremblent donc, les despotes couronnés! Marchons, enfants de la liberté!» Y una y otra vez, la masa aclama jubilosa las ardientes palabras.

Tras una declaración de guerra, la gran mayoría grita siempre de contento por calles y plazas, pero en esos momentos de regocijo callejero se movilizan también otras voces, menos ruidosas, apartadas. También el miedo y la alarma despiertan con una declaración de guerra, sólo que esas voces cuchichean en secreto en

los aposentos, cuando no guardan silencio con lívidos labios. Por todas partes hay madres que dicen: Si los soldados extranjeros no mataran a mis hijos. Y en todos los países, campesinos que se preocupan por sus haciendas, por sus campos, por sus cabañas, su ganado, su cosecha. ¿Las brutales hordas no pisotearán sus sembrados? ¿No saquearán sus casas? ¿No abonarán con sangre sus tierras de labor? Pero el alcalde de Estrasburgo, Friedrich Baron Dietrich, en el fondo un aristócrata, aunque, como la mejor aristocracia de Francia, comprometido entonces con toda su alma en la causa de la libertad, sólo desea que se escuchen las voces en las que el optimismo resuena con fuerza. Consciente, hace del día de la declaración de guerra una fiesta pública. Con la banda alrededor del pecho, corre de asamblea en asamblea para alentar a la población. Manda repartir vino y alimentos a los soldados que irán al frente. Y por la noche, en su espaciosa casa de la Place de Broglie, reúne a los generales, oficiales y a los principales funcionarios públicos para una fiesta de despedida, a la que el entusiasmo confiere desde el principio el carácter de celebración de una victoria. Presiden los generales, seguros como siempre de vencer. Y los jóvenes oficiales, que en la guerra dan sentido a su vida, tienen libertad de palabra. Uno enardece a otro. Blanden las espadas, se abrazan unos a otros, se brinda, y con el buen vino los discursos se vuelven cada vez más apasionados. Y de nuevo en todas las arengas se repiten las mismas palabras de estímulo de los periódicos y de las proclamas: «¡A las armas, ciudadanos! ¡Marchemos! ¡Salvemos la patria! Pronto temblarán, los déspotas coronados. Ahora que la bandera de la victoria ha sido desplegada, ha llegado el día de llevar la tricolor por el mundo. Cada uno tiene que dar ahora lo mejor de sí mismo. ¡Por el rey, por la bandera, por la libertad!» En momentos como éste, todo el pueblo, todo el país, quiere formar una sagrada unidad convenciéndose de la victoria y entusiasmándose con la causa de la libertad.

De pronto, en mitad de los discursos y de los brindis, el burgomaestre Dietrich se dirige a un joven capitán de la guarnición, de nombre Rouget, que está sentado a su lado. Acaba de recordar que hace medio año, cuando fue proclamada la Constitución, ese gentil oficial, no precisamente apuesto, aunque simpático, había escrito un bonito himno a la libertad, al que Pleyel, el músico del

regimiento, puso música enseguida. Y resultó que aquel trabajo sin pretensiones se podía cantar. La banda militar la había ensayado. La habían tocado en la plaza pública y el coro la había cantado. ¿No era la declaración de guerra y la partida de las tropas una ocasión que se podía festejar de una manera parecida? Así, el burgomaestre Dietrich, sin darle importancia, como pidiendo un favor a un conocido, pregunta al capitán Rouget —que sin derecho alguno se ha ennoblecido a sí mismo y se hace llamar Rouget de Lisle— si no querría aprovechar tan patriótico pretexto y componer algo para las tropas que han de partir, un canto de guerra para el ejército del Rin que al día siguiente marchará contra el enemigo.

Rouget, un hombre discreto, insignificante, que nunca se consideró un gran compositor —sus versos jamás se editaron y sus óperas fueron rechazadas—, sabe que no le cuesta nada escribir versos de circunstancia. Para dar gusto al alto funcionario y al buen amigo, se declara dispuesto. Sí, lo va a intentar.

—Bravo, Rouget —brinda un general sentado frente a él. Y le apremia para que en cuanto tenga la canción, la envíe al campo de batalla. Y añade que el ejército del Rin podría necesitar una marcha patriótica de alegres pasos.

Entre tanto, otro empieza a soltar un discurso. Y de nuevo se brinda, se alborota, se bebe. En oleadas cada vez mayores, el entusiasmo generalizado va más allá de la pequeña conversación casual. El banquete se vuelve cada vez más exaltado, más ruidoso y frenético, y hace ya mucho que ha pasado la medianoche cuando los invitados abandonan la casa del burgomaestre.

Es tarde, pasada la medianoche. El 25 de abril, la fecha de la declaración de guerra, un día tan emocionante para la ciudad de Estrasburgo, ha tocado a su fin. En realidad, ya ha empezado el 26 de abril. Sobre las casas reina una oscuridad nocturna, pero es una oscuridad engañosa, pues la ciudad aún vibra de excitación. En los cuarteles, los soldados se preparan para la marcha, y, tras las persianas cerradas, tal vez algunos entre los más precavidos, también para huir, en secreto. Por las calles desfilan algunos pelotones. Y entre ellos, suenan los cascos de los caballos del correo que galopan a toda velocidad. Después se acerca el estrépito de un nuevo convoy de artillería. Y una y otra vez, monótona, resuena la llamada de los centinelas de un puesto a otro. El enemigo está

demasiado cerca. Y el alma de la ciudad, demasiado insegura, demasiado exaltada, como para conciliar el sueño en momento tan decisivo.

También Rouget, que acaba de trepar por las escaleras hasta su modesto cuartucho del número 126 de la Grande Rue, se siente extrañamente emocionado. No ha olvidado su promesa de intentar escribir un himno bélico para el ejército del Rin. Inquieto, camina de un lado a otro por su estrecha habitación. ¿Por dónde empezar? ¿Por dónde empezar? Aún vibra en su cabeza el caos de los enardecidos llamamientos de las proclamas, de los discursos, de los brindis. «Aux armes, citoyens!… Marchons, enfants de la liberté!… Écrasons la tyrannie!… L'étendard de la guerre est déployé!…» Pero recuerda también otras palabras que ha escuchado al pasar. Las voces de las mujeres, que tiemblan por sus hijos. La preocupación de los campesinos porque los campos de Francia puedan ser pisoteados y abonados con sangre por las cohortes extranjeras. Medio inconsciente, escribe las dos primeras líneas, que no son más que un eco, una reverberación que reproduce esos gritos.

Allons, enfants de la patrie,
Le jour de gloire est arrivé!

Después se detiene y se queda desconcertado. No suena mal. El principio es bueno. Ahora sólo falta encontrar el ritmo adecuado, la melodía para esas palabras. Saca su violín del armario. Ensaya. Y es milagroso. Ya en los primeros compases el ritmo se ajusta perfectamente a las palabras. A toda prisa sigue escribiendo, ahora ya transportado, ahora ya arrastrado por la fuerza que alienta en él. Y todo se agolpa de una vez. Todos los sentimientos que en ese momento se han desatado. Todas las palabras que ha escuchado en la calle, durante el banquete. El odio a los tiranos. La angustia por la tierra natal. La confianza en la victoria. El amor a la libertad. Rouget no necesita improvisar ni inventar, sólo rimar, conferir el ritmo arrebatador de su melodía a las palabras que hoy, en ese día único, han pasado de boca en boca. Y con ello habrá expresado todo, habrá reproducido y cantado todo lo que la nación siente en lo más hondo de su alma. Y no necesita componer, pues a través de

las persianas cerradas llega hasta él el ritmo de la calle, del momento. Esa cadencia de provocación y desafío que se encuentra en el paso marcial de los soldados, en el son de las trompetas, en el estruendo de los cañones. Tal vez él mismo no lo oiga, ni siquiera su propio oído despierto, pero el genio del momento, que en aquella noche única se ha alojado en su cuerpo mortal, le ha escuchado a él. Y la melodía, cada vez más dócil, obedece a ese compás machacón, jubiloso, que es el latido de todo un pueblo. Como bajo un ajeno dictado, Rouget escribe con precipitación, cada vez con mayor precipitación, las palabras, las notas. Le ha sobrevenido un ímpetu que repercute en su alma estrecha y burguesa como ningún otro hasta ahora. Una exaltación, un entusiasmo que no son suyos, un poder mágico, concentrado en un único y explosivo segundo, arrastra al pobre diletante muy por encima de sus propios límites y, como un cohete, lo lanza —por un instante, luz y llama resplandeciente— hasta las estrellas. Durante una noche, al capitán Rouget de Lisle se le concede formar parte de los inmortales. A partir de esas consignas, que al principio ha tomado prestadas de la calle, de los periódicos, se forma el mensaje creador que se eleva hasta quedar plasmado en una estrofa, tan imperecedera en su expresión poética como inmortal en su melodía.

Amour sacré de la patrie,
Conduis, soutiens nos bras vengeurs!
Liberté, liberté chérie,
Combats avec tes défenseurs!

Después, aún una quinta estrofa, la última, y, antes del amanecer, compuesto de un tirón a partir de un estímulo, conciliando a la perfección el texto y la melodía, el himno inmortal está terminado. Rouget apaga la luz y se echa sobre la cama. Algo, no sabe el qué, le ha elevado a una lucidez hasta entonces nunca experimentada por sus sentidos. Algo le lleva ahora a desplomarse en un apático agotamiento. Duerme con un sueño pesadísimo, que se parece a la muerte. De hecho, el creador, el poeta, el genio ha muerto de nuevo en él. Pero sobre la mesa, desligada del durmiente, al que en realidad ese milagro le ha sumido en un sagrado éxtasis, se encuentra la obra acabada. En la historia de todos los pueblos

difícilmente se habrá repetido el que a una canción se le haya puesto música y letra con una rapidez y una perfección semejantes.

Las campanas de Münster anuncian como siempre el nuevo día. De cuando en cuando, desde el río, el viento trae algún que otro disparo. Han comenzado las primeras escaramuzas. Rouget se despierta. Cansado y como tanteando en la oscuridad, emerge de la sima de su sueño. De modo impreciso, siente que ha ocurrido algo. Algo le ha sucedido, algo que no recuerda más que vagamente. Y sólo ahora se da cuenta de que sobre la mesa está el pliego recién escrito. ¿Versos? ¿Cuándo los he redactado? ¿Música? ¿De mi puño y letra? ¿Cuándo la he compuesto? Ah, sí, es el canto que ayer le pidió su amigo Dietrich. ¡La marcha para el ejército del Rin! Rouget lee los versos, tararea la melodía, aunque, como les ocurre siempre a los artistas frente a su propia obra, se siente totalmente inseguro. Pero al lado vive un camarada del regimiento. A él se los enseña y se los canta. El amigo parece satisfecho y sólo recomienda unos pequeños cambios. Con este primer beneplácito, Rouget gana cierta confianza. Con toda la impaciencia propia del autor y orgulloso de haber cumplido tan rápidamente con su promesa, se presenta de inmediato en casa del burgomaestre Dietrich, que está dando su paseo matinal por el jardín y preparando al tiempo un nuevo discurso. ¿Cómo, Rouget? ¿Ya ha terminado? Entonces lo ensayaremos enseguida. Abandonan el jardín y se dirigen al salón de la casa. Dietrich se sienta al piano y toca el acompañamiento. Rouget canta la letra. Atraída por la inesperada música matinal, aparece la mujer del burgomaestre, que se compromete a hacer copias del nuevo canto y, como música experimentada que es, a perfeccionar enseguida el acompañamiento para, entre otras canciones, poder tocarla esa misma noche en la velada que ofrecen a los amigos de la casa. El burgomaestre Dietrich, orgulloso de su agradable voz de tenor, se encarga de estudiar a fondo la canción. Y el 26 de abril, la noche de ese mismo día en el que de madrugada se escribieran la letra y la música, se interpreta por primera vez ante un público casual en el salón del burgomaestre.

Parece ser que los oyentes aplaudieron complacidos, y es muy probable que al autor allí presente no le faltaran toda clase de amables cumplidos. Pero desde luego, los invitados del Hotel de Broglie, en la plaza Mayor de Estrasburgo, no tuvieron la más

mínima idea de que aquella noche una melodía inmortal acababa de batir sus invisibles alas en su presencia. Rara vez comprenden los contemporáneos a primera vista la grandeza de un hombre o la magnitud de una obra. Y hasta qué punto la mujer del burgomaestre no era consciente de lo admirable de aquel momento, lo demuestra la carta que envió a su hermano, en la que trivializa el prodigio, presentándolo como un mero acontecimiento social. «Ya sabes que recibimos a mucha gente en casa y que siempre hay que inventar algo nuevo para introducir variedad en la conversación. Así que mi marido tuvo la idea de mandar componer una canción de circunstancia. El capitán del Cuerpo de Ingenieros, Rouget de Lisle, un gentil poeta y compositor, ha preparado a toda velocidad la música para una canción de guerra. Mi marido, que tiene una buena voz de tenor, ha cantado enseguida la pieza, que es muy atractiva y no carece de cierta originalidad. Es mejor que Gluck, más vivo, más animado. Por mi parte, he contribuido con mi talento a orquestarlo y he arreglado la partitura para piano y otros instrumentos, de modo que he tenido mucho trabajo. La obra se presentó en nuestra casa, a entera satisfacción de toda la concurrencia».

«A entera satisfacción de toda la concurrencia». Hoy esto nos parece de una sorprendente frialdad. Pero esa impresión meramente complacida y ese aplauso meramente tibio son comprensibles, pues en su primera audición *La marsellesa* no pudo manifestarse en toda su genuina intensidad. *La marsellesa* no es una pieza de recital para una agradable voz de tenor, tampoco para ser cantada por una sola voz entre romanzas y arias italianas en un salón pequeño-burgués. Un canto que arrastra hasta alcanzar esos palpitantes y elásticos compases de desafío que llaman a los ciudadanos a coger las armas, se dirige a una masa, a una multitud. Y la instrumentación que le corresponde es el sonido de las armas, el resonar de las trompetas, los regimientos en marcha. No estaba pensada para unos oyentes que disfrutaran de ella cómoda e indiferentemente sentados, sino para quienes fueran sus cómplices, para los combatientes. La ejemplar marcha, ese himno triunfal, esa canción de muerte, ese canto a la patria, el himno nacional de todo un pueblo, no es para que lo cante una soprano o un tenor sin acompañamiento, sino para las miles de gargantas de toda una masa. Sólo el entusiasmo, del

que en un principio naciera, concedió a la canción de Rouget ese poder enardecedor. La canción aún no ha prendido. Ni las palabras, con su mágica resonancia, ni la melodía han alcanzado aún el espíritu de la nación. El ejército no conoce aún su marcha, su himno triunfal. Ni la revolución, su eterno canto de combate.

El propio Rouget de Lisle, al que de la noche a la mañana le ha ocurrido ese milagro, desconoce tanto como los demás lo que, sonámbulo y guiado por un genio infiel, ha creado en una sola noche. Como es lógico, el honrado y gentil diletante se alegra sinceramente de que los invitados dediquen un nutrido aplauso a su obra, de que como autor le concedan amables cumplidos. Con la pequeña altivez de un hombre pequeño intenta sacar provecho de ese pequeño éxito en su pequeño círculo de provincias. En los cafés, canta la nueva melodía delante de sus camaradas. Manda hacer copias y se las envía a los generales del ejército del Rin. Entre tanto, siguiendo una orden del burgomaestre y el encargo de las autoridades militares, la banda militar de Estrasburgo ensaya el *Canto de guerra para el ejército del Rin*. Y cuatro días después, coincidiendo con la partida de las tropas, la banda militar de Estrasburgo toca la nueva marcha en la plaza Mayor. En un gesto de patriotismo, el editor de Estrasburgo también se declara dispuesto a imprimir el *Chant de guerre pour l'armée du Rhin*, dedicado con respeto al general Luckner por parte de sus subordinados. Pero durante el avance de las tropas a ninguno de los generales del ejército del Rin se le ocurre mandar tocar o cantar esa melodía nueva. Y así parece que, como todas las tentativas anteriores de Rouget, el éxito en sociedad del «Allons, enfants de la patrie» no será más que flor de un día, un asunto de provincias que como tal será olvidado.

Pero a la larga, la energía innata de una obra no se puede ocultar ni desoír. Una obra de arte puede olvidarse con el tiempo, puede ser prohibida y rechazada, pero lo esencial acaba siempre por arrebatar la victoria a lo efímero. Durante un mes o dos no se vuelve a saber nada del canto del ejército del Rin. Los ejemplares impresos o manuscritos caen en manos indiferentes. Pero basta que una obra entusiasme de verdad a un solo hombre, pues todo entusiasmo auténtico es de por sí creador. En el otro extremo de Francia, en Marsella, el Club de los Amigos de la Constitución

ofrece un banquete el 22 de junio para los voluntarios que parten al frente. En la larga mesa se sientan enardecidos quinientos jóvenes con su uniforme nuevo de la Guardia Nacional. En ese círculo vibra exactamente el mismo ánimo que el 25 de abril en Estrasburgo, aunque aún más ferviente, más impetuoso y más apasionado, gracias al temperamento sureño de los marselleses, no tan vanidosamente seguros de la victoria como en los primeros momentos de la declaración de guerra. Pues, a diferencia de lo que fanfarroneaban aquellos generales, las tropas revolucionarias francesas no marcharon en seguida sobre el Rin, ni fueron recibidas en todas partes con los brazos abiertos. Al contrario, el enemigo ha penetrado profundamente en suelo francés. La libertad está amenazada. Y la causa de la libertad, en peligro.

De pronto, en medio del festín, un tal Mireur, estudiante de Medicina en la Universidad de Montpellier, hace sonar su vaso y se levanta. Todos se quedan callados y alzan la mirada. Esperan un discurso, una arenga, pero en lugar de eso el joven levanta el brazo derecho y entona una canción que ninguno de ellos conoce y de la que nadie sabe cómo ha llegado a sus manos. «Allons, enfants de la patrie». Y ahora es cuando se enciende la chispa, como si hubiera caído en un polvorín. Un sentimiento y otro, los eternos polos, se han tocado. Todos esos jóvenes, que parten mañana, que quieren luchar por la libertad y que están dispuestos a morir por la patria, sienten que esas palabras expresan sus más hondos deseos, sus ideas más propias. Irresistible, el ritmo desata en ellos una exaltación unánime, arrobada. Estrofa tras estrofa, es aclamado con júbilo. Y de nuevo, la canción ha de ser repetida una segunda vez, cuando ya han hecho suya la melodía. Y ya cantan todos juntos el atronador estribillo, poniéndose en pie emocionados y alzando los vasos. «Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!» Desde la calle, curiosos entran algunos hombres para oír lo que allí se canta con tanto entusiasmo. Y también ellos se ponen a cantar. Al día siguiente, la melodía está en miles y cientos de miles de labios. Se difunde en una reimpresión, y cuando el 2 de julio parten los quinientos voluntarios, con ellos avanza ese himno. Por la carretera, cuando se sienten fatigados, cuando su paso se vuelve cansino, basta con que uno entone la canción, y el arrollador movimiento les da ya a todos un renovado impulso. Cuando marchan por un pueblo, y se

concentran los campesinos asombrados y los habitantes llenos de curiosidad, ellos lo cantan a coro. Se ha convertido en su canción. Sin saber que estaba destinado al ejército del Rin, sin sospechar quién ni cuándo lo compuso, han adoptado ese himno, considerándolo el de su batallón, como el credo por el que han de vivir y morir. Les pertenece, como la bandera. Y en su avance apasionado quieren llevarlo por el mundo.

La primera gran victoria de *La marsellesa* —que así se llama pronto el himno de Rouget— se produce en París. El 30 de julio, el batallón avanza por los suburbios con la bandera y la canción por delante. Miles y cientos de miles aguardan en las calles, para recibirles solemnemente. Y cuando los marselleses se acercan, quinientos hombres cantando el himno como si lo hicieran con una sola garganta y marcando el paso, la multitud escucha con atención. ¿Qué himno espléndido e irresistible es ése que cantan los marselleses? ¡Y qué toque de trompeta el de ese «Aux armes, citoyens»! Penetra en todos los corazones, acompañado por el redoble atronador de los tambores. Dos, tres horas después, el estribillo suena ya por todos los callejones. El *Ça ira* ha quedado olvidado. Olvidadas, las viejas marchas, las tonadillas pasadas de moda. La Revolución ha reconocido su propia voz. La Revolución ha encontrado su himno.

Se extiende como un alud. Imparable en su marcha triunfal. El himno es cantado en los banquetes. En los teatros, en los clubs, después incluso en las iglesias tras el *Te Deum* y pronto en lugar del *Te Deum*. En uno o dos meses, *La marsellesa* se ha convertido en la canción del pueblo y de todo el ejército. Servan, el primer ministro de guerra republicano, tiene la perspicacia de reconocer la tonificante y exaltadora fuerza de tan particular canto de guerra. Rápidamente da órdenes para que se distribuyan cien mil ejemplares por todos los pelotones. En dos o tres noches, la canción de un desconocido se ha difundido más que todas las obras de Moliere, Racine y Voltaire. No hay fiesta que no acabe con *La marsellesa*. No hay batalla en la que los músicos del regimiento no entonen primero el canto de guerra de la libertad. En Jemappes y Nerwinden, los regimientos, cantando a coro, se organizan para el asalto decisivo. Y los generales enemigos, que sólo pueden alentar a sus soldados con la vieja receta de la doble ración de aguardiente,

ven con horror que no tienen con qué enfrentarse a la fuerza explosiva de ese himno «terrible», que, como una ola resonante y estrepitosa, se lanza sobre sus propias filas, cuando lo cantan al unísono miles y miles de voces. Sobre todas las batallas de Francia, arrastrando a incontables seres al entusiasmo y a la muerte, se cierne ahora *La marsellesa*, como en otro tiempo Niké, la diosa alada de la victoria.

Entre tanto, en la pequeña guarnición de Hüningen, un capitán por completo anónimo, Rouget, proyecta con aplicación baluartes y trincheras. Tal vez ha olvidado ya el *Canto de guerra del ejército del Rin* que él mismo compusiera aquella remota noche del 26 de abril de 1792. Ahora, cuando se encuentra en las gacetas con ese otro himno, con esa otra canción de guerra que ha tomado París al asalto, no se atreve siquiera a sospechar que, palabra por palabra, movimiento tras movimiento, ese canto triunfal de los marselleses no es más que el milagro que aquella noche se produjo en él y por él. Pues, cruel ironía del destino, esa melodía, que resuena en todos los cielos, que brama contra las estrellas, al único hombre que no transporta hacia lo alto es precisamente a aquél que la compuso. En toda Francia nadie se preocupa del capitán Rouget de Lisle. La inmensa gloria, la mayor que jamás haya conocido una canción, es sólo para ella, para la canción, y ni una sombra de la misma recae sobre Rouget, su creador. Su nombre no figura en el texto, y él mismo habría pasado por completo desapercibido a los amos del momento, si no hubiera llamado enojosamente la atención. Y es que —paradoja genial, como sólo las forja la Historia— el creador del himno de la Revolución no es ningún revolucionario. Al contrario, aquél que con su canto inmortal ha alentado la Revolución como nadie, querría contenerla con todas sus fuerzas. Cuando los marselleses y el populacho de París, con su canción en los labios, asaltan las Tullerías y deponen al rey, Rouget de Lisle está ya harto de la Revolución. Se niega a prestar juramento a la República y prefiere abandonar el servicio antes que servir a los jacobinos. Para este hombre íntegro, la expresión «liberté chérie», la amada libertad de su himno, no es una frase vacía. No abomina menos de los nuevos tiranos y déspotas de la Convención de lo que odiaba a los coronados y ungidos de allende las fronteras. Airea abiertamente su disgusto frente al Comité de Salvación Pública cuando son

arrastrados a la guillotina su amigo el burgomaestre Dietrich, padrino de *La marsellesa*, el general Luckner, a quien estaba dedicada, y todos los oficiales y nobles que aquella noche fueron sus primeros oyentes. Y pronto se produce el hecho grotesco de que el poeta de la Revolución es encarcelado por contrarrevolucionario, de que se le procese, precisamente a él, acusado de traición a la patria. Sólo el 9 de termidor, que con la caída de Robespierre abre las cárceles, ahorra a la Revolución francesa la vergüenza de haber puesto al creador de su canto inmortal en manos de la «navaja nacional».

En cualquier caso, habría sido una muerte heroica, y no un letargo tan lamentable en la oscuridad como el que se le impuso a Rouget, pues durante más de cuarenta años, durante miles y miles de días, el desdichado sobrevive al único momento verdaderamente creador de su vida. Le han despojado del uniforme, le han arrebatado la pensión. Los poemas, las óperas y textos que escribe no se imprimen, ni se interpretan jamás. El destino no perdona al diletante que como un intruso se ha colado entre los inmortales. Ese hombre pequeño se gana su pequeña vida con todo tipo de pequeños negocios, no siempre limpios. En vano, Carnot y después Bonaparte, movidos por la compasión, tratan de ayudarle. Algo en el carácter de Rouget está irremediablemente envenenado por lo cruel de aquel azar que le permitió ser Dios y genio durante tres horas y que después, despectivo, volvió a arrojarle al agujero de su propia nulidad. Rouget disputa y se querella con todas las autoridades. A Bonaparte, que quiso ayudarle, le escribe cartas insolentes y patéticas. Se vanagloria públicamente de haber votado en contra de él en el plebiscito. Por sus negocios se ve implicado en oscuros asuntos, y por una letra sin pagar incluso tiene que conocer la cárcel de morosos de Sainte-Pélargie. Impopular en todas partes, perseguido por los acreedores, constantemente vigilado por la policía, al final se esconde en algún rincón de la provincia. Y desde allí, como desde una tumba, solitario y olvidado, acecha el destino de su inmortal canción. Aún es testigo de cómo *La marsellesa* avanza por toda Europa con las legiones victoriosas. De cómo después, Napoleón, recién proclamado emperador, la manda suprimir de todos los programas por ser demasiado revolucionaria. Y de cómo después los Borbones la prohíben terminantemente. Ya

viejo, amargado, no siente más que cierta sorpresa cuando, una generación después, la Revolución de julio de 1830 hace que sus palabras, su melodía, renazcan con todo su viejo vigor en las barricadas de París. Y lo mismo sucede cuando el «rey ciudadano» Luis Felipe concede al poeta una pequeña pensión. A ese hombre desconocido, del que no se ha vuelto a saber nada, le parece un sueño que aún se acuerden de él, aunque se trate únicamente de un pequeño recuerdo. Y cuando el hombre de setenta y seis años muere al fin en Choisy-le-Roi en 1836, ya nadie menciona ni conoce su nombre. Una vez más, ha de pasar otra generación. Y sólo con la guerra mundial, cuando *La marsellesa*, hace tiempo convertida en himno nacional, resuena de nuevo con aire belicoso en todos los frentes de Francia, se da la orden de que el cadáver del pequeño capitán Rouget sea inhumado en el mismo lugar que el del pequeño teniente Bonaparte. Bajo la cúpula de los Inválidos. Y así, el menos célebre entre los creadores de un himno inmortal descansa al fin, en el panteón de hombres ilustres de su patria, del desengaño de no haber sido más que el poeta de una sola noche.

EL MINUTO UNIVERSAL DE WATERLOO
NAPOLEÓN, 18 DE JUNIO DE 1815

El destino impulsa a los poderosos y a los violentos. Durante años se convierte en el esclavo servil y sumiso de un solo hombre —César, Alejandro Magno, Napoleón—, pues ama al hombre elemental, que se asemeja a él, incontenible elemento. Pero a veces, en contadísimas ocasiones a lo largo de todos los tiempos, llevado por un peregrino humor se echa a los pies de algún indolente. A veces, y éstos son los momentos más asombrosos en la historia universal, el hilo de la fatalidad cae durante una fracción de segundo en unas manos por completo incompetentes. Ante el embate de la responsabilidad, que les introduce de lleno en el heroico juego de fuerzas cósmicas, tales hombres, más que afortunados, se sienten estremecidos, y casi siempre dejan que el destino que se les ha caído encima se les escape entre las manos temblorosas. Sólo muy rara vez alguno de ellos, enérgico, enaltece la ocasión y con ella a sí mismo. Pues tan sólo por un segundo se entrega lo grande al insignificante. Y al que desaprovecha ese momento, jamás le concede una segunda oportunidad.

GROUCHY

Entre los bailes, amoríos, intrigas y discusiones del Congreso de Viena, retumbando y silbando como una bala de cañón, se difunde la noticia de que Napoleón, el león encadenado, se ha escapado de su jaula en la isla de Elba. Inmediatamente le siguen otros correos. Ha conquistado Lyon. Ha expulsado al rey. Las tropas, bajo la bandera del fanatismo, se unen a él. Está en París, en las Tullerías. Ni Leipzig ni veinte años de guerra homicida han servido para nada. Como alcanzados por un zarpazo, los ministros, que hace un momento aún estaban discutiendo y rezongando, se estremecen.

Rápidamente se moviliza un ejército inglés, otro prusiano, otro austriaco y uno ruso, para una vez más, y ahora de forma definitiva, aplastar al usurpador. Jamás la Europa legítima del emperador y los reyes estuvo tan unida como en este momento del primer susto. Desde el norte, Wellington avanza contra Francia. Por su parte, un ejército prusiano bajo el mando de Blücher se aproxima en su ayuda. En el Rin, Schwarzenberg moviliza sus tropas. Y como reserva, los regimientos rusos avanzan lenta y pesadamente atravesando Alemania.

De una sola ojeada, Napoleón se da cuenta del peligro mortal. Sabe que no puede perder tiempo mientras la jauría se agrupa. Tiene que descuartizarla. Tiene que atacar a cada uno por separado —a los prusianos, a los ingleses, a los austriacos—, antes de que se conviertan en un ejército europeo y destruyan su imperio. Tiene que darse prisa, porque si no en su propio país surgirán los descontentos. Tiene que haber vencido antes de que los republicanos se fortalezcan, uniéndose a los legitimistas. Antes de que Fouché, el de la doble lengua, el incomprensible, aliado con Talleyrand, su rival y su reflejo, le corte los tendones por la espalda. Con un único impulso, aprovechando el tumultuoso entusiasmo del ejército, tiene que deshacerse de sus enemigos. Cada día representa una pérdida. Cada hora, un riesgo. De modo que con precipitación arroja el dado tintineante sobre el más sangriento de los campos de batalla europeos: Bélgica. El 15 de junio, a las tres de la mañana, la vanguardia del gran ejército napoleónico, ya el único, cruza la frontera. Y el 16 arremete en Ligny contra el ejército prusiano, haciéndole retroceder. Es el primer zarpazo del león evadido. Un zarpazo terrible, aunque no mortal. Vencido, aunque no aniquilado, el ejército prusiano se retira hacia Bruselas.

Entonces Napoleón prepara el segundo golpe. Contra Wellington. No puede tomar aliento, ni soltarlo, pues cada día que pasa supone el fortalecimiento del adversario. Y el país a sus espaldas, el pueblo francés, desangrado e inquieto, necesita embriagarse con el aguardiente de fuego de los boletines de la victoria. El 17 avanza ya con todo su ejército hasta las cumbres de Quatre-Bras, donde se ha atrincherado Wellington, el frío adversario de los nervios de acero. Nunca las disposiciones de Napoleón fueron tan prudentes, ni sus órdenes militares tan claras, como en estos

días. No sólo considera la ofensiva, sino también los peligros, como que el ejército de Blücher, vencido, aunque no aniquilado, podría unirse al de Wellington. Para impedirlo, separa una parte de sus tropas para que, paso a paso, persiga al prusiano y evite que se una a los ingleses.

El mando de ese ejército de acoso lo confía al mariscal Grouchy. Un hombre medio, honrado, íntegro, recto, de confianza. Un jefe de caballería, muy experimentado, pero tan sólo eso, un jefe de caballería, nada más. No es un furibundo guerrero, vehemente y temerario como Murat, ni un estratega como Saint-Cyr o Berthier. Ni un héroe como Ney. Ninguna coraza guerrera adorna su pecho. Ningún mito engrandece su figura. Ninguna cualidad visible le da fama y posición en el universo heroico de la leyenda napoleónica. Sólo sus desgracias, únicamente su infortunio, le han hecho célebre. Ha luchado durante veinte años en todas las batallas, desde España hasta Rusia, desde Holanda hasta Italia. Lentamente, ha ido ascendiendo en el escalafón hasta alcanzar la dignidad de mariscal, que no es inmerecida, pero que ha logrado sin llevar a cabo ninguna hazaña notable. Las balas de los austriacos, el sol de Egipto, las dagas de los árabes, el frío de Rusia, han ido quitando de en medio a aquellos que le precedían. Desaix en Marengo, Kléber en El Cairo, Lannes en Wagram. El camino hacia la más alta dignidad no lo ha tomado por asalto, sino que se le ha ido abriendo a tiros durante veinte años de guerra.

Napoleón sabe que Grouchy no es ningún héroe ni un estratega, sino sólo un hombre de confianza, fiel, honrado y sensato. Pero la mitad de sus mariscales están bajo tierra. Y los demás se han quedado de mala gana en sus haciendas, hartos de ir constantemente de campamento en campamento. De modo que Napoleón se ve en la necesidad de confiar una acción decisiva a un hombre mediocre.

El 17 de junio, a las once de la mañana, un día después de la victoria de Ligny, un día antes de Waterloo, Napoleón entrega por primera vez al mariscal Grouchy un destacamento independiente. Por un momento, por un día, el modesto Grouchy sale de la jerarquía militar para entrar en la historia universal. Sólo por un momento. Pero, ¡qué momento! Las órdenes de Napoleón son claras. Mientras él mismo marcha sobre los ingleses, Grouchy, con

un tercio del ejército, tiene que perseguir a los prusianos. En apariencia, un encargo sencillo, preciso e inequívoco, aunque también maleable y de doble filo, como una espada. Pues aparte de esa persecución, se insta a Grouchy a permanecer en todo momento en contacto con el grueso del ejército.

Vacilante, el mariscal recibe la orden. No está acostumbrado a actuar de manera independiente. Su carácter prudente, nunca dispuesto a la iniciativa, sólo se siente seguro si la mirada genial del emperador recomienda la acción. Además, a sus espaldas, percibe la insatisfacción de sus generales. Y tal vez también, tal vez, el oscuro aleteo del destino. Únicamente le tranquiliza la proximidad del cuartel general, pues sólo tres horas de marcha le separan del grueso de las tropas imperiales.

Bajo una lluvia torrencial, Grouchy se despide. Lentamente, por un suelo esponjoso, de fango, sus soldados siguen a los prusianos de cerca. O al menos en la dirección en la que suponen a Blücher y a los suyos.

LA NOCHE EN CAILLOU

La lluvia del norte cae sin interrupción. Como un rebaño húmedo, los regimientos de Napoleón avanzan en medio de la oscuridad. Cada hombre con dos libras de barro en las suelas. En ninguna parte encuentran refugio, ninguna casa, ningún techo. La paja está demasiado mojada para acostarse sobre ella, de modo que cada diez o doce soldados se aprietan unos contra otros y, sentados, espalda contra espalda, duermen bajo la lluvia torrencial. Tampoco el emperador consigue descansar. Una agitación febril le hace despertar una y otra vez, pues los reconocimientos fracasan frente al impenetrable temporal. Los exploradores como máximo consiguen dar un parte confuso. Napoleón aún no sabe si Wellington acepta la batalla. Y por parte de Grouchy no hay noticias acerca de los prusianos. Así, yendo de un lado a otro incluso a la una de la madrugada —indiferente al estruendoso aguacero—, caminando a lo largo de los puestos de avanzadilla hasta llegar a una distancia de un tiro de cañón de los campamentos de los ingleses, que de cuando en cuando, en mitad de la niebla, muestran una luz débil y humeante, proyecta el asalto. Sólo cuando

despunta el día regresa a la pequeña cabaña de Caillou, su pobre cuartel general, donde encuentra los primeros informes urgentes de Grouchy. Las noticias sobre el repliegue de los prusianos no son claras, aunque, en cualquier caso, la promesa de seguirles resulta tranquilizadora. Poco a poco, la lluvia remite. Impaciente, el emperador recorre la habitación arriba y abajo, y, con la mirada fija, contempla el amarillo horizonte, esperando a que se despeje para poder tomar una decisión.

A las cinco de la mañana —la lluvia ha remitido— se disipan también los nubarrones internos. Se transmite la orden de que a las nueve todo el ejército esté formado y dispuesto para el asalto. Los ordenanzas se dispersan en todas direcciones. Pronto, redoblan los tambores llamando a formar. Sólo ahora Napoleón se arroja sobre su lecho de campaña, para dormir dos horas.

LA MAÑANA DE WATERLOO

Son las nueve de la mañana, pero las tropas aún no han sido reunidas al completo. El suelo, empapado por una lluvia de tres días, dificulta cada movimiento y retarda el avance de la artillería. Sólo poco a poco sale el sol, brillando en medio de un viento cortante. Pero no es el sol de Austerlitz, radiante y de buenos augurios. Esa luz del norte resplandece tristemente con un brillo amarillento. Al fin las tropas están dispuestas y ahora, antes de que comience la batalla, Napoleón cabalga en su yegua blanca a lo largo de todo el frente. Las águilas en los estandartes se inclinan como bajo los efectos de un viento impetuoso. Los jinetes blanden sus sables con aire marcial. Como saludo, los de infantería levantan sus gorros de piel de oso colocados sobre la punta de sus bayonetas. Todos los tambores redoblan en una confusión frenética. Las trompetas lanzan su aguda alegría hacia el general en jefe. Pero sobre todos esos acordes relampagueantes predomina, atronador, el sonoro e impetuoso grito de júbilo surgido de las setenta mil gargantas de los soldados, resonando por encima de los distintos regimientos: «Vive L'Empereur!»

Ninguna revista de tropas en los veinte años que duró la gloria de Napoleón fue más grandiosa y más entusiasta que ésta, la última. Apenas se han extinguido los llamamientos, a las once —dos horas

después de lo previsto, ¡dos fatídicas horas más tarde!— los cañones reciben la orden de arrojar su metralla sobre los casacas rojas que se encuentran en la colina. Entonces Ney, «valiente entre los valientes», avanza con la infantería. Comienza la hora decisiva para Napoleón. Esta batalla ha sido descrita incontables veces, pero uno no se cansa de leer sus emocionantes reveses, bien sea en la magnífica descripción de Walter Scott o en la episódica de Stendhal. Resulta grandiosa y muy variada, tanto si se la contempla de cerca como de lejos, desde la colina en la que se ha apostado el general en jefe o desde la silla de montar del coracero. Con su incesante oscilar entre el miedo y la esperanza, que de pronto se disuelve en un momento de extrema catástrofe, es una obra maestra de tensión y dramatismo. Y el modelo de una auténtica tragedia, porque en ese destino individual se determinaba el de toda Europa y porque, una vez más, los fantásticos fuegos artificiales de una existencia como la de Napoleón estallan espléndidos en todos los cielos, antes de apagarse para siempre en una repentina caída.

Desde las once hasta la una, los regimientos franceses atacan las cumbres, toman pueblos y posiciones, son perseguidos y de nuevo vuelven al asalto. Cientos de miles de muertos cubren ya las fangosas y húmedas colinas de aquella tierra desierta y, sin embargo, aún no se ha conseguido nada más que el agotamiento de unos y otros. Ambos ejércitos están rendidos. Ambos generales en jefe, inquietos. Los dos saben que la victoria será para el que antes reciba refuerzos. Wellington, de Blücher. Napoleón, de Grouchy. Una y otra vez, Napoleón, nervioso, echa mano del telescopio. Una y otra vez envía asistentes. Si el mariscal llega a tiempo, el sol de Austerlitz volverá a brillar sobre Francia.

EL ERROR DE GROUCHY

Entre tanto Grouchy, que sin saberlo tiene en sus manos el destino de Napoleón, siguiendo las órdenes se pone en marcha la noche del 17 de junio y persigue a los prusianos en la dirección marcada de antemano. La lluvia ha cesado. Sin temor, los jóvenes soldados, que ayer probaron por última vez el sabor de la pólvora, avanzan lentamente por el país en paz. El enemigo sigue sin mostrarse. Y ellos, sin encontrar una sola huella del vencido ejército prusiano.

Entonces, justo cuando el mariscal está tomando un rápido desayuno en una casa de labor, el suelo vibra ligeramente bajo sus pies. Escuchan con atención. Una y otra vez, el sonido, sordo y como apagándose ya, se acerca. Son cañones, baterías disparando a lo lejos, aunque no demasiado, como mucho a tres horas de distancia. Un par de oficiales se echan al suelo, a la manera de los indios, para escuchar claramente en qué dirección viene el sonido. Constante y sordo, retumba el lejano eco. Son los cañones de Saint-Jean, el comienzo de Waterloo. Grouchy pide consejo. Fogoso y apasionado, Gerard, su subcomandante, exige marchar rápidamente en la dirección de los cañonazos: «il faut marcher au canon». Otro oficial consultado está de acuerdo. Hay que ir allí. ¡Y rápido! Ninguno duda de que el emperador se ha topado con los ingleses y de que ha comenzado una dura batalla. Grouchy no está seguro. Acostumbrado a obedecer, temeroso, se remite a lo escrito, a las órdenes del emperador de perseguir a los prusianos en su repliegue. Gerard, al verle dudar, se vuelve más vehemente: «*Marchez au canon!*» Ante veinte oficiales y civiles, la demanda del subcomandante suena como una orden, no como una petición. Eso incomoda a Grouchy. Cada vez más firme y más rígido, explica que no pueden apartarse de su deber, en tanto no se presente una contraorden del emperador. Los oficiales se sienten defraudados. Y los cañones retumban en medio de un disgustado silencio.

Entonces Gerard hace un último intento. Pide encarecidamente que al menos a él se le permita acudir al campo de batalla con su división y parte de la caballería, y se compromete a regresar a su posición a tiempo. Grouchy reflexiona. Reflexiona durante un segundo.

LA HISTORIA UNIVERSAL EN UN INSTANTE

Durante un segundo, Grouchy reflexiona. Y ese segundo configura su propio destino, el de Napoleón y el del mundo entero. Ese segundo en la casa de labor de Walhaim determina todo el siglo XIX e, inmortal, pende de los labios de un hombre honrado, pero mediocre. Ese segundo, impotente, está en unas manos que nerviosas arrugan entre los dedos la funesta orden del emperador.

Si Grouchy, confiando en sí mismo y en la evidente señal, fuera capaz de reunir el valor necesario para atreverse a desobedecer la orden del emperador, Francia estaría salvada. Pero el subalterno siempre obedece lo que está escrito, jamás la llamada del destino.

De modo que Grouchy deniega enérgicamente la petición. No, volver a dividir un ejército ya tan pequeño, sería irresponsable. Su misión exige que persiga a los prusianos. Nada más. Y se niega a actuar contra las órdenes del emperador. Los oficiales, contrariados, guardan silencio. A su alrededor se hace el silencio. Y en él, irrevocable, lo que ni las palabras ni los hechos pueden ya contener, el segundo decisivo, escapa volando. Wellington ha ganado.

De modo que siguen avanzando. Gerard y Vandamme, apretando con furia los puños. Grouchy, pronto intranquilo y cada hora que pasa más inseguro. Pues, es extraño, los prusianos aún no se han dejado ver. Es evidente que han debido de abandonar la dirección de Bruselas. Pronto, los mensajeros comunican algunos indicios por los que se sospecha que la retirada se ha convertido en un avance por uno de los flancos hacia el campo de batalla. Aún habría tiempo, en el último momento, de acudir en ayuda del emperador, y Grouchy aguarda cada vez con mayor impaciencia la orden de volver atrás. Pero no reciben noticias. Únicamente los cañones cada vez más lejanos recorren la tierra estremecida. Son los dados de hierro de Waterloo.

LA TARDE DE WATERLOO

Entre tanto, ya es la una. Es cierto que cuatro ataques han sido rechazados, pero han sacudido sensiblemente el centro del ejército de Wellington. Y Napoleón se dispone para el asalto decisivo. Deja que las baterías se concentren ante la aldea de Belle-Alliance y, antes de que el fuego de los cañones arroje su cortina de nubes entre las colinas, echa una última mirada al campo de batalla.

En ese momento, percibe una oscura sombra que parece manar de los bosques, avanzando por el nordeste. ¡Tropas nuevas! Inmediatamente, todos los prismáticos se dirigen hacia allí. ¿Es Grouchy que, intrépido, ha infringido las órdenes para milagrosamente llegar en el momento justo? No, un prisionero comunica que se trata de la vanguardia del ejército del general von

Blücher. Son tropas prusianas. Por primera vez, el emperador presiente que el ejército prusiano vencido debe de haber eludido a sus perseguidores, para unirse a tiempo a los ingleses, mientras que un tercio de sus propias tropas maniobran inútilmente en el vacío. Enseguida escribe una carta a Grouchy, con el encargo de mantenerse a toda costa unidos y de impedir que los prusianos se mezclen en la batalla.

Al mismo tiempo, el mariscal Ney recibe la orden de atacar. Wellington ha de ser abatido antes de que lleguen los prusianos. Frente a unas posibilidades de éxito de pronto tan reducidas, ninguna acción parece ya demasiado audaz. Durante toda la tarde, sobre la llanura se suceden los terribles ataques de una infantería constantemente renovada. Sin cesar asaltan los pueblos destruidos por los cañones. Una y otra vez son rechazados. Y una y otra vez, bajo las ondeantes banderas, la oleada arremete contra los cuadros de una infantería machacada. Pero Wellington sigue resistiendo. Y siguen sin llegar noticias de Grouchy. «¿Dónde está Grouchy? ¿Dónde se ha quedado Grouchy?», murmura nervioso el emperador, cuando ve que poco a poco interviene la vanguardia de los prusianos. También sus comandantes se impacientan. Y decidido a acabar de una vez, el mariscal Ney, tan temerario como Grouchy prudente —tres de los caballos que montaba han muerto ya bajo los disparos—, lanza de un golpe a toda la caballería francesa en un único ataque. Cien mil coraceros y dragones emprenden ese terrible paseo hacia la muerte. Destruyen los cuadros de infantería, derriban a golpes a los cañoneros y vuelan por los aires las primeras filas. Y aunque ellos mismos se ven empujados hacia abajo, la fuerza del ejército inglés se está apagando. El puño que mantiene entre sus garras aquella colina, empieza a aflojarse. Y cuando la diezmada caballería francesa retrocede ante los disparos, la última reserva de Napoleón, la vieja guardia, avanza con paso lento y pesado para tomar al asalto la colina cuya posesión garantiza el destino de Europa.

LA DECISIÓN

Desde ambos bandos, cuatrocientos cañones retumban sin cesar desde la mañana. En el frente, los jinetes cabalgan haciendo sonar

sus espadas contra los que abren fuego. Los golpes redoblan sobre la retumbante piel de los tambores. Toda la llanura vibra con el múltiple eco. Pero allá arriba, sobre las dos colinas, ambos generales en jefe se mantienen a la escucha por encima de la tormenta humana. Ambos acechan hasta el más leve sonido.

Dos relojes, con un ligero tictac, como los corazones de dos pájaros, suenan en sus manos por encima de las amenazadoras masas. Napoleón y Wellington, ambos echan mano sin cesar del cronómetro y cuentan las horas, los minutos que les han de traer la última y decisiva ayuda. Wellington sabe que Blücher está cerca. Y Napoleón espera a Grouchy. Ninguno de los dos tiene ya reservas. El que se presente primero habrá decidido la batalla. Ambos acechan con el telescopio la linde del bosque, por donde ahora, como una nube ligera, empieza a aparecer la vanguardia prusiana. Pero, ¿se trata tan sólo de una escaramuza? ¿O es el propio ejército, huyendo de Grouchy? La resistencia que ofrecen los ingleses es ya la última, pero también desfallecen las tropas francesas. Jadeando como dos luchadores, se encuentran uno frente a otro con los brazos ya paralizados, tomando aliento, antes de agarrarse el uno al otro por última vez. Ha llegado el momento inapelable de la decisión.

Por fin los cañones retumban en uno de los flancos del ejército prusiano. ¡Una escaramuza! ¡Fuego de fusiles! «¡Al fin, Grouchy!» Napoleón respira. Confiando en que ya tiene asegurado el flanco, reúne a sus últimos hombres y una vez más se lanza contra el centro del ejército de Wellington, para hacer que el cerrojo inglés frente a Bruselas salte en pedazos, para volar por los aires la puerta de Europa.

Pero aquel fuego de infantería no ha sido más que una simple y falsa escaramuza que los prusianos, confundidos ante el uniforme de los otros, han iniciado contra los de Hannover. Pronto deponen el fuego y, sin que nada las estorbe, amplias y enérgicas, las masas brotan desde los bosques. No, no es Grouchy aproximándose con sus tropas, sino Blücher, y con ello la perdición. La noticia se extiende rápidamente entre las tropas imperiales. Empiezan a retroceder, aún con cierto orden. Pero Wellington se da cuenta de lo crítico del momento. Cabalga hasta el borde de la colina defendida victoriosamente, alza el sombrero y lo sacude por encima de su cabeza frente al enemigo en retirada. Enseguida los suyos entienden

el gesto de triunfo. De un golpe, lo que aún queda de las tropas inglesas se levanta y se arroja sobre la masa en desbandada. Al mismo tiempo, la caballería prusiana se precipita sobre el ejército desfallecido y destrozado. Y el grito de muerte resuena: «Sauve qui peut!» Un par de minutos y la *Grande Armée* no es más que una desbocada y galopante corriente de miedo, que todo lo arrastra a su paso, incluido Napoleón. Como si se tratara de un agua indefensa, insensible, la caballería pica espuelas contra esa corriente que retrocede rápida y fluida. En la huida, de entre la espuma que grita de miedo y de pánico, pescan el carruaje de Napoleón, el tesoro del ejército, y a toda la artillería. Y sólo la llegada de la oscuridad salva la vida y la libertad del emperador. Pero cuando a media noche, sucio y aturdido, se deja caer fatigado en un sillón de una humilde posada de pueblo, ya no es emperador. Su imperio, su dinastía, su destino están acabados. La falta de ánimo de un hombre pequeño, insignificante, ha destruido lo que el más osado, el más perspicaz, construyera en veinte años de heroísmo.

RECAÍDA EN LO COTIDIANO

Apenas el ataque de los ingleses ha aplastado a Napoleón, cuando un hombre, entonces prácticamente desconocido, corre en una calesa por la carretera hacia Bruselas y desde allí hacia el mar, donde le espera un barco. Navega hacia Londres, para llegar allí antes que los correos del gobierno. Y, gracias a que aún no se conoce la noticia, consigue hacer saltar la Bolsa por los aires. Es Rothschild, que con este golpe genial funda otro imperio. Una nueva dinastía. Al día siguiente, Inglaterra se entera de la victoria. Y en París, Fouché, el eterno traidor, de la derrota. En Bruselas y en Alemania resuenan ya las campanas victoriosas.

A la mañana siguiente sólo hay una persona que, aun estando tan sólo a cuatro horas del lugar en el que se ha decidido el destino, no sabe nada de Waterloo. El desdichado Grouchy. Tenaz, ateniéndose a los planes, a las órdenes, sigue a los prusianos de cerca. Pero, es extraño, no los encuentra por ninguna parte y eso llena su ánimo de inquietud. Y una y otra vez los cañones siguen retumbando en las proximidades, cada vez más fuerte, como si

gritaran pidiendo auxilio. Notan cómo tiembla la tierra y cada disparo les llega hasta el corazón. Todos saben que no se trata de una escaramuza, sino que ha estallado una gigantesca batalla. La batalla decisiva.

Nervioso, Grouchy cabalga entre sus oficiales. Evitan discutir con él. Su consejo ya fue desechado. Por eso, cuando en Wavre se topan al fin con un cuerpo del ejército prusiano, con la retaguardia de Blücher, se sienten aliviados. Enseguida, furiosos, se lanzan al asalto de las trincheras. Gerard a la cabeza de todos, como si, llevado por un sombrío presentimiento, buscara la muerte. Una bala le derriba. El más alborotador de entre los que advirtieran a Grouchy acerca de lo que había que hacer ha enmudecido. Con la llegada de la noche asaltan el pueblo, pero sienten que esa pequeña victoria en la retaguardia no tiene ya ningún sentido pues, de una vez por todas, allá, en el campo de batalla, se ha hecho un silencio absoluto. Es un silencio de un mutismo aterrador, atrozmente pacífico, un silencio espantoso, de muerto. Y todos sienten que era preferible el retumbar de los disparos a esta incertidumbre que les devora los nervios. La batalla tiene que estar ya decidida, la batalla de Waterloo, de la que por fin Grouchy —¡demasiado tarde!— se entera al recibir la nota en la que Napoleón le pide ayuda. La gigantesca batalla tiene que estar ya decidida, pero, ¿a favor de quién? Esperan durante toda la noche. ¡En vano! No les llega ninguna embajada. Es como si la *Grande Armée* los hubiera olvidado, y ellos, desocupados y absurdos, anduvieran por un espacio impenetrable. Por la mañana desmontan el campamento y se ponen de nuevo en marcha, rendidos y hace tiempo conscientes de que todos sus avances y maniobras no valen para nada. Por fin, a las diez de la mañana, aparece un oficial del Estado Mayor. Le ayudan a bajar del caballo y le acribillan a preguntas. Pero él, con el rostro desolado por el horror y los cabellos pegados a las sienes, temblando por el sobrehumano esfuerzo, sólo balbucea palabras incomprensibles. Palabras que ellos no entienden, que no pueden y no quieren entender. Cuando les dice que ya no hay ningún emperador, que ya no existe el ejército imperial, que Francia está perdida, le toman por loco, por un borracho. Pero poco a poco le arrancan toda la verdad. El parte fulminante, mortalmente paralizador. Grouchy está pálido. Tembloroso, se apoya en su sable.

Sabe que ahora empieza el martirio de su vida. Pero decidido toma sobre sus hombros la ingrata tarea de cargar con toda la culpa. El subordinado, inferior y pusilánime, que fracasó en el instante grandioso, aunque imperceptible, de la decisión, enfrentado ahora al peligro cercano, se convierte en un hombre y casi en un héroe. Reúne inmediatamente a todos los oficiales y, con lágrimas de rabia y de dolor en los ojos, les dirige un breve discurso, en el que justifica sus titubeos, al tiempo que los lamenta. Sus oficiales, que aún ayer le guardaban rencor, le escuchan en silencio. Cualquiera podría acusarle y vanagloriarse de haber mantenido una opinión más acertada, pero ninguno se atreve ni quiere hacerlo. Guardan silencio. La rabia del dolor les ha hecho enmudecer.

Y justo en ese momento, tras el desaprovechado instante, es cuando Grouchy —demasiado tarde— muestra toda su energía militar. Todas sus grandes virtudes —la modestia, la habilidad, la prudencia y la escrupulosidad— quedan claras en el momento en que confía en sí mismo y no en las órdenes escritas. Rodeado por una fuerza cinco veces mayor, reconduce a sus tropas —un logro magistral desde el punto de vista táctico— a través de las líneas enemigas, sin perder un solo cañón, ni un solo hombre. Y salva para Francia, para el imperio, al último ejército. Pero ya no hay emperador que pueda darle las gracias, ni un enemigo al que enfrentar sus tropas. Ha llegado demasiado tarde. Demasiado tarde. Para siempre. Y cuando según las apariencias aún asciende, siendo nombrado comandante en jefe y par de Francia, ejerce cada uno de los puestos que se le encomiendan viril y hábilmente, siente que nada puede devolverle aquel momento que le hizo dueño del destino, pero del que no estuvo a la altura.

Así de terrible es la venganza con quien, injustamente llamado, no supo aprovechar uno de esos grandes momentos que tan rara vez se presentan en la vida de los mortales. Todas las virtudes burguesas —la prudencia, la obediencia, el ahínco y la discreción—, todas ellas se funden impotentes en el ardor de uno de esos grandes momentos del destino que reclaman siempre al genio y quedan plasmados en una imagen duradera. Con desdén, ese momento decisivo rechaza al pusilánime. Y con sus brazos ardientes, como otro dios sobre la Tierra, enaltece sólo al audaz, elevándolo al firmamento de los héroes.

LA *ELEGÍA DE MARIENBAD*

GOETHE ENTRE KARLSBAD Y WEIMAR

5 DE SEPTIEMBRE DE 1823

El 5 de septiembre de 1823 un coche de posta avanza por la carretera de Karlsbad a Eger. El frescor del otoño estremece ya la mañana y un viento cortante atraviesa los campos en los que se ha recogido la cosecha, si bien el cielo azul se extiende sobre la amplia comarca. En la calesa van tres hombres. El consejero privado del archiduque de Sajonia en Weimar, el señor von Goethe —como encomiásticamente figura en la lista del balneario de Karlsbad— y sus dos leales servidores, Stadelmann, el viejo criado, y John, el secretario, que ha escrito las primeras copias de casi todas las obras de Goethe desde que empezara el nuevo siglo. Ninguno de los dos dice una sola palabra, pues, desde que salieran de Karlsbad, donde unas jóvenes damas y unas muchachas rodearan al que partía para besarle y despedirle, los labios del anciano no han vuelto a despegarse. Inmóvil, permanece sentado en el coche, y únicamente la mirada meditabunda, ensimismada, denota la actividad interior. En la primera estación Goethe se apea y sus dos acompañantes ven que con un lápiz escribe a toda prisa algunas palabras en un papel cualquiera. Lo mismo se repite durante todo el trayecto hasta Weimar, tanto estando en marcha como durante las paradas. En Zwotau, apenas recién llegado. Al día siguiente, en el castillo de Hartenberg. Y en Eger, y después en Pössneck. Por donde pasa, ha de anotar con letra apresurada lo que se le ha ido ocurriendo en el camino. El diario lo consigna lacónicamente: «Redacción del poema» (6 de septiembre); «El domingo, continuación del poema» (7 de septiembre); «De nuevo, revisión del poema durante el viaje» (12 de septiembre). Al llegar a Weimar, su destino, la obra está terminada. Nada menos que la *Elegía de Marienbad*, el poema más significativo, el más íntimo y por tanto el más querido de su vejez.

Su heroica despedida, un recomenzar digno de un héroe.

«Diario de la vida interior», así denominó Goethe este poema en el transcurso de una conversación. Tal vez ninguna página de su diario se nos muestre de forma tan abierta, tan clara en su génesis y formación como este documento en el que trágicamente se lamenta, trágicamente se interroga sobre sus más hondas emociones. Ningún desbordamiento lírico de sus años jóvenes surgió de modo tan directo a partir de un motivo, de un suceso. Ninguna otra entre sus obras puede observarse hasta ese punto en su desarrollo, paso a paso, estrofa por estrofa, momento a momento, como este «canto maravilloso, que nos dispensa», este poema tardío de sincero ardor otoñal del hombre de setenta y cuatro años, el más intenso, el de mayor madurez. Este «producto de un estado de la más extrema pasión», como él mismo lo definió en presencia de Eckermann, reúne a la par la más elevada sujeción a la forma. Así, de un modo a la vez manifiesto y misterioso, toma cuerpo el instante más ardiente de vida. Aún hoy, pasados más de cien años, nada se ha marchitado ni oscurecido en esa magnífica página de su extensa y tumultuosa vida. Siglos después, ese 5 de septiembre se conservará en la memoria y en el sentimiento de las futuras generaciones de alemanes.

Sobre esa página, sobre ese poema, sobre ese hombre y ese momento se alza radiante la rara estrella del renacer. En febrero de 1822 Goethe soportó una grave enfermedad. Fuertes escalofríos sacuden su cuerpo, durante horas pierde la conciencia y él mismo no parece menos perdido. Los médicos, que no identifican ningún síntoma característico y únicamente presienten el peligro, no saben qué hacer. Pero de pronto, tal y como ha venido, la enfermedad desaparece. En junio, Goethe se marcha a Marienbad, transformado por completo, pues casi parece que aquel ataque fuera tan sólo indicio de un rejuvenecimiento interior, de una «nueva pubertad». Este hombre reservado, endurecido, pedante, en el que lo poético casi se ha convertido en una costra de erudición, únicamente obedece desde hace décadas al sentimiento. La música, como él mismo dice, «le desdobla». Apenas puede escuchar el piano, en especial si lo toca una dama tan hermosa como la Szymanowska, sin que las lágrimas acudan a sus ojos. Empujado por el más intenso afán, va en busca de la juventud, y asombrados sus compañeros ven

al hombre de setenta y cuatro años revolotear con mujeres hasta media noche. Y ven que, como años atrás, se incorpora de nuevo al baile, con lo que, tal y como él mismo cuenta orgulloso, «en los cambios de pareja las más hermosas criaturas venían a la mano». Ese verano su rígido ser se ha fundido mágicamente, y abierto, como sólo lo está su alma, sucumbe al viejo embrujo, a la eterna magia. El diario le delata, al consignar «sueños complacientes». El «viejo Werther» vuelve a despertar en él. La proximidad de las mujeres le inspira breves poemas, juegos de palabras y bromas, como las que medio siglo antes practicara con Lili Schönemann. Inseguro, vacila a la hora de escoger. Primero es la bella Polin, después Ulrike von Levetzow, una joven de diecinueve años, la que hace que palpite su convaleciente sensibilidad. Quince años atrás amó y veneró a la madre, y hace tan sólo uno que bromeaba, si bien como un padre, con «la hijita», pero ahora el afecto crece impetuoso, convirtiéndose en pasión. Y así, otra enfermedad se apodera de todo su ser, sacudiendo el volcánico mundo de los sentidos más hondamente que cualquier otra aventura en muchos años. El poeta de setenta y cuatro años revolotea como un muchacho. En cuanto escucha la risueña voz por el paseo, abandona el trabajo y, sin sombrero ni bastón, corre tras la alegre criatura. Pero también corteja como un joven, como un hombre. Empieza el grotesco espectáculo, en el que lo trágico raya con facilidad en la sátira.

Tras pedir secretamente consejo a su médico, Goethe se confía al de más edad entre sus camaradas, el archiduque, y le ruega que en su nombre solicite a la señora Levetzow la mano de su hija Ulrike. El archiduque, recordando alguna divertida noche en compañía femenina que cincuenta años atrás pasaran juntos y tal vez sonriendo con malicia y en silencio ante el hombre al que Alemania, al que toda Europa, venera como el más sabio entre los sabios, como el espíritu más maduro y más sereno del siglo, se reviste con la dignidad de todas sus estrellas y condecoraciones y va a solicitar a la madre la mano de la joven de diecinueve años para el hombre de setenta y cuatro. La respuesta no se conoce con exactitud. Parece que ella se mantuvo a la expectativa, aplazándola. Así, Goethe la pretende sin ninguna seguridad, sintiéndose dichoso con algún beso fugaz, con palabras de amor, mientras el ansia de poseer otra vez la

juventud en tan tierna figura le traspasa más y más apasionadamente. De nuevo el eterno impaciente lucha por alcanzar el mayor favor del momento. Fielmente sigue a la amada desde Marienbad a Karlsbad, donde el ímpetu de su deseo tampoco encuentra nada más que incertidumbre. Y con el declinar del verano, su angustia va en aumento. Al fin se acerca la despedida, sin que le prometa nada, sin que nada le asegure, y cuando el coche se pone en movimiento, este gran hombre que todo lo presiente tiene la sensación de que en su vida algo formidable ha concluido. Pero, eterno compañero del más profundo dolor, en la hora más sombría surge el viejo consuelo. Sobre el que pena desciende el genio, y aquel que en la Tierra no encuentra alivio invoca a Dios. Una vez más, como tantas otras y no por última, Goethe escapa de la vivencia a través de la poesía. Y con extraordinaria gratitud por esta última merced, el septuagenario encabeza este poema con unos versos que cuarenta años antes compusiera para su *Torcuato Tasso*, reviviéndolos una vez más con asombro:

Cuando suele enmudecer el hombre en su tormento,
a mí me ha dado un dios expresar lo que padezco.

Meditabundo, el anciano, abatido por la incertidumbre a la que parecen abocadas sus íntimas preguntas, sigue en el coche que avanza. Por la mañana temprano, Ulrike, con su hermana, ha corrido hacia él para darle la «alborotada despedida». Le han besado los juveniles y amados labios, pero, ¿era aquél un beso amoroso, o filial? ¿Podía ella amarle? ¿No le olvidaría? El hijo, la nuera, que impacientes aguardan la rica herencia, ¿permitirían aquel matrimonio? ¿Y el resto del mundo? ¿No se burlará de él? ¿En un año no será demasiado viejo para ella? Y si vuelve a verla, ¿qué cabe esperar del reencuentro?

Impacientes se agitan las preguntas. Y de pronto una de ellas, la trascendental, cobra forma en una línea, en una estrofa. La pregunta, el desamparo, se convierte en un poema que Dios le ha concedido para «expresar lo que padezco». Espontáneo, desnudo sin más, el grito irrumpe en el poema, enérgico impulso de íntima agitación:

¿Qué me cabe esperar del reencuentro,
de la flor de este día aún cerrada?
Se abre ante ti el paraíso o el infierno;
y se te estremece el alma
acobardada **[1]**

Y ahora el dolor afluye en cristalinas estrofas, magníficamente depuradas por la propia confusión. Y casualmente mientras vaga en medio de esa íntima disposición de caótico desaliento, la «atmósfera opresiva», el poeta alza la mirada. Desde el coche en movimiento contempla el paisaje de Bohemia envuelto en la quietud de la mañana, esa divina paz frente a su inquietud, cuando la imagen que acaba de ver ya discurre por su poema:

Pero, ¿no te queda aún el mundo? Los collados,
¿no siguen coronados por sombras sagradas?
¿Es que la cosecha no madura? Un verde prado,
¿no bordea el río entre pastizales y matas?
Y la inmensidad, ¿su bóveda el mundo no envuelve,
ya sea rica en formas o informe tantas veces?

Pero ese mundo le resulta en exceso inanimado. En un momento tan apasionado como ése no puede evitar relacionarlo todo con la figura de la amada. Y mágicamente el recuerdo se condensa, transfigurado, renovado:

Qué leve y frágil, sutilmente entretejida,
surge seráfica de entre las nubes oscuras
sobre el azul del cielo, a ella parecida,
una figura etérea de cristalina bruma.
Así veías dominando el alegre baile
a la más bella de las criaturas adorables.

Mas sólo unos instantes puedes resignarte
a retener a un espejismo en su lugar.
¡Vuelve al corazón! Es una sede más fiable,

en la que ella se agita en metamorfosis tenaz.
Entre miles de formas, se te impone sólo una,
cada vez más hermosa en su proteica figura.

Apenas evocada, se presenta ya la imagen de Ulrike en su forma sensible. El poeta describe cómo le recibió y cómo le hizo «a cada instante más dichoso». Cómo, tras el último beso, aún le dio «el último» en los labios. Y, en la dicha del bienaventurado recuerdo, el viejo maestro compone una de las estrofas más perfectas que jamás se hayan creado en la lengua alemana o en cualquier otra lengua acerca del sentimiento de la entrega y del amor:

En lo más puro del pecho palpita el afán
de a un ser más puro, desconocido y extraño,
entregarse agradecido, con total libertad,
penetrando el enigma del eterno Innombrado.
¡Lo llamamos devoción! De tal magnificencia
siento que participo cuando estoy con ella.

Pero justamente en la percepción del más bienaventurado estado, el abandonado sufre por la separación del presente, y así estalla el dolor, que casi desgarra el sublime ánimo elegiaco del magnífico poema, una sinceridad del sentimiento como sólo una vez en años logra plasmarla la espontánea transformación de una vivencia directa. Y el lamento resulta conmovedor:

Y ahora, ¡lejos estoy ya! A este momento,
¿qué le corresponde? No sabría expresarlo.
Motivos me ofrece para gozar de lo bello,
mas de este lastre quiero verme librado.
Me mueve sólo una indomable añoranza,
y salida no veo más que las lágrimas.

Después se eleva el último, el más terrible grito, apenas capaz de ascender:

¡Dejadme aquí, compañeros de camino!

A solas entre rocas, pantanos y desiertos.
¡Adelante! El mundo os abre su sentido,
ancha la tierra y excelso el firmamento.
Ved, investigad, y acumulad detalles,
seguid persiguiendo los misterios naturales.

Yo, que un día favorito de los dioses fuera,
me he perdido a mí mismo y al universo.
Pues me enviaron a Pandora como prueba,
rica en dones y aún más rica en riesgos.
Hacia sus labios dadivosos me impelieron,
y al separarme de ellos, me destruyeron.

Nunca este poeta, por lo demás moderado, compuso una estrofa semejante. Aquel que de joven supo ocultarse y siendo hombre contenerse, aquel que en general casi nunca reveló su más profundo secreto más que en juegos de espejo, bajo iniciales o símbolos, anciano ya, manifiesta su emoción por vez primera de forma abierta y espléndida. Desde hace cincuenta años es probable que ese hombre sensible, el gran poeta lírico, jamás estuviera tan lleno de vida como en esta página inolvidable, en este memorable punto de inflexión.

Así de misterioso, como una rara merced del destino, consideró también Goethe este poema. En cuanto regresa a Weimar, antes de dedicarse a cualquier otro trabajo o cuestión doméstica, lo primero que hace es caligrafiar él mismo una primorosa copia de la elegía. Durante tres días, como un monje en su celda, transcribe el poema con letras grandes, solemnes, empleando un papel especialmente escogido y escondiéndolo como un secreto de los más próximos y hasta de los que gozan de mayor confianza entre quienes conviven con él. Él mismo se encarga de encuadernarlo, para que no se difunda antes de tiempo por culpa de alguna indiscreción, y con un cordón de seda ata el manuscrito a la cubierta de tafilete rojo, que después mandaría cambiar por otra, magnífica, de tela azul, que aún hoy puede verse en el Archivo de Goethe y Schiller.

Los días se le han vuelto desagradables, engorrosos. El proyecto de boda no ha encontrado en su casa más que burlas, llevando

incluso al hijo a abiertos arrebatos de odio. Únicamente en las palabras de sus propios poemas puede estar con la amada. Y sólo cuando la bella Polin, la Szymanowska, viene otra vez a visitarle, se renueva el sentimiento de los luminosos días de Marienbad y él se torna comunicativo. El 27 de octubre por fin manda llamar a Eckermann, y en la especial solemnidad con que prepara la lectura se revela ya el mucho apego que tiene a este poema. El criado ha de colocar dos velas sobre el escritorio, y sólo entonces ruega a Eckermann que, tomando asiento ante las luces, lea la elegía. Poco a poco la escuchan también los demás, si bien sólo los más íntimos, pues Goethe la protege, en palabras de Eckermann, «como una reliquia». Que tiene una importancia especial en su vida, lo demuestran los meses siguientes. Al bienestar creciente del rejuvenecido, pronto le sucede un colapso. De nuevo parece estar al borde de la muerte. Se arrastra de la cama al sillón, del sillón a la cama, sin encontrar la paz. La nuera está de viaje. El hijo, lleno de odio. Nadie cuida ni aconseja al abandonado, al viejo enfermo. Entonces, llamado al parecer por los amigos, Zelter, el más cercano a su corazón, acude desde Berlín y en seguida reconoce el íntimo ardor. «¿Y qué me encuentro?», escribe estupefacto, «a alguien que parece que en el cuerpo tuviera el amor, todo el amor con toda la angustia de la juventud». Para curarle, «con honda simpatía», le lee en voz alta una y otra vez su propio poema. Y Goethe no se cansa de escucharlo. «Qué extraño resultaba», escribe después el convaleciente, «escuchar cómo con tu voz sensible y delicada una y otra vez me leías aquello que amo hasta tal punto que no puedo confesármelo a mí mismo». Y después sigue escribiendo: «No puedo desprenderme de él, pero si viviéramos juntos, tendrías que leérmelo y recitarlo hasta aprendértelo de memoria».

Así, como dice Zelter, la curación vino «del dardo que le había herido». Goethe se salva —puede decirse— por medio de ese poema. Al fin ha superado la angustia, ha vencido la última y trágica esperanza. El sueño de una vida de casado con la amada «hijita» ha concluido. Sabe que nunca más irá a Marienbad, ni a Karlsbad, nunca más al desenfadado y lúdico mundo de los despreocupados. De ahora en adelante, su vida pertenece por entero al trabajo. Puesto a prueba, ha renunciado a que su destino recomience, con lo que otro gran empeño dirige su vida: rematar su

obra. Con gravedad dirige de nuevo la mirada hacia su obra, que abarca sesenta años. La ve fragmentada, dispersa, y, ya que no puede seguir construyendo, decide al menos recopilarla. Ultima el contrato para publicar sus obras completas. Obtiene los derechos. De nuevo, su amor, que acaba de extraviarse en pos de una joven de diecinueve años, corteja a los dos compañeros más antiguos de su juventud. El *Wilhelm Meister* y el *Fausto*. Con energía, se consagra a su obra. En hojas amarillentas reanuda el proyecto del siglo pasado. Antes de cumplir los ochenta, acaba los *Años de peregrinaje de Wilhelm Meister*. Y a los ochenta y uno, aborda con heroico ánimo el «negocio principal» de su vida, el *Fausto*, que finaliza siete años después de aquellos trágicos y fatales días de la *Elegía* y que con la misma piadosa devoción guarda frente al mundo bajo el sello del secreto.

Entre esas dos esferas del sentimiento, entre el último deseo y la última renuncia, entre emprender algo nuevo o rematar lo ya hecho, se encuentra, como un apogeo, como un instante inolvidable de íntima inflexión, aquel 5 de septiembre, la despedida de Karlsbad, la despedida del amor, transformada en eternidad a través del conmovedor lamento. Podemos considerar memorable aquella fecha, pues desde el punto de vista de los sentidos la poesía alemana no ha conocido un momento más grandioso que aquel en el que el más primigenio sentimiento se vertió en este imponente poema.

EL DESCUBRIMIENTO DE EL DORADO
J. A. SUTER, CALIFORNIA. ENERO DE 1848

CANSADO DE EUROPA

1834. Un vapor americano zarpa del puerto de El Havre rumbo a Nueva York. A bordo, uno más entre cientos de desesperados, se encuentra Johann August Suter, natural de Rynenberg, cerca de Basilea, de treinta y un años de edad y con la mayor prisa del mundo porque el océano le separe de los tribunales europeos de justicia. En bancarrota, acusado de robar y de falsificar moneda, ha abandonado a su mujer y a sus tres hijos, se ha procurado algo de dinero en París con un documento de identidad falso y ahora anda en busca de una nueva vida. El 7 de julio desembarca en Nueva York y durante dos años desempeña allí todos los trabajos habidos y por haber: empaquetador, droguero, dentista, vendedor de productos médicos, tabernero. Finalmente, hasta cierto punto asentado, se establece en una taberna, la vende de nuevo y, siguiendo el mágico tirón de la época, se traslada a Missouri. Allí se hace campesino y en poco tiempo adquiere una pequeña propiedad. Podría vivir tranquilo, pero por delante de su casa pasan constantemente muchas personas comerciantes en pieles, cazadores, aventureros, soldados —que vienen del Oeste o que van hacia el Oeste. Y a sus oídos, esa palabra, Oeste, va adquiriendo poco a poco un timbre mágico. En primer lugar, nadie lo ignora, están las estepas, las estepas con sus enormes manadas de bisontes y en las que durante días, durante semanas, no aparece un solo hombre, únicamente los pieles rojas las recorren a galope tendido. Después están las montañas, altas, inaccesibles. Y por fin aquella tierra de la que nadie sabe nada concreto y cuya legendaria riqueza es alabada de continuo. California, aún inexplorada. Una tierra en la que fluyen la leche y la miel, al alcance de todo el que quiera tomarlas.

Sólo que esa tierra está lejos, muy lejos, y quien quiera llegar hasta ella pone en peligro su vida.

Pero Johann August Suter tiene sangre de aventurero. A él no le atrae la idea de quedarse sentado, edificando en su propiedad. Un día del año 1837 vende todos sus bienes, prepara una expedición equipada con carretas, caballos y reses, y parte de Fort Independence rumbo a lo desconocido.

RUMBO A CALIFORNIA

1838. Suter, dos oficiales, cinco misioneros y tres mujeres parten en carretas tiradas por bueyes en dirección a un vacío ilimitado. Atravesando una estepa tras otra, franquean por fin las montañas, rumbo al océano Pacífico. El viaje dura tres meses, hasta que a finales de octubre llegan a Fort Vancouver. Ambos oficiales han abandonado ya a Suter. Los misioneros no van a continuar. Y las tres mujeres han muerto por el camino, a causa de las privaciones.

Suter está solo. En vano tratan de retenerle en Vancouver. Le ofrecen un empleo, pero él lo rechaza todo. La atracción del mágico nombre se ha instalado en sus venas. Con un miserable velero atraviesa el Pacífico, primero hacia las islas Sandwich y, tras innumerables dificultades, llega a las costas de Alaska, donde desembarca en un lugar abandonado, conocido con el nombre de San Francisco. San Francisco, no la ciudad de hoy en día, que tras el terremoto ha duplicado su crecimiento alcanzando cifras de millones, no, únicamente un mísero pueblo de pescadores, llamado así por la misión franciscana. Tampoco la capital de esa desconocida provincia mexicana de California que, abandonada, sin cultivar, estéril, se encuentra en la zona más exuberante del nuevo continente.

Allí reina el desorden español, aumentado por la ausencia de cualquier autoridad, por las revueltas, la falta de animales de carga, de hombres y de iniciativa. Suter alquila un caballo y desciende hacia el fértil valle de Sacramento. Le basta un solo día para descubrir que aquí no sólo hay sitio para una granja, para un gran terreno, sino para un imperio. Al día siguiente cabalga hacia Monterrey, la mísera capital, se presenta ante el gobernador Alvarado, y le expone su intención de cultivar la tierra. Ha traído

canacos de las islas y quiere hacer que esos aplicados y trabajadores hombres de color vengan de allí con regularidad. Se compromete a construir colonias y a fundar un nuevo reino, Nueva Helvecia.

—¿Por qué Nueva Helvecia? —pregunta el gobernador.

—Soy suizo y republicano —responde Suter.

—Bien. Haga lo que quiera. Le daré una concesión por diez años.

Como se ve, los negocios allí se cerraban con rapidez. A mil millas de distancia de cualquier civilización, la energía de un solo hombre se valora de un modo distinto.

NUEVA HELVECIA

1838. Una caravana avanza lentamente a lo largo de la ribera del Sacramento, río arriba. Delante va Suter, a caballo, fusil al hombro. Tras él, dos, tres europeos. Después, ciento cincuenta canacos con camisas cortas. Detrás, treinta carretas tiradas por bueyes y cargadas de víveres, semillas y munición, cincuenta caballos, setenta y cinco mulos, vacas y ovejas. Por último, una pequeña retaguardia. Es todo el ejército que va a conquistar Nueva Helvecia.

A su paso, avanza una gigantesca ola de fuego. Incendian los bosques, un método mucho más cómodo que el de talarlos. Y en cuanto la colosal llamarada ha recorrido la tierra, empiezan a trabajar sobre los troncos aún humeantes de los árboles. Construyen almacenes, excavan pozos. Siembran la tierra, que no requiere ningún arado. Crean rediles para los inmensos rebaños. Poco a poco, de las localidades vecinas, de las abandonadas colonias de misioneros, fluye el excedente.

El éxito es colosal. Las siembras producen en seguida un quinientos por ciento. Los graneros están a reventar. Pronto los rebaños se cuentan por miles. Y a pesar de las crecientes dificultades del país, de las expediciones contra los nativos, que una y otra vez osan invadir la floreciente colonia, Nueva Helvecia se desarrolla con la colosal magnitud de las regiones del trópico. Se construyen canales, molinos, factorías. Por los ríos los barcos navegan corriente arriba y abajo. Suter no sólo abastece a Van Couver y las islas Sandwich, sino también a cualquier velero que atraque en California. Planta fruta, la fruta de California tan famosa

y tan admirada hoy en día. ¡Y mira por dónde, germina! Así que manda traer cepas de Francia y del Rin, que en unos pocos años cubren amplias regiones. Él mismo se construye varias casas y exuberantes granjas. Manda traer un piano Pleyel nada menos que de París y una máquina de vapor que, arrastrada por sesenta bueyes, atraviesa todo el continente desde Nueva York. Tiene crédito y cuenta corriente en los más grandes bancos de Inglaterra y de Francia. Y por fin, a los cuarenta y cinco años de edad, en la cima de su triunfo, recuerda que hace catorce dejó una mujer y tres hijos en algún lugar del mundo. Les escribe, invitándoles a venir con él, a su reino, pues ahora experimenta la opulencia a manos llenas. Es el amo de Nueva Helvecia, uno de los hombres más ricos del mundo. Y seguirá siéndolo. Finalmente, los Estados Unidos también arrebatan a México la devastada colonia. Ahora todo está asegurado. Un par de años más y Suter será el hombre más rico del mundo.

EL FATAL GOLPE DE PALA

1848, enero. En casa de Johann August Suter aparece de pronto, muy excitado, James W. Marshall, su carpintero. Tiene que hablar sin falta con él. Suter está sorprendido. Ayer mismo envió a Marshall a su granja de Coloma para que instalase allí un nuevo aserradero. Y el hombre ha regresado sin permiso. Temblando de excitación, se presenta ante él, le empuja hacia un cuarto, cierra la puerta y del bolsillo saca un puñado de arena, en el que brillan un par de granos amarillos. Ayer, mientras estaba cavando, dio con ese extraño metal. Cree que es oro, pero no ha dicho nada porque los demás se habrían reído de él. Suter se pone serio, toma las pepitas y hace una prueba: es oro. Decide ir con Marshall en seguida, al día siguiente, hasta la granja, pero el maestro carpintero es presa ya, la primera víctima, de la terrible fiebre que pronto sacudirá al mundo entero. Esa misma noche, en medio de la tormenta, cabalga de vuelta, impaciente por confirmarlo.

A la mañana siguiente, el coronel Suter llega a Coloma. Represan las aguas del canal y analizan la arena. Basta coger un cedazo, sacudirlo un poco a un lado y a otro, y las pepitas de oro se posan relucientes sobre la negra tela metálica. Suter reúne a los

pocos blancos que se encuentran allí y les hace dar su palabra de honor de que guardarán silencio hasta que el aserradero esté terminado. Después, serio y decidido, cabalga de vuelta a su granja, agitado por desproporcionadas ideas. Si no se equivoca, el oro jamás se ha encontrado de modo tan fácil, tan abiertamente en la tierra. Y esa tierra es suya. Es propiedad de Suter. Toda una década parece haber transcurrido en una sola noche. Es el hombre más rico del mundo.

LA AVALANCHA

¿El hombre más rico? No. El más pobre, el más digno de compasión, el mendigo más desilusionado del mundo. Ocho días después el secreto ha sido revelado. Una mujer —¡como siempre, una mujer!— se lo ha contado a uno que pasaba por allí y le ha dado un par de pepitas de oro. Y lo que ocurre es inaudito. De inmediato, todos los hombres de Suter dejan el trabajo. Los herreros, la fragua. Los pastores, los rebaños. Los vinateros, las cepas. Los soldados, las armas. Todos parecen poseídos, y con los cedazos y las cacerolas que han cogido corren a toda prisa hacia el aserradero, para extraer el oro de la arena. Por la noche toda la región ha quedado abandonada. Las vacas lecheras, a las que nadie ordeña, mugen y revientan. Los bueyes rompen los rediles, pisotean los campos, en los que el cereal se pudre en la hierba. Las queserías se paran. Los graneros se vienen abajo. El inmenso engranaje de la gigantesca empresa se paraliza. Los telégrafos difunden la áurea promesa atravesando mares y continentes. Y ya llega la gente. De las ciudades, de los puertos. Los marineros abandonan sus barcos. Los funcionarios del Estado, sus puestos. En largas, interminables columnas, la avalancha, la plaga de humana langosta, de buscadores de oro, viene del Este, del Oeste, a pie, a caballo o en carreta. Una horda desbocada, brutal, que no conoce más ley que la de su puño, ni más dictado que el de su revólver, se desparrama sobre la floreciente colonia. Para ellos nada tiene dueño. Nadie se atreve a enfrentarse a esos criminales. Degüellan las vacas de Suter. Derriban sus graneros, para construir casas. Pisotean sus sembrados. Roban sus máquinas. De la noche a la mañana, Johann August Suter se ha convertido en un pobre mendigo, ahogado, como el rey

Midas, en su propio oro.

Y ese tornado inaudito en pos del oro se vuelve cada vez más violento. La noticia ha trascendido al mundo entero. Sólo de Nueva York parten cien barcos. Desde Alemania, desde Inglaterra, desde Francia, desde España, cada año, entre 1848 y 1851, se acercan hasta aquí hordas enormes de aventureros. Algunos llegan costeando el cabo de Hornos, aunque para los más impacientes resulta demasiado largo, de modo que escogen la vía más peligrosa, a través del istmo de Panamá. En poco tiempo y a toda prisa, y sólo para que los impacientes se ahorren entre tres y cuatro semanas y puedan alcanzar antes el oro, una compañía construye en el istmo un ferrocarril en el que miles de trabajadores perecen por culpa de las fiebres. A través del continente, avanzan caravanas inmensas, hombres de todas las razas y lenguas, y todos excavan las propiedades de Johann August Suter como si fueran las suyas. Sobre la tierra de San Francisco, que según un documento sellado por el gobierno le pertenece a él, una ciudad crece a una velocidad de ensueño. Los extranjeros se compran y venden unos a otros las tierras de Suter. Y el nombre de Nueva Helvecia, su reino, desaparece barrido por una expresión mágica: El Dorado, California.

Johann August Suter, de nuevo en la bancarrota, contempla paralizado la simiente de ese gigantesco dragón. Al principio, intenta también excavar y aprovecharse de la riqueza con sus servidores y camaradas, pero todos le abandonan, así que se retira por completo del distrito del oro a una granja apartada, cerca de las montañas, lejos del maldito río y de la maldita arena, a su granja Eremitage. Allí por fin se reúne con él su mujer, con los tres hijos crecidos, aunque al poco de llegar, ella muere a consecuencia de las fatigas del viaje. Pero ahora tiene consigo a sus hijos. Ocho brazos, contando con los suyos. Y con ellos, Johann August Suter se dedica a la agricultura. Una vez más, ahora con sus hijos, silencioso, tenaz, aprovechando la fantástica fertilidad de esa tierra, vuelve a enriquecerse. Una vez más, alberga y oculta un gran proyecto.

EL PROCESO

1850. California ha sido incorporada a los Estados Unidos de América. Al fin bajo su severa disciplina, tras la riqueza, llega el

orden a esa tierra poseída por el oro. La anarquía ha sido reprimida. De nuevo impera la ley.

Y ahora de pronto entra en escena Johann August Suter con sus reivindicaciones. Toda la tierra, reclama, sobre la que se ha edificado la ciudad de San Francisco, le pertenece a él por derecho. El Estado está obligado a reparar las pérdidas que a consecuencia del robo ha sufrido en su propiedad. De todo el oro extraído en sus tierras, él reivindica su parte. Se inicia un proceso de dimensiones hasta ahora desconocidas por la humanidad. Johann August Suter demanda a diecisiete mil doscientos veintiún granjeros, que se han establecido en sus plantaciones, y les exhorta a que desalojen el suelo que le ha sido robado. Exige al Estado de California veinticinco millones de dólares por haberse apropiado de los caminos, canales, puentes, presas y molinos construidos por él. Y de la Unión, otros veinticinco millones de dólares como indemnización por su destrozada hacienda, además de su parte del oro extraído. Ha hecho que su hijo mayor, Emil, estudie leyes en Washington para que se encargue del proceso, y las enormes ganancias producidas por sus nuevas granjas las emplea en pagar los grandes costes de ese proceso, que durante cuatro años le lleva a pulsar todas las instancias.

Al fin, el 15 de marzo de 1855 se falla la sentencia. El incorruptible juez Thompson, el primer magistrado de California, reconoce los derechos de Johann August Suter sobre el suelo como totalmente legítimos e inapelables.

Ese día Johann August Suter ha conseguido su objetivo. Es el hombre más rico del mundo.

EL FINAL

¿El hombre más rico del mundo? No. Una vez más, no, sino el más pobre mendigo, el hombre más desdichado, el más coceado. Y una vez más el destino le propina un nuevo golpe mortal, pero uno que le deja tendido en el suelo para siempre. Tras la noticia del fallo, en San Francisco y por todo el país estalla un tumulto. Cientos de miles se amotinan, todos los propietarios amenazados, el populacho de la calle, la chusma siempre deseosa de entregarse al pillaje. Asaltan el Palacio de Justicia, incendiándolo. Buscan al juez, para lincharlo, y

se ponen en camino, un rebaño inmenso, con la intención de saquear todas las propiedades de Johann August Suter. Su hijo mayor, acosado por los bandidos, se pega un tiro. El segundo es asesinado. El tercero huye y se ahoga en el camino de vuelta a casa. Una oleada de fuego recorre toda Nueva Helvecia. Las granjas de Suter son reducidas a cenizas. Sus viñedos pisoteados. Sus muebles, sus colecciones, su dinero, robados. Y bajo esa furia despiadada sus posesiones quedan convertidas en un desierto. El mismo Suter se salva a duras penas.

Johann August Suter jamás se recuperó de este golpe. Su obra ha sido destruida. Su mujer, sus hijos, están muertos. Su ánimo, atribulado. Un solo pensamiento vibra aún confuso en la mente ahora sombría. La justicia, el proceso.

Durante veinticinco años un hombre viejo, con la mente debilitada y mal vestido vaga en torno al Palacio de Justicia de Washington. En todos los negociados conocen al «general» del sucio gabán y los zapatos hechos trizas que reclama sus millones. Y siempre se encuentran abogados, aventureros y pícaros dispuestos a sonsacarle el último céntimo de su pensión y a llevarle una vez más a pleitear. Él, por su parte, no quiere ningún dinero. Odia el oro, que le ha convertido en un pobre, que ha asesinado a sus tres hijos, que le ha destrozado la vida. Sólo quiere que se haga justicia y lucha con la saña litigante de un monomaniaco. Reclama ante el Senado, ante el Congreso. Se confía a todo tipo de asistentes, que, tomando con ostentación las riendas del asunto, le ponen un ridículo uniforme de general y arrastran al espantajo de una oficina a otra, de delegado en delegado. Esto dura veinte años, desde 1860 a 1880. Veinte miserables años de mendicidad. Un día tras otro, haraganea en torno al Palacio del Congreso, blanco de las burlas de todos los funcionarios, juguete de todos los golfillos callejeros, él, que poseyera el reino más rico de la Tierra y sobre cuyas propiedades se levanta la segunda capital del gigantesco imperio. Pero al inoportuno se le hace esperar. Y allí, en las escaleras del Palacio del Congreso, el 17 de junio de 1880 al mediodía, le sobreviene el liberador ataque al corazón. De allí se llevan a un pordiosero muerto. Un pordiosero muerto que en el bolsillo lleva un escrito que, de acuerdo con todas las leyes de este mundo, garantiza tanto sus derechos como los de sus herederos sobre la fortuna más

grande de la historia universal.

Nadie hasta ahora ha reclamado su herencia. Ningún descendiente ha hecho pública su demanda. Aún hoy San Francisco, todo un país, se alza sobre suelo ajeno. Aún hoy no se ha hecho justicia. Sólo un artista, Blaise Cendrars, ha concedido al menos al olvidado Johann August Suter el derecho a un gran destino, el derecho a la memoria y a la admiración de la posteridad.

MOMENTO HEROICO

DOSTOIEVSKI, SAN PETERSBURGO, PLAZA SEMENOVSK
22 DE DICIEMBRE DE 1849

En mitad de la noche le han arrancado del sueño,
ruido de sables en las casamatas,
unas voces dan órdenes. Y en la incertidumbre,
amenazadoras y espectrales, se encogen las sombras.
Le empujan hacia adelante. A un pasillo que se abre ante él.
Largo y oscuro, oscuro y largo.
Un cerrojo chirría, suena una puerta.
Después siente el cielo y el aire glacial.
Un carro aguarda, una cripta sobre ruedas,
a la que es empujado con prisa.

Junto a él, cruelmente encadenados con hierro,
en silencio y con el rostro lívido,
los nueve camaradas.
Ninguno habla,
pues cada uno presiente
adónde le lleva el carro.
Y que esa rueda que gira bajo ellos
tiene su vida entre los radios.

Entonces el estruendoso carro
se detiene. La puerta rechina.
Y por la reja abierta, con mirada lúgubre,
soñolienta, les observa
un oscuro pedazo de mundo.
Una manzana de casas,
de techos bajos y con sucia escarcha,
rodea una plaza llena de oscuridad y de nieve.

La niebla vela con un trapo gris
el patíbulo,
y sólo a la iglesia de oro la roza
la mañana, con una luz heladora, sangrienta.

En silencio forman en fila.
Un teniente lee la sentencia:
Muerte por traición. Con pólvora y plomo.
¡Muerte!
La palabra, como una piedra impetuosa,
cae en el frío espejo de la calma,
suena
con fuerza, como si partiera algo en dos.
Después el eco vacío
se hunde en el silencioso sepulcro
de la glacial quietud de la mañana.

Como en sueños
siente todo lo que le está ocurriendo.
Y sólo sabe que ahora ha de morir.
Uno se adelanta y sin hablar le pone
un sudario blanco, ondeante.
Una última palabra despide a los compañeros.
Con la mirada ardiente,
un grito mudo,
besa él al Redentor en el crucifijo
que el pope, serio, apremiándole, le tiende.
Después todos ellos,
los diez, de tres en tres,
son remachados con cuerdas a los postes.

Ya avanza
presuroso un cosaco,
para vendarle los ojos frente a los fusiles.
Entonces su mirada, antes de la gran ceguera,
atrapa ávida —lo sabe, ¡por última vez!—
aquel pequeño trozo de mundo,
que le ofrece el cielo allá arriba.

En la claridad matutina ve la iglesia.
Como dispuesta para la última cena,
la cubierta está al rojo,
inflamada por la aurora.
Y él con una súbita dicha extiende la mano para alcanzarla,
como si fuera la vida de Dios tras la muerte…

Entonces le atan la noche en torno a los ojos.

Pero dentro,
llena de color, la sangre comienza a fluir.
En una marea de reflejos,
desde las venas, la vida
se alza en imágenes.
Y él siente
que en ese segundo, señalado por la muerte,
todo el pasado perdido
baña de nuevo su alma.
Toda su vida vuelve a despertar
y se aparece en imágenes a través de su pecho.
La infancia, pálida, perdida y gris,
el padre y la madre, el hermano, la mujer.
Tres migajas de amistad, dos vasos de placer,
un sueño de gloria, un hatillo de oprobio.
Y fogoso el embate de las imágenes
de la juventud perdida recorre sus venas.
Una vez más, muy honda, siente toda su existencia,
hasta el instante
en que le ataran al poste.
Después una duda arroja,
negras, pesadas,
sus sombras sobre su alma.
Y entonces
siente que alguien se le acerca,
siente unos pasos negros, silenciosos.
Cerca, muy cerca.
Y que le ponen la mano en el corazón,
que palpita cada vez más débil,

cada vez más débil, que ya no palpita.
Un minuto más. Después se acabó.
Los cosacos
forman al otro lado en resplandeciente hilera…
Las correas se balancean… Las manos crujen…
Los tambores rasgan el aire con su estruendo.
Ese segundo hace envejecer miles de años.

Entonces, un grito:
¡Alto!
El oficial
se adelanta. Blanco, ondea un papel.
Su voz, nítida y clara, corta
el silencio expectante.
El zar
con la gracia de su voluntad sagrada
ha anulado la sentencia,
que será conmutada por una pena más leve.

Las palabras aún resultan
extrañas. No puede adivinar su sentido.
Pero la sangre
en sus venas vuelve a ser roja,
asciende y comienza a cantar, muy flojo.
La muerte,
vacilante, se arrastra fuera de los miembros entumecidos.
Y los ojos, aún velados de negro, perciben
que los envuelve el saludo de la luz eterna.
El alguacil,
en silencio, le desata las cuerdas.
De sus sienes en llamas
dos manos pelan la venda blanca
como si fuera la gigantesca corteza de un abedul.
A tientas, los ojos salen de la tumba
y palpando, torpes, deslumbrados, débiles,
vuelven a entrar
en la existencia a la que ya habían renunciado.

Y entonces ve
el mismo tejado de oro de la iglesia,
que ahora arde místicamente
en el creciente rubor de la mañana.

Las maduras rosas de la aurora
la envuelven como con piadosos rezos.
El resplandeciente capitel
señala, con su mano clavada en la cruz,
una espada sagrada, allá arriba, al borde
de las alegres nubes enrojecidas.
Y allí, embriagándose en la claridad matinal,
se extiende sobre la iglesia la bóveda celeste.

Una corriente
de luz arroja sus olas al rojo vivo
contra todo el cielo resonante.

Los vapores de la niebla
ascienden en bocanadas, como cargadas
con el peso de toda la oscuridad terrena,
en el resplandor de la sublime mañana.
Y de las profundidades ascienden unas notas,
como si miles de voces
gritaran a coro.
Y entonces por vez primera escucha
cómo toda la angustia humana
clama su ardiente aflicción
impetuosa sobre la Tierra.

Escucha las voces de los pequeños y de los débiles,
de las mujeres que se ofrecieron en vano,
de las prostitutas, que se burlaban de sí mismas,
el triste encono de los que están siempre enfermos,
a los solitarios, a los que no rozó una sonrisa.
Escucha a los niños, que sollozan, que se lamentan.
Y el grito de impotencia de las que en secreto fueron seducidas.
Escucha a todos los que cargan con las penas,

a los expósitos, a los sordos, escarnecidos,
a los mártires sin corona
de cada callejón, de cada día.
Escucha sus voces y escucha también
cómo con una melodía primigenia
se elevan hacia el cielo abierto.
Y ve también
que sólo el dolor lleva hacia Dios,
mientras a los demás la pesada vida
los clava a la tierra con una dicha de plomo.
Pero interminable la luz se extiende allá arriba,
bajo el aluvión
de los ascendentes coros
del dolor humano.
Y él sabe que Dios prestará oídos
a todos, a todos.
Sus cielos rebosan misericordia.
A los pobres
Dios no los juzga.
Una conmiseración sin límites
inflama el sagrado recinto con una luz eterna.
Los jinetes del Apocalipsis se dispersan,
el dolor se convertirá en placer y la dicha en tormento
para aquel que en la muerte experimenta la vida.
Y ya vuela
un ángel de fuego hacia la Tierra.
Y con el rayo del amor sagrado,
nacido del dolor, le perfora
hondo y radiante el corazón estremecido.

Entonces cae
de rodillas, como alcanzado.
Siente de una vez el mundo entero,
real y en su ilimitada aflicción.
Su cuerpo tiembla,
una espuma blanca baña sus dientes.
Una convulsión ha deformado sus rasgos,
pero las lágrimas,

bienaventuradas, impregnan su mortaja.
Pues siente que por vez primera,
desde que rozara los amargos labios de la muerte,
su corazón experimenta la dulzura de vivir.
Su alma resplandece tras el martirio y las heridas.
Y se da cuenta
de que en ese momento
ha sido Aquel otro
que hace miles de años estuvo en la cruz.
Y que, como Él,
desde que sintiera el beso abrasador de la muerte
debe apreciar la vida por el dolor.
Los soldados le apartan del poste.
Su rostro,
macilento, parece apagado.
Bruscamente
vuelven a empujarle a la fila.
Su mirada,
extraña, está del todo hundida hacia adentro.
Y de sus labios contraídos pende
la amarilla carcajada de los Karamazov.

LA PRIMERA PALABRA A TRAVÉS DEL OCÉANO
CYRUS W. FIELD, 28 DE JULIO DE 1858

EL NUEVO RITMO

Durante los miles y tal vez cientos de miles de años transcurridos desde que la singular criatura llamada hombre pisara la Tierra, no hubo ningún otro medio de locomoción terrestre superior a la carrera de un caballo, a una rueda en marcha o a un barco de vela o a remo. Toda la plétora de avances técnicos, comprendida en ese espacio estrecho e iluminado por el conocimiento al que llamamos historia universal, no había producido ninguna aceleración apreciable en el ritmo del movimiento. Los ejércitos de Wallenstein apenas avanzaban más de prisa que las legiones de César. Los de Napoleón no lo hacían más rápido que las hordas de Gengis Kan. Las corbetas de Nelson cruzaban el mar sólo un poco más deprisa que los barcos piratas de los vikingos o los comerciales de los fenicios. Lord Byron en sus viajes narrados en *La peregrinación de Childe Harold* no superaba más leguas al día que Ovidio camino del exilio en el Ponto. Goethe en el siglo XVIII no viajaba en esencia más cómodo o más rápidamente que el apóstol san Pablo a comienzos de nuestra era. Inalterablemente alejados en el espacio y en el tiempo, los países están tan separados unos de otros en la época de Napoleón como bajo el imperio romano. La resistencia de la materia aún prevalece sobre la voluntad humana.

Sólo el siglo XIX transforma de un modo fundamental la medida y el ritmo de la velocidad terrestre. En su primera y segunda década, los pueblos, los países, se aproximan unos a otros con mayor rapidez que en los siglos precedentes. Con el ferrocarril, con el barco de vapor, los viajes que antes duraban días se hacen ahora en uno solo; los que hasta ahora requerían interminables horas, en

un cuarto de hora o en minutos. Pero aun cuando estas nuevas velocidades del ferrocarril y del barco de vapor fueran triunfalmente recibidas por los contemporáneos, esos inventos están aún en el terreno de lo comprensible, pues, aunque esos vehículos multiplican por cinco, por diez, por veinte, las velocidades hasta entonces conocidas, la mirada y la mente aún pueden seguirlas y explicar el aparente milagro. Con repercusiones por completo insospechadas, se presentan los primeros adelantos de la electricidad, que, un Hércules aún en la cuna, violan todas las leyes vigentes hasta entonces y rompen con todas las medidas en vigor. Jamás podremos comprender el asombro de aquella generación frente a los primeros resultados del telégrafo eléctrico, el enorme estupor y el entusiasmo que despertó el que esa pequeña chispa, apenas perceptible, que aún ayer sólo era capaz de dar una sacudida a una pulgada de distancia de la botella de Leiden, alcanzara de golpe la fuerza demoníaca para saltar kilómetros y kilómetros por encima de países, montañas y continentes enteros. Que la idea apenas barruntada hasta sus últimas consecuencias de que la palabra recién escrita pudiera recibirse, ser leída y entendida en el mismo momento a miles y miles de millas; que la corriente invisible que vibra entre los dos polos de una minúscula columna voltaica pudiera extenderse por toda la Tierra, de un extremo al otro; que ese aparato de juguete de los laboratorios, que ayer era capaz de atraer un par de trocitos de papel por frotamiento de un cristal, pudiera potenciar en miles y miles de millones la fuerza muscular y la velocidad humana, trayendo noticias, moviendo trenes, iluminando calles y casas, y como Ariel flotar invisible en el aire. Sólo por medio de este descubrimiento la relación espacio-tiempo experimentó el cambio más decisivo desde la creación del mundo.

Ese año de importancia universal, 1837, en el que por vez primera el telégrafo logró que la experiencia humana hasta entonces aislada fuera simultánea, raramente consta en nuestros libros escolares, que por desgracia siguen considerando más importante hablar de las guerras y de las victorias de los distintos generales y naciones, en lugar de hacerlo sobre los verdaderos triunfos de la humanidad, por ser comunes. Y sin embargo ninguna otra fecha de la historia reciente puede compararse en cuanto a sus

efectos psicológicos con esa transformación del valor del tiempo. El mundo ha cambiado desde que en París es posible saber lo que está ocurriendo al mismo tiempo en Amsterdam, en Moscú, en Nepal o en Lisboa. Sólo falta dar un último paso y también otras partes del mundo estarán incluidas en ese grandioso conjunto y se habrá creado una conciencia común a toda la humanidad.

Pero la naturaleza aún se resiste a esa última unificación, aún existe un obstáculo. Durante dos décadas todos esos países, separados unos de otros por el mar, aún permanecen desconectados. Pues, mientras que gracias a las campanas aislantes de porcelana la chispa sigue saltando libremente en las varillas del telégrafo, el agua absorbe la corriente eléctrica. Una línea a través del mar es imposible, mientras no se haya descubierto un medio para aislar por completo los cables de cobre y de hierro del líquido elemento.

Por fortuna, en la era del progreso un invento ofrece a otro la mano generosamente. Pocos años después de la instalación del telégrafo por tierra se descubre la gutapercha, el material apropiado para aislar del agua la línea del tendido eléctrico. Ahora se puede conectar a la red telegráfica europea el país más importante que se encuentra más allá del continente, Inglaterra. Un ingeniero llamado Brett coloca el primer cable en el mismo lugar del canal que Blériot, más tarde, será el primero en sobrevolar con un avión. Un torpe incidente frustra el éxito inmediato, pues un pescador en Boulogne, que cree haber encontrado una anguila especialmente gorda, arranca el cable ya colocado. Pero el 13 de noviembre de 1851 el segundo intento da resultado. Con ello Inglaterra queda unida al continente. Y así por primera vez Europa es verdaderamente Europa, un ser que con un único cerebro, con un único corazón, vive simultáneamente todos los acontecimientos de la época.

Un éxito tan formidable en tan pocos años —pues, ¿qué representa una década en la historia de la humanidad, sino un abrir y cerrar de ojos?— hubo de infundir como es lógico un valor ilimitado en aquella generación. Todo lo que se intenta tiene éxito. Y todo con una rapidez increíble. Un par de años y por su parte Inglaterra está telegráficamente unida a Irlanda, Dinamarca a Suecia, Córcega a tierra firme. Y ya se intenta conectar a la red a Egipto y con ello a la India. Pero un continente, el más importante, parece condenado a la exclusión permanente de esa cadena que

engloba el mundo entero: América. Pues, ¿cómo tender un único cable a través del océano Atlántico o del Pacífico, cuando ninguno de los dos en su ilimitada amplitud permite la creación de estaciones intermedias? En aquellos años de la infancia de la electricidad aún se desconocen muchos de los factores. Aún no se ha medido la profundidad del mar, aún no se conoce con precisión la estructura geológica del fondo del océano, aún no se ha probado si un cable colocado a semejante profundidad podría soportar la presión de masas de agua tan elevadas. Y aun en el caso de que técnicamente fuera posible depositar de forma segura y a semejantes profundidades un cable interminable, ¿dónde hay un barco con las dimensiones necesarias para transportar una carga de hierro y cobre de dos mil millas de cable? ¿Y dónde las dinamos con la fuerza suficiente como para enviar sin interrupción una corriente eléctrica a una distancia para la que se necesitarían al menos dos o tres semanas para surcarla con un barco de vapor? Faltan todos los requisitos. Aún no se sabe si en las profundidades del océano se forman corrientes magnéticas que pudieran desviar la corriente eléctrica. Aún no se posee un aislamiento suficiente, ni aparatos de medir precisos. Sólo se conocen las leyes principales de la electricidad, que nos han abierto los ojos, sacándonos de un sueño de inconsciencia de cientos de años. «¡Imposible! ¡Es absurdo!», deniegan los entendidos haciendo aspavientos ante la simple mención del plan. «Quizá más adelante», opinan los más valientes entre los técnicos. Incluso a Morse, el hombre al que hasta ese momento el telégrafo debe su mayor perfección, el plan le parece una empresa de riesgos incalculables. Aunque proféticamente añade que, en caso de tener éxito, la colocación del cable trasatlántico representaría «the great feat of the century», el hecho más grandioso del siglo.

Para realizar un milagro o algo milagroso siempre es necesario preparar antes la confianza de un individuo en ese milagro. El cándido valor de un profano puede proporcionar la iniciativa necesaria precisamente allí donde los científicos vacilan. Y como en la mayoría de los casos, también esta vez un simple azar es el que hace prosperar la colosal empresa. Un ingeniero inglés, llamado Gisborne, que en 1854 quiere colocar un cable que vaya desde Nueva York hasta el punto más oriental de América, Terranova,

para que las noticias enviadas por los barcos puedan recibirse un par de días antes, tiene que detenerse en mitad de la operación, porque se le han agotado los recursos financieros. De modo que viaja a Nueva York para buscar gente dispuesta a financiarle. Y allí por puro azar, origen de tantos hechos gloriosos, se topa con un joven, Cyrus W. Field, el hijo de un pastor protestante, que ha tenido un éxito tan rápido en los negocios que ha emprendido, que ya en sus años mozos se puede retirar con una gran fortuna. Gisborne trata de ganarse a este hombre sin ocupación, demasiado joven y demasiado enérgico para permanecer mucho tiempo inactivo, para terminar de colocar el cable entre Nueva York y Terranova. Cyrus W. Field —casi se podría decir, ¡por suerte!— no es ningún técnico, ningún especialista. No sabe nada de electricidad, no ha visto jamás un cable. Pero el hijo del pastor lleva en la sangre una confianza apasionada, el enérgico espíritu emprendedor del americano. Y donde el ingeniero especializado Gisborne sólo contempla el objetivo inmediato —conectar Nueva York con Terranova—, este hombre joven y capaz de entusiasmarse ve de inmediato más allá. ¿Por qué no unir también Terranova por medio de un cable submarino con Irlanda? Y con una energía que parece decidida a superar cualquier obstáculo —por esos años este hombre atravesó el océano de un lado a otro entre ambos continentes treinta y una veces—, Cyrus W. Field se pone de inmediato manos a la obra, férreamente decidido desde ese momento a invertir todo lo que tiene en esa hazaña. Con ello, ya se ha consumado ese contacto decisivo gracias al cual una idea adquiere en la realidad una fuerza explosiva. La nueva y milagrosa energía, la energía eléctrica, se ha aliado con el otro elemento dinámico que mayor fuerza tiene en la vida: la voluntad humana. Un hombre ha encontrado la misión de su vida. Y la misión, a su hombre.

LOS PREPARATIVOS

Cyrus W. Field se pone manos a la obra con una energía inverosímil. Contacta con todos los especialistas, asedia a los gobiernos para obtener las licencias, dirige en ambos continentes una campaña para reunir el dinero necesario, y el empuje que

emana de este hombre por completo desconocido es tan fuerte, tan contagiosa la pasión de su convicción interna, tan poderosa su fe en la electricidad, a la que considera una nueva y benéfica fuerza, que el capital básico de trescientas cincuenta mil libras es suscrito en Inglaterra en el plazo de pocos días. Basta con convocar en Liverpool, en Manchester y en Londres a los comerciantes más ricos para la fundación de la «Telegraph Construction and Maintenance Company», y el dinero afluye. Pero entre los firmantes se encuentran también los nombres de Thackeray y Lady Byron, que, sin ningún interés económico y movidos únicamente por puro entusiasmo, quieren patrocinar la obra. Nada ilustra mejor el optimismo con respecto a la técnica y las máquinas que imperaba en la época de Stevenson, Brunel y de los demás grandes ingenieros ingleses, que el hecho de que baste una sola llamada para que a fondo perdido se proporcione una suma tan considerable a una empresa por completo fantástica.

Y es que lo único que poco más o menos se ha podido calcular con seguridad en estos inicios son los costes aproximados de la colocación del cable. Para la verdadera ejecución técnica no hay precedentes. En el siglo XIX aún no se ha pensado ni proyectado nada de dimensiones semejantes, pues, ¿cómo comparar la tarea de tender un cable sobre todo un océano con la de salvar esa estrecha franja de agua que se extiende entre Dover y Calais? Allí había bastado con desgranar desde la cubierta de un simple vapor de ruedas treinta o cuarenta millas de cable, que rodó tranquilamente como el ancla de los cabestrantes. Durante la colocación del cable en el canal se pudo esperar con calma a que se presentara un día especialmente tranquilo. Se conocía con exactitud el fondo de la cuenca marina. En todo momento se tuvo a la vista una de las dos orillas y con ello se evitó cualquier peligrosa eventualidad. En el plazo de un único día se pudo efectuar cómodamente el empalme. Mientras que en una travesía para la que se necesitan al menos tres semanas de navegación continua, una bobina cien veces más larga y cien veces más pesada no puede quedarse sobre la cubierta expuesta a las inclemencias del tiempo. Además, ningún barco de la época es lo suficientemente grande como para poder acoger en su bodega ese gigantesco capullo hecho de hierro, cobre y gutapercha. Ninguno, lo suficientemente potente como para soportar esa carga. Se necesitan

al menos dos barcos, y a su vez esos dos barcos tendrían que ser escoltados por otros, para que mantuvieran el rumbo más corto y para que ante cualquier incidente pudieran prestarles ayuda. El gobierno inglés ofrece para ese fin el *Agamemnon*, uno de sus barcos de guerra más grandes, que luchó como buque insignia en el asedio de Sebastopol. Y el americano, el *Niagara*, una fragata de cinco mil toneladas —por entonces la de mayor envergadura—. Pero ambos barcos tienen que ser debidamente reconstruidos, antes de poder almacenar cada uno la mitad de la interminable cadena que deberá unir entre sí esas dos partes del mundo. Claro está que el problema principal sigue siendo el propio cable. A ese gigantesco cordón umbilical destinado a unir dos continentes se le exige lo inimaginable, pues tiene que ser por un lado firme e irrompible como un cable metálico y al mismo tiempo elástico, para que se pueda colocar fácilmente. Tiene que resistir cualquier presión, soportar cualquier carga y sin embargo desenrollarse sin dificultad como si fuera un hilo de seda. Tiene que ser macizo, aunque no demasiado grueso, por un lado sólido y por otro tan preciso como para transmitir la más leve ondulación eléctrica dos mil millas más allá. El más pequeño desgarro, la más insignificante irregularidad en un solo punto de ese miembro gigantesco durante esos catorce días de navegación puede arruinar la transmisión.

¡Pero se arriesgan! Día y noche hilan ahora las fábricas. La demoníaca voluntad de ese hombre, Cyrus W. Field, pone todas las ruedas en funcionamiento. Minas enteras de hierro y de cobre son agotadas para producir ese único cordón. Bosques enteros de árboles de caucho desangrados para fabricar las cubiertas de gutapercha necesarias para cubrir tan inmensa distancia. Y nada ilustra mejor las enormes proporciones de la empresa que el hecho de que en ese cable se enrollan trescientas sesenta y siete mil millas de alambre, trece veces lo que haría falta para abarcar toda la Tierra y lo suficiente como para unir en una línea la Tierra con la luna. Desde la construcción de la torre de Babel, la humanidad no se ha aventurado en una empresa tan grandiosa desde el punto de vista técnico.

LA PRIMERA SALIDA

Un año entero silban las máquinas. Sin cesar, como una hebra delgada y fluctuante, el cable se devana desde las fábricas hasta el interior de ambos barcos. Y por fin, tras miles y miles de vueltas, una de las mitades del cable queda enrollada en la bobina de uno de los barcos. Ya se han construido e instalado también las nuevas y pesadas máquinas que, provistas de frenos y retroceso, deberán hundir ininterrumpidamente el cable durante una, dos, tres semanas en la profundidad del océano. Los mejores electricistas y técnicos, entre ellos el propio Morse, son convocados a bordo para, con sus aparatos y durante todo el proceso de colocación controlar que la corriente eléctrica no se interrumpa. Reporteros y dibujantes acompañan a la flota para describir con palabras y en imágenes la travesía, la más emocionante desde Colón y Magallanes.

Al fin está todo dispuesto para la partida. Y mientras hasta la fecha predominaban los escépticos, ahora el interés público de toda Inglaterra se dirige con pasión hacia esta empresa. Cientos de pequeños botes y barcos rodean, el 5 de agosto de 1857, a la flota que transporta el cable en el pequeño puerto irlandés de Valentia, para presenciar ese momento histórico en el que un extremo del cable será llevado en barcas hasta la costa y quedará enganchado al continente europeo. Automáticamente, la despedida adquiere una gran solemnidad. El gobierno ha enviado representantes, se pronuncian discursos. Y en una conmovedora alocución el sacerdote solicita la bendición de Dios para esa audaz empresa. «Oh, Dios eterno», comienza diciendo, «Tú que solo despliegas los cielos y gobiernas el oleaje del mar, Tú, a quien obedecen los vientos y las mareas, contempla con misericordia a tus siervos aquí abajo… Domina con tu voluntad cualquier obstáculo, aparta cualquier resistencia que pudiera impedirnos la consecución de esta importante obra». Y en la playa y en el mar se agitan ya miles de manos y sombreros. Lentamente se oscurece la Tierra. Uno de los más intrépidos sueños del hombre trata de convertirse en realidad.

CONTRATIEMPO

Originalmente se había pensado que los dos grandes barcos, el *Agamemnon* y el *Niagara*, cada uno de los cuales transporta la

mitad del cable, navegaran juntos hasta un punto calculado de antemano y que sólo allí se procediera a remachar las dos mitades. Después uno de los barcos se habría dirigido hacia el oeste, en dirección a Terranova, y el otro hacia el este, en dirección a Irlanda. Pero les parece demasiado temerario arriesgar todo el valioso cable en el primer intento. De modo que prefieren hacer el primer trayecto desde tierra firme, en tanto en cuanto no están seguros de si una transmisión telegráfica submarina a semejantes distancias funcionaría correctamente.

La misión de lanzar el cable desde tierra firme hasta la mitad del mar recae sobre el *Niagara*. Lentamente, con precaución, la fragata americana se dirige hacia allá, como una araña que de su poderoso cuerpo fuera soltando sin cesar el hilo tras de sí. Lenta, regularmente, la máquina encargada de tender el cable matraquea a bordo. Es el viejo ruido, tan bien conocido por la gente de mar, del cable del ancla soltándose, desenrollándose de los cabestrantes. Y al cabo de pocas horas la tripulación atiende tan poco a ese sonido machacón, regular, como a los latidos de su propio corazón.

Han de ir más allá, aún más allá. Y constantemente lanzar el cable tras la quilla. Esta aventura no parece nada arriesgada. Pero en una cámara especial se encuentran los electricistas, escuchando con atención, intercambiando sin cesar señales con tierra firme. Y es prodigioso. Aunque hace tiempo que ya no se ve la costa, la transmisión por el cable submarino es tan clara como si estuvieran realizándola desde una ciudad europea. Ya han abandonado las aguas poco profundas, ya han cruzado en parte la llamada plataforma del mar abisal que se alza tras Irlanda, y el cordón metálico aún sigue corriendo detrás de la quilla con la regularidad de un reloj de arena, mandando y al mismo tiempo recibiendo noticias.

Ya han colocado trescientas treinta y cinco millas, más de diez veces la distancia entre Dover y Calais. Ya han resistido cinco días, cinco noches de incertidumbre. A la sexta, el 11 de agosto, Cyrus W. Field, tras muchas horas de trabajo y excitación, se acuesta en busca de un merecido descanso, cuando de pronto —¿qué ha ocurrido?— el matraqueo se para. Y como un durmiente que en un tren en marcha se despierta de golpe cuando la locomotora se para de improviso, como un molinero que se sobresalta cuando de

repente el molino se detiene, en un abrir y cerrar de ojos todos los que van en el barco se despiertan y se precipitan a cubierta. Un primer vistazo a la máquina demuestra que el carrete está vacío. El cable de pronto se ha escurrido del cabestrante. Recuperar a tiempo el extremo que se ha escapado resulta imposible. Y aún más encontrar el extremo perdido en las profundidades, para sacarlo de nuevo. Lo tremendo ha ocurrido. Un pequeño fallo técnico ha destruido el trabajo de años. Como vencidos, quienes partieran tan resueltos regresan a Inglaterra, donde, por el repentino mutismo de todas las señales, ya están preparados para la mala noticia.

UNA VEZ MÁS, UN CONTRATIEMPO

Cyrus W. Field, el único inquebrantable, héroe y comerciante a un tiempo, hace balance. ¿Qué se ha perdido? Trescientas millas de cable, unas cien mil libras de capital social y, lo que tal vez le atormenta aún más, un año entero, irrecuperable, pues la expedición no puede esperar un tiempo favorable más que en verano y esta vez la estación ya está demasiado avanzada. Por otro lado, algo han sacado en limpio. Desde el punto de vista práctico, en este primer intento han ganado una experiencia nada desdeñable. El propio cable, que ha demostrado ser válido, puede rebobinarse y estibarse para la próxima expedición. Sólo hay que cambiar las máquinas de tender el cable, que han sido las causantes de la fatal rotura.

Así, entre la espera y los preparativos, vuelve a transcurrir un año. Sólo el 10 de junio de 1858 esos mismos barcos, armados de un nuevo valor y cargados con el viejo cable, pueden volver a zarpar. Y como la transmisión eléctrica de señales funcionó sin problemas durante el primer viaje, han vuelto al viejo plan de empezar a colocar el cable partiendo de la mitad del océano en ambas direcciones. Al séptimo día y en el punto calculado de antemano, habrá de iniciarse la colocación y con ello el verdadero trabajo. Hasta entonces el viaje es o parece un paseo. Las máquinas están inactivas, los marineros aún pueden descansar y disfrutar del buen tiempo. En el cielo no hay nubes y el mar está tranquilo. Tal vez demasiado tranquilo.

Pero al tercer día al capitán del *Agamemnon* le asalta una

secreta inquietud. Una ojeada al barómetro le ha mostrado la alarmante velocidad a la que se hunde la columna de mercurio. Un temporal de especiales características tiene que estar aproximándose. Y de hecho, al cuarto día estalla una tormenta como pocas veces la han presenciado los más experimentados marineros en el océano Atlántico. Y al que más afecta este huracán es precisamente al barco inglés, al *Agamemnon*. En sí una embarcación magnífica que ha superado las más duras pruebas en todos los mares y en la guerra, el buque insignia de la marina inglesa tenía que haber estado también a la altura de este durísimo temporal, pero por desgracia ha sido reformado por completo para poder albergar la enorme carga de cable. Aquí el peso no puede repartirse equitativamente en la bodega como en un carguero, sino que todo el peso de la inmensa bobina se encuentra en el centro y sólo una parte se ha almacenado en la proa, lo que tiene un efecto aún peor, y es que con cada subida y bajada la oscilación se duplica. Así, el temporal puede emprender con su víctima el más peligroso de los juegos. Hacia la derecha, hacia la izquierda, por delante y por detrás, el barco es levantado hasta un grado de cuarenta y cinco grados. Los golpes de mar inundan la cubierta, todos los objetos quedan destrozados. Y entonces se produce una nueva fatalidad. En uno de los empellones más fuertes, que sacude el barco desde la quilla hasta el mástil, cede el tabique de la carga de carbón apilada sobre la cubierta, con lo que toda la masa en forma de pedrisco negro se precipita como un alud sobre los marineros que de por sí ya están sangrando y extenuados. Algunos se hieren en la caída. Otros se escaldan en la cocina con las cacerolas que ruedan por el suelo. Uno de los marineros se vuelve loco con esa tormenta que dura diez días. Y ya piensan en lo peor: en tirar por la borda una parte de la funesta carga de cable. Por suerte, el capitán se resiste a asumir esa responsabilidad. Y tiene razón. Tras indecibles pruebas, el *Agamemnon* aguanta la tormenta y, a pesar del mucho retraso, consigue encontrar en medio del océano al otro barco en el lugar en el que se ha de iniciar la colocación del cable.

Pero ahora es cuando se manifiesta hasta qué punto ha sufrido la preciosa y sensible carga de miles de hilos entrelazados con el continuo bamboleo. En algunos puntos los cordones se han

enredado. La envoltura de gutapercha está gastada o hecha pedazos. Sin muchas esperanzas hacen varios intentos de colocar el cable a pesar de todo, lo que provoca una pérdida de unas doscientas millas de cable, que inútilmente desaparecen en el mar. Por segunda vez toca arriar la bandera y regresar sin gloria, en lugar de hacerlo triunfalmente.

EL TERCER VIAJE

Con el rostro lívido, los accionistas, enterados ya de la noticia del fracaso, esperan en Londres a Cyrus W. Field. La mitad del capital se ha malgastado en esos dos viajes, sin que se haya demostrado, ni conseguido nada. Se entiende que la mayoría diga: ¡Basta! El presidente aconseja salvar lo que aún se pueda salvar. Está de acuerdo en recoger el cable que, sin usar, aún queda en los barcos y en caso necesario venderlo, aun con pérdidas, pero después habrá que olvidarse del ímprobo proyecto de la comunicación interoceánica. El vicepresidente se pone de su parte y envía su dimisión por escrito, para demostrar que no quiere seguir teniendo nada que ver con esa absurda empresa. Pero la tenacidad y el idealismo de Cyrus W. Field no son fáciles de quebrantar. El cable ha soportado la prueba admirablemente y aún hay suficiente a bordo como para hacer un nuevo intento. La flota está reunida. Las tripulaciones, enroladas. Precisamente el desacostumbrado temporal del último viaje permite esperar que ahora se presente una serie de días de bonanza, sin demasiado viento. ¡Valor! Una vez más, ¡valor! Ahora o nunca. Es el momento de arriesgarse a hacer un último intento.

Los accionistas se miran unos a otros cada vez más inseguros. ¿Deben confiar a ese loco lo que queda del capital invertido? Pero como una voluntad fuerte acaba siempre por arrastrar a los vacilantes, Cyrus W. Field les arranca una nueva salida. El 17 de julio de 1858, cinco semanas después del segundo y malogrado viaje, la flota abandona por tercera vez el puerto inglés.

Y ahora se confirma la vieja experiencia de que lo decisivo casi siempre se alcanza en secreto. Esta vez parten sin que nadie se dé cuenta. Ningún bote, ninguna barca rodea a los barcos para desearles suerte. No hay multitudes congregadas en la playa. No se

ofrece ninguna solemne cena de despedida, ningún discurso. Ningún sacerdote implora la protección divina. Como si se tratara de una empresa pirata, los barcos zarpan tímida y silenciosamente. Y el mar que les espera se muestra apacible. Justo en la fecha convenida, el 28 de julio, diez días después de partir de Queenstown, el *Agamemnon* y el *Niagara* pueden comenzar con la gran tarea en el punto fijado en medio del océano.

Y el espectáculo es singular. Popa contra popa, los barcos se alejan uno del otro. Entre ambos remachan los extremos del cable. Sin ninguna formalidad, incluso sin que la gente de a bordo preste un interés especial al suceso —están ya hartos de tanto intento frustrado—, el cable de hierro y cobre se hunde entre los dos barcos hasta lo más hondo del océano, a una profundidad aún no explorada por sonda alguna. Un último saludo de cubierta a cubierta, de una bandera a otra, y el barco inglés pone rumbo a Inglaterra y el americano hacia América. Mientras se alejan el uno del otro, dos puntos en movimiento en medio del inmenso océano, el cable los mantiene unidos en todo momento. Por primera vez desde que el mundo existe, dos barcos que no se ven pueden comunicarse a través del viento, de las olas, del espacio y de la distancia. Cada dos horas uno de ellos emite una señal eléctrica desde el fondo del océano comunicando las millas recorridas. Y cada vez confirma el otro que, gracias a que hace un tiempo excelente, ha recorrido la misma distancia. Así pasa un día, un segundo, un tercero y un cuarto. El 5 de agosto, el *Niagara* puede comunicar al fin que ve ante sí la costa americana en la bahía de Trinidad, en Terranova, después de haber colocado no menos de mil treinta millas de cable. E igualmente ha triunfado el *Agamemnon*, que a su vez ha sepultado el cable a lo largo de mil millas y que por su parte tiene ante sí la costa irlandesa. Por primera vez, la palabra humana se transmite ahora de un país a otro, desde América hasta Europa, pero sólo esos dos barcos, sólo esos doscientos hombres en sus cáscaras de madera saben que la hazaña se ha consumado. Aún no lo sabe el mundo, que hace ya tiempo que se ha olvidado de esta aventura. Nadie les espera en la playa, ni en Terranova ni en Irlanda, pero en el momento en que el nuevo cable oceánico se conecte al terrestre, toda la humanidad conocerá su común y formidable victoria.

EL GRAN HOSANNA

Precisamente porque este rayo de alegría viene de un cielo por completo despejado, prende de modo tan colosal. Casi a la misma hora, el viejo y el nuevo continente reciben en los primeros días de agosto la noticia de que la empresa ha tenido éxito. El efecto es indescriptible. En Inglaterra el *Time*, por lo general tan prudente, dice en su editorial: «Since the discovery of Columbus, nothing has been done in any degree comparable to the vast enlargement which has thus been given to the sphere of human activity». Desde el descubrimiento de Colón, nada se ha hecho que pueda compararse a esta formidable ampliación de la esfera de la actividad humana. Y en la *city* la animación es de lo más intensa. Pero la orgullosa alegría de Inglaterra parece llena de sombras y tímida, comparada con el entusiasmo huracanado de América, en cuanto allí se transmite la noticia. En seguida se paralizan los negocios. Las calles se ven inundadas de personas que preguntan, que alborotan, que discuten. De la noche a la mañana, un hombre totalmente desconocido, Cyrus W. Field, se ha convertido en el héroe nacional de todo un pueblo. Se le coloca a la altura de Franklin y de Colón. Toda la ciudad y tras ella otras cien tiemblan y se estremecen de expectación por ver al hombre que gracias a su determinación ha hecho efectivo «el enlace de la joven América con el viejo mundo». Pero el entusiasmo aún no ha alcanzado el grado más alto, pues por ahora sólo ha llegado la descarnada comunicación de que el cable ha sido colocado, pero, ¿puede transmitir? La verdadera hazaña, ¿también ha tenido éxito? Y el espectáculo es grandioso: toda una ciudad, todo un país está a la espera y a la escucha de una única palabra, la primera en cruzar el océano. Se sabe que la reina de Inglaterra expresará a todos su mensaje, su enhorabuena. Cada hora que pasa la esperan con mayor impaciencia. Pero aún transcurren días y días, porque por una desafortunada casualidad precisamente el cable a Terranova se ha averiado. Y hay que esperar hasta el 16 de agosto para que el mensaje de la reina Victoria llegue a Nueva York al atardecer.

La noticia llega demasiado tarde como para que los periódicos publiquen el comunicado oficial. Sólo da tiempo a clavar un

anuncio en las oficinas de telégrafo y en las redacciones, y en seguida se aglomeran masas ingentes. Desollados y con las ropas desgarradas, los repartidores de periódicos tienen que abrirse paso a través del tumulto. En los teatros, en los restaurantes, se difunde la noticia. Miles de personas que aún no pueden comprender que el telégrafo se adelanta en unos días al barco más rápido, se lanzan hacia el puerto de Brooklyn para dar la bienvenida al heroico barco que ha realizado esa pacífica victoria, el *Niagara*. Y al día siguiente, el 17 de agosto, los estridentes titulares de los periódicos exclaman de júbilo: «The cable in perfect working», «Everybody crazy with joy», «Tremendous sensation throughout the city», «Now's the time for an universal jubilee». Un triunfo sin igual: Por vez primera desde los orígenes del pensamiento humano una idea se difunde a la misma velocidad a la que se produce. Y ya retumban en Battery cientos de cañonazos, para anunciar que el presidente de los Estados Unidos ha contestado a la reina de Inglaterra. Ya nadie se atreve a dudar. Por la noche, tanto Nueva York como todas las demás ciudades resplandecen con miles de luces y antorchas. Cada ventana está iluminada, y apenas empaña el regocijo el hecho de que en ese momento se incendie la cúpula del City Hall, pues ya el día siguiente trae una nueva celebración. ¡Ha llegado el *Niagara*! ¡Cyrus W. Field, el gran héroe, está aquí! El resto del cable es llevado en triunfo a través de la ciudad. Y la tripulación agasajada. Día tras día se repiten ahora en cada ciudad del océano Pacífico y hasta el golfo de México las manifestaciones, como si América celebrara por segunda vez su descubrimiento.

Pero no es suficiente. La verdadera marcha triunfal tiene que ser aún más grandiosa, la más espléndida que se haya visto jamás en el nuevo continente. Dos semanas duran los preparativos. Después, el 31 de agosto, toda una ciudad festeja a un solo hombre, Cyrus W. Field, como ningún otro triunfador desde los tiempos de los emperadores y de los césares ha sido agasajado por su pueblo. Ese magnífico día de otoño se dispone un desfile tan largo que tarda seis horas en hacer el recorrido de un extremo a otro de la ciudad. Los regimientos marchan delante con estandartes y banderas atravesando las calles engalanadas con gallardetes. Les siguen en una procesión interminable las sociedades filarmónicas, los orfeones, las asociaciones corales, el cuerpo de bomberos, las

escuelas, los veteranos. Todo aquel que puede desfilar, desfila. Todo aquel que puede cantar, canta. Todo aquel que puede gritar de júbilo, grita de júbilo. Cyrus W. Field es llevado en un coche tirado por cuatro caballos. En otro, el comandante del *Niagara*. En un tercero, el presidente de los Estados Unidos. Detrás van los alcaldes, los funcionarios, los profesores. Ininterrumpidamente, se suceden los discursos, los banquetes, los desfiles de antorchas. Las campanas de las iglesias tocan. Los cañones truenan. Una y otra vez, el júbilo rodea a este nuevo Colón, que ha unido ambos mundos, que ha vencido el espacio, el hombre que en este momento es el más célebre y el más idolatrado en toda América, Cyrus W. Field.

LA GRAN CRUCIFIXIÓN

Miles y millones de voces alborotan y gritan de júbilo ese día. Sólo una, la más importante, permanece extrañamente callada durante esa fiesta: el telégrafo eléctrico. Tal vez en medio del júbilo Cyrus W. Field se diera cuenta ya de la terrible verdad. Y para él debió de ser atroz, ser el único en saber que precisamente ese día el cable atlántico ha dejado de funcionar, que, después de que en los últimos días no llegaran más que señales confusas, apenas legibles, el cable ha agonizado definitivamente y ha expirado su último aliento. Nadie en toda América sabe nada ni se da cuenta del progresivo enmudecimiento, excepto ese par de hombres que controlan la recepción de las emisiones en Terranova. Pero incluso ellos, a la vista del desmedido entusiasmo, dudan durante días y días en dar la amarga noticia a quienes aún gritan de júbilo. Aunque pronto llama la atención lo escaso de las noticias. América había esperado que ahora las noticias relampaguearían hora tras hora a través del océano. En lugar de eso, sólo de vez en cuando se difunde una noticia demasiado imprecisa y descontrolada. No pasa mucho tiempo y ya se difunde el rumor de que, llevados por la prisa y por la impaciencia de conseguir mejores transmisiones, se han enviado cargas eléctricas demasiado fuertes y de que con ello el cable, de por sí insuficiente, se ha echado a perder por completo. Aunque aún se espera poder remediar el trastorno. Pero pronto ya no se puede negar que las señales se han vuelto cada vez más balbucientes, más incomprensibles. Precisamente en la modorra de aquella mañana de

fiesta, el 1 de septiembre, a través del mar no llega ya ningún sonido claro, ninguna vibración nítida.

No hay nada que a los hombres les cueste más perdonar que el desengaño en medio de un sincero entusiasmo y el verse alevosamente defraudados por un hombre del que lo han esperado todo. En cuanto se confirma el rumor de que el tan alabado telégrafo no funciona, la tempestuosa oleada de júbilo se vuelve, convertida en maliciosa irritación, contra el culpable inocente, Cyrus W. Field. Ha engañado a una ciudad, a un país, al mundo. Hace tiempo que él conocía el fracaso del telégrafo, se afirma en la *city*, pero llevado por su egoísmo se ha dejado vitorear y ha aprovechado entretanto para deshacerse de las acciones que le correspondían, obteniendo con ello pingües beneficios. Se difunden otras calumnias aún más maliciosas, entre ellas la más increíble de todas, que, perentoria, afirma que el telégrafo atlántico jamás ha funcionado correctamente. Que todas las comunicaciones eran patrañas y embustes, que el telegrama de la reina de Inglaterra había sido redactado de antemano y que nunca se había transmitido nada a través del telégrafo oceánico. En todo ese tiempo, prosigue el infundio, no ha llegado una sola noticia por encima del mar que fuera verdaderamente comprensible. Y añaden que los directores han compuesto telegramas imaginarios partiendo únicamente de suposiciones y señales incoherentes. Estalla un verdadero escándalo. Precisamente los que ayer eran los que más fuerte gritaban de júbilo, son los que ahora alborotan más. Toda una ciudad, todo un país, se avergüenza de su excesivo y prematuro entusiasmo. Cyrus W. Field es escogido como víctima de esa cólera. El que aún ayer pasaba por ser un héroe nacional, un hermano de Franklin y un descendiente de Colón, tiene que ocultarse de sus antiguos amigos y admiradores como si fuera un delincuente. En un solo día se hizo todo. En un solo día fue destruido. El fracaso parece incalculable. El capital está perdido. Disipada, la confianza. Y como la legendaria serpiente de la mitología escandinava, la Midgardsormr, encerrada en el fondo del mar universal, el inútil cable permanece en las inexploradas profundidades del océano.

SEIS AÑOS DE SILENCIO

Durante seis años el cable olvidado permanece, inservible, en el océano. Durante seis años reina el viejo y frío silencio entre los dos continentes, que por un momento palpitaron a un tiempo, pulso a pulso. América y Europa, que por un instante estuvieron más cerca, separados tan sólo por un par de cientos de palabras, vuelven a estar como desde hace siglos separadas por una distancia insalvable. El proyecto más atrevido de todo el siglo XIX, ayer casi una realidad, se ha convertido de nuevo en una leyenda, en un mito. Como es natural, nadie piensa en renovar la obra a medio conseguir. El terrible fracaso ha paralizado todas las fuerzas, ahogando cualquier entusiasmo. En América, la guerra civil entre el norte y el sur desvía toda la atención. En Inglaterra se reúnen de vez en cuando algunos comités, pero necesitan dos años para simplemente constatar que en principio el funcionamiento del cable submarino es posible. Pero de ese juicio académico al hecho real hay un trecho que nadie piensa pisar. Durante seis años todo el trabajo descansa como el cable olvidado en el fondo del mar.

Pero si en el largo transcurso de la Historia seis años no representan más que un instante fugaz, en una ciencia tan joven como la electricidad suponen un siglo. Cada año, cada mes, se producen en este terreno nuevos descubrimientos. Las dinamos son cada vez más potentes, más precisas. Sus aplicaciones, cada vez más variadas. Los aparatos, cada vez más exactos. La red del telégrafo abarca ya el espacio interior de todos los continentes. Ya se ha atravesado el Mediterráneo. Ya se han unido África y Europa. Así de año en año el plan de tender un cable a través del océano Atlántico pierde progresiva e imperceptiblemente el halo fantástico que durante tanto tiempo tuviera. Inevitablemente, tiene que llegar la hora en la que se renueve el intento. Sólo falta el hombre capaz de infundir una nueva energía al viejo plan.

Y de pronto ahí está el hombre. Y he aquí que es el mismo de antes, con la misma fe y la misma confianza, Cyrus W. Field, resurgido del silencioso destierro y del taimado desdén. Por trigésima vez ha cruzado el océano y de nuevo se presenta en Londres. Y consigue dotar las viejas concesiones con un nuevo capital de seiscientas mil libras. Ahora también cuenta al fin con el barco gigantesco con el que tanto tiempo soñaran, un barco capaz de alojar por sí solo la inmensa carga, el famoso *Great Eastern*, con

sus veintidós mil toneladas y sus cuatro chimeneas, construido por Isambar Brunel. Y un milagro sucede a otro. Ese año el barco está libre, precisamente porque ha sido proyectado anticipándose a su época. En el plazo de dos días puede ser comprado y equipado para la expedición.

Ahora todo lo que antes entrañaba enormes dificultades resulta fácil. El 23 de julio de 1865 el mastodóntico barco cargado con un nuevo cable abandona el Támesis. Y aunque también el primer intento fracasa, cuando por un desgarro la colocación se interrumpe dos días antes de alcanzar la meta y de nuevo el insaciable océano se traga seiscientas mil libras esterlinas, la técnica está ya demasiado segura de la empresa como para dejarse desanimar. Y cuando el 13 de julio de 1866 el *Great Eastern* zarpa por segunda vez, el viaje se convierte en un triunfo. Esta vez, el cable transmite de forma clara e inteligible en dirección a Europa. Pocos días después se encuentra el viejo cable. Dos cordones unen ahora el viejo y el nuevo mundo en uno solo. El milagro de ayer es la evidencia de hoy. Y desde ese momento la Tierra tiene un único latido. Escuchándose, viéndose, entendiéndose, la humanidad vive de forma sincrónica de un extremo al otro de la Tierra, disfrutando del divino don de la ubicuidad gracias a su propia fuerza creadora. Y gracias a su victoria sobre el espacio y el tiempo habría permanecido unida para siempre si, una vez más, no la hubiera turbado la funesta manía de destruir esa grandiosa unidad y de exterminarse a sí misma con los mismos recursos que le dan poder sobre los elementos.

LA HUIDA HACIA DIOS
FINALES DE OCTUBRE DE 1910

Epílogo al drama inacabado de Lev Tolstói
Y la luz brilla en las tinieblas

INTRODUCCIÓN

En el año 1890, Lev Tolstói empieza a escribir una autobiografía que se publicó posteriormente y fue llevada a escena como un fragmento de sus obras póstumas bajo el título *Y la luz brilla en las tinieblas*. Este drama inacabado —ya la primera escena lo denota— no es más que una íntima representación de su tragedia doméstica, escrita al parecer como justificación a un premeditado intento de huida y al mismo tiempo para disculpar a su mujer. Es decir, que se trata de una obra de perfecto equilibrio moral en medio del más extremo desgarro espiritual.

Tolstói se representa a sí mismo en la figura de Nikolai Michelaievitch Sarynzev, un autorretrato evidente. Y es probable que en la tragedia haya muy poco material que pueda considerarse invención. Sin duda alguna, Lev Tolstói la escribió para recrear literariamente —y de paso comprender— el necesario desenlace de su vida. Pero ni en la obra ni en la vida, ni entonces en el año 1890, ni diez años después, en 1900, tuvo Tolstói el valor para tomar una decisión, ni para llevarla a cabo. Y por causa de esa resignación de la voluntad, la obra ha quedado inconclusa. Termina con la plena desorientación del héroe, que, implorando, alza las manos hacia Dios para que le asista y acabe por él con la escisión.

El último acto de la tragedia, el que falta, tampoco lo escribió Tolstói más tarde, sino que, lo que es más importante, lo vivió. En los últimos días de octubre del año 1910, la inestabilidad de todo un cuarto de siglo se transforma al fin en decisión, en una crisis que

conduce a la liberación. Tolstói, tras vivir unos terribles y dramáticos conflictos, huye. Y lo hace precisamente para ir al encuentro de esa muerte magnífica y ejemplar que confiere a su destino una forma y una consagración perfectas.

Nada me parece más natural que añadir a ese fragmento escrito el final vivido de la tragedia. Eso y nada más que eso, con la mayor fidelidad posible y un gran respeto por los hechos y por los documentos, es lo que me he propuesto hacer aquí. Me considero libre de la temeridad de con ello tratar de completar de propia mano la confesión de Lev Tolstói, pretendiendo además que tuviera el mismo valor. No me inmiscuyo en la obra, simplemente quiero servirla. Lo que intento aquí no debería servir por tanto como retoque, sino como un epílogo independiente a una obra incompleta y a un conflicto sin solución, destinado únicamente a prestar a esa tragedia inconclusa los últimos y solemnes acentos. Con ello, se habría cumplido el propósito de este epílogo y de mi reverente esfuerzo. Para una posible representación, debo señalar que desde el punto de vista temporal este epílogo recrea hechos ocurridos dieciséis años después de *Y la luz brilla en las tinieblas*, y que es necesario que eso se trasluzca en la figura de Lev Tolstói. Los hermosos retratos de sus últimos años pueden servir de modelo, especialmente el que le muestra junto a su hermana en el monasterio de Schamardino y la fotografía tomada en su lecho de muerte. También su cuarto de trabajo deberá reproducirse respetuosamente desde el punto de vista histórico en toda su conmovedora sencillez. En el plano puramente escénico, desearía agregar este epílogo —que llama a Tolstói por su nombre, sin ocultarlo tras la figura del doble Sarynzev— al cuarto acto del fragmento *Y la luz brilla en las tinieblas* tras una gran pausa. No es mi intención representarlo de manera independiente.

PERSONAJES DEL EPÍLOGO

LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI (a los ochenta y tres años de edad)
SOFIA ANDRÉIEVNA TOLSTÓI, su mujer
ALEXANDRA LVOVNA (llamada Sascha), su hija
EL SECRETARIO
DUSCHAN PETROVITCH, médico de cabecera y amigo de Tolstói

EL JEFE DE ESTACIÓN DE ASTÁPOVO, IVÁN IVANOVICH OSOLING
EL JEFE DE POLICÍA DE ASTÁPOVO, CYRILL GREGOROVICH
ESTUDIANTE 1°
ESTUDIANTE 2°
TRES VIAJEROS

Las dos primeras escenas se desarrollan en los últimos días de octubre de 1910, en el cuarto de trabajo de Yásnaia Poliana. La última, el 31 de octubre en la sala de espera de la estación de Astápovo.

ESCENA PRIMERA

Finales de octubre en Yásnaia Poliana.

Cuarto de trabajo de Tolstói, sencillo y sin adornos, exactamente como en el conocido cuadro.

El secretario introduce a dos estudiantes, vestidos según la costumbre rusa con blusas negras de cuello cerrado. Ambos jóvenes, de rostro afilado y más bien arrogantes que tímidos, se mueven con perfecta soltura.

EL SECRETARIO: Tomen asiento entre tanto. Lev Tolstói no les hará esperar mucho. Sólo quisiera rogarles que tengan en cuenta su edad. Lev Tolstói adora a tal punto la discusión que a menudo se olvida de que se fatiga.

ESTUDIANTE 1°: Tenemos poco que preguntar a Lev Tolstói. Una sola cuestión. Claro está que una decisiva para nosotros y para él. Le prometo que estaremos poco tiempo. Siempre suponiendo que podamos hablar con libertad.

EL SECRETARIO: Perfecto. Cuanta menos formalidad, mejor. Y sobre todo, no se dirijan a él como Su Excelencia. No le gusta.

ESTUDIANTE 2° (*riendo*): De nosotros no cabe temer una cosa así. Cualquier otra, menos ésa.

EL SECRETARIO: Ahí sube ya las escaleras.

Entra Tolstói, con pasos rápidos y a la vez acompasados, ágil y nervioso a pesar de su edad. Mientras habla, a menudo gira un lápiz con la mano o hace pedazos un papel, llevado por la impaciencia de tomar él mismo la palabra. Con rapidez se acerca

a los dos estudiantes, les tiende la mano, observa un momento a cada uno con una mirada aguda y penetrante, después se sienta frente a ellos en un sillón de cuero.

TOLSTÓI: Son ustedes los que me envía el comité, ¿no es cierto…? (*Rebusca en una carta.*) Disculpen que haya olvidado sus nombres…

ESTUDIANTE 1°: Le rogamos que los considere irrelevantes. Acudimos a usted únicamente como dos entre cientos de miles.

TOLSTÓI (*mirándole de modo penetrante*): ¿Tiene usted alguna pregunta que hacerme?

ESTUDIANTE 1°: Una.

TOLSTÓI (*al segundo*): *¿Y usted?*

ESTUDIANTE 2°: La misma. Todos nosotros tenemos una sola pregunta que hacerle, Lev Nikoláievich Tolstói. Todos nosotros. Toda la juventud revolucionaria de Rusia… Y no hay ninguna otra. ¿Por qué no está usted con nosotros?

TOLSTÓI (*muy tranquilo*): Eso, según espero, lo he expresado claramente en mis libros y también en mis cartas, que entre tanto se han puesto al alcance del público. No sé si usted ha leído mis libros.

ESTUDIANTE 1° (*excitado*): ¿Que si hemos leído sus libros, Lev Tolstói? Es curioso lo que nos pregunta. Leerlos, eso sería demasiado poco. Hemos vivido de sus libros desde nuestra niñez. Y cuando de jóvenes, usted nos despertó el corazón en el cuerpo. ¿Quién, si no usted, nos ha enseñado a ver la injusticia del reparto de todos los bienes humanos? Sólo usted, con sus libros, ha emancipado nuestros corazones de un Estado, de una Iglesia y de un gobernante que protege la iniquidad que se comete contra los hombres, en lugar de amparar a la humanidad. Usted, y sólo usted, nos ha movido a dedicar toda nuestra vida a que ese falso orden sea definitivamente destruido…

TOLSTÓI (*quiere interrumpirle y dice*): Pero no recurriendo a la violencia…

ESTUDIANTE 1° (*dirigiéndose a él sin ninguna moderación*): Desde que tenemos uso de razón, no hay nadie en quien hayamos confiado tanto como en usted. Cuando nos preguntábamos quién haría desaparecer esa injusticia, nos decíamos: ¡Él! Cuando nos

preguntábamos quién se pondría en pie para derribar esa infamia, nos decíamos: ¡Él lo hará, Lev Tolstói! Éramos sus discípulos, sus servidores, sus esclavos. Creo que entonces yo habría dado mi vida por un trocito cualquiera de su mano. Y si hace un par de años hubiera podido entrar en esta casa, aún me habría arrodillado ante usted como ante un santo. Eso era usted para nosotros, Lev Tolstói, para cientos de miles, para toda la juventud rusa, hasta hace unos pocos años… Lamento, todos nosotros lamentamos, que desde entonces se haya alejado de nosotros y que casi se haya convertido en nuestro adversario.

TOLSTÓI (*más comprensivo*): ¿Y qué cree que debería yo hacer para seguir unido a ustedes?

ESTUDIANTE 1°: No tengo la audacia de pretender instruirle. Usted mismo sabe lo que le ha distanciado de nosotros, de toda la juventud rusa.

ESTUDIANTE 2°: Bueno, ¿por qué no decirlo? Nuestra causa es demasiado importante como para andarse con galanterías. Debe usted abrir de una vez los ojos y no permanecer por más tiempo indiferente ante los monstruosos crímenes que el gobierno está cometiendo contra nuestro pueblo. Debe usted levantarse de una vez de su escritorio y abierta, clara e incondicionalmente ponerse del lado de la revolución. Usted, Lev Tolstói, conoce la crueldad con la que se ha sofocado nuestro movimiento. Hay más hombres pudriéndose ahora en las cárceles que hojas en su jardín. Y usted, usted contempla todo eso, tal vez de cuando en cuando escribe, como dicen, algún artículo sobre la inviolabilidad de la vida humana en un periódico inglés, pero sabe que contra ese terror sangriento las palabras ya no sirven. Sabe usted tan bien como nosotros que ahora lo que necesitamos es una subversión plena, una revolución. Y sólo su palabra podrá formar un ejército. Usted nos ha convertido en revolucionarios y ahora que ha llegado el momento, ¡se aparta usted con cautela, aprobando con ello la violencia!

TOLSTÓI: ¡Jamás he aprobado la violencia! ¡Jamás! Desde hace treinta años he abandonado mi trabajo únicamente para combatir los crímenes de todos los déspotas. Desde hace treinta años —vosotros aún no habíais nacido— exijo, con mayor radicalidad que vosotros, no sólo la mejora, sino una reestructuración plena de las relaciones sociales.

ESTUDIANTE 2° (*interrumpiéndole*): Bien, ¿y? ¿Qué le han concedido a usted? ¿Qué nos han dado a nosotros desde hace treinta años? El látigo a los *dujobori*, que cumplieron con su misión, y seis balas en el pecho. ¿Qué ha mejorado en Rusia gracias a su tibia presión, a sus libros y sus opúsculos? ¿Acaso no ve que, al hacer que el pueblo sea indulgente y resignado, al llevarle a confiar en el reino milenario, está usted incluso ayudando a los opresores? No, Lev Tolstói, no sirve de nada implorar a esta raza arrogante en nombre del amor, aunque hable usted del modo más persuasivo. Esos esclavos de los zares no sacarán de su bolsillo ni un solo rublo por amor a su Jesucristo, no aflojarán ni un solo tributo, si no les ponemos el puño en el gaznate. El pueblo ya ha aguardado bastante su amor fraternal. Ahora no esperaremos más. Ha llegado el momento de actuar.

TOLSTÓI (*bastante fuerte*): Sé que en vuestras proclamas incluso lo calificáis de «acción sagrada». Una acción sagrada, «promover el odio». Pero yo no conozco el odio, no quiero conocerlo, tampoco uno dirigido hacia aquellos que ahora pecan contra nuestro pueblo. Pues quien comete el mal es más desdichado en su alma que aquel que lo soporta. Lo compadezco, pero no lo odio.

ESTUDIANTE 1° (*furioso*): Pues yo odio a todos aquellos que cometen injusticias contra la humanidad. ¡Sin piedad, como una bestia sangrienta, odio a cada uno de ellos! No, Lev Tolstói, jamás me enseñará usted a ser indulgente con esos criminales.

TOLSTÓI: También el criminal es mi hermano.

ESTUDIANTE 1°: ¡Aunque fuera mi hermano y el hijo de mi madre! Si hace sufrir a la humanidad, lo mataría como a un perro. No, no más indulgencia con los que son despiadados. En el suelo ruso no habrá paz hasta que los cadáveres de los zares y de los barones no descansen bajo él. No habrá orden moral ni humano hasta que no lo impongamos nosotros.

TOLSTÓI: Ningún orden moral puede obtenerse por la fuerza, pues toda violencia engendra inevitablemente violencia. En cuanto echéis mano de ella, crearéis un nuevo despotismo. En lugar de destruirlo, lo perpetuaréis.

ESTUDIANTE 1°: Pero no hay otro medio contra los poderosos que el de destruir el poder.

TOLSTÓI: De acuerdo, pero no se puede emplear nunca un medio

que uno mismo condena. La verdadera fuerza, créame, no responde a la violencia con violencia. La reduce a la impotencia a través de la tolerancia. Está escrito en los Evangelios…

ESTUDIANTE 2° (*interrumpiéndole*): Ah, déjese de Evangelios. Los popes hace mucho que han hecho con ellos un aguardiente con el que atontar al pueblo. Eso se aplicó hace dos mil años y ya entonces no ayudó a nadie, pues si no el mundo no estaría hasta arriba de miseria y de sangre. No, Lev Tolstói, con citas de la Biblia hoy en día no se puede tapar el abismo que existe entre explotados y explotadores, entre amos y siervos. Hay demasiada miseria entre ambas orillas. Cientos, no, miles de hombres creyentes, caritativos, se consumen hoy día en Siberia y en los calabozos. Mañana serán miles, cientos de miles. Y yo le pregunto, ¿realmente todos esos millones de inocentes deben seguir sufriendo por un puñado de delincuentes?

TOLSTÓI (*intentando recapitular*): Es mejor que sufran a que de nuevo se derrame sangre. El sufrimiento inocente es útil y bueno contra la injusticia.

ESTUDIANTE 2° (*fuera de sí*): ¿Llama usted bueno al sufrimiento infinito, de cientos de años, del pueblo ruso? Pues bien, vaya usted a las cárceles, Lev Tolstói, y pregunte usted a los que allí son azotados, pregunte usted a los que se mueren de hambre en nuestras ciudades y pueblos, si realmente el sufrimiento es tan bueno.

TOLSTÓI (*encolerizado*): Seguro que es mejor que vuestra violencia. ¿De verdad creéis que con vuestras bombas y vuestros revólveres echaréis definitivamente el mal de la Tierra? No, el mal actúa entonces en vosotros mismos, y os lo repito: es cien mil veces mejor sufrir por una convicción que matar por ella.

ESTUDIANTE 1° (*también colérico):* Pues bien, Lev Tolstói, si sufrir es tan bueno y tan benéfico… ¿Por qué entonces no sufre usted mismo? ¿Por qué siempre alaba el martirio de los demás y permanece bien caliente en su casa, comiendo en vajilla de plata, mientras sus campesinos —yo lo he visto— van vestidos con harapos y medio muertos de hambre se congelan en sus cabañas? ¿Por qué no deja que le azoten a usted, en lugar de a sus *dujobori*, que son atormentados por su doctrina? ¿Por qué no abandona de una vez esta mansión condal y se marcha a la calle, conociendo

usted mismo en medio del viento, del frío y la lluvia esa pobreza que al parecer es tan excelente? ¿Por qué siempre está hablando, en lugar de actuar según su propia doctrina? ¿Por qué no da al fin un ejemplo?

Tolstói ha retrocedido. El secretario da un salto y se planta frente a los estudiantes, a los que indignado quiere echar de allí, pero Tolstói, que ya se ha recuperado, le empuja suavemente hacia un lado.

TOLSTÓI: Déjelo. La pregunta que este joven ha dirigido a mi conciencia era buena… Es una buena pregunta, magnífica, una pregunta verdaderamente indispensable. Trataré de contestarla como es debido. (*Se acerca un poco más, duda, hace un esfuerzo y su voz suena ronca y velada*.) Me pregunta usted por qué no cargo yo mismo con el sufrimiento, de acuerdo con mi doctrina y con mis palabras. Y yo le respondo con la más extrema vergüenza. Si hasta ahora no he asumido mi más sagrado deber ha sido, ha sido, porque soy… Demasiado cobarde, demasiado débil o demasiado inconstante. Un hombre ínfimo, un inútil, un pecador… Porque hasta el día de hoy Dios no me ha concedido la fuerza necesaria para hacer lo inaplazable. Usted, un hombre joven, un forastero, le habla a mi conciencia de un modo terrible. Sé que no he hecho ni la milésima parte de lo que es preciso. Reconozco avergonzado que hace tiempo que mi deber habría sido abandonar el lujo de esta casa y el lamentable estilo de vida que llevo, que considero un pecado, para irme, tal y como usted dice, por las calles como un peregrino. Y no conozco ninguna otra respuesta que la de que me avergüenzo en lo más profundo de mi alma y que me inclino ante mi propia bajeza. (*Los estudiantes se han apartado un poco y, avergonzados, guardan silencio. Tolstói continúa en voz aún más baja*.) Pero tal vez… Tal vez, con todo, sufro… Tal vez sufro por no ser lo suficientemente fuerte e íntegro como para cumplir mi palabra ante los hombres. Tal vez aquí mi conciencia sufra más que si me sometieran al más terrible tormento del cuerpo. Tal vez Dios me haya forjado precisamente esta cruz y haya hecho que esta casa sea para mí más angustiosa que si estuviera en la cárcel con cadenas en los pies… Pero tiene usted razón, este sufrimiento es inútil, porque es un sufrimiento para mí solo, y sería vanagloriarme si

además pretendiera atribuirme el de los demás.

ESTUDIANTE 1° (*un tanto avergonzado*): Le pido disculpas, Lev Nikoláievich Tolstói, si llevado por la pasión he hecho alguna alusión personal…

TOLSTÓI: No, no. Al contrario. ¡Se lo agradezco! Quien sacude nuestra conciencia, aunque sea con los puños, nos hace bien. (*Se hace un silencio. Tolstói vuelve a hablar con voz más tranquila*.) ¿Tienen ustedes alguna otra pregunta que hacerme?

ESTUDIANTE 1°: No. Era nuestra única pregunta. Y creo que es una desgracia para Rusia y para toda la humanidad que nos niegue usted su apoyo, pues nadie va a detener ya este golpe, esta revolución. Y presiento que va a ser terrible, más que cualquier otra sobre la Tierra. Los que están destinados a llevarla a cabo serán hombres inflexibles, hombres con la más despiadada determinación. Hombres sin piedad. Si usted se pusiera al frente, su ejemplo habría conquistado a millones de personas. Y habría menos víctimas.

TOLSTÓI: Aunque fuera una única vida, de cuya muerte yo fuera culpable, no podría responder por ella ante mi conciencia.

La campana de la casa suena en el primer piso.

EL SECRETARIO (*a Tolstói, para interrumpir la conversación*): Es la hora de comer.

TOLSTÓI (*con amargura*): Sí. Comer, parlotear, comer, dormir, descansar, parlotear… Así pasamos nuestra ociosa vida. Y mientras tanto los demás trabajan y con ello sirven a Dios. (*De nuevo se vuelve hacia los jóvenes*.)

ESTUDIANTE 2°: ¿De modo que a nuestros amigos no podemos llevarles más que su renuncia? ¿No nos dará usted una palabra de aliento?

TOLSTÓI (*le mira de modo penetrante y reflexiona*): De mi parte decid lo siguiente a vuestros amigos: Os amo y respeto, jóvenes rusos, porque sentís el sufrimiento de vuestros hermanos con tanta fuerza y porque queréis emplear vuestra vida en mejorar la suya. (*Su voz se endurece, se vuelve fuerte y áspera*.) Pero no puedo seguiros. Y rehúso estar con vosotros desde el momento en que negáis el amor humano y fraterno a todos los hombres.

Los estudiantes guardan silencio. Entonces el estudiante 2° se adelanta y habla con dureza.

ESTUDIANTE 2°: Le agradecemos que nos haya recibido y le damos las gracias por su franqueza. Nunca más me encontraré ante usted, así que permita que para despedirse este don nadie le dirija unas sinceras palabras. Quiero decirle, Lev Tolstói, que se equivoca usted si cree que las relaciones humanas sólo pueden ser mejoradas por medio del amor. Eso puede valer para los ricos y los despreocupados. Pero los que desde niños se mueren de hambre y durante toda la vida se consumen bajo el dominio de los amos, ésos están cansados de esperar tanto tiempo el descenso de ese amor fraternal desde el cielo cristiano. Ellos prefieren confiar en sus puños. Y así, la víspera de su muerte, Lev Nikoláievich Tolstói, le digo: El mundo se ahogará en sangre. No sólo los amos, también sus hijos morirán a golpes y serán hechos pedazos para que la tierra no pueda esperar ya nada malo de ellos. Yo espero que se le ahorre ser testigo de su error… ¡Se lo deseo de todo corazón! ¡Que Dios le conceda una muerte tranquila!

Tolstói retrocede, estremecido por la vehemencia del ardiente joven. Después se repone, da un paso hacia él y le habla con sencillez.

TOLSTÓI: Le doy las gracias en especial por sus últimas palabras. Me ha deseado usted aquello que añoro desde hace treinta años. Una muerte en paz con Dios y con todos los hombres. (*Ambos se inclinan y se marchan. Tolstói les sigue un rato con la vista. Después, excitado, empieza a andar de un lado para otro y entusiasmado se dirige al secretario*.) ¡Qué jóvenes más admirables! ¡Qué temerarios, orgullosos y fuertes son estos jóvenes rusos! ¡Magnífica, esta juventud ardiente y fiel! Así es como la conocí hace sesenta años en el sitio de Sebastopol. Con esa misma mirada arrogante y libre fueron al encuentro de la muerte, de cualquier peligro. Obstinadamente dispuestos a morir por nada con una sonrisa en los labios. A arrojar su vida, su maravillosa y joven vida, por una cáscara vacía, por palabras sin contenido, por una idea que no es cierta, sólo por el placer de la entrega. ¡Maravillosa, esta eterna juventud rusa! ¡Que sirve con todo ese ardor y esa fuerza al

odio y al crimen como si se tratara de una causa sagrada! Y, sin embargo, me han hecho bien. Esos dos me han vapuleado, pues realmente tienen razón. Es preciso que al fin reaccione contra mi flaqueza y que asuma mis palabras. A dos pasos de la muerte, y aún estoy vacilando. De verdad, lo correcto sólo se puede aprender de la juventud. ¡Sólo de la juventud!

Bruscamente se abre la puerta. La condesa irrumpe como una aguda corriente de aire. Nerviosa, irritada. Sus movimientos son inseguros. Sus ojos, inquietos, vagan en todo momento de un objeto a otro. Se nota que mientras habla piensa en otra cosa y que la consume una inquietud, una agitación interna. A propósito, hace como que no ve al secretario, como si fuera aire, y le habla sólo a su marido. Tras ella, rápidamente ha entrado Sascha, su hija. Da la impresión de que ha seguido a su madre para vigilarla.

LA CONDESA: La campana ha anunciado ya la comida y desde hace media hora el redactor del *Daily Telegraph* espera abajo, por tu artículo contra la pena de muerte. Y tú le haces esperar por esos dos muchachos. ¡Menudo pueblo desvergonzado y sin modales! Abajo, cuando el criado les preguntó si su visita había sido anunciada al conde, uno de ellos contestó: «Lev Tolstói nos ha mandado llamar». Y tú te lías con esos pisaverdes entrometidos, a los que les gustaría dejar el mundo tan confuso como sus propias cabezas. (*Intranquila, mira en torno*.) Aquí está todo patas arriba. Los libros en el suelo, todo manga por hombro y lleno de polvo. De verdad, es una vergüenza. Si viniera alguien más importante. *(Se dirige hacia el sillón. Pasa una mano por encima.)* Y el cuero está destrozado. Qué vergüenza. No, no está para que lo vea nadie. Por suerte, mañana viene el tapicero de Tula. Tiene que arreglar de inmediato el sillón. (*Nadie le contesta. Impaciente, mira a un lado y a otro*.) Así que haz el favor de venir ya. No se le puede hacer esperar más.

TOLSTÓI (*de pronto, muy pálido e inquieto*): Voy en seguida. Sólo tengo que… Ordenar un poco… Sascha me ayudará… Entre tanto, haz compañía al caballero y discúlpame. Iré enseguida.

La condesa se marcha, después de echar una llameante mirada por todo el cuarto. Tolstói, en cuanto ella ha salido de la

habitación, se arroja sobre la puerta y rápidamente da la vuelta a la llave.

SASCHA (*asustada por su impetuosidad*): ¿Qué te ocurre?

TOLSTÓI (*muy alterado, apretándose con una mano el corazón y balbuceando*): El tapicero… Mañana… Gracias a Dios… Entonces habrá tiempo… Gracias a Dios.

SASCHA: Pero, ¿qué pasa?

TOLSTÓI (*excitado*): Un cuchillo. De prisa. Un cuchillo o unas tijeras… (*El secretario, con una mirada de extrañeza, le alcanza del escritorio unas tijeras para cortar papel. Tolstói, con una precipitación nerviosa, mirando de vez en cuando temeroso hacia la puerta cerrada con llave, se pone a agrandar con las tijeras la raja del gastado sillón. Después, con las manos palpa nervioso el relleno de crin que se sale por el desgarrón, hasta que por fin extrae una carta sellada.)* Aquí está… ¿No es cierto? Es ridículo. Ridículo e inverosímil, como en una de esas miserables novelas francesas por entregas… Una ignominia sin fin… Así yo, un hombre con la mente lúcida, en mi propia casa y a los ochenta y tres años, tengo que esconder mis papeles más importantes, porque me lo registran todo, porque se me espía, cada palabra y cada secreto. Ah, qué vergüenza. Qué infierno mi vida en esta casa. Qué mentira. (*Se tranquiliza un poco, abre la carta y la lee. Después, dirigiéndose a Sascha*:) Hace trece años escribí esta carta, entonces, cuando quise escapar de tu madre y de este infierno de casa. Era la despedida. Una despedida para la que entonces no tuve valor. (*La carta cruje entre sus manos temblorosas y él la lee a media voz, para sí mismo*.) «No puedo seguir llevando esta vida que llevo desde hace dieciséis años. Una vida en la que, por un lado, lucho contra vosotras y tengo que perturbaros. Así que he decidido hacer lo que hace tiempo debía haber hecho, huir… Si lo hiciera abiertamente, sería muy amargo. Tal vez me sintiera débil y no llevaría a efecto mi decisión, cuando debe ser llevada a cabo. Por tanto, perdonadme, os lo ruego, si el paso que doy os causa dolor. Y, sobre todo, tú, Sonia, déjame salir de tu corazón de buena voluntad, no me busques, no te lamentes por mí, no me condenes». (*Respirando*

con dificultad.) Ah, hace trece años de eso. Desde hace trece años he seguido atormentándome. Y cada una de las palabras sigue siendo verdad, y mi vida de hoy, igual de cobarde e impotente. Aún, aún no he huido, aún espero y espero, sin saber qué. Siempre lo he sabido todo con claridad y siempre he actuado de modo incorrecto. Siempre fui demasiado débil. Nunca tuve voluntad frente a ella. La carta la escondí aquí, como un escolar oculta un libro obsceno de las miradas del profesor. Y el testamento, en el que entonces le pedía a ella que concediera los beneficios de mi obra a toda la humanidad, lo puse en sus manos, sólo para tener paz en esta casa, en lugar de con mi propia conciencia.
Pausa.

EL SECRETARIO: ¿Y cree usted, Lev Nikoláievich Tolstói, si me permite la pregunta, ahora que inesperadamente se da la ocasión…? ¿Cree usted…? Que… Si Dios le llamara… Que… Que… ¿Que entonces su último deseo, el más apremiante, el deseo de renunciar a los beneficios de su obra se cumpliría de verdad?

TOLSTÓI (*asustado*): Por supuesto… Es decir… (*Intranquilo*.) No, no lo sé. ¿Tú qué crees, Sascha?
Sascha vuelve la cara y guarda silencio.

TOLSTÓI: Dios mío, en eso no había pensado. O sí. Una vez más, una vez más no soy del todo sincero. No, simplemente no he querido pensar en ello. Otra vez lo he evitado, como he esquivado siempre toda decisión clara y directa. (*Mira al secretario con severidad*.) No, lo sé, lo sé seguro. Mi mujer y mis hijos prestarán tan poca atención a mi última voluntad como hoy se la prestan a mis creencias y al deber de mi alma. Trapichearán con mis obras, y después de mi muerte seré considerado un mentiroso por no haber cumplido mi palabra. (*Hace un movimiento decidido*.) ¡Pero eso no puede ser! De una vez, claridad. ¿Qué es lo que dijo ese joven, ese hombre recto, auténtico? El mundo exige de mí un gesto. De una vez, integridad. Una decisión clara, genuina y terminante. ¡Fue una señal! A los ochenta y tres años no se puede seguir cerrando los ojos ante la muerte. Hay que mirarla a la cara y, sin rodeos, tomar una decisión. Sí, esos desconocidos me han hecho una buena advertencia. El no actuar oculta siempre una cobardía del alma.

Hay que ser franco y claro. Y yo quiero serlo de una vez. Ahora, en mi última hora. A los ochenta y tres años. (*Se vuelve hacia el secretario y su hija.*) Sascha y Vladimir Georgevich, mañana haré testamento. Claro, férreo, concluyente e inapelable. En él concedo los ingresos de todos mis escritos, todo el dinero sucio que de ellos prolifera, a toda la humanidad. No se puede comerciar con las palabras que he dicho y escrito para todos los hombres y movido por la necesidad de mi conciencia. Venga usted mañana por la mañana y traiga un segundo testigo. No puedo seguir vacilando. Tal vez la muerte ya me esté tendiendo la mano.

SASCHA: Un momento, padre… No es que quiera contradecirte, pero me temo que tendremos dificultades si mamá nos ve aquí a los cuatro. Enseguida sospechará y en el último momento tal vez incluso quebrante tu voluntad.

TOLSTÓI (*meditando*): ¡Tienes razón! No, en esta casa no puedo realizar nada legítimo, nada justo. Aquí todo se convierte en una mentira. (*Al secretario:*) Dispóngalo de modo que mañana a las once de la mañana me encuentren en el bosque de Grumont, donde el gran árbol, a la izquierda, detrás del campo de centeno. Yo haré como que voy a dar mi paseo de costumbre. Prepárelo todo. Y allí, eso espero, Dios me dará la entereza necesaria para librarme al fin de la última atadura.

La campana del mediodía vuelve a sonar por segunda vez. Más fuerte.

EL SECRETARIO: Pero ahora no deje que la condesa se dé cuenta. Si no, estará todo perdido.

TOLSTÓI (*respirando con esfuerzo*): Es horrible. Tener que disimular siempre. Tener que ocultarse siempre. Quiere uno ser sincero ante el mundo, ser sincero ante Dios, ser sincero ante uno mismo y no puede serlo ante su mujer y sus hijos. No, así no se puede vivir. ¡Así no se puede vivir!

SASCHA (*asustada*): ¡Mamá!

El secretario gira deprisa la llave. Tolstói, para disimular su agitación, se dirige al escritorio y se queda dando la espalda a su mujer, que entra.

TOLSTÓI (*suspirando*): Las mentiras de esta casa me están envenenando. Ah, si uno pudiera de una vez ser sincero. Al menos, ¡frente a la muerte!

LA CONDESA (*entra con precipitación*): ¿Por qué no venís? ¿Siempre necesitas tanto tiempo?

TOLSTÓI (*volviéndose hacia ella. Su rostro ya está del todo tranquilo. Y habla despacio, con una entonación que sólo los otros comprenden*): Sí, tienes razón. Necesito siempre mucho tiempo para todo. Pero sólo importa una cosa: que a los hombres les quede tiempo para hacer lo correcto.

ESCENA SEGUNDA

En la misma habitación. A altas horas de la noche siguiente.

EL SECRETARIO: Hoy debería usted acostarse pronto, Lev Nikoláievich. Debe de estar cansado por el largo paseo a caballo y las emociones.

TOLSTÓI: No, no estoy cansado en absoluto. A los hombres sólo les cansa una cosa. La vacilación y la incertidumbre. Toda acción libera, incluso la peor es preferible a no hacer nada. (*Camina por el cuarto, de un lado a otro*.) No sé si hoy he actuado correctamente. Antes debo preguntar a mi conciencia. El que cediera mi obra a todos ha aligerado mi alma, pero creo que no debería haber hecho ese testamento en secreto, sino abiertamente, ante todos y con el valor de la convicción. Tal vez haya hecho de un modo indigno lo que por amor a la verdad hubiera debido hacerse con franqueza… Pero, gracias a Dios, ya está hecho. Un escalón más en la vida, un escalón más cerca de la muerte. Ahora sólo queda lo más difícil, lo último. En el momento adecuado, cuando llegue el final, arrastrarse como un animal hasta la espesura, pues en esta casa mi muerte sería tan poco auténtica como mi vida. Tengo ochenta y tres años de edad y sigo sin… Sigo sin encontrar la fuerza necesaria para desprenderme del todo de lo terreno. Y tal vez se me pase el momento adecuado.

EL SECRETARIO: ¡Nadie sabe cuándo llegará su hora! Si lo supiera uno, todo sería mejor.

TOLSTÓI: No, Vladimir Georgevich, no estaría nada bien. ¿No conoce usted la vieja leyenda —un campesino me la contó en una ocasión— de cómo Cristo retiró a los hombres el conocimiento de la muerte? En otro tiempo, cada uno sabía de antemano la hora de su muerte. Y cuando Jesucristo vino a la Tierra, se dio cuenta de que algunos campesinos no cultivaban sus tierras y vivían como pecadores. Entonces recriminó a uno de ellos por su desidia, pero el hombre sólo refunfuñó. Que para quién iba a echar la semilla en la tierra, si para la cosecha él ya no estaría vivo. Entonces Jesucristo se dio cuenta de que no era bueno que los hombres supieran de antemano la hora de su muerte y les quitó ese conocimiento. Desde entonces, los campesinos tienen que labrar los campos hasta el último día, como si fueran a vivir eternamente. Y eso está bien, pues sólo a través del trabajo participa uno de la eternidad. Del mismo modo, yo quiero cultivar hoy mi pedazo de tierra de cada día. (*Y señala su diario*.)

Afuera se oyen unos fuertes pasos. Entra la condesa, ya en camisón, y echa una mirada de enojo al secretario.

LA CONDESA: Ah, de modo que… Creí que al fin estabas solo… Quería hablar contigo.

EL SECRETARIO (*se inclina*): Ya me voy.

TOLSTÓI: Adiós, querido Vladimir Georgevich.

LA CONDESA (*en cuanto se cierra la puerta tras él*): Siempre está a tu alrededor. Pegado a ti como una lapa. Y a mí, a mí me odia. Quiere alejarme de ti. Ese hombre vil, pérfido.

TOLSTÓI: Eres injusto con él, Sonia.

LA CONDESA: ¡No quiero ser justa! Se ha inmiscuido entre nosotros. Te me ha robado. Te ha distanciado de tus hijos. Y yo no cuento para nada desde que él está aquí. La casa, tú mismo perteneces ahora a todo el mundo. A todos menos a nosotros, a tus allegados.

TOLSTÓI: ¡Si realmente pudiera! Así lo quiere Dios, que uno sea de todos y no conserve nada para sí mismo, ni para los suyos.

LA CONDESA: Sí, lo sé, es lo que te dice ése, que les roba a mis hijos. Lo sé, él te pone en contra nuestra. Por eso ya no le soporto en esta casa. A ese provocador. No le quiero.

TOLSTÓI: Pero, Sonia. Sabes que le necesito para mi trabajo.

LA CONDESA: ¡Encontrarías otros cien! (*Con un gesto de rechazo*.) No puedo tolerar su proximidad. No quiero a ese hombre entre tú y yo.

TOLSTÓI: Sonia, mi bien, te lo ruego, no te excites. Ven, siéntate aquí. Hablemos tranquilamente. Como en los viejos tiempos, cuando empezábamos nuestra vida juntos. Considera, Sonia, las pocas palabras buenas y los pocos días buenos que nos quedan. (*La condesa, intranquila, mira a su alrededor y, temblando, se sienta*.) Mira, Sonia, yo necesito a ese hombre… Tal vez sólo lo necesite porque soy débil en mi fe, pues, Sonia, no soy tan fuerte como quisiera. Cada día me la confirman los miles de hombres que en cualquier parte de la Tierra comparten mi fe, pero comprende esto, así es nuestro corazón terrenal. Necesita, para estar seguro de sí mismo, al menos el amor cercano, un amor que se respire, el amor evidente, palpable y manifiesto de otro ser humano. Tal vez los santos en sus celdas pudieran actuar sin ayuda de nadie y, aun sin testigos, no desesperar, pero, mira, Sonia, yo no soy ningún santo. No soy más que un hombre muy débil y viejo. Por eso he de tener cerca a alguien que comparta mi fe, que ahora, en mi soledad, en mi vejez, es lo más valioso. Mi mayor felicidad habría sido que tú misma, tú, a quien desde hace cuarenta y ocho años respeto agradecido, hubieras compartido mis convicciones religiosas. Pero, Sonia, tú nunca has querido. Lo que era más valioso para mi alma, tú lo mirabas sin amor, y yo temía que lo hicieras incluso con odio. (*La condesa hace un movimiento*.) No, Sonia, no me malinterpretes. No te estoy acusando. A mí y al mundo nos has dado lo que podías dar. Mucho amor de madre y alegría frente a las preocupaciones. Cómo ibas a sacrificarte por una convicción que tu alma no comparte. Cómo podría yo culparte de que no compartas mis más profundas ideas, si la vida espiritual de un hombre, sus últimos pensamientos, serán siempre un secreto entre él y su Dios. Pero mira, entonces vino un hombre, por fin vino alguien a mi casa, alguien que había sufrido en Siberia por causa de su convicción y que ahora comparte la mía, que es mi ayudante y mi querido huésped, que me asiste y fortalece en mi vida interior. ¿Por qué quieres quitarme a ese hombre?

LA CONDESA: Porque te ha distanciado de mí. Y eso no puedo soportarlo. Eso no puedo soportarlo. Me pone furiosa, me pone

enferma, pues me doy cuenta perfectamente de todo lo que tramáis contra mí. Hoy otra vez, al mediodía, le he sorprendido y él ha ocultado un papel. Y ninguno de vosotros era capaz de mirarme a los ojos. Ni él, ni tú. Ni siquiera Sascha. Todos vosotros me ocultabais algo. Sí, lo sé. Lo sé. Habéis hecho algo malo contra mí.

TOLSTÓI: Espero que Dios, a un paso de la muerte, me libre de hacer conscientemente algo malo.

LA CONDESA (*con vehemencia*): De modo que no niegas que habéis hecho algo en secreto… Algo contra mí. Ah, sabes que a mí no me puedes mentir como a los demás.

TOLSTÓI (*muy exaltado*): ¿Yo miento a los demás? Y me lo dices tú, tú, por quien todos me consideran un mentiroso. (*Dominándose.*) Pues bien, espero por Dios no cometer el pecado de la mentira conscientemente. Tal vez a mí, un hombre débil, no me esté permitido decir siempre toda la verdad, pero aun así creo que ante los hombres no soy un mentiroso, ni un impostor.

LA CONDESA: Entonces dime lo que habéis hecho… Qué era aquella carta. Ese papel que… No me atormentes más.

TOLSTÓI (*acercándose a ella, muy tierno*): Sofia Andréievna, yo no te atormento, te atormentas tú misma, porque ya no me quieres. Si aún me amaras, confiarías en mí… Confiarías en mí incluso en aquello en lo que ya no me comprendes. Sofia Andréievna, te lo ruego, mira en tu interior. Llevamos cuarenta y ocho años viviendo juntos. Tal vez de entre todos esos años, en algún lugar, en una época ya olvidada, en algún pliegue de tu ser, encuentres un poco de amor hacia mí. Entonces, te lo ruego, toma esa chispa y atízala. Trata de ser conmigo como eras hace mucho tiempo. Cariñosa, confiada, dulce y generosa. Porque, Sonia, a veces me asusto de cómo eres conmigo ahora.

LA CONDESA (*conmovida y excitada*): Ya no sé cómo soy. Sí, tienes razón, me he vuelto horrible y mala. Pero, ¿quién podría soportar el contemplar cómo te atormentas, tratando de ser más que un hombre? Esa manía de vivir con Dios. Ese pecado. Pues pecado es, sí, orgullo, arrogancia, y no humildad, esa tendencia hacia Dios y esa manera de buscar la verdad que nos ha sido negada. Antes, antes todo estaba bien y claro. Vivíamos como todos los demás hombres, honrada y justamente. Teníamos un trabajo y felicidad. Y los niños crecieron, y ya hasta nos alegrábamos con la idea de

hacernos viejos. Y de pronto tuvo que sobrevenirte aquello, entonces, hace treinta años, aquella locura terrible, esa fe que nos ha hecho desgraciados a ti y a todos nosotros. Qué puedo hacer, si aún hoy no lo entiendo, no sé qué sentido tiene que tú mismo limpies la estufa, acarrees agua y te hagas esas botas miserables, tú, a quien el mundo entero adora como su mayor artista. No, una vez más no entiendo por qué nuestra vida serena, aplicada y ahorradora, sosegada y sencilla, por qué de pronto tiene que ser un pecado frente a otros hombres. No, no puedo comprenderlo. No puedo. No puedo.

TOLSTÓI (*muy tranquilo*): Mira, Sonia, precisamente eso es lo que quiero decirte. En eso que no entendemos, precisamente en eso tenemos que confiar gracias a nuestra capacidad de amar. Así ocurre con los seres humanos. Y también con Dios. ¿Crees que pretendo que sé lo que es correcto? No, sólo confío en que aquello que se hace honradamente, aquello por lo que uno se atormenta amargamente, no puede carecer de sentido, de valor ante Dios y ante los hombres. Así que trata también tú, Sonia, de tener un poco de fe en aquello que ya no comprendes. Confía al menos en mi deseo de hacer lo que es justo. Y todo, todo volverá a estar bien.

LA CONDESA (*inquieta*): Pero entonces me lo dirás todo… Me dirás todo lo que habéis hecho hoy.

TOLSTÓI (*con mucha calma*): Te lo diré todo. No te ocultaré nada más, ni haré nada en secreto en ese poco de vida. Sólo estoy esperando a que vuelvan Serioschka y Andrei. Entonces me presentaré ante todos vosotros y abiertamente os diré lo que he decidido en estos días. Pero durante ese corto periodo de tiempo, Sonia, deja a un lado tu desconfianza y no me espíes… Es mi único, mi más profundo ruego. Sofia Andréievna, ¿lo harás?

LA CONDESA: Sí, sí… Seguro…

TOLSTÓI: Te lo agradezco. Mira qué fácil resulta todo cuando hay franqueza y confianza. Qué bien que hayamos hablado en paz y amistad. Has vuelto a influir ánimo en mi corazón. Porque mira, cuando entraste, tu rostro estaba oscurecido por la impaciencia y el odio, y yo no te reconocí. Ahora tu frente vuelve a estar despejada, y reconozco tus ojos, Sofia Andréievna, tus ojos, los de la muchacha de otro tiempo, una muchacha buena, que me amaba. Pero acuéstate, querida, es muy tarde. Te lo agradezco de corazón. (*La*

besa en la frente. La condesa se va. En la puerta, aún se vuelve excitada.)

LA CONDESA: Pero, ¿me lo dirás todo? ¿Todo?

TOLSTÓI *(aún muy tranquilo):* Todo, Sonia. Y tú recuerda tu promesa.

La condesa, después de echar una inquieta mirada hacia el escritorio, se aleja lentamente.

TOLSTÓI *(recorre el cuarto repetidas veces, de un lado a otro, después se sienta ante el escritorio y escribe unas palabras en su diario. Al cabo de un rato, se levanta, camina arriba y abajo, vuelve a acercarse al pupitre, hojea pensativo el diario y a media voz lee lo que ha escrito):* «Me esfuerzo por mostrarme tan sereno e imperturbable como me es posible frente a Sofia Andréievna y creo que más o menos conseguiré mi objetivo de tranquilizarla… Hoy, por primera vez, he visto la posibilidad de hacer que ceda a la bondad y al amor… Ah, si eso…» *(Deja el diario, respira hondo. Finalmente se dirige a la habitación contigua y allí apaga la luz. Después regresa una vez más, se quita con esfuerzo los pesados zapatos de campesino, deja la chaqueta. Luego apaga la luz y, con sólo los amplios pantalones y la camisa de trabajo, se va al dormitorio de al lado.)*

Por un tiempo, la habitación permanece oscura por completo y en silencio. No ocurre nada. No se oye ni una respiración. De pronto la puerta de entrada al gabinete de trabajo se abre silenciosamente, con la cautela de un ladrón. Alguien, con los pies descalzos y una lámpara en la mano, que ahora coloca delante, arrojando un estrecho cono de luz sobre el suelo, avanza tanteando la cerrada oscuridad del cuarto. Es la condesa. Con miedo, mira en torno, acecha primero junto a la puerta del dormitorio, después, de puntillas, en apariencia tranquila, se dirige hacia el escritorio y coloca allí la lámpara, que en medio de la oscuridad ilumina con un círculo blanco únicamente el espacio alrededor del escritorio. La condesa, a la que en el círculo de luz sólo se le ven las manos temblorosas, agarra primero el papel escrito que ha quedado allí, empieza a leer el diario con nerviosa

inquietud y después abre uno tras otro y con cuidado los cajones del escritorio, revolviendo cada vez con mayor precipitación los papeles, sin encontrar nada. Finalmente vuelve a coger la lámpara con un movimiento convulso y sale de allí a tientas. Su rostro está por completo alterado, como el de un sonámbulo. Apenas ha cerrado la puerta tras de sí, Tolstói abre de un empujón la puerta del dormitorio. Lleva en la mano una vela, que oscila a un lado y a otro. Tan terrible es la excitación que sacude al anciano. Ha espiado a su mujer. Y ya se precipita tras ella, ya agarra el picaporte de la puerta de entrada cuando, de pronto, se da la vuelta. Con calma y decidido, deja la vela sobre el escritorio, se dirige hacia la puerta vecina, al otro lado, y llama muy suave y con mucho cuidado.

TOLSTÓI (*en voz baja*): Duschan… Duschan…

LA VOZ DE DUSCHAN (*desde el cuarto contiguo*): ¿Es usted, Lev Nikoláievich?

TOLSTÓI: ¡Más flojo, más flojo, Duschan! Y sal enseguida…

Duschan sale del cuarto contiguo. También él, a medio vestir.

TOLSTÓI: Despierta a mi hija Alexandra Lvovna. Tiene que subir enseguida. Después ve rápidamente al establo y ordena a Grigor que enganche los caballos, pero que lo haga en silencio, para que nadie en la casa se dé cuenta. ¡Y tú mismo, no hagas ruido! No te calces. Y ten cuidado, las puertas chirrían. Tenemos que irnos, sin demora… No podemos perder tiempo.

Duschan se marcha corriendo. Tolstói se sienta. Decidido, vuelve a ponerse las botas, coge su chaqueta y se la pone con precipitación. Después busca unos papeles y los junta a toda prisa. Sus movimientos son enérgicos, aunque a veces febriles. También ahora, mientras escribe unas palabras en un papel, sus hombros se contraen.

SASCHA (*entra sin hacer ruido*): ¿Qué ha pasado, padre?

TOLSTÓI: Me marcho. Me escapo… Por fin… Por fin está decidido. Hace una hora me ha prometido tener confianza y ahora,

a las tres de la mañana, se ha colado en mi cuarto para revolver mis papeles… Pero ha estado bien, ha estado muy bien… No fue su voluntad, era otra voluntad. Cuántas veces le he rogado a Dios que me enviara una señal cuando llegara el momento… Y ya me la ha concedido, ahora que ella ha abandonado mi alma tengo derecho a dejarla sola.

SASCHA: Pero, ¿adónde quieres ir, padre?

TOLSTÓI: No lo sé, no quiero saberlo… A cualquier parte. Basta con alejarse de la hipocresía de esta existencia… A cualquier parte. Hay muchos caminos en este mundo, y en alguna parte aguarda un lecho de paja o una cama en la que un hombre viejo pueda morir tranquilo.

SASCHA: Te acompaño…

TOLSTÓI: No. Tienes que quedarte, tranquilizarla… Se pondrá furiosa… Ah, lo que sufrirá. ¡La pobre! Y yo soy el que la hace sufrir… Pero no puedo evitarlo, no puedo seguir… Aquí me ahogo. Tú quédate, hasta que lleguen Andrei y Serioschka. Sólo entonces sígueme. Iré primero al monasterio de Schamardino, para despedirme de mi hermana, pues siento que ha llegado la hora de hacerlo.

DUSCHAN (*de vuelta, con precipitación*): El cochero ha enganchado los caballos.

TOLSTÓI: Entonces date prisa, Duschan. Ahí, esos papeles, escóndelos…

SASCHA: Pero, papá, tienes que coger el abrigo de pieles, la noche es muy fría. Rápidamente te preparé un poco de ropa de más abrigo…

TOLSTÓI: No, no, nada más. Dios mío, no podemos demorarnos más… No quiero esperar más… Llevo veintiséis años esperando este momento, esa señal… Date prisa, Duschan… Aún podrían detenernos e impedírnoslo. Ahí, coge esos papeles, los diarios. El lápiz…

SASCHA: Y el dinero para el tren. Yo lo cogeré…

TOLSTÓI: ¡No, nada de dinero! No quiero volver a tocarlo. En la estación me conocen. Me darán el billete. Y después Dios me ayudará. Duschan, termina. Ven. (*A Sascha.*) Tú dale a ella esta carta. Es mi despedida. ¡Si me perdonara! Y escríbeme, para contarme cómo lo ha sobrellevado.

SASCHA: Pero, padre, ¿cómo voy a escribirte? En cuanto diera tu nombre en correos, se enterarían de tu paradero y te cogerían. Tienes que adoptar un nombre falso.

TOLSTÓI: ¡Ah, siempre mintiendo! Siempre mintiendo. Siempre teniendo que envilecer el alma con encubrimientos… Pero tienes razón. ¡Ven, Duschan! Como tú quieras, Sascha… Será para bien… Así que, ¿cómo he de llamarme?

SASCHA (*pensando un momento*): Yo firmaré todos los telegramas como Frolova. Y tú te llamarás T. Nikolaiev.

TOLSTÓI (*febril ya por la prisa*): T. Nikolaiev… Bien, bien… Y ahora, buena suerte. (*La abraza.*) T. Nikolaiev, así es como dices que debo llamarme. ¡Otra mentira! ¡Otra más! Bueno, quiera Dios que ésta sea mi última falsedad ante los hombres.

Se marcha precipitadamente.

ESCENA TERCERA

Tres días después (31 de octubre de 1910). La sala de espera del edificio de la estación de Astápovo. A la derecha, una gran puerta acristalada lleva al andén. A la izquierda, una más pequeña da al cuarto del jefe de la estación, Iván Ivanovich Osoling. En los bancos de madera de la sala, y en torno a una mesa, están sentados unos cuantos pasajeros que esperan el expreso de Danlov. Campesinas que duermen, envueltas en sus pañuelos. Pequeños comerciantes, con abrigos de piel de oveja. Además de algunos empleados de la gran ciudad. Al parecer, funcionarios o comerciantes.

VIAJERO 1° *(leyendo el periódico, dice de pronto en voz alta):* ¡Lo ha hecho admirablemente! ¡Una excelente obra del viejo! Nadie lo habría esperado.

VIAJERO 2°: ¿Qué es lo que pasa?

VIAJERO 1°: Que se ha fugado Lev Tolstói. De su casa. Nadie sabe adónde. Se escapó por la noche. Se puso las botas y el abrigo de piel y así, sin equipaje y sin despedirse, se marchó de allí, acompañado únicamente por su médico, Duschan Petrovich.

VIAJERO 2°: Y a la vieja la ha dejado en casa. No resultará divertido para Sofia Andréievna. Él debe de tener ochenta y tres años. ¿Quién lo habría esperado de él? ¿Y dónde dices que se ha marchado?

VIAJERO 1°: Eso quisieran saber en su casa. Y los de los periódicos. Están enviando telegramas al mundo entero. Uno dice haberle visto en la frontera búlgara. Y otros hablan de Siberia. Pero nadie sabe nada a ciencia cierta. ¡Lo ha hecho bien, el viejo!

VIAJERO 3° (*un joven estudiante*): ¿Qué decís? ¿Que Lev Tolstói se ha marchado de su casa? Por favor, dame el periódico. Déjame que lo lea yo mismo. (*Echa un vistazo.*) Ah, qué bien. ¡Qué bien que por fin haya sacado fuerzas de flaqueza!

VIAJERO 1°: ¿Por qué está bien?

VIAJERO 3°: Porque su modo de vida era una afrenta contra su palabra. Ya le han obligado durante bastante tiempo a hacer de conde, ahogando su voz con lisonjas. Ahora por fin Lev Tolstói puede hablar libremente a los hombres desde su alma. Quiera Dios que por él el mundo se entere de lo que está pasando con el pueblo aquí en Rusia. Sí, es bueno. Que ese hombre santo se haya salvado al fin supone una bendición y la regeneración para Rusia.

VIAJERO 2°: Tal vez no sea todo cierto, lo que dicen aquí. Tal vez… (*Se vuelve, para comprobar si alguien le escucha. Y susurra:*) Tal vez lo hayan puesto en los periódicos para confundir y en realidad le han hecho desaparecer…

VIAJERO 1°: ¿Quién podría estar interesado en quitar de en medio a Lev Tolstói…?

VIAJERO 2°: Ellos… Todos aquellos a los que él obstaculiza el camino… Todos ellos. El sínodo. Y la policía. Y el ejército. Todos los que le tienen miedo. Así han desaparecido ya algunos… En el extranjero, según se ha dicho. Pero nosotros sabemos lo que quieren decir con el extranjero…

VIAJERO 1° (*también en voz baja*): Podría ser…

VIAJERO 3°: No, a eso no se atreven. Ese hombre solo, simplemente con su palabra, es más fuerte que todos ellos. No, a eso no se atreven, porque saben que le sacaríamos con nuestros puños.

VIAJERO 1° (*bruscamente*): Cuidado… Atención… Viene Cyrill Gregorovich… Rápido, esconde el periódico…

El jefe de policía, Cyrill Gregorovich, ha aparecido con su

uniforme tras la puerta de cristal del andén. En seguida se dirige al cuarto del jefe de estación y llama a la puerta.

IVÁN IVANOVICH OSOLING (*el jefe de estación, que sale de su cuarto, con la gorra de servicio puesta*): Ah, es usted, Cyrill Gregorovich…

EL JEFE DE POLICÍA: Tengo que hablar ahora mismo con usted. ¿Está su esposa ahí dentro?

EL JEFE DE ESTACIÓN: Sí.

EL JEFE DE POLICÍA: Entonces mejor aquí. (*Dirigiéndose a los viajeros, en tono rudo e imperioso*.) El expreso de Danlov llegará enseguida. Por favor, despejen de inmediato la sala de espera y diríjanse al andén. (*Todos se ponen en pie y empujándose se precipitan hacia la salida. El jefe de policía al jefe de estación:*) Acaban de llegar unos importantes telegramas cifrados. Aseguran que en su huida Lev Tolstói se presentó antes de ayer en el monasterio de Schamardino para ver a su hermana. Ciertos indicios llevan a sospechar que tiene intención de continuar viaje desde allí. Desde entonces todos los trenes de Schamardino, sea cual sea su dirección, son escoltados por agentes de la policía.

EL JEFE DE ESTACIÓN: Pero aclárame una cosa, padrecito Cyrill Gregorovich. En realidad, ¿por qué? Si no es ningún agitador. Lev Tolstói es nuestra gloria. Ese gran hombre es un verdadero tesoro para nuestro país.

EL JEFE DE POLICÍA: Pero alborota más y supone un peligro mayor que todos los revolucionarios juntos. Además, a mí qué me importa. Yo sólo he recibido la orden de vigilar cada tren. Aunque en Moscú quieren que nuestra vigilancia sea por completo imperceptible. Por eso le ruego, Iván Ivanovich, que se dirija usted al andén en mi lugar, pues con el uniforme cualquiera podría reconocerme. En cuanto llegue el tren, se bajará un miembro de la policía secreta que le informará de lo que haya observado durante el trayecto. Yo a mi vez transmitiré el comunicado de inmediato.

Suena la campana que anuncia la llegada de un tren.

EL JEFE DE POLICÍA: Salude usted al agente sin llamar la atención, como si fuera un conocido, ¿de acuerdo? Los pasajeros no deben darse cuenta del control. Para nosotros, si lo ejecutamos todo

hábilmente, puede ser de utilidad, pues cada informe va a parar a San Petersburgo, a las más altas instancias. Tal vez alguno de nosotros pesque alguna vez la Cruz de San Jorge.

El tren avanza con gran estruendo. El jefe de estación sale enseguida por la puerta de cristal. Tras unos minutos, los primeros pasajeros, campesinos y campesinas, con pesados cestos, cruzan la puerta de cristal. Algunos se sientan en la sala de espera, para descansar o preparar un té.

EL JEFE DE ESTACIÓN (*de pronto, a través de la puerta, grita excitado a los que se han sentado allí*): ¡Abandonen la sala de inmediato! ¡Todos! Enseguida…

LA GENTE (*asombrada y refunfuñando*): Pero, ¿por qué…? Si hemos pagado… ¿Por qué no podemos sentarnos aquí, en la sala de espera? Si sólo estamos esperando el tren de pasajeros.

EL JEFE DE ESTACIÓN (*chillando*): Enseguida. ¡He dicho que todos fuera de inmediato! (*Con precipitación, los empuja hacia fuera. Vuelve corriendo a la puerta, que abre del todo*.) Aquí, por favor. Lleven al señor conde ahí dentro.

Tolstói, al que Duschan sujeta por la derecha y Sascha por la izquierda, entra con esfuerzo. Se ha levantado el cuello del abrigo de piel y lleva un chal en torno. Pero se nota que su cuerpo, aun estando totalmente cubierto, tiembla y tirita de frío. Tras él entran cinco o seis personas.

EL JEFE DE ESTACIÓN (*a los que entran*): ¡Quédense fuera!

VOCES: Pero déjenos pasar… Sólo queremos ayudar a Lev Nikoláievich… Tal vez un poco de coñac o de té…

EL JEFE DE ESTACIÓN (*muy excitado*): ¡Nadie puede entrar aquí! (*Con violencia los empuja hacia afuera y con pestillo cierra la puerta de cristal que da al andén. Pero en todo momento siguen viéndose rostros curiosos que pasan por detrás de la puerta y que espían el interior. El jefe de estación rápidamente ha agarrado un sillón y lo ha acercado a la mesa*.) ¿No quiere Su Excelencia descansar un poco y sentarse?

TOLSTÓI: No, Excelencia no… Por Dios, ya no más. Es el final.

(*Agitado, mira a su alrededor y percibe a la gente que se encuentra tras la puerta de cristal.*) Fuera… Que se vaya esa gente. Quiero estar solo… Siempre hay gente… Por una vez quiero estar solo.

Sascha corre hacia la puerta de cristal y a toda prisa la cubre con su abrigo.

DUSCHAN (*hablando entre tanto en voz baja con el jefe de estación*): Tenemos que acostarle de inmediato. En el tren le dio de repente un ataque de fiebre, más de cuarenta grados. Creo que no está bien. ¿Hay alguna casa de huéspedes por aquí cerca que tenga un par de habitaciones decentes?

EL JEFE DE ESTACIÓN: ¡No, ninguna! En todo Astápovo no hay una sola casa de huéspedes.

DUSCHAN: Pero debe acostarse enseguida. Ya ve usted la fiebre que tiene. Puede ser peligroso.

EL JEFE DE ESTACIÓN: Por supuesto que para mí sería un verdadero honor ofrecer a Lev Tolstói la habitación que tengo aquí al lado… Pero, discúlpeme… Es tan pobre… Tan sencilla. Un cuarto de servicio, en la planta baja, estrecho… ¿Cómo podría yo atreverme a dar cobijo en él a Lev Tolstói?

DUSCHAN: Eso no importa. Ahora tenemos que acostarle, como sea. (*A Tolstói, que temblando de frío está sentado junto a la mesa, le sacuden repentinos escalofríos:*) El señor jefe de estación es tan amable que nos ofrece una habitación. Tiene usted que descansar ahora mismo. Mañana estará otra vez como nuevo y podremos continuar viaje.

TOLSTÓI: ¿Continuar viaje? No, no. Creo que no seguiré. Éste ha sido mi último viaje. He llegado a la meta.

DUSCHAN (*dándole ánimos*): No se preocupe por ese poco de fiebre. No significa nada. Se ha enfriado usted un poco. Mañana se sentirá del todo bien.

TOLSTÓI: Ahora me siento muy bien… Muy, muy bien. Sólo que esta noche, fue horrible. Se me ocurrió que alguien de casa podría perseguirme, que me cogerían y que me llevarían de vuelta a aquel infierno… En ese momento me levanté y os desperté. Tan fuerte era el desgarro. Durante todo el camino ese miedo no me abandonó, ni la fiebre, que hizo que los dientes me castañetearan… Pero, ahora,

desde que estoy aquí… Aunque, en realidad, ¿dónde estoy? Jamás he visto este lugar. Ahora todo es diferente… Ahora ya no tengo ningún miedo. Ya no vendrán a buscarme.

DUSCHAN: Seguro que no. Seguro. Puede usted acostarse tranquilo. Aquí no le encontrará nadie.

Entre los dos ayudan a Tolstói a levantarse.

EL JEFE DE ESTACIÓN (*saliéndoles al paso*): Les ruego que me disculpen… Sólo puedo ofrecerle una habitación muy sencilla… Mi propio cuarto. Y la cama tal vez tampoco sea buena… Sólo es una cama de hierro. Pero lo dispondré todo para que, enseguida con un telegrama, envíen otra con el próximo tren…

TOLSTÓI: No, no. No quiero otra… Durante demasiado tiempo las he tenido mejores que las de los demás. Cuanto peor sea ahora, tanto mejor para mí. ¿Cómo mueren los campesinos? Y, sin embargo, también tienen una buena muerte…

SASCHA (*ayudándole*): Ven, padre. Ven. Estarás cansado.

TOLSTÓI (*deteniéndose de nuevo*): No sé… Estoy cansado, tienes razón. Todos mis miembros tiran de mí hacia abajo. Estoy muy cansado, pero aún espero algo más… Es como cuando uno está cansado y sin embargo no puede dormirse, porque piensa en algo bueno que le espera y no quiere perder esa idea al dormirse… Es extraño, nunca hasta ahora me había sentido así… Tal vez sea algo propio de la muerte… Durante años y años, lo sabéis, siempre tuve miedo a morir. Un miedo tal que no podía acostarme en mi cama, y me habría puesto a chillar como un animal y me habría escondido. Y ahora, tal vez esté allí dentro, en el cuarto. La muerte. Esperándome. Y, sin embargo, voy a su encuentro sin ningún miedo.

Sascha y Duschan le han llevado hasta la puerta.

TOLSTÓI *(parándose junto a la puerta y mirando hacia adentro*): Se está bien aquí, muy bien. Es pequeño, estrecho, de techo bajo, pobre… Me parece como si ya alguna vez hubiera soñado con esto, con una cama como ésa, ajena. En alguna parte, en una casa ajena, en una cama yace un… Un hombre viejo, cansado… Espera, ¿cómo se llama? Lo escribí hace un par de años… ¿Cómo se llama el viejo? El que, habiendo sido rico, vuelve muy pobre, sin que nadie le

reconozca, y se arrastra hasta la cama, junto a la estufa… ¡Ah, mi cabeza! ¡Mi estúpida cabeza! ¿Cómo se llamaba el viejo? Él, que había sido rico y que ahora no tiene más que la camisa que lleva… Y la mujer, que le pone enfermo, no está con él cuando muere… Sí, sí, ya lo sé, lo sé. En mi relato al viejo le puse el nombre de Kornei Vasiliev. Y la noche en la que muere, Dios despierta el corazón de su mujer. Y ella viene, Marfa, para verle una vez más… Pero llega demasiado tarde. Él yace completamente rígido y con los ojos cerrados sobre una cama ajena. Y ella no sabe si aún le guardaba rencor o si ya la había perdonado. Aún no lo sabe, Sofia Andréievna… (*Como despertando:*) No, se llama Marfa… Ya me estoy confundiendo… Sí, quiero acostarme. (*Sascha y el jefe de estación le han seguido guiando. Tolstói al jefe de estación:*) Te agradezco que, aunque no me conoces, me des cobijo en tu casa, que me des lo que el animal tiene en el bosque… Y para lo que Dios me ha enviado a mí, Kornei Vasiliev… (*De pronto, muy asustado*.) Pero, cerrad las puertas, no dejéis que entre nadie, no quiero ver a nadie más… Quiero estar solo con Él, más intensamente, mejor que nunca en la vida… (*Sascha y Duschan le conducen hasta el dormitorio. El jefe de estación cierra cuidadosamente la puerta tras de sí y se queda de pie, embargado por la emoción*.)

Afuera se oye que alguien llama dando fuertes golpes en la puerta de cristal. El jefe de estación abre la puerta. Y el jefe de policía entra precipitadamente.

EL JEFE DE POLICÍA: ¿Qué le ha dicho? ¡Tengo que comunicarlo todo, de inmediato! Al final, ¿quiere quedarse aquí? ¿Cuánto tiempo?

EL JEFE DE ESTACIÓN: Eso no lo sabe ni él, ni nadie. Eso sólo Dios lo sabe.

EL JEFE DE POLICÍA: Pero, ¿cómo puede usted prestarle alojamiento en un edificio público? Si es su vivienda oficial. ¡No puede usted cedérsela a un extraño!

EL JEFE DE ESTACIÓN: Lev Tolstói no es ningún extraño a mi corazón. Ninguno de mis hermanos me es más próximo.

EL JEFE DE POLICÍA: Pero su deber era informarse antes.

EL JEFE DE ESTACIÓN: He consultado con mi conciencia.

EL JEFE DE POLICÍA: Bueno, esto corre de su cuenta. Tengo que enviar de inmediato un comunicado… ¡Es terrible, la responsabilidad que de pronto recae sobre uno! Si al menos supiera cómo se considera a Lev Tolstói en las altas instancias…

EL JEFE DE ESTACIÓN: Yo creo que en las altas instancias siempre han tenido buena opinión de Lev Tolstói… (*El jefe de policía le mira perplejo*.)

Duschan y Sascha salen del cuarto, cerrando la puerta con cuidado.

El jefe de policía se aleja a toda prisa.

EL JEFE DE ESTACIÓN: ¿Cómo dejan solo al señor conde?

DUSCHAN: Está muy tranquilo… Jamás había visto su rostro tan sereno. Aquí al fin puede encontrar lo que los hombres no le han concedido. Paz. Por primera vez está a solas con su Dios.

EL JEFE DE ESTACIÓN: Discúlpeme, soy un hombre simple, pero me tiembla el corazón. No puedo entenderlo. ¿Cómo pudo Dios depararle tanto sufrimiento, hasta el punto de que Lev Tolstói tuviera que huir de su casa y que ahora tenga que morir en mi pobre e indigno lecho? ¿Cómo pueden los seres humanos, cómo pueden los rusos molestar a un alma tan santa? ¿Cómo, en lugar de amarle con respeto, son capaces de…?

DUSCHAN: Precisamente aquellos que aman a un gran hombre, suelen interponerse entre ese hombre y su misión. Y de aquellos que están más próximos a él, es de quienes más lejos tiene que huir. Está bien que haya sucedido tal y como ha ocurrido. Sólo esta muerte consuma y justifica su vida.

EL JEFE DE ESTACIÓN: De todos modos… Mi corazón no puede y no quiere entender que ese hombre, ese tesoro de nuestro suelo ruso, haya tenido que sufrir por nosotros, los hombres, y que uno mismo haya vivido entre tanto despreocupado… Debería uno avergonzarse hasta de respirar…

DUSCHAN: No se lamente usted por él, querido buen hombre. Un destino deslustrado y vulgar no habría estado a la altura de su grandeza. Si no hubiera sufrido por nosotros, Lev Tolstói nunca habría llegado a ser lo que hoy representa para la humanidad.

LA LUCHA POR EL POLO SUR

EL CAPITÁN SCOTT, 90 GRADOS DE LATITUD
16 DE ENERO DE 1912

LA LUCHA POR LA TIERRA

El siglo XX, si baja la vista, se encuentra un mundo sin secretos. Toda la Tierra ha sido explorada, los más lejanos mares surcados. Las regiones que apenas una generación antes aún permanecían dichosas y libres en la penumbra del anonimato, atienden ahora servilmente a las necesidades de Europa. Hasta las fuentes del Nilo, durante tanto tiempo buscadas, se internan los barcos de vapor. Las cataratas Victoria, contempladas hace tan sólo medio siglo por el primer europeo, suministran energía eléctrica obedientemente. El último rincón despoblado, las selvas del Amazonas, es víctima de la tala. El cinturón en torno a la última tierra virgen, el Tibet, ha saltado por los aires. La expresión «terra incognita», que aparecía en los viejos mapas y globos terráqueos, ha sido borrada por manos expertas. El hombre del siglo XX conoce la vida de su planeta. El impulso explorador busca nuevas vías, bajando hasta las profundidades del mar para conocer su fantástica fauna o viajando a la inmensidad del espacio, pues los caminos jamás hollados ya sólo se encuentran en el cielo. Y, desde que para la humana curiosidad no queda en la Tierra espacio sin cultivar, sin secretos, se lanzan al espacio las golondrinas de acero de los aeroplanos, compitiendo por alcanzar nuevas alturas y nuevas distancias.

Sin embargo, hasta nuestro siglo, un último enigma ha conseguido ocultar sus vergüenzas a la mirada del hombre, protegiendo dos zonas insignificantes de su cuerpo hecho jirones y atormentado por la avidez de sus propias criaturas. El Polo Sur y el Polo Norte, la columna vertebral, esos dos puntos casi inmateriales,

insensibles, alrededor de los cuales gira su eje desde hace miles y miles de años, han custodiado esa tierra inmaculada y sin profanar. Han levantado barreras de hielo para preservar ese último secreto. Como un centinela frente a los ávidos, han dispuesto un invierno eterno. Altivos, el frío y la tempestad mantienen cercado el acceso. El miedo y el peligro ahuyentan, amenazando de muerte, a los más osados. Hasta el mismo sol sólo fugazmente puede contemplar ese cerrado ámbito. La mirada del hombre, jamás.

Desde hace décadas se suceden las expediciones. Ninguna alcanza la meta. En algún lugar, sólo ahora descubierto, en un cristalino ataúd de hielo, reposa, desde hace treinta y tres años, el cadáver del más intrépido entre los valientes, Andrée, que quiso sobrevolar el Polo en globo. Cada asalto se estrella contra las relucientes paredes de hielo. Desde hace miles de años y hasta nuestros días, la Tierra esconde su rostro. Una vez más, invicta frente a la pasión de sus criaturas. Virgen y pura, su pudor desafía la curiosidad del mundo.

Pero el joven siglo XX extiende sus manos con impaciencia. Ha fabricado nuevas armas en los laboratorios. Ha encontrado nuevos carros de combate para hacer frente al peligro. Y los obstáculos no hacen más que aumentar su avidez. Quiere conocer toda la verdad. En sus primeros diez años, conquistar lo que durante miles resultó inalcanzable. Al valor de unos pocos se une ahora la rivalidad entre las naciones. No luchan únicamente por alcanzar el Polo, sino por cuál será la bandera que primero ondee en esa tierra. En torno a esos lugares santificados por la nostalgia se pone en marcha una cruzada de razas y pueblos. En todos los rincones de la Tierra se renueva el asalto. Impaciente, la humanidad aguarda. Sabe que se trata del último secreto de nuestro espacio vital. En América, Peary y Cook se disponen a conquistar el Polo Norte. Hacia el sur zarpan dos barcos. Uno capitaneado por el noruego Amundsen; el otro por un inglés, el capitán Scott.

SCOTT

Scott: un capitán cualquiera de la marina inglesa. Uno cualquiera. Su biografía corre paralela al escalafón, habiendo servido a entera satisfacción de sus superiores y participando después en la

expedición de Shackleton. En su conducta, nada revela al héroe. Su rostro, tal y como lo muestran las fotografías, es el de miles de ingleses, el de cien mil. Frío, enérgico, sin que se le mueva un solo músculo, como congelado por una honda energía. Los ojos, de un gris metálico. La boca, rígidamente cerrada. En ese rostro marcado por la voluntad y el sentido práctico no hay una sola línea romántica, ni un asomo de buen humor. En cuanto a su letra, es la de cualquier inglés, sin sombras ni filigranas, rápida y segura. Su estilo, claro y correcto, emocionante al consignar los hechos, pero sin imaginación, como el de un informe. Scott escribe en inglés como Tácito en latín, por así decir, con toscos sillares de piedra. Se aprecia en él a un hombre que no tiene un solo sueño, un fanático de la objetividad, un auténtico representante, por tanto, de la raza inglesa, en la que la genialidad cristaliza en el cumplimiento del deber. Ese Scott ha aparecido ya cientos de veces en la historia inglesa, conquistando la India e islas anónimas en el archipiélago, colonizando África y venciendo batallas contra el mundo entero, siempre con la misma energía férrea, la misma conciencia colectiva y el mismo rostro frío, contenido.

Pero la suya es una voluntad dura como el acero. Se percibe ya en la hazaña. Scott quiere terminar lo que Shackleton empezó. Prepara una expedición, pero no cuenta con medios suficientes. Eso no le detiene. Sacrifica su capital y se endeuda, seguro de su éxito. Su joven mujer le da un hijo, pero él no vacila, como un nuevo Héctor, en abandonar a Andrómaca. Pronto encuentra amigos y compañeros, con lo que nada en esta Tierra puede ya doblegar su ánimo. *Terra Nova*, así se llama el extraño barco que les llevará hasta el extremo del océano Antártico. Extraño, por su equipo en todo duplicado, mitad arca de Noé, lleno de animales vivos, mitad moderno laboratorio, con miles de instrumentos y libros, pues allí, a ese mundo vacío, deshabitado, han de llevar todo aquello que el hombre precisa para atender sus necesidades físicas y espirituales. Aquí los medios de defensa del hombre primitivo —cueros y pieles, animales vivos— se unen, cosa extraña, con las más sofisticadas y modernas herramientas. Y tan fantástico como ese barco, es el doble rostro de toda la empresa. Una aventura, pero una aventura calculada como si fuera un negocio. Una temeridad emprendida con todas las artes de la prudencia. La inmensidad del cálculo

minucioso, individual, frente a la aún más poderosa del azar.

El 1 de junio de 1910 abandonan Inglaterra. En esa época el archipiélago anglosajón resplandece. Exuberantes y verdes brillan los prados. Cálido y esplendente se alza el sol sobre un mundo sin niebla. Emocionados, ven desaparecer la costa. Todos ellos, todos, saben que se despiden del sol y del calor durante años. Algunos quizá para siempre. Pero en la proa del barco ondea la bandera inglesa, y ellos se consuelan pensando que esa divisa universal avanza hacia la única región que aún queda por domeñar en la Tierra.

«UNIVERSITAS ANTARCTICA»

En enero, tras un breve descanso en Nueva Zelanda, desembarcan en el cabo Evans, al borde de la región de los hielos perpetuos, y disponen una casa para pasar el invierno. Diciembre y enero son allí los meses de verano, la única época del año en la que en un cielo blanco, de metal, el sol brilla durante un par de horas al día. Las paredes son de madera, como en las expediciones anteriores, pero por dentro se nota el paso del tiempo. A diferencia de sus predecesores, que se sentaban en medio de la penumbra, con apestosas lámparas de aceite que se quemaban lentamente, sin llama, hartos de su propio semblante, cansados de la monotonía de los días sin sol, estos hombres del siglo XX tienen entre sus cuatro paredes el mundo entero y toda la ciencia abreviados. Una lámpara de acetileno proporciona una luz blanca y cálida. El cinematógrafo les hechiza, mostrando imágenes de lugares lejanos, proyectando escenas del trópico en medio de comarcas de clima más suave. Una pianola les proporciona música. El gramófono, la voz humana. La biblioteca, todo el saber de su tiempo. En una habitación martillea la máquina de escribir. Otra sirve de cámara oscura, en la que se revelan películas y fotografías en color. El geólogo analiza la radiactividad de las piedras. El zoólogo descubre nuevos parásitos en los pingüinos en cautividad. Las observaciones meteorológicas alternan con los experimentos físicos. Cada individuo se encarga de una parte del trabajo durante los meses de oscuridad. Y un sistema inteligente convierte la investigación aislada en información colectiva, pues esos treinta hombres asisten todas las noches a

conferencias, a cursos universitarios en medio del frío polar, rodeados de bancos de hielo. Cada uno de ellos se esfuerza por transmitir su saber a los otros. Y en el animado intercambio de la conversación se va formando su visión del mundo. La especialización renuncia aquí al orgullo y busca la comprensión en la comunidad. En medio de un mundo primigenio, elemental, completamente solos y fuera del tiempo, estos treinta hombres comparten los últimos avances del siglo XX. Aquí dentro no sólo se atiende a la hora, sino también al segundo en el reloj universal. Resulta conmovedor leer que esos hombres serios son capaces de alegrarse con su árbol de Navidad, de divertirse con las pequeñas bromas del *South Polar Time*, el periódico humorístico que ellos mismos editan. Y cómo lo pequeño —una ballena que emerge, un póney que se cae— se convierte en una experiencia y cómo, por otro lado, lo atroz —la incandescente aurora boreal, el frío espantoso, la inmensa soledad—, en algo cotidiano y habitual.

Entre tanto, se aventuran a hacer pequeños avances. Prueban sus coches-trineo, aprenden a esquiar y amaestran a los perros. Preparan un almacén para el largo viaje. Pero las hojas del calendario avanzan despacio, muy despacio, hasta que por fin llega el verano —el mes de diciembre—, cuando el barco, atravesando las masas de hielo, les trae cartas de casa. En pequeños grupos se aventuran ahora también, en medio del más duro invierno, a hacer viajes de un día para fortalecerse, probar las tiendas de campaña y adquirir experiencia. No todo sale bien, pero las dificultades les infunden nuevo valor. Cuando regresan de sus expediciones, congelados y exhaustos, les reciben con júbilo y un cálido fuego, y esta pequeña y confortable casa a 77 grados de latitud, después de tantos días de privaciones, les parece la morada más encantadora de la Tierra.

Un día, una expedición que regresa del oeste, trae una noticia que acaba con la calma. Durante la exploración, han descubierto el campamento de invierno de Amundsen. Y en ese instante, Scott se entera de que además de él, en medio del frío y de los peligros, hay otro que lucha por la gloria de ser el primero en arrebatar el secreto a esa tierra obstinada: Amundsen, el noruego. Scott mide la distancia en el mapa. Y en su diario se percibe el espanto, tras comprobar que el campamento de Amundsen está enclavado ciento

diez kilómetros más cerca del Polo que el suyo. Se queda horrorizado, pero no se desanima. «¡Adelante! Por el honor de mi patria», escribe orgulloso.

El nombre de Amundsen aparece una única vez en las páginas de su diario. Después nunca más. Pero se nota que desde ese día una sombra de miedo se cierne sobre la solitaria casa, rodeada de hielo. Y en adelante no pasará un solo momento sin que ese nombre turbe sus horas de sueño y sus días.

LA PARTIDA HACIA EL POLO

A una milla de la cabaña, sobre una colina, hay un puesto de guardia permanente. Allí, solitario sobre la escarpada elevación, se instala un aparato que semeja un cañón dirigido contra un enemigo invisible. Un aparato que sirve para medir las primeras manifestaciones de calor del sol que se está aproximando. Día tras día aguardan con impaciencia su aparición. En el cielo de la mañana se muestran como por encanto los reflejos de algunos juegos de color, pero el redondo disco aún no se yergue sobre el horizonte. Sin embargo, ese cielo, lleno del mágico resplandor que irradia su proximidad, esa promesa de luz, alumbra a los impacientes. Por fin desde la cima de la colina suena el teléfono y, dichosos, se enteran de que ha aparecido el sol, que por primera vez desde hace meses ha levantado la cabeza durante una hora en medio de la noche invernal. Su reflejo es muy débil, muy pálido, apenas capaz de vivificar el aire helado, apenas sus ondas vacilantes dejan la huella de su movimiento en el aparato, pero sólo con verlo se sienten afortunados. Febril, la expedición se prepara para aprovechar en su totalidad el pequeño margen de luz que de una sola vez trae consigo la primavera, el verano y el otoño, aunque para nuestro tibio concepto de la vida no se trataría más que de un invierno atroz. Delante corren los coches-trineo. Tras ellos, los trineos arrastrados por póneys y perros siberianos. La ruta se ha dividido en varias etapas. Cada dos jornadas construirán un depósito, con el fin de conservar para la vuelta ropas nuevas, alimentos y lo más esencial, petróleo, calor condensado en medio de los hielos eternos. El equipo se pone en marcha al completo, para regresar poco a poco en diferentes grupos, y así dejar para el último

y más pequeño, el de los escogidos conquistadores del Polo, el máximo de provisiones, los animales de tiro más frescos y los mejores trineos.

El plan ha sido trazado magistralmente, previendo los contratiempos hasta el mínimo detalle. Y éstos no tardan en aparecer. Tras dos jornadas de viaje se averían dos trineos a motor y tienen que quedarse, son una carga inútil. Tampoco los póneys aguantan tan bien como cabía esperar, pero aquí la herramienta orgánica triunfa frente a la técnica, pues los animales rendidos, a los que entre tanto han tenido que rematar, constituyen para los perros un alimento magnífico, caliente, que les fortalece la sangre y aumenta sus energías.

El 1 de noviembre de 1911 se dividen en distintos grupos. En las fotografías puede verse la extraordinaria caravana formada por primero treinta, después veinte, diez y finalmente sólo cinco hombres, avanzando por el blanco desierto de un mundo primitivo y sin vida. Delante siempre hay un hombre cubierto de pieles y trapos, un ser salvaje y bárbaro al que sólo le asoman la barba y los ojos. La mano, envuelta en pieles, sujeta del cabestro a un póney que arrastra un trineo con una pesada carga. Tras él, otro hombre igual vestido y en la misma actitud. Y tras él, otro más. Veinte puntos negros en una línea que avanza en medio de una blancura infinita y cegadora. Por las noches, se entierran en sus tiendas de campaña. Cavando en el suelo, construyen paredes de nieve en la dirección del viento, para proteger a los póneys. Y por las mañanas reanudan la marcha, monótona, desesperante, a través del aire glacial, que es la primera vez en miles de años que recibe el aliento de un ser humano.

Pero las preocupaciones van en aumento. El tiempo sigue siendo inclemente. En lugar de cuarenta, a veces sólo pueden recorrer treinta kilómetros. Y desde que saben que en medio de esa soledad hay otro que avanza invisible hacia el mismo objetivo, cada jornada es para ellos de gran valor. Cualquier menudencia crece aquí hasta representar un verdadero peligro. Un perro se ha extraviado, un póney no quiere comer. Todo es alarmante, porque aquí en esta tierra yerma los valores se han transformado de un modo terrible. Aquí cualquier ser vivo es mil veces más valioso, incluso insustituible. La inmortalidad tal vez dependa de los cuatro cascos

de un solo póney. Un cielo de tormenta puede impedir que se consume una hazaña inmortal. Entonces la salud del equipo comienza a resentirse. Unos se han quedado ciegos por culpa de la nieve. A otros se les ha congelado algún miembro. Los póneys, a los que ha habido que reducir la ración de comida, están cada vez más agotados, hasta que finalmente, cerca del glaciar de Beardmore, se desploman. Allí, tienen que cumplir con el triste deber de matar a esos valientes animales que, en medio de la soledad y después de dos años de convivencia, se han convertido en amigos, a los que se conoce por el nombre y a los que cientos de veces han colmado de cariño. El «matadero», así es como llaman al trágico lugar. Una parte de la expedición se separa en ese sangriento paraje y regresa. Los demás se disponen para el último esfuerzo, emprender el terrible camino sobre el glaciar, la peligrosa pared de hielo que ciñe el Polo y que sólo el ardor de la voluntad apasionada de un hombre puede vencer.

Las etapas de la marcha son cada vez más pequeñas, pues la costra de nieve aquí se deshace. Ya no pueden avanzar con los trineos, sino que tienen que empujarlos. El duro hielo corta los patines. Los pies se llenan de heridas al avanzar por la inconsistente arena de hielo. Pero no se doblegan. El 30 de diciembre han alcanzado los 87 grados de latitud, el máximo punto al que llegó Shackleton. Aquí la última sección ha de regresar. Sólo cinco elegidos pueden seguir hasta el Polo. Scott escoge a su gente. No se atreven a protestar, aunque les pesa el corazón por tener que volverse estando tan cerca de la meta y dejar a los compañeros la gloria de ser los primeros en ver el Polo. Pero la suerte está echada. Una vez más se dan la mano, esforzándose por ocultar su emoción con un empeño viril. Después el grupo se separa. Parten dos comitivas pequeñas, minúsculas. La una, en dirección hacia el sur, rumbo a lo desconocido. La otra hacia el norte, de regreso a la patria. Constantemente vuelven la vista, para percibir por última vez la presencia de un amigo, de un ser humano. Pronto desaparece la última figura. Solos, los cinco escogidos para esta hazaña —Scott, Bowers, Oates, Wilson y Evans— avanzan rumbo a lo desconocido.

EL POLO SUR

Las anotaciones de estos últimos días son cada vez más intranquilas. Como la aguja azul de la brújula, al acercarse al Polo empiezan a vibrar. «¡Qué interminable se nos hace, hasta que las sombras se arrastran lentamente a nuestro alrededor, avanzando desde nuestra derecha hacia adelante, para de allí deslizarse hacia la izquierda!» Pero, entre tanto, la esperanza resplandece cada vez más claramente. Scott anota las distancias recorridas con una pasión que va en aumento. «Sólo quedan 150 kilómetros para llegar al Polo. Si esto sigue así, no lo resistiremos». Ahí se manifiesta aún la fatiga. Dos días después: «Quedan 137 kilómetros hasta el Polo, que nos resultarán amargamente difíciles». Y de pronto un tono nuevo, victorioso: «¡Sólo 94 kilómetros! Si no lo alcanzamos, nos quedaremos endemoniadamente cerca». El 14 de enero la esperanza se convierte en certeza: «Sólo 70 kilómetros. ¡La meta está ante nosotros!» Y al día siguiente los apuntes arden ya con un intenso júbilo, casi con hilaridad: «Sólo unos mezquinos 50 kilómetros. ¡Tenemos que llegar, cueste lo que cueste!» En esas líneas, que parecen cobrar alas, el corazón percibe hasta qué punto sus tendones están tirantes por la esperanza, cómo sus nervios se estremecen con la expectación y la impaciencia. El botín está próximo. Y ya extienden la mano para apoderarse del último secreto de la Tierra. Un último esfuerzo, y habrán alcanzado el objetivo.

EL 16 DE ENERO

«Se elevan los ánimos», consigna el diario. Esa mañana reanudan la marcha más temprano que otras veces. La impaciencia por contemplar antes el secreto, terrible y hermoso, los arrastra fuera de los sacos de dormir. Hasta el mediodía esos cinco hombres, inmutables, recorren catorce kilómetros. Alegres, avanzan a través de ese desierto blanco, sin un alma. Ahora no pueden fracasar. La hazaña decisiva para la humanidad casi está realizada. De pronto, uno de ellos, Bowers, se inquieta. Su mirada arde al clavarse en un pequeño punto oscuro en medio del inmenso campo de nieve. No se atreve a expresar sus sospechas, pero a todos les tiembla el corazón con un único y espantoso pensamiento. La idea de que la mano de otro hombre haya podido levantar ahí una señal. Tratan de calmarse recurriendo a cualquier artificio. Se dicen —como

Robinsón cuando descubre en la isla una huella ajena y en vano pretende reconocer en ella la suya propia— que tal vez se trate de una grieta en el hielo o de un espejismo. Se aproximan con los nervios de punta y siguen intentando engañarse unos a otros, aun cuando todos saben ya la verdad: que el noruego, Amundsen, ha llegado antes.

Pronto se quiebra la última duda ante el hecho incontrovertible de una bandera negra que, en un trineo colocado como poste, se alza sobre las huellas de un campamento desconocido y abandonado. Son las huellas de los patines de los trineos y la impresión de muchas patas de perro. Amundsen ha acampado aquí. Lo grandioso, lo que era inconcebible para la humanidad, ha sucedido. El Polo, inanimado desde hace milenios, jamás contemplado por la mirada humana desde hace miles y miles de años, tal vez incluso desde el comienzo de los tiempos, ha sido descubierto dos veces en el transcurso de una molécula de tiempo, en quince días. Y ellos son los segundos, tan sólo por un mes de diferencia en un periodo de millones de meses. Los segundos ante una humanidad para la que el primero lo es todo y el segundo nada. Vano resulta, por tanto, todo el esfuerzo. Ridículas, todas las privaciones. De locos, todas las esperanzas alentadas durante semanas, durante meses, durante años. «Todo el trabajo, todas las privaciones, toda la angustia, ¿para qué?», escribe Scott en su diario. «Nada más que por un sueño que ahora se ha derrumbado». Las lágrimas acuden a sus ojos. A pesar del excesivo cansancio, esa noche no pueden conciliar el sueño. Tristes, sin esperanza ninguna, como condenados, emprenden la última marcha hacia el Polo, que estaban convencidos de que iban a tomar por asalto. Ninguno trata de consolar a los demás. Sin decir una palabra, siguen arrastrándose. El 18 de enero, el capitán Scott, junto con sus cuatro compañeros, llega al Polo. Y como el hecho de ser el primero ya no le ciega, contempla la tristeza del paisaje con abúlica mirada. «Aquí no hay nada que ver. Nada que se diferencie de la atroz monotonía de los últimos días». Es toda la descripción que Robert F. Scott hace del Polo Sur. La única particularidad que descubren allí no ha sido creada por la naturaleza, sino por la mano enemiga de un hombre: la tienda de Amundsen con la bandera noruega, que arrogante y victoriosa ondea sobre el expugnado baluarte de la humanidad. Una

carta del conquistador espera allí al desconocido que sea el segundo en pisar ese lugar, rogándole que la haga llegar al rey Hakon de Noruega. Scott se encarga de cumplir fielmente ese penoso deber: ser testigo ante el mundo de una proeza ajena, a la que él mismo ha aspirado fervientemente.

Tristes, junto al trofeo de Amundsen, clavan la bandera inglesa, la «Union Jack», que ha llegado demasiado tarde. Después, perseguidos por un viento glacial, abandonan el «traicionero paraje de sus ambiciones». Y con un recelo profético, Scott escribe en su diario: «Me espanta el regreso».

EL DESCALABRO

En el camino de vuelta los peligros se multiplican por diez. En la marcha hacia el Polo les guió la brújula. Ahora tienen que prestar atención y no perder sus propias huellas, durante semanas no perderlas ni una sola vez para no desviarse de los depósitos, en los que se encuentran sus ropas de repuesto y el calor concentrado en un par de galones de petróleo. Por eso se inquietan con cada paso cuando los torbellinos de nieve les cubren la vista, pues cualquier error conduce a una muerte segura. Además, a sus cuerpos les falta la frescura de las primeras marchas, cuando aún disponían del calor que les proporcionaban las calorías de una alimentación más rica y el cálido alojamiento de su casa en el Antártico.

Además, en sus corazones se ha aflojado el resorte de una voluntad de acero. Al marchar hacia allí les mantuvo en pie la sobrenatural ilusión de personificar la curiosidad y el anhelo de toda la humanidad, de representar heroicamente todas sus energías. La convicción de estar realizando una hazaña inmortal les confirió una fuerza sobrehumana. Ahora no luchan por nada más que por salvar su pellejo, por su existencia corporal, de seres mortales, por una vuelta sin gloria a la patria, algo que su más íntima voluntad antes teme que añora.

La lectura de las notas de aquellos días resulta atroz. El tiempo se vuelve cada vez más desapacible. El invierno se presenta más pronto que nunca. Y la nieve blanda forma una espesa costra bajo sus botas, convirtiéndose en un cepo en el que sus pies quedan atrapados. El frío agota sus cuerpos rendidos. Alcanzar alguno de

los depósitos, tras errar y vacilar durante días y días, supone siempre un pequeño júbilo. Entonces en sus palabras vuelve a ondear la bandera fugaz de la confianza. Nada demuestra de modo tan grandioso el heroísmo espiritual de esos pocos hombres en medio de una soledad inmensa, que el hecho de que Wilson, el hombre de ciencia, incluso aquí, a un paso de la muerte, prosiga con sus investigaciones y que en su trineo, además de toda la carga necesaria, arrastre también dieciséis kilos de piedras raras.

Pero poco a poco el valor humano sucumbe al predominio de la naturaleza que, implacable y con una fuerza endurecida a lo largo de siglos, conjura contra esos cinco temerarios todas las potencias del ocaso: el frío, las heladas, la nieve y el viento. Hace mucho que tienen los pies en carne viva, y los cuerpos, insuficientemente caldeados y debilitados por una única comida caliente, empiezan a fallar. Con horror reconocen un día que Evans, el más fuerte entre todos ellos, se comporta de pronto de un modo extraño. Se queda atrás, se queja sin parar de dolores reales e imaginarios. Estremecidos, concluyen por su extraño parloteo que el infeliz ha enloquecido a causa de algún golpe o por las tremendas angustias. ¿Qué hacer con él? ¿Abandonarle en ese desierto de hielo? Por otro lado, tienen que alcanzar el depósito sin demora. De lo contrario… Scott aún no se atreve a escribir la palabra. A la una de la mañana, el 17 de febrero, el desdichado oficial muere, justo a un día de marcha del «matadero», en el que por primera vez encontrarán una comida más nutritiva gracias a la masacre de póneys de hace unos meses.

Los cuatro restantes emprenden la marcha, pero —¡maldición!— el siguiente depósito trae nuevos sinsabores. El aceite que contiene es demasiado escaso, lo que significa que tendrán que apañarse con lo imprescindible. Ahorrar combustible, lo único que les defiende contra el frío. Tras una noche glacial, sacudida por la tempestad, y un despertar desalentador, apenas tienen fuerzas para ponerse las botas de fieltro. Pero siguen arrastrándose. Uno de ellos, Oates, con los dedos de los pies congelados. El viento sopla con más fuerza que nunca. Y en el siguiente depósito, el 2 de marzo, la terrible decepción se repite. Una vez más, el combustible es demasiado escaso.

Ahora el miedo se apodera incluso de las palabras. Se percibe

cómo Scott se esfuerza por contener el horror, pero una y otra vez un grito de desesperación tras otro horada su falsa tranquilidad. «Así no podemos seguir». O bien: «¡Que Dios nos asista! No podremos soportar este esfuerzo». O bien: «El juego terminará mal». Y por fin la terrible intuición: «¡Que Dios nos asista! De los hombres ya nada podemos esperar». Pero siguen arrastrándose, avanzando, siempre adelante, sin esperanza, apretando los dientes. Oates camina cada vez con más dificultad. Para sus amigos, representa más una carga que una ayuda. A una temperatura de 42 grados bajo cero al mediodía tienen que desistir de la marcha, y el desventurado se da cuenta y está convencido de que será la perdición de sus compañeros. Ya se preparan para lo peor. Hacen que Wilson, el investigador, suministre a cada uno diez tabletas de morfina, para apresurar el fin en caso necesario. Aún tratan de avanzar una jornada más con el enfermo. Después, el propio infeliz exige que le dejen en un saco de dormir y le abandonen a su suerte. Aunque rechazan la propuesta con energía, tienen claro que para ellos sería un alivio. El enfermo, con las piernas congeladas, aún se tambalea unos cuantos kilómetros en dirección al refugio nocturno. Duerme con sus compañeros hasta la mañana siguiente. Entonces ven que fuera se ha desencadenado un huracán.

De pronto Oates se incorpora. «Quiero salir un poco», dice a sus amigos. «Tal vez me quede un rato ahí fuera». Los demás tiemblan. Todos saben lo que ese paseo significa. Pero ninguno se atreve a decir una palabra para detenerle. Ninguno se atreve a ofrecerle la mano para despedirle. Todos perciben con respeto que el capitán de caballería Lawrence J. E. Oates, del cuerpo de dragones de Inniskilling, va como un héroe al encuentro de la muerte.

Tres hombres medio dormidos, extenuados, se arrastran por el interminable desierto de férreo hielo, agotados, sin esperanza. Sólo el sordo instinto de conservación estira sus tendones para mantener un paso vacilante. El tiempo es cada vez peor. Y en cada depósito les espera la burla de una nueva decepción. Siempre demasiado poco aceite, demasiado poco calor. El 21 de marzo se encuentran a tan sólo 20 kilómetros de un nuevo depósito, pero el viento sopla con una fuerza tan mortífera que no pueden ni abandonar la tienda. Cada noche esperan que a la mañana siguiente alcanzarán la meta, pero entre tanto desaparecen los víveres y con ellos la última

esperanza. El combustible se les ha acabado, y el termómetro marca 40 grados bajo cero. No queda ninguna esperanza. Sólo escoger entre la muerte por hambre o por frío. Durante ocho días, esos tres hombres cobijados en una pequeña tienda en medio de un mundo primitivo y blanco luchan contra el inevitable final. El 29 de marzo saben ya que ningún milagro puede salvarlos. Resuelven no dar un solo paso más para evitar la fatalidad y afrontar con orgullo la muerte como cualquier otra desgracia. Se acurrucan en sus sacos y de sus últimos sufrimientos ni una queja ha trascendido al mundo.

LAS CARTAS DEL MORIBUNDO

En ese momento, aislado frente a una muerte invisible y sin embargo tan próxima que puede percibir su aliento, mientras afuera el huracán choca contra las finas paredes de la tienda, como si estuviera delirando, el capitán Scott se acuerda de todas aquellas personas a las que está unido. Solo, en medio del silencio más gélido que un ser humano haya respirado jamás, es heroicamente consciente de la fraternidad que le vincula a su nación, a toda la humanidad. La íntima Fata Morgana del espíritu conjura en ese desierto blanco las imágenes de todos aquellos que alguna vez estuvieron unidos a él por el amor, la fidelidad o la amistad, y él les dirige la palabra. Con los dedos cada vez más rígidos, el capitán Scott escribe. En el momento de su muerte, escribe cartas para todos aquellos a los que ama.

Y esas cartas son admirables. En ellas, todo lo que no tiene importancia desaparece ante la proximidad majestuosa de la muerte. El aire cristalino de ese cielo sin vida parece haber calado en ellas. Dirigidas a unas personas concretas, hablan en cambio a la humanidad entera. Escritas en un momento determinado, hablan para la eternidad.

Escribe a su mujer. Le encomienda el más importante legado, cuidar de su hijo. Y que ante todo le preserve de la indolencia. Tras haber prestado uno de los más nobles servicios a la historia universal, confiesa de sí mismo: «Como sabes, yo mismo hube de dominarme para ser un hombre esforzado. Siempre tuve inclinación a la pereza». A un palmo de la muerte, ensalza, en lugar de lamentar, su decisión. «Cuánto podría contarte de este viaje. Y

cuánto mejor fue emprenderlo, en lugar de quedarme sentado en casa disfrutando de una excesiva comodidad».

Y, dando muestras del más fiel compañerismo, escribe a la mujer y a la madre de aquellos que comparten su infortunio, de aquellos que con él han encontrado la muerte, para dar fe de su heroísmo. Siendo él mismo un moribundo, consuela a los familiares de los otros con la fuerza sobrehumana que le confiere el presentir la grandeza del momento y lo memorable de esa muerte.

Y escribe a los amigos. Humilde con respecto a sí mismo, pero con un espléndido orgullo con respecto a toda la nación, de la que lleno de entusiasmo en ese momento se siente hijo, un digno hijo. «No sé si he sido un gran explorador», reconoce, «pero nuestro fin será testimonio de que en nuestra raza aún no han desaparecido ni el espíritu del valor, ni la fuerza para resistir el sufrimiento». Y lo que la rigidez propia de la virilidad, lo que el pudor espiritual le ha impedido decir durante toda su vida, esa confesión de amistad se la arranca la muerte. «En toda mi vida no he encontrado otro hombre», escribe a su mejor amigo, «al que haya admirado y querido tanto como a usted, aunque nunca pude demostrarle lo que su amistad significaba para mí, pues usted tenía mucho que dar y yo nada».

Y escribe una última carta, la más hermosa de todas, a la nación inglesa. Se siente obligado a dar cuenta de que en esa lucha por la gloria ha sido vencido sin tener culpa alguna. Enumera los contratiempos que se han conjurado en su contra y con una voz, a la que el eco de la muerte otorga un espléndido dramatismo, hace un llamamiento a todos los ingleses para que no abandonen a sus familias. Su último pensamiento va más allá de su propio destino. Sus últimas palabras no hablan de su muerte, sino de la vida ajena: «¡Por el amor de Dios, ocupaos de nuestros deudos!» El resto de las páginas están vacías.

Hasta el último momento, hasta que sus dedos se congelaron y el lápiz se le escurrió de las manos entumecidas, el capitán Scott siguió anotando en su diario. La esperanza de que junto a su cadáver encontraran aquellas páginas, que podrían dar testimonio de su propio valor y del de la raza inglesa, le dio fuerzas para realizar ese esfuerzo sobrehumano. Por último, sus dedos ateridos aún tiemblan con un deseo: «¡Envíen este diario a mi esposa!» Pero

después su mano, con una cruel certeza, tacha esa expresión, «mi esposa», y sobre ella escribe otra terrible, «mi viuda».

LA RESPUESTA

Semanas enteras esperaron sus compañeros en la cabaña. Al principio, llenos de confianza. Después, ligeramente preocupados. Por fin, con creciente desasosiego. En dos ocasiones enviaron expediciones en su ayuda, pero el tiempo, con su látigo, les obligó a darse la vuelta. Durante el largo invierno aquellos hombres sin jefe permanecieron sin nada que hacer en la cabaña, mientras, negra, la sombra de la catástrofe se cernía sobre sus corazones. En esos meses, el destino y la hazaña del capitán Robert Scott quedaron encerrados en la nieve y en el silencio. El hielo los mantuvo sellados en un ataúd de cristal. Sólo el 29 de octubre, en la primavera polar, partió una expedición para encontrar al menos los cadáveres de los héroes y sus mensajes. El 12 de noviembre hallaron los cuerpos congelados en sus sacos de dormir. Y a Scott, que, en el momento de morir, había abrazado a su compañero Wilson. Encontraron las cartas, los documentos, y cavaron una tumba para tan trágicos héroes. Una negra y sencilla cruz sobre un montículo de nieve se alza ahora solitaria en ese mundo de blancura, bajo el que se oculta para siempre un testimonio del heroico esfuerzo de la humanidad.

¡Pero no! Sus hazañas conocen una resurrección, inesperada y prodigiosa. ¡Maravilloso milagro de la técnica del mundo moderno! Los amigos traen de vuelta las placas y las películas. En un baño químico se revelan las imágenes. Y una vez más se ve a Scott avanzando con sus compañeros. Y el paisaje del Polo, que, aparte de ellos, sólo contemplara aquel otro, Amundsen. Por los hilos del telégrafo, sus palabras y el mensaje contenido en sus cartas saltan a un mundo que se muestra admirado. En la catedral del imperio, el rey se arrodilla en homenaje a los héroes. De ese modo, lo que parecía estéril, fructifica de nuevo; lo que se había perdido, se convierte en una fragorosa llamada a la humanidad para que tense sus energías con el fin de lograr lo inalcanzable. En un soberbio juego de contrastes, a partir de una muerte heroica, la vida renace intensificada. Del ocaso, la voluntad de remontarse hacia el infinito. Pues la ambición sólo se inflama ante lo azaroso del éxito y el logro

fácil, pero nada eleva el corazón de modo tan espléndido como la caída de un hombre en lucha contra el predominio invencible del destino. Esa es la más grandiosa tragedia de todos los tiempos, la que de cuando en cuando logra crear algún poeta, y la vida miles de veces.

EL TREN SELLADO
LENIN, 9 DE ABRIL DE 1917

EL HOMBRE QUE VIVE EN CASA DEL ZAPATERO REMENDÓN

El pequeño remanso de paz de Suiza, por todas partes azotado por la marea viva de la guerra mundial, se convierte durante los años de 1915, 1916, 1917 y 1918, sin interrupción, en el escenario de una emocionante novela policíaca. En los hoteles de lujo, los enviados de las potencias enemigas, que hace un año jugaban amistosamente al *bridge* y se invitaban unos a otros a sus respectivas casas, se cruzan ahora fríamente y como si no se conocieran de nada. De sus habitaciones se escurre todo un enjambre de impenetrables figuras. Delegados, secretarios, agregados, comerciantes, damas cubiertas o descubiertas, todos ellos con encargos misteriosos. Delante de los hoteles estacionan lujosos automóviles con emblemas extranjeros, de los que se bajan industriales, reporteros, grandes músicos y turistas aparentemente ocasionales. Pero casi todos tienen una única misión: enterarse de algo, atisbar algo. Y tanto el mozo que les acompaña hasta las habitaciones como la chica que las limpia, son instigados a observar, a estar al acecho. Por todas partes, las organizaciones actúan unas contra otras. En las fondas, en las pensiones, en las oficinas de correos, en los cafés. Lo que se denomina propaganda es la mitad de las veces espionaje. Lo que adopta el aire del amor, traición. Y cada negocio al descubierto de cualquiera de esos apresurados forasteros encubre un segundo y un tercero. Todo es notificado. Todo, controlado. En cuanto un alemán de cierto rango entra en Zúrich, ya lo sabe la embajada rival en Berna. Y una hora después, la de París. Día tras día, los pequeños y grandes agentes envían volúmenes enteros de informes auténticos o

falsos a los agregados. Y éstos los reexpiden. Todas las paredes son de cristal. Los teléfonos están intervenidos. Con el contenido de las papeleras y el de las hojas de papel secante se reconstruye cualquier correspondencia. Y al final la confusión llega hasta el absurdo de que muchos no saben ya lo que son: si cazadores o cazados, espías o espiados, traicionados o traidores.

Únicamente sobre un hombre hay pocos informes en aquellos días. Tal vez porque pasa desapercibido y porque no se aloja en los hoteles elegantes, ni se sienta en los cafés, ni asiste a las sesiones de propaganda, sino que con su mujer vive por completo retirado en casa de un zapatero remendón. Se aloja justo detrás del Limmat, en la estrecha, vieja y retorcida Spiegelgasse, en el segundo piso de una de esas sólidas casas de techos abovedados de la parte antigua de la ciudad, ahumada en parte por el tiempo, en parte por la pequeña fábrica de embutidos que se encuentra en el patio. La mujer de un panadero, un italiano y un actor austriaco son sus vecinos. Lo que saben de él los inquilinos de la casa es que no es muy hablador. Y poco más. Que es ruso y que su nombre resulta difícil de pronunciar. Que hace muchos años huyó de su patria y que no dispone de grandes riquezas, ni está metido en ningún negocio lucrativo, lo sabe la patrona por las frugales comidas y el gastado guardarropa de la pareja, que con todos sus enseres apenas llenan el pequeño cesto que traían consigo cuando llegaron.

Ese pequeño hombre bajo y corpulento es tan poco llamativo y vive tan discretamente como le es posible. Evita la sociedad. Rara vez se encuentran los vecinos con la mirada penetrante y oscura de sus estrechos ojos. Rara vez tiene visita. Pero con regularidad, día tras día, todas las mañanas hacia las nueve, va a la biblioteca y se queda allí hasta que dan las doce. Justo diez minutos después de las doce está otra vez en casa. Y diez minutos antes de que dé la una abandona la casa, para otra vez llegar el primero a la biblioteca, donde se queda hasta las seis de la tarde. Pero como las agencias de noticias sólo prestan atención a la gente que habla mucho y no saben que los hombres solitarios, que siempre están leyendo y aprendiendo, son los más peligrosos a la hora de revolucionar el mundo, nadie escribe un solo informe sobre ese hombre que pasa desapercibido y que vive en casa del zapatero remendón. En los círculos socialistas, por otra parte, se tiene puntual información

sobre él. Que ha sido redactor en Londres de una pequeña y radical revista rusa de la emigración y que en San Petersburgo se le considera el líder de algún extraordinario partido de nombre impronunciable. Pero como habla con dureza y desdén de los más prestigiosos miembros del partido y declara que sus métodos son equivocados, como se muestra inabordable y por lo tanto inconciliable, no se preocupan demasiado por él. A las asambleas que organiza algunas noches en un café proletario asisten a lo sumo entre quince y veinte personas, en su mayoría jóvenes. Y así, se tolera a este hombre huraño como a todos los emigrantes rusos, que se calientan la cabeza con mucho té e infinitas discusiones. Nadie tiene al pequeño hombre de frente estrecha por influyente. Ni tres docenas de personas en Zúrich consideran importante aprenderse el nombre de ese tal Vladímir Ilich Uliánov, el hombre que vive donde el zapatero remendón. Y si entonces uno de esos flamantes automóviles que en muy poco tiempo corren a toda velocidad de una embajada a otra, hubiera atropellado a ese hombre en la calle, dejándole muerto, el mundo no lo conocería, ni bajo el nombre de Uliánov ni bajo aquel otro de Lenin.

CONSUMACIÓN…

Un día, el 15 de marzo de 1917, el encargado de la biblioteca de Zúrich se queda perplejo. Las agujas marcan las nueve y el lugar en el que todos los días se sienta el más puntual entre todos los que sacan libros en préstamo está vacío. Dan las nueve y media, las diez. El incansable lector no viene. Y no vendrá nunca más, pues en el camino hacia la biblioteca un amigo ruso le ha abordado, mejor dicho, le ha asaltado con la noticia de que en Rusia ha estallado la revolución.

Al principio, Lenin no puede creerlo. Está como aturdido por la noticia. Pero después con sus pequeños y precisos pasos corre al asalto del quiosco a la orilla del lago. Y tanto allí como ante la redacción del periódico espera hora tras hora, día tras día. Es cierto. La noticia es cierta, y cada día que pasa es para él más espléndidamente cierta. Al principio, sólo el rumor de una revolución palaciega y aparentemente sólo un cambio de ministros. Después, la deposición de los zares, la implantación de un gobierno

provisional, la Duma, la libertad rusa, la amnistía de los presos políticos. Todo aquello con lo que ha soñado durante años. Todo aquello por lo que desde hace veinte años ha trabajado en una organización secreta, en el calabozo, en Siberia, en el exilio, se ha consumado por fin. Y por una vez le parece que los millones de muertos que esa guerra ha exigido no han muerto en vano. Ya no le parecen víctimas sin sentido, sino mártires del nuevo reino de la libertad, de la justicia y de la paz eterna que ahora despunta. Este visionario, por lo general sereno, frío y calculador, se siente como si estuviera bebido. Y cómo se estremecen y gritan de júbilo otros cientos de emigrantes en sus humildes viviendas de Ginebra, de Lausana y de Berna con la buena noticia. ¡Pueden volver a Rusia! Pueden volver sin pasaportes ni nombres falsos y sin poner en peligro su vida, como ciudadanos libres. Y no al imperio de los zares, sino a un país libre. Ya preparan su escaso equipaje, pues en los periódicos aparece este lacónico mensaje de Gorki: «¡Volved todos a casa!» De todas partes envían cartas y telegramas. ¡Volved a casa! ¡Volved a casa! ¡Agrupaos! ¡Uníos! Para empeñar de nuevo su vida en la obra a la que se han dedicado desde el momento en que tuvieron uso de razón: la revolución rusa.

… Y DECEPCIÓN

Pero al cabo de unos días tienen que reconocer consternados que la revolución rusa, cuya noticia ha elevado sus corazones como con aleteos de águila, no es la revolución con la que soñaban, ni tampoco una revolución rusa. Ha sido un motín palaciego contra los zares, urdido por diplomáticos ingleses y franceses para impedir que los zares firmaran la paz con Alemania. Tampoco se trata de la revolución del pueblo, que quiere esa paz y sus derechos. No es la revolución para la que han vivido y por la que están dispuestos a morir, sino una intriga de los partidos en guerra, de los imperialistas y de los generales que no quieren verse contrariados en sus planes. Lenin y los suyos pronto reconocen que aquella promesa de que todos tenían que regresar, no vale para quienes desean la verdadera, la radical revolución marxista. Miliukov y los otros liberales ya se han encargado de impedirles el regreso. Y mientras los moderados, los socialistas como Plejánov, útiles para

una prolongación de las hostilidades, son trasladados de la manera más amable por Inglaterra con torpederos y con escolta de honor hasta San Petersburgo, Trotski es retenido en Halifax y los demás radicales, en la frontera. En las fronteras de todos los estados de la Entente hay listas negras con los nombres de todos aquellos que han participado en el Congreso de la III Internacional en Zimmerwald. Desesperado, Lenin envía telegrama tras telegrama a San Petersburgo, pero son interceptados o quedan sin despachar. Lo que no saben en Zúrich y prácticamente nadie en toda Europa, lo saben muy bien en Rusia: lo fuerte, lo enérgico, lo perseverante y mortalmente peligroso que resulta Vladímir Ilich Lenin para sus adversarios.

La desesperación de los que, impotentes, están retenidos no tiene límite. Desde hace años y años han proyectado estratégicamente su revolución rusa en incontables reuniones del alto Estado Mayor en Londres, París, Viena. Han evaluado, probado de antemano y discutido a fondo cada detalle de la organización. Durante decenios, en sus revistas han sopesado una por una las dificultades, los riesgos, las posibilidades, tanto desde el punto de vista teórico como práctico. Toda su vida este hombre ha meditado minuciosamente un complejo de ideas, revisándolo una y otra vez y llevándolo a las más terminantes formulaciones. Y ahora, como él está retenido aquí, en Suiza, quienes han puesto la idea sagrada de la liberación del pueblo al servicio de naciones e intereses extranjeros aguarán y echarán a perder su revolución. En una curiosa analogía, Lenin vive en esos momentos el mismo destino que Hindenburg durante los primeros días de la guerra, que estuvo durante cuarenta años operando y ejercitando a las tropas para la campaña rusa y que cuando estalló la guerra tuvo que quedarse en casa, vestido de civil, marcando con banderines en un mapa los progresos y errores de los generales movilizados. En esos días de desesperación, Lenin, por lo general un férreo realista, pondera y da vueltas a los más disparatados y fantásticos sueños. ¿No podría ir al aeropuerto y sobrevolar Alemania o Austria? Pero ya el primero que se ofrece a prestarle ayuda, se revela como un espía. Las ideas de fuga son cada vez más descabelladas y más confusas. Escribe a Suecia para que le faciliten un pasaporte sueco, pretendiendo hacerse pasar por mudo, para no tener que dar ninguna

información. Claro está que a la mañana siguiente, tras todas esas noches de desvarío, Lenin se reconoce siempre a sí mismo que son alucinaciones irrealizables. Pero, esto lo sabe también a pleno día, tiene que regresar a Rusia, tiene que hacer su revolución, en lugar de la de los otros. La verdadera y justa, en lugar de la política. Tiene que regresar, y pronto, a Rusia. Regresar, ¡cueste lo que cueste!

A TRAVÉS DE ALEMANIA, ¿SÍ O NO?

Suiza está encajonada entre Italia, Francia, Alemania y Austria. Como revolucionario, Lenin tiene a través de los países aliados el camino cortado. Como súbdito ruso, miembro, por tanto, de una potencia enemiga, por Alemania y Austria. Pero se produce una situación absurda y es que a Lenin le cabe esperar más facilidades por parte del emperador alemán que del ruso Miliukov o del francés Poincaré. Alemania, en vísperas de la declaración de guerra por parte de Estados Unidos, necesita la paz con Rusia a cualquier precio. Así, un revolucionario, que crea allí dificultades a los representantes de Inglaterra y de Francia, no puede ser para ellos más que un oportuno colaborador.

Pero ese paso supone una enorme responsabilidad: entablar de repente negociaciones con la Alemania imperial, a la que en sus escritos ha denostado y amenazado cientos de veces. Pues hasta la fecha, poner el pie en un país rival y cruzarlo, en mitad de la guerra y con el consentimiento del Estado Mayor enemigo, desde el punto de vista moral es por supuesto alta traición. Y Lenin, sin duda alguna, tiene que saber que con ello primeramente compromete a su propio partido y a su causa; que será sospechoso, que será enviado a Rusia como agente contratado y pagado por el gobierno alemán y que, en caso de que pueda poner en práctica su programa de una paz inmediata, la Historia le cargará eternamente con la culpa de haber impedido que Rusia obtuviera la auténtica paz, la de la victoria. Naturalmente, no sólo los revolucionarios más moderados, también la mayor parte de los correligionarios de Lenin, se quedan horrorizados al ver cómo hace pública su disposición a recurrir en caso necesario a esa vía, la más peligrosa y la más comprometedora de todas. Estupefactos, insisten en que hace

tiempo que se han establecido negociaciones con los socialdemócratas suizos para organizar la repatriación de los revolucionarios rusos por la vía legal y neutral del intercambio de prisioneros. Pero Lenin prevé lo tedioso de esa vía, con qué artificios y segundas intenciones el gobierno ruso retrasará su regreso hasta el infinito, cuando él sabe que cada día, cada minuto es decisivo. Sólo ve el objetivo, mientras que los demás, menos cínicos y menos audaces, no se atreven a cometer una acción que según todas las leyes vigentes y desde todos los puntos de vista es una traición. Pero Lenin, en el fondo de su alma, está decidido, y bajo su responsabilidad inicia personalmente las negociaciones con el gobierno alemán.

EL PACTO

Precisamente porque es consciente de lo sensacional y provocativo de su paso, Lenin procede con la mayor franqueza posible. A instancias suyas, el secretario del sindicato suizo Fritz Platten se presenta ante el representante diplomático alemán, que ya antes ha negociado con los emigrantes rusos en general, y le expone las condiciones de Lenin. Y es que ese insignificante y desconocido refugiado, como si pudiera presentir su autoridad futura, en modo alguno hace una petición al gobierno alemán, sino que presenta las condiciones bajo las cuales los viajeros estarían dispuestos a aceptar la amabilidad del gobierno alemán: que se reconozca al vehículo en el que viajen el derecho de extraterritorialidad; que ni a la entrada ni a la salida se podrán practicar controles de pasaporte o de personas; que ellos mismos pagarán su viaje según las tarifas normales; y que no se podrá ordenar, así como tampoco llevar a cabo por propia iniciativa, el abandono del vehículo. El ministro Romberg transmite estas noticias que llegan a manos de Ludendorff, quien sin duda alguna las apoya, si bien en sus memorias no se encuentra una sola palabra sobre esa decisión histórica, tal vez la más importante de su vida. En algunos detalles, el ministro trata de conseguir algunos cambios, pues Lenin ha redactado el expediente a propósito de un modo tan ambiguo que en el tren no sólo podrían viajar los rusos de manera incontrolada, sino también un austriaco como Radek. Pero, al igual que Lenin, también el gobierno alemán

tiene prisa, pues ese mismo día, el 5 de abril, los Estados Unidos de América declaran la guerra a Alemania.

Y así, el 6 de abril al mediodía, Fritz Platten recibe esta curiosa respuesta: «Asunto dispuesto según lo deseado». El 9 de abril de 1917, a las dos y media, desde el restaurante Zähringerhof una pequeña tropa de gente mal vestida y cargada de maletas se dirige a la estación de Zúrich. En total son treinta y dos personas, incluyendo mujeres y niños. De los hombres, sólo han quedado los nombres de Lenin, Sinoviev y Radek. Todos juntos han tomado un frugal almuerzo. Y juntos han firmado un documento en el que afirman conocer el comunicado del *Petit Parisien*, según el cual el gobierno provisional ruso tiene intención de tratar como reos de alta traición a las personas que viajen a través de Alemania. Con letra torpe y poco fluida han firmado que ellos mismos cargan con toda la responsabilidad de ese viaje y que han admitido las condiciones. En silencio, decididos, se preparan para el histórico viaje.

Su llegada a la estación apenas se nota. No han acudido reporteros ni fotógrafos, pues ¿quién conoce en Suiza a ese tal Uliánov, que con el sombrero aplastado, envuelto en un abrigo raído y con unas pesadas y ridículas botas de montaña —las lleva hasta Suecia—, en medio de una tropa de hombres y mujeres cargados con cajas y cestos, silencioso y sin llamar la atención, busca un asiento en el tren? Esas gentes no son muy distintas de los incontables emigrantes que, desde Yugoslavia, Rutenia o Rumanía, suelen sentarse aquí en Zúrich sobre sus baúles de madera, para descansar durante un par de horas, antes de que les obliguen a continuar viaje hasta el litoral francés y de allí a ultramar. El Partido Obrero Suizo, que desaprueba la salida de esos hombres, no ha enviado a ningún representante. Sólo han venido unos cuantos rusos para enviar saludos y algunos víveres a la patria. Otros, para, en el último momento, persuadir a Lenin para que no haga «el insensato y criminal viaje». Pero la decisión está tomada. A las tres y diez, el revisor da la señal. Y el tren se pone en marcha en dirección a Gottmadingen, la estación fronteriza alemana. Las tres y diez. Desde ese momento, el reloj del mundo da la hora con otro ritmo.

EL TREN PRECINTADO

Durante la guerra mundial millones de balas alcanzaron su objetivo. Los ingenieros idearon los proyectiles más violentos, más potentes y de más largo alcance. Pero ninguno lo tuvo mayor ni fue más decisivo para la historia reciente que ese tren que, cargado con los más peligrosos y más decididos revolucionarios del siglo y procedente de la frontera suiza, atraviesa silbando toda Alemania, para llegar a San Petersburgo y allí hacer que el orden de la época salte en pedazos.

Ese singular proyectil se encuentra en Gottmadingen, sobre los raíles. Un coche de segunda y de tercera, en el que las mujeres y los niños ocupan la segunda y los hombres la tercera. Una raya en el suelo hecha con tiza marca la zona neutral de soberanía rusa frente al compartimiento de los dos oficiales alemanes que acompañan a ese transporte de ecrasita viva. El tren avanza durante la noche sin contratiempos. Sólo en Frankfurt es asaltado de pronto por soldados alemanes que han oído hablar del paso de los revolucionarios rusos. En otra ocasión, se aborta un intento de los socialdemócratas alemanes de comunicarse con los viajeros. Lenin sabe las sospechas que infundirá si, estando en suelo alemán, intercambia una sola palabra con un ciudadano de ese país. En Suecia les dan una solemne bienvenida. Muertos de hambre, se abalanzan sobre la mesa del desayuno que les han preparado los suecos y cuyo *smörgas* les parece un increíble milagro. Y ahora Lenin tiene que dejar que le compren unos zapatos, en lugar de sus pesadas botas, y un par de trajes. Por fin han alcanzado la frontera rusa.

EL PROYECTIL ALCANZA SU OBJETIVO

El primer gesto de Lenin en suelo ruso es característico. No se fija en las personas, sino que antes que nada se lanza sobre los periódicos. Durante catorce años no ha pisado Rusia, no ha visto su tierra, ni la bandera, ni el uniforme de los soldados. Pero, a diferencia de los otros, a este inquebrantable ideólogo no se le saltan las lágrimas. No abraza, como las mujeres, a los desprevenidos soldados, a los que cogen por sorpresa. El periódico.

Primero, el periódico, el *Pravda*, para comprobar si el diario, su diario, se atiene de modo suficientemente resuelto a la opinión internacional. Con rabia, arruga el periódico. No, aún no. Aún hay demasiada patriotería, demasiado patriotismo. Aún no hay, desde su punto de vista, suficiente revolución pura. Siente que es el momento de cambiar el rumbo y de hacer avanzar la idea de su vida para triunfar o sucumbir. Pero, ¿es el momento? Última preocupación, último temor. En Petrogrado —que así se llama aún la ciudad, aunque ya no por mucho tiempo—, ¿no hará Miliukov que le encierren enseguida? Los amigos, que han viajado con él en el tren, Kámenev y Stalin, muestran una singular y misteriosa sonrisa en el oscuro compartimiento de tercera clase, iluminado por un vacilante cabo de vela. No contestan. O no quieren contestar.

Pero la respuesta que entonces le da la realidad no tiene precedentes. Cuando el tren entra en la estación finlandesa, en la enorme explanada delantera hay cientos de miles de trabajadores. Guardias de honor de todos los batallones y regimientos aguardan al que regresa del exilio. Suena *La Internacional*. Y cuando aparece Vladímir Ilich Uliánov, el hombre que antes de ayer aún vivía en casa del zapatero remendón, es agarrado por cientos de manos y subido a un tanque. Desde las casas y desde la fortaleza, los proyectores le enfocan a él, que desde el carro blindado dirige su primer discurso al pueblo. Las calles tiemblan. Y pronto empiezan los «diez días que conmocionaron el mundo». El proyectil ha alcanzado y destruido un imperio, un mundo.

WILSON FRACASA
15 DE ABRIL DE 1919

El 13 de diciembre de 1918, el *George Washington*, un imponente vapor, pone rumbo a la costa europea con el presidente Woodrow Wilson a bordo. Jamás, desde el comienzo de los tiempos, a un solo barco, a un solo hombre, le han esperado tantos millones de personas con tanta ilusión y tanta confianza. Durante cuatro años las naciones europeas se han devastado unas a otras. Con ametralladoras y cañones, con lanzallamas y gases tóxicos, han asesinado a cientos de miles de entre sus mejores jóvenes, en la flor de la edad. Durante cuatro años no se han dirigido ni escrito más que palabras llenas de odio y de veneno. Pero toda esa enconada irritación no pudo acallar una voz interior, según la cual lo que hacían, lo que decían, era, además de absurdo, una deshonra para nuestro siglo. Esos millones de seres humanos, consciente o inconscientemente, tenían la oscura sensación de que la humanidad había retrocedido a los confusos siglos de barbarie que hacía tiempo se consideraban olvidados.

Entonces, del otro extremo del mundo, desde América, había llegado esa voz que con claridad y por encima de los campos de batalla aún humeantes había exigido: «Nunca más una guerra». Nunca más la discordia. Nunca más la vieja y criminal diplomacia secreta —que sin su conocimiento y sin contar con su voluntad empujó a los pueblos al matadero— sino un nuevo orden del mundo, uno mejor, basado en el dominio de la ley fundada en el consentimiento de los gobernados y apoyada por la opinión organizada de la humanidad («the reign of law, based upon the consent of the governed and sustained by the organised opinion of mankind»). Y es prodigioso, en todos los países, en todas las lenguas, esa voz es comprendida de inmediato. La guerra, aún ayer una rencilla sin sentido en torno a unas cuantas comarcas,

en torno a unas fronteras, en torno a materias primas, minas o campos de petróleo, ha cobrado de pronto un sentido más elevado, un sentido casi religioso: la paz eterna, el mesiánico reino de la justicia y del humanitarismo. De pronto la sangre de millones de personas ya no parece haber sido derramada en vano. Esa generación ha sufrido únicamente para que nunca más en nuestra Tierra sobrevenga semejante sufrimiento. Cientos de miles, millones de voces, arrastradas por el delirio de la confianza, llaman a ese hombre. Él, Wilson, tiene que establecer la paz entre vencedores y vencidos, para que sea una paz justa. Él, Wilson, como un nuevo Moisés, ha de traer las tablas de una nueva alianza entre los pueblos descarriados. En pocas semanas, el nombre de Woodrow Wilson adquiere un poder religioso, mesiánico. A muchas calles y edificios, a muchos niños, se les pone su nombre. Cualquier pueblo que se siente en apuros o se considera perjudicado, le envía sus delegados. Las cartas, los telegramas con propuestas, peticiones, súplicas, venidos desde los cinco continentes, se amontonan a millares. El barco que se dirige a Europa lleva cajas enteras. Todo un continente, toda la Tierra al unísono, reclama a ese hombre para que actúe como árbitro de su última contienda antes de la reconciliación con la que sueñan, antes de la reconciliación definitiva.

Y Wilson no puede resistirse a la llamada. Sus amigos en América le desaconsejan que viaje para asistir en persona a la conferencia de paz. Como presidente de los Estados Unidos tiene la obligación de no abandonar su país y dirigir las negociaciones preferiblemente desde lejos. Pero Woodrow Wilson no se deja convencer. Hasta la más alta dignidad en su país, la presidencia de los Estados Unidos, le parece poco comparada con la misión que se solicita de él. No quiere servir a un país, a un continente, sino a la humanidad entera. No a ese instante, sino a un futuro mejor. No quiere representar egoístamente los intereses de América, sino el beneficio de todos, pues el interés no une a los hombres, el interés los separa («interest does not bind men together, interest separates men»). Él mismo, así lo siente, tiene que velar para que una vez más los militares y los diplomáticos, para cuyo funesto oficio la unidad de la humanidad supondría una sentencia de muerte, no se apoderen de los ánimos nacionales. Él mismo en

persona tiene que erigirse en garante para que se imponga la voluntad del pueblo, antes que la de sus líderes («the will of the people rather than of their leaders»). Y cada palabra en ese congreso de paz, el último, el definitivo para la humanidad, debe expresarse con las puertas y las ventanas abiertas, ante el mundo entero.

Y así Wilson se encuentra en el barco, contemplando la costa europea que, inestable y deforme como su propio sueño de una futura hermandad entre los pueblos, surge de entre la niebla. Está de pie, un hombre espigado, de rostro imperturbable. La mirada, tras las gafas, es penetrante y serena. La barbilla prominente, con una energía típicamente americana, aunque los labios, carnosos, permanecen cerrados. Hijo y nieto de pastores presbiterianos, tiene la severidad y la rigidez de esos hombres para los que no existe más que una verdad y que están seguros de conocerla. Lleva en la sangre el ardor de todos sus piadosos antepasados escoceses e irlandeses y el celo de la fe calvinista, que impone al jefe y al maestro la tarea de salvar a la humanidad pecadora. Inquebrantable, actúa en él la obstinación de los herejes y de los mártires, que preferían ser quemados por sus convicciones antes que apartarse lo más mínimo de la Biblia. Para él, el demócrata, el instruido, los términos «compasión», «humanidad», «libertad», «paz», «derechos humanos», no son palabras frías, sino lo que para sus padres el *gospel*. No se trata para él de términos ideológicos, vagos, representan artículos de fe, que está decidido a defender sílaba por sílaba, como sus antepasados el Evangelio. Ha participado en muchas luchas, pero ésta, y él lo percibe en cuanto contempla el continente europeo que se aclara cada vez más ante su vista, será la definitiva. Instintivamente, sus músculos se tensan para luchar por el nuevo orden, de común acuerdo si es posible, por las malas si es necesario («to fight for the new order, agreeably if we can, disagreeably if we must»).

Pero pronto se afloja la severidad de su mirada. Los cañones, las banderas que le dan la bienvenida en el puerto de Brest, no hacen más que honrar según lo prescrito al presidente de la república aliada, pero el clamor que llega hasta él desde la orilla no es, se da cuenta, un recibimiento dispuesto, organizado, no se trata de un júbilo arreglado de antemano, sino del ardiente entusiasmo de todo

un pueblo. Por donde pasa la comitiva, en cada pueblo, en cada caserío, en cada casa, se agitan las banderas, las llamas de la esperanza. Las manos se extienden hacia él; las voces rugen en torno a él. Y cuando recorre los Campos Elíseos en París, por las paredes que parecen cobrar vida se derraman cascadas de entusiasmo. El pueblo de París, el pueblo de Francia, símbolo de todos los remotos pueblos de Europa, grita regocijado, sale a su encuentro lleno de expectación. Su rostro se relaja cada vez más. Una sonrisa franca, dichosa, de embriaguez casi, descubre sus dientes, y él agita el sombrero hacia la derecha, hacia la izquierda, como si quisiera saludarlos a todos, al mundo entero. Sí, ha hecho bien viniendo en persona. Sólo una voluntad activa puede triunfar sobre la rígida ley. ¿No es posible, no es un deber crear para siempre y para todos los hombres ciudades tan dichosas como ésta, una humanidad tan llena de esperanza? Sólo una noche de tranquilidad y descanso, y después, mañana mismo, manos a la obra, para dar al mundo la paz con la que ha soñado desde hace miles de años, y con ello realizar la hazaña más grande que un mortal haya llevado a cabo jamás.

Ante el palacio que le ha asignado el gobierno francés, en las galerías del Ministerio de Asuntos Exteriores, ante el Hotel de Crillon, el cuartel general de la delegación americana, se agolpan nerviosos los periodistas, por sí solos un ejército público. Sólo de Norteamérica han venido ciento cincuenta. Cada país, cada ciudad ha enviado sus corresponsales, y todos ellos reclaman tarjetas de entrada para todas las sesiones. ¡Para todas! Pues expresamente se ha prometido al mundo una completa transparencia, «complete publicity». Esta vez no debe haber ninguna sesión o acuerdo secreto. Palabra por palabra, el primer párrafo del punto catorce dice lo siguiente: Convenios de paz abiertos, alcanzados abiertamente, después de los cuales no deberán realizarse acuerdos internacionales secretos de ningún tipo («Open covenants of Peace, openly arrived at, after which there shall be no private international understandings of any kind».). La peste de la diplomacia secreta, que ha causado más muertos que todas las demás epidemias, debe suprimirse definitivamente por medio del nuevo suero de la negociación abierta, la «open diplomacy» de Wilson.

Para su decepción, los impacientes periodistas tropiezan con desconcertantes pretextos. Es seguro que se les admitirá a todos en las sesiones plenarias, y que las conclusiones y protocolos de esas reuniones —en realidad, resultado de una alquimia que los depura de cualquier tensión— se transmitirán íntegramente al mundo entero, pero de momento no pueden darles ninguna información, ya que lo primero es establecer el *modus procedendi*, el orden de las negociaciones. De inmediato, intuyen que está ocurriendo algo que vulnera lo acordado, aunque ignoran qué es lo que se trama. Ya en su primera discusión sobre los cuatro grandes, los «big four», Wilson percibe la resistencia de los aliados. No quieren transparencia, y con razón. En los mapas y en los archivos de todas las naciones beligerantes quedan testimonios de que la diplomacia secreta ha garantizado a cada uno su parte y su botín, de esos trapos sucios que uno sólo querría airear *in camera caritatis*, entre los íntimos. Por eso, para no comprometer la conferencia, hay que tratar y aclarar antes algunos asuntos a puerta cerrada. Pero no sólo no se alcanza un acuerdo en cuanto al *modus procedendi*, sino tampoco en un plano más profundo. En el fondo, la situación está del todo clara en ambos grupos, el americano y el europeo. Una postura clara a la derecha. Una postura clara a la izquierda. En esta conferencia no hay que firmar una paz, sino dos paces, dos tratados completamente distintos. Una de ellas, la paz inmediata, debe poner fin a la guerra con Alemania, que se ha rendido. La otra, la paz del futuro, debe imposibilitar para siempre la guerra. Por un lado, la paz al estilo antiguo, rigurosa. Por otro, la paz de nuevo cuño, el *Covenant* de Wilson, el convenio, que trata de fundar la Liga de Naciones. ¿Cuál de las dos ha de negociarse primero?

Aquí ambas visiones chocan fuertemente. Wilson no muestra demasiado interés en una paz temporal. La determinación de las fronteras, el pago de las indemnizaciones de guerra, las reparaciones, a su modo de ver, tienen que ser analizadas por los expertos y comisiones sobre la base de los principios establecidos en los catorce puntos. Se trata de un trabajo menor, complementario, de un trabajo para especialistas. En cambio, la misión de los estadistas de primer orden de todas las naciones es y debe ser establecer lo nuevo, lo que ha de venir, la unidad de naciones, la paz eterna. Para cada grupo lo prioritario es su modo de pensar. Los

aliados europeos reclaman, con razón, que a un mundo agotado y descompuesto tras cuatro años de guerra no se le debería hacer esperar durante meses para alcanzar la paz. Si no, el caos estallaría en Europa. Primero hay que poner en orden los asuntos prácticos, las fronteras, las indemnizaciones, enviar a los hombres, aún armados, de vuelta a sus hogares, con sus mujeres e hijos, estabilizar las monedas, reactivar el comercio y el tráfico, y sólo entonces, sobre un terreno consolidado, dejar que resplandezca la Fata Morgana de los proyectos de Wilson. Y al igual que él en el fondo de su alma no está interesado en la paz del momento, Clémenceau, Lloyd George o Sonnino, como expertos tácticos y prácticos, se muestran harto indiferentes a su demanda. Por cálculo político y en parte también por verdadera simpatía han rendido un aplauso a sus reclamaciones e ideas humanitarias, porque consciente o inconscientemente perciben la fuerza irresistible e irrefutable que un principio no egoísta ha de tener sobre sus pueblos. Por ello están dispuestos a discutir su proyecto, introduciendo ciertas reducciones y restricciones. Pero primero, la paz con Alemania para poner fin a la guerra. Después, el *Covenant*.

Wilson, por su parte, es lo suficientemente práctico para saber cómo una reclamación vital puede agotarse y desangrarse por culpa de las demoras. Bien sabe él cómo con dilatorias se hacen a un lado las interpelaciones molestas. No se llega a presidente de los Estados Unidos sólo gracias al idealismo. Por eso, inflexible, persiste en su tesis de que primero hay que redactar el *Covenant* e incluso exige que sea expresamente incluido en el tratado de paz con Alemania. A partir de esta demanda cristaliza un segundo conflicto, pues para los aliados implantar esos principios supone otorgar de antemano el inmerecido premio de los futuros principios humanitarios a una Alemania culpable, que con la invasión de Bélgica ha violado brutalmente el derecho público y que con el golpe del general Hoffmann en Brest-Litovsk ha dado el peor ejemplo de imposición por la fuerza. Primero, reclaman el ajuste de cuentas en la vieja y rígida moneda, sólo después se implantarán los nuevos métodos. Aún están los campos devastados y hay ciudades enteras destruidas. Para impresionar a Wilson, se le obliga a que los inspeccione en persona. Pero ese hombre poco práctico, el «impracticable man», consciente, ve más allá de las ruinas. Sólo mira al futuro. Y en lugar

de edificios destruidos, ve la construcción eterna. Su misión consiste en abolir el antiguo orden y establecer uno nuevo («to do away with an old order and establish a new one»). Imperturbable y rígido, a pesar de la protesta de sus propios asesores Lansing y House, se mantiene firme en su reclamación. Primero el *Covenant*. Primero la causa que afecta a la humanidad entera y sólo después los intereses de los distintos pueblos.

La lucha va a ser encarnizada y, lo que se revelará como funesto, se desperdicia mucho tiempo. Woodrow Wilson, por desgracia, se ha olvidado de otorgar a su sueño unos perfiles bien definidos. El proyecto del *Covenant* que él aporta en modo alguno ha sido formulado definitivamente, sino que es sólo un primer borrador, un «first draft», que hay que discutir, modificar, mejorar, fortalecer o reducir en incontables sesiones. Además, las reglas de cortesía exigen que después de París visite también las demás capitales de sus aliados. Wilson viaja por tanto a Londres, pronuncia un discurso en Manchester, viaja a Roma, y como en su ausencia los demás estadistas no llevan adelante su proyecto con verdadero entusiasmo, se pierde más de un mes entero antes de que se llegue a la primera sesión plenaria, un mes durante el cual en Hungría, en Rumanía, en Polonia, en el Báltico y en la frontera dálmata las tropas regulares y las de voluntarios luchan, ocupando países, mientras el hambre crece en Viena, y en Rusia la situación se agrava.

Pero incluso en esa primera sesión plenaria del 18 de enero sólo se dispone teóricamente que el *Covenant* debe ser una parte esencial del tratado de paz general («integral part of the general treaty of peace»). Una vez más no se redacta el documento. Una vez más circula de mano en mano provocando interminables discusiones y una redacción tras otra. Nuevamente transcurre un mes, un mes durante el cual Europa, que cada vez más impaciente desea una paz verdadera, una paz de hecho, sigue sumida en la más terrible inquietud. Sólo el 14 de febrero de 1919, tres meses después del armisticio, Wilson puede presentar el *Covenant* en su forma definitiva, la forma en la que también es aprobada unánimemente.

Una vez más, el mundo grita de júbilo. Ha triunfado la causa de Wilson: en el futuro la paz no habrá de ser garantizada por la fuerza de las armas y por el terror, sino a través del acuerdo y de la fe en

una justicia superior. Wilson es aclamado ardientemente cuando abandona el palacio. Una vez más, por última, contempla con una sonrisa de orgullo, la sonrisa agradecida de la felicidad, a la multitud que se apiña a su alrededor. Tras ese pueblo percibe a los otros; tras esa generación que tanto ha padecido percibe a las futuras generaciones que, gracias a su empeño por asegurar definitivamente la paz, no conocerán jamás el azote del autoritarismo, de la guerra, ni la humillación de una paz impuesta por la fuerza. Es su día más grande y a la vez su último día de felicidad, pues Wilson echó a perder su victoria al abandonar triunfalmente y antes de tiempo el campo de batalla. Al día siguiente, el 15 de febrero, regresa a América, para allí presentar a sus electores y compatriotas la Carta Magna de la paz eterna. Después debe volver para firmar la otra, la paz de la última guerra.

De nuevo los cañones retumban en señal de saludo cuando el *George Washington* zarpa de Brest, pero la multitud que allí se agolpa ya está más relajada y se muestra más indiferente. Cuando Wilson abandona Europa, la ferviente expectación, la esperanza mesiánica de los pueblos ha cedido ya en parte. También en Nueva York le espera un recibimiento más frío: no hay aviones revoloteando en torno al barco que regresa, no se escuchan impetuosos gritos de júbilo, y la acogida que le dispensan los propios ministerios, el Senado, el Congreso, el propio partido, el propio pueblo, es más bien recelosa. Europa está descontenta de que Wilson no haya ido lo bastante lejos. América lo está por todo lo contrario. Europa no parece estar lo suficientemente madura como para unir sus intereses contradictorios en un único interés común a la humanidad. En América sus adversarios políticos hacen campaña, con los ojos puestos ya en las próximas elecciones presidenciales, acusándole de haber unido políticamente el nuevo continente al europeo, agitado e impredecible, de un modo demasiado estrecho y sin autorización, y de haber infringido con ello el principio fundamental de la política nacional, la doctrina Monroe. Se le exhorta a que no olvide que no es el fundador de un futuro reino imaginario y que no tiene que pensar para las naciones extranjeras, sino en primer término en los americanos, que le han elegido por voluntad propia como su representante. De modo que Wilson, aún agotado por las negociaciones europeas, inicia nuevas

discusiones tanto con los miembros de su propio partido como con sus adversarios políticos. Y ante todo, en el soberbio edificio del *Covenant*, que él creía inviolable e inexpugnable, tiene que cerrar una puerta trasera: la peligrosa cláusula para la retirada de América de la alianza, por la que llegado el momento podría abandonarla («provision for withdrawal of America from the League»). Con ello se ha quitado la primera piedra del edificio de la Liga de Naciones, proyectado para toda la eternidad. Se ha abierto la primera grieta en el muro, una hendidura funesta, que será la causante de su derrumbamiento definitivo.

Como en Europa, Wilson impone ahora también en América su nueva Carta Magna de la humanidad, aun cuando con limitaciones y correcciones. Pero se trata sólo de una victoria a medias. Para cumplir con la segunda parte de su misión, Wilson regresa a Europa, aunque ya no tan libre, ni tan seguro de sí mismo como cuando salió de allí. De nuevo el barco pone rumbo al puerto de Brest. Ya no contempla la orilla con la misma mirada satisfecha y esperanzada. Está mayor y más cansado, porque en esas pocas semanas el desencanto le ha contraído el rostro, que aparece adusto, rígido. En torno a la boca comienza a perfilarse una expresión dura y obstinada. De vez en cuando, una contracción recorre la mejilla izquierda, presagio de la enfermedad que se cierne sobre él. El médico que le acompaña no pierde ocasión para recordarle que debe cuidarse. Le espera una nueva lucha, una lucha tal vez más dura. Sabe que es más difícil imponer principios que formularlos, pero está decidido a no sacrificar un solo punto de su programa. Todo o nada. La paz eterna o ninguna.

Ninguna muestra de júbilo, ni cuando desembarca, ni por las calles de París. Los periódicos se mantienen a la expectativa, fríos. Los hombres, prudentes y desconfiados. Una vez más las palabras de Goethe se han hecho realidad: «El entusiasmo no es un producto que se pueda conservar en salmuera por muchos años». En lugar de aprovechar el momento mientras le es favorable, en lugar de forjar según su voluntad el hierro cuando aún está al rojo, blando y maleable, Wilson deja que la disposición de Europa al idealismo se congele. El mes que ha estado ausente lo ha cambiado todo. Al mismo tiempo que él, Lloyd George se ha tomado unas vacaciones, abandonando la conferencia. Clémenceau, herido de bala en un

atentado, ha permanecido inactivo durante dos semanas. Y ese intervalo de descuido lo han aprovechado quienes representan intereses privados para introducirse en las salas de juntas de las comisiones. Los que han trabajado con más energía y de modo más peligroso son los militares. Todos los mariscales y generales, que durante cuatro años han ocupado el primer plano, cuyas palabras, cuyas decisiones, cuya arbitrariedad han obedecido cientos de miles de personas durante cuatro años, no están en ningún caso dispuestos a retirarse humildemente. Un *Covenant* que pretende arrebatarles el único medio que tienen para imponer su autoridad, los ejércitos, puesto que exige abolir el servicio activo y cualquier otra forma de servicio militar obligatorio («to abolish conscription and all other forms of compulsory military Service»), pone su existencia en peligro. Por eso, ese disparate de la paz eterna, que haría que su profesión no tuviera ningún sentido, ha de ser eliminado sin falta o desviado a una vía muerta. Amenazadores, exigen el rearme en lugar del desarme de Wilson, nuevas fronteras y garantías nacionales en lugar de la solución internacional. Con catorce puntos trazados en el aire no se puede asegurar el bienestar de un país. La única manera de hacerlo es armando el propio ejército y desarmando el del adversario. Tras los militaristas apremian los representantes de los grupos industriales, que mantienen en marcha sus empresas bélicas; los intermediarios, que quieren hacer dinero con las reparaciones de guerra. Los diplomáticos se muestran cada vez más indecisos. Cada uno de ellos, amenazado por la espalda por los partidos de la oposición, quiere ampliar su país añadiéndole un fértil pedazo de tierra. Un par de expertos toques en el teclado de la opinión pública y todos los periódicos europeos, secundados por los americanos, componen en todos los idiomas variaciones sobre un mismo tema: que Wilson con sus fantasías está aplazando la paz. Las utopías, en sí dignas de elogio y seguramente inspiradas en el espíritu del idealismo, impiden la consolidación de Europa. ¡No hay que perder más tiempo con reflexiones morales y consideraciones supramorales! Si no se firma la paz de inmediato, en Europa va a estallar el caos.

Por desgracia, esos reproches no son del todo injustificados. Wilson, que espera que su proyecto dure siglos, mide el tiempo de un modo distinto a como lo hacen los pueblos de Europa. Cuatro o

cinco meses le parecen poco para una misión que debe hacer realidad un sueño de miles de años. Pero entre tanto, por el Este de Europa avanzan cuerpos de voluntarios organizados por oscuros poderes, ocupando territorios. Comarcas enteras no saben aún a qué país pertenecen, ni a cual habrán de pertenecer. Las delegaciones alemanas y austriacas, tras cuatro semanas, aún no han sido recibidas. Tras las fronteras aún sin trazar, los pueblos se inquietan. Hay indicios claros de que por desesperación mañana Hungría, pasado mañana Alemania, se pondrán en manos de los bolcheviques. De modo que —apremian los diplomáticos— tienen que llegar rápidamente a algún resultado, a un acuerdo, justo o injusto, y antes que nada apartar a un lado todo aquello que se interpone en su camino. En primer lugar, el funesto *Covenant*.

La primera hora que Wilson pasa en París le basta para darse cuenta de que durante el mes que ha estado ausente todo lo que construyera en tres ha sido minado y amenaza con venirse abajo. El mariscal Foch casi ha conseguido que el *Covenant* desaparezca del tratado de paz. Los tres primeros meses parecen malgastados sin sentido, pero cuando se trata de algo decisivo, Wilson está resuelto a no retroceder ni un paso. Al día siguiente, el 15 de marzo, anuncia a través de la prensa que la resolución del 25 de enero sigue estando en vigor, que ese convenio será parte esencial del tratado de paz («that covenant is to be an integral part of the treaty of peace»). Esa declaración es el primer golpe contra el intento de concluir el tratado de paz con Alemania, no sobre la base de un nuevo *Covenant*, sino sobre la de los viejos acuerdos secretos entre los aliados. Ahora el presidente Wilson sabe muy bien qué es lo que los mismos poderes que han jurado respetar la autodeterminación de los pueblos, tienen intención de reclamar. Francia, Renania y el Sarre. Italia, Fiume y Dalmacia. Y Rumanía, Polonia y Checoslovaquia, su parte en el botín. Si él no se opone, una vez más la paz se pactará siguiendo los métodos de Napoleón, de Talleyrand y de Metternich que él ha censurado, y no según los principios propuestos por él y solemnemente aceptados.

Transcurren catorce días en una lucha exasperante. El propio Wilson no quiere conceder el Sarre a Francia, porque considera esa primera ruptura de la autodeterminación, la «self-determination», como un mal ejemplo para todas las demás pretensiones. De hecho,

Italia, que siente todas sus reclamaciones ligadas a esa primera ruptura, amenaza ya con abandonar la conferencia. La prensa francesa refuerza su fuego graneado, alertando de que el bolchevismo se abre paso desde Hungría y de que pronto, argumentan los aliados, arrasará el mundo. Incluso entre sus asesores más próximos, el coronel House y Robert Lansing, surge una oposición cada vez más palpable. Incluso ellos, sus antiguos amigos, le aconsejan que, en vista de la situación caótica en la que se encuentra el mundo, concierte rápidamente la paz y sacrifique un par de pretensiones idealistas. Contra Wilson se forma un frente unánime. Y desde América la opinión pública, atizada por sus enemigos y rivales políticos, le martillea por la espalda. En algunos momentos, Wilson se siente al borde de sus fuerzas y confiesa a un amigo que no puede resistir mucho tiempo solo frente a todos y que, en el caso de que no pueda imponer su voluntad, está decidido a abandonar la conferencia.

En medio de esta lucha contra todos le asalta aún un último enemigo, y desde dentro, desde su propio cuerpo. El 3 de abril, justo cuando la lucha entre la brutal realidad y el ideal aún sin desarrollar ha llegado al punto decisivo, Wilson no es capaz de mantenerse en pie. Un ataque de gripe obliga a este hombre de sesenta y tres años a permanecer en cama. Pero el tiempo apremia de modo aún más impetuoso que su sangre febril y no permite descansar al enfermo. Las catastróficas noticias caen como rayos desde un cielo oscurecido. El 5 de abril el comunismo llega al poder en Baviera. En Múnich se proclama la república soviética; y en cualquier momento Austria, hambrienta y rodeada por una Baviera y una Hungría bolcheviques, puede ser anexionada. Cada hora de resistencia aumenta la responsabilidad de ese único individuo frente a todo. Hasta en la cama se apremia y acosa al enfermo. En la habitación contigua deliberan Clémenceau, Lloyd George y el coronel House. Todos ellos están decididos. Hay que llegar a un acuerdo a cualquier precio. Y ese precio ha de pagarlo Wilson con sus reclamaciones, con sus ideales. Su paz duradera, su «lasting peace», debe —eso reclaman ahora todos unánimemente— posponerse, porque dificulta el camino para la paz real, la militar, la material.

Pero Wilson, cansado, rendido, minado por la enfermedad, por los

ataques en la prensa que le culpan de retrasar la paz, irritado, abandonado por sus propios asesores, asediado por los representantes de otros gobiernos, aún no se rinde. Siente que no puede desmentir sus propias palabras y que sólo luchará verdaderamente por esa paz cuando la haga coincidir con la paz no militar, la paz duradera, futura, cuando haya intentado hasta el extremo alcanzar para toda Europa un orden salvador, la «world federation». Recién salido de la cama, da el golpe decisivo. El 7 de abril envía un telegrama al departamento de marina en Washington: «Cuál es la fecha más temprana en la que el *U.S.S. George Washington* puede zarpar hacia Brest, Francia, y cuál la fecha más temprana de su posible arribo a Brest. El presidente desea su inmediata partida». Ese mismo día se anuncia al mundo que el presidente Wilson ha ordenado que su barco sea enviado a Europa para llevarle de vuelta a los Estados Unidos.

La noticia tiene el efecto de un rayo y es comprendida de inmediato. La tierra entera sabe que el presidente rehúsa cualquier paz que vulnere aunque sea en un solo punto los principios del *Covenant* y que está decidido a abandonar la conferencia, antes que a transigir. Ha llegado un momento histórico, que durante décadas, durante siglos, determinará el destino de Europa, el destino del mundo. Si Wilson abandona la mesa de la conferencia, entonces el viejo orden del mundo se derrumbará, comenzará el caos, aunque tal vez se trate de uno de esos que alumbran la nueva estrella. Europa se estremece de impaciencia. ¿Aceptarán los demás participantes en la conferencia esa responsabilidad? ¿La aceptará él? Es un momento crítico.

Un momento crítico. Por ahora, Woodrow Wilson aún está férreamente decidido. Ningún compromiso, ninguna condescendencia, no una paz aplastante, no una «hard peace», sino la paz justa, la «just peace». Ni a los franceses el Sarre, ni a los italianos Fiume, ni la división de Turquía, ningún trueque de pueblos, ningún «bartering of peoples». La justicia debe triunfar sobre el poder, el ideal sobre la realidad, el futuro sobre el presente. *Fiat justitia, pereat mundus*. La justicia debe seguir su curso, aun cuando con ello se hunda el mundo. Esta hora escasa será el momento más grande, el más humano, el más heroico en la vida de

Wilson. Si tiene la fuerza necesaria para resistir, su nombre perdurará entre los pocos que han sido los verdaderos benefactores de la humanidad y se habrá logrado una hazaña sin precedentes. Pero a esa hora, a ese instante, le sigue una semana. Y por todas partes le atacan. La prensa francesa, la inglesa, la italiana, le acusan a él, al *eirenopoieis*, al creador de la paz, de destruirla con su obstinación teórico-teológica y de sacrificar el mundo real en favor de una utopía privada. Incluso Alemania, que lo espera todo de él, pero que ahora está trastornada por la irrupción del bolchevismo en Baviera, se vuelve contra él. Y sus propios compatriotas, el coronel House y Lansing, no le instan menos a que desista de su decisión. El propio secretario de Estado, Tumulty, que hace pocos días aún telegrafiara desde Washington animándole —«Sólo un audaz golpe por parte del presidente salvará a Europa y tal vez al mundo»—, le pone ahora un cable, sobresaltado, desde la misma ciudad: «Retirada muy imprudente y de peligrosas consecuencias aquí y en el extranjero… El presidente debería… responsabilizar de la ruptura de la conferencia a quien corresponde… A estas alturas una retirada supondría una deserción».

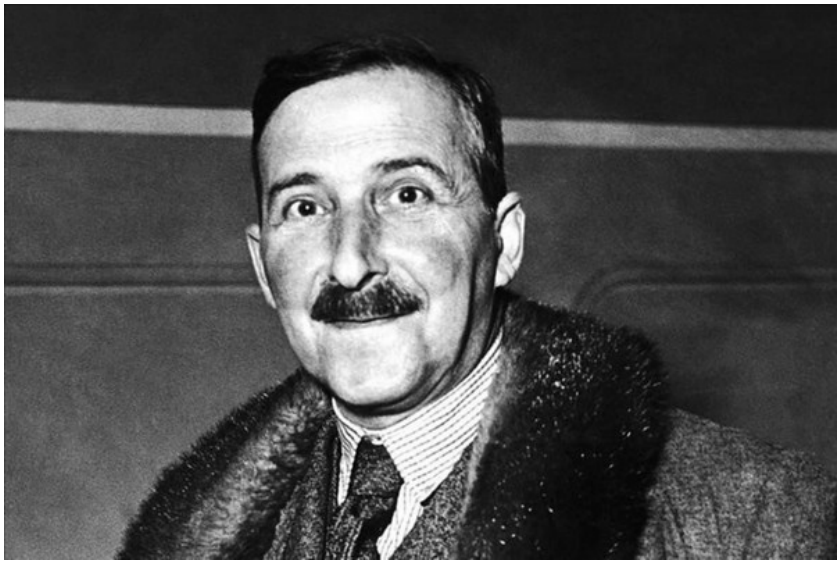
Trastornado, desesperado y minado en su seguridad por ese unánime embate, Wilson mira a su alrededor. Nadie está de su parte, todos en la sala de la conferencia, también sus colaboradores, están contra él. Y las voces de los millones y millones que, invisibles, le suplican desde la distancia que persevere y se mantenga firme, no llegan hasta él. No se da cuenta de que si hiciera realidad su amenaza y se levantara, inmortalizaría su nombre, que sólo manteniéndose fiel a sí mismo dejaría inmaculada su idea del futuro como un postulado que habría de ser renovado una y otra vez. No se da cuenta de lo fecundo que es el poder que emana de esa negativa dirigida contra la codicia, el odio y la incomprensión. Únicamente siente que está solo y que es demasiado débil para cargar con la última responsabilidad. Y así —fatalmente — Wilson va cediendo poco a poco. Y afloja su rigidez. El coronel House construye el puente. Se harán concesiones. Ocho días dura la negociación en torno a las fronteras. Al fin —un oscuro día en la historia—, el 15 de abril, Wilson, sintiendo un peso en el corazón y con la conciencia alterada, acepta las pretensiones militares de Clémenceau ya sensiblemente rebajadas: el Sarre no será entregado

para siempre, sino sólo durante quince años. El primer compromiso por parte de quien hasta ahora no estaba dispuesto a llegar a ninguno, ya se ha concertado. Y como por arte de magia, el ánimo de la prensa de París cambia a la mañana siguiente. Los periódicos, que aún ayer le acusaban de entorpecer la paz, de destruir el mundo, le ensalzan ahora como el estadista más sabio del mundo. Pero ese panegírico arde como un reproche en lo más profundo de su alma. Wilson sabe que tal vez de hecho haya salvado la paz, la paz del momento, pero la paz duradera en el espíritu de la reconciliación, la única verdaderamente salvadora, se ha perdido, se ha disipado. El absurdo ha triunfado frente al sentido común, la pasión frente a la razón. El mundo ha retrocedido en la conquista de un ideal más allá de la época. Y él, el mentor, el abanderado, ha perdido la batalla decisiva, la batalla contra sí mismo.

En ese fatal instante, ¿actuó Wilson correcta o incorrectamente? ¿Quién podría decirlo? En cualquier caso, sobre ese día histórico e irrecuperable recae una decisión que va mucho más allá, a través de los siglos, y cuya culpa una vez más pagaremos nosotros con nuestra sangre, con nuestra desesperación, con nuestra impotencia y nuestro sufrimiento. Desde ese día, el poder de Wilson, una fuerza moral sin precedentes en su época, ha quedado hecho pedazos. Se acabó su prestigio. Y con él, toda su fuerza. Quien hace una concesión, ya no puede evitar la siguiente. Los compromisos conducen inevitablemente a nuevos compromisos.

La deslealtad produce deslealtad. La violencia engendra violencia. La paz, soñada por Wilson como unidad y de duración eterna, no es más que una obra imperfecta, porque no ha sido formulada pensando en el futuro, ni ha sido creada a partir del espíritu del humanitarismo y de la materia pura de la razón. Una ocasión única, tal vez la más decisiva de la Historia, se ha malgastado de una manera lamentable. Y el mundo, desilusionado, de nuevo sin dioses en los que creer, lo percibe de un modo sordo y confuso. El hombre que regresa a casa, en otro tiempo recibido como el salvador del mundo, para nadie es ya un redentor, sino simplemente un hombre cansado, enfermo, alcanzado por la muerte. Ya no le acompaña ningún grito de júbilo. Ninguna bandera se agita a su paso. Cuando el barco zarpa de la costa europea, el vencido aparta la mirada. Sus ojos se niegan a mirar atrás, a nuestra

desdichada tierra que desde hace siglos anhela la paz y la unidad y que aún no las ha conseguido. Una vez más, en medio de la niebla, se desvanece en lontananza la eterna quimera de un mundo humanizado.



STEFAN ZWEIG (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942) fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha

desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

Notas

[1] Transcribimos la más reciente traducción de este poema al castellano, realizada por Rosa Sala y publicada en *El hombre de cincuenta años. La Elegía de Marienbad*, Alba Editorial, Barcelona, 2002. (*N. de la T.)* <<